

LA SAGA DEL RETORNO



Las naves de la Tierra

ORSON SCOTT CARD

Lectulandia

Desde hace 40 millones de años la colonia humana del planeta Armonía ha sido regida por un poderoso ordenador conocido como Alma Suprema, que es venerado casi como un dios. Su misión ha sido mantener alejado al hombre de la capacidad destructiva que le obligó a abandonar el sistema solar. Pero su influencia ha ido menguando con el tiempo y sólo podrá recuperarla y evitar la catástrofe viajando a la Tierra de nuevo. Nafai, el hombre elegido para ese viaje tal vez imposible, emprende con su familia una penosa travesía por el desierto sin saber aún que se dirige a la antigua base espacial de Armonía. Allí, abandonadas desde hace miles de años, las viejas naves interestelares aguardan la orden para despegar otra vez rumbo a la Tierra.

Lectulandia

Orson Scott Card

Las naves de la Tierra

La saga del retorno - 3

ePub r1.0

Banshee 20.07.13

Título original: *The Ships of Earth*

Orson Scott Card, 1997

Traducción: Carlos Gardini

Diseño de portada: Orkelyon

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota sobre los parentescos

Dadas las costumbres matrimoniales de la ciudad de Basílica, las relaciones familiares pueden ser complejas. Tal vez estos gráficos contribuyan a aclarar las cosas. Los nombres femeninos están en cursiva.

FAMILIA DE WETCHIK

Volemak, el Wetchik
(de *Hosní*) Elemak
(de *Kilvishevex*) Mebbekew
(de *Rasa*) Issib y Nafai

FAMILIA DE RASA

Rasa
(de Wetchik) Issib
(de Gaballufix) *Sevet* y *Kokor*
(de Wetchik, segundo contrato) Nafai

SOBRINAS DE RASA

(sus mejores estudiantes, «adoptadas» en una relación permanente de mecenazgo)
Shedemei, *Dol*, *Eiadh* y *Hushidh* y *Luet* (hermanas)

FAMILIA DE HOSNI

Hosni
(de Zdedhnoi) Gaballufix (de *Rasa*) *Sevet* (compañera de Vas) y *Kokor* (compañera de Obring)
(otros) Psugal, *Azhy* Okhai
(de Wetchik) Elemak

APODOS

La mayoría de los nombres tienen diminutivos o formas familiares. Por ejemplo, los allegados e íntimos de Gaballufix pueden llamarlo Gabya. Aquí se enumeran otros apodos. (De nuevo, puesto que estos nombres no resultan familiares, transcribimos en

cursiva los nombres femeninos):

Dhelembuvex - Dhel

Dol - Dolya

Drotik - Dorya

Eiadb - Edhya

Elemak - Elya

Hosni - Hosya

Hushidh- Shuya

Issib - Issya

Kokor - Koya

Luet - Luya

Mebbekew - Meb

Nafai - Nyef

Obring - Briya

Rasa - (sin diminutivo)

Rashgallivak - Rash

Roptat - Rop

Sevet - Sevyá

Shedemei - Shedyá

Truzhnisha - Truzhya

Vas - Vasya

Volemak -Volya

Wetchik - (sin diminutivo; título familiar de los Volemak)

Zdorab - Zodya

Prólogo

El ordenador maestro del planeta Armonía estaba al fin lleno de esperanzas. Los seres humanos que había escogido se habían reunido fuera de la ciudad de Basílica. Ahora emprendían el primero de dos viajes. Éste los llevaría a través del desierto, a través del Valle de los Fuegos, hasta el extremo meridional de la isla antiguamente llamada Vusadka, a un sitio que ningún ser humano había hollado en cuarenta millones de años. El segundo viaje los llevaría desde ese lugar, a través de millones de años luz, hasta el planeta donde había nacido la especie humana, la Tierra, abandonado cuarenta millones de años atrás y ahora preparado para el retorno de los seres humanos.

No cualquier ser humano. *Estos* seres humanos. Los que habían nacido, al cabo de un millón de generaciones de evolución guiada, con mayor capacidad para comunicarse con el ordenador maestro, mente a mente, memoria a memoria. Sin embargo, al alentar a los poseedores de este poder a aparearse y perfeccionarlo en su progenie, el ordenador maestro no había intentado escoger a los más bondadosos u obedientes, ni siquiera a los más inteligentes o habilidosos. Eso no figuraba dentro del alcance de su programa. La gente podía ser más o menos difícil, más o menos peligrosa, más o menos útil, pero el ordenador maestro no estaba programado para evidenciar preferencia por la decencia o el ingenio.

Los primeros colonos del planeta Armonía habían instalado el ordenador maestro con un solo propósito: preservar la especie humana, impidiéndole el acceso a tecnologías que permitirían que las guerras y los imperios se expandieran en una magnitud que les permitiera destruir la capacidad de un planeta para albergar vida humana, como había sucedido en la Tierra. Mientras los hombres sólo pudieran luchar con armas de mano y sólo pudieran viajar a caballo, el mundo duraría, y sus habitantes humanos serían libres de optar por el bien o por el mal.

Desde esa programación original, sin embargo, la influencia del ordenador maestro sobre la humanidad se había atenuado. Algunas personas se comunicaban con el ordenador maestro con una claridad inaudita pero otras mantenían un contacto muy débil. En consecuencia, nuevas armas y nuevos sistemas de transporte estaban apareciendo en el mundo, y aunque faltaran miles o decenas de miles de años para el final, ese final llegaría. Y el ordenador maestro de Armonía ignoraba cómo revertir el proceso.

Era urgente, pues, intentar el retorno a la Tierra, donde el Guardián de la Tierra podría introducir una nueva programación. Pero en los últimos meses el ordenador maestro y algunos de sus aliados humanos descubrieron que el Guardián de la Tierra ya estaba introduciendo algunos cambios.

Varias personas habían tenido nítidos y vigorosos sueños acerca de criaturas que

nunca habían existido en Armonía, y el ordenador maestro descubrió sutiles modificaciones en su propia programación. Parecía imposible que el Guardián de la Tierra ejerciera su influencia a tanta distancia, pero esa entidad que cuarenta millones de años atrás había despachado las naves de los refugiados originales era la única fuente imaginable de esos cambios.

El ordenador maestro ignoraba cómo o por qué el Guardián de la Tierra actuaba de este modo. Sólo sabía que esos cuarenta millones de años habían afectado sus sistemas, y necesitaba reparaciones. Sólo sabía que el ordenador maestro de Armonía trataría de proveer lo que el Guardián de la Tierra le pidiera. Ahora le pedía que un grupo de seres humanos volviera a colonizar la Tierra.

Así sucedió que el ordenador maestro escogió a dieciséis habitantes de Basílica. Muchos eran parientes, todos tenían una inusitada capacidad para comunicarse con el ordenador maestro. Sin embargo, no todos tenían demasiadas luces, ni todos eran bondadosos ni dignos de confianza. Muchos de ellos sentían odio o rencor hacia los demás, y aunque algunos estaban consagrados a la causa del ordenador maestro, otros estaban igualmente consagrados a frustrar sus propósitos. La empresa podía fracasar en cualquier momento si predominaban los impulsos más oscuros de los humanos. La civilización siempre era frágil, aun cuando poderosas fuerzas sociales inhibían las pasiones individuales; ahora, aislados del resto del mundo, ¿lograrían forjar una nueva sociedad, más pequeña y armoniosa? ¿O la expedición sería destruida desde el principio?

El ordenador maestro tenía que planear y actuar como si la expedición fuera a sobrevivir, a tener éxito. En cierto lugar desencadenó una secuencia de hechos. Máquinas que habían guardado silencio durante largo tiempo empezaron a zumbar. Robots que habían permanecido en éxtasis despertaron y se pusieron a trabajar, buscando máquinas que necesitaban reparaciones. Habían aguardado mucho tiempo, y ni siquiera en un campo de éxtasis podían durar para siempre.

Se necesitarían varios años para determinar cuánto trabajo se requería, y cómo realizarlo. Pero no había prisa. Si el viaje llevaba tiempo, tal vez la gente pudiera aprovechar ese tiempo para conciliarse. No había prisa, o al menos, ninguna prisa que pudiera ser detectable para los seres humanos. Para el ordenador maestro, realizar una tarea en diez años era un ritmo acelerado, mientras que para los humanos resultaría insoportablemente largo. Pues aunque el ordenador maestro podía detectar el paso de los milisegundos, poseía recuerdos de cuarenta millones de años de vida en Armonía, y en esa escala, comparada con la longevidad humana normal, diez años era un período tan breve como cinco minutos.

El ordenador maestro aprovecharía esos años productivamente, y esperaba que las personas hicieran lo mismo. Si eran juiciosas, aprovecharían el tiempo para constituir familias, engendrar y criar muchos hijos y formar una comunidad digna de regresar al

Guardián de la Tierra. Sin embargo, no sería fácil de lograr, y en ese momento el ordenador maestro sólo esperaba poder mantenerlas con vida.

Capítulo 1

LA LEY DEL DESIERTO

Shedemei era científica, no viajera del desierto. Podía prescindir de las comodidades de la ciudad —no le molestaba dormir en el suelo o en una mesa en vez de una cama— pero le disgustaba que la alejaran por la fuerza de su laboratorio, su trabajo, todo lo que daba sentido a su vida. Nunca había querido sumarse a esa descabellada expedición. Pero ahí estaba, hamacándose sobre un camello en el viento seco y caluroso del desierto, mientras el lomo del camello que iba delante se mecía con otro ritmo. El calor y el movimiento le producían náuseas, jaqueca.

Varias veces estuvo a punto de regresar. Sabría encontrar el camino; le bastaría acercarse a Basílica para que su ordenador la conectara con la ciudad y la guiara el resto del trayecto. A solas, andaría más rápidamente, e incluso podría estar de vuelta antes del anochecer. Y sin duda la dejarían entrar en la ciudad. No era consanguínea ni pariente política de ningún integrante de ese grupo. Sólo se había exilado con ellos porque se había encargado de suministrarles las cajas de almacenaje llenas de semillas y embriones que restablecerían una semblanza de la vieja flora y fauna de la Tierra. Le había hecho un favor a su vieja maestra, nada más. No podían imponerle el exilio por eso.

Pero ese cargamento era el motivo por el cual no regresaba. ¿Quién más sabría cómo revivir los miles de especies que llevaban esos camellos? ¿Quién más sabría cuáles debían ir primero, para afianzarse antes que surgieran especies que se alimentarían de las anteriores?

No es justo, pensó Shedemei por milésima vez. Soy la única de esta partida que puede realizar esta tarea, pero para mí no representa el menor desafío. No es ciencia, sino agricultura. No estoy aquí porque la tarea que me ha encomendado el Alma Suprema sea tan exigente, sino porque los demás la ignoran por completo.

—Pareces enfadada y desdichada.

Rasa se le había acercado con su camello por el sendero ancho y pedregoso. Rasa, su maestra, casi su madre. Pero no su verdadera madre, ni por sangre ni por derecho.

—Sí —dijo Shedemei.

—¿Enfadada conmigo? —preguntó Rasa.

—En parte. Tú nos has metido en todo esto. No tengo ninguna relación con estas personas, salvo por tu intermedio.

—Todos tenemos la misma relación —dijo Rasa.

—El Alma Suprema te envió un sueño, ¿verdad?

—Yo no lo pedí.

—Nadie lo pidió —dijo Rasa.

—Pero comprendo a qué te refieres, Shedemei. Todos los demás tomaron decisiones que los condujeron a esto. Nafai, Luet, Hushidh y yo hemos venido por propia voluntad... hasta cierto punto. Y Elemak y Mebbeke, por no mencionar a mis hijas, benditos sean sus malignos corazones, están aquí porque tomaron algunas decisiones estúpidas y ruines. Los demás están aquí porque tienen contratos de matrimonio, aunque para algunos el hecho de venir sólo significa complicar el error original. Pero tú, Shedemei, sólo estás aquí por tu sueño. Y por lealtad a mí.

El Alma Suprema le había enviado un sueño donde flotaba en el aire, desparramando semillas y mirándolas crecer, transformando un desierto en un bosque y un vergel, lleno de verdor, poblado de animales. Shedemei echó una ojeada al árido desierto que la rodeaba: unas pocas plantas espinosas se aferraban a la vida aquí y allá, unos pocos lagartos se alimentaban de unos pocos insectos que apenas hallaban agua para sobrevivir.

—Esto no es mi sueño —dijo.

—Pero viniste —dijo Rasa.

—En parte por el sueño, y en parte por amor a mí.

—No hay esperanzas de triunfar —dijo Shedemei.

—Éstos no son colonos. Sólo Elemak tiene aptitud para sobrevivir.

—Él es el más experimentado en los viajes por el desierto. Nyef y Meb se las apañan bastante bien, por su parte. Y los demás aprenderemos.

Shedemei calló, pues no quería discutir.

—Me enfurece cuando eludes un enfrentamiento de esa manera —dijo Rasa.

—No me gusta el conflicto —dijo Shedemei.

—Pero siempre te echas atrás precisamente cuando estás por decirle a la otra persona lo que ella necesita oír.

—No sé qué necesitan oír los demás.

—Di lo que tenías en mente hace un instante. Dime por qué crees que nuestra expedición está condenada al fracaso.

—Basílica —dijo Shedemei.

—Hemos dejado la ciudad. Ya no puede causarnos daño.

—Basílica nos dañará de mil maneras. Siempre será nuestro recuerdo de una vida más cómoda, más fácil. Siempre nos desgarrará el anhelo de volver.

—Sin embargo, no es la nostalgia lo que te preocupa.

—Llevamos media ciudad con nosotros. Todas las flaquezas de la ciudad, pero ninguna de sus virtudes. Tenemos el hábito del ocio, pero no la riqueza ni las propiedades que lo hacían posible. Nos hemos acostumbrado a complacer muchos apetitos, lo cual no podremos hacer en una diminuta colonia como será la nuestra.

—No es la primera vez que la gente abandona la ciudad para ir a colonizar.

—Los que desean adaptarse se adaptan, eso lo sé —dijo Shedemei.

—¿Pero cuántos desean hacerlo? ¿Cuántos tendrán la voluntad para renunciar a sus deseos personales, para sacrificarse por el bien común? Yo no poseo esa voluntad. Me enfado más con cada kilómetro que me aleja de mi trabajo.

—Pues entonces somos afortunados —dijo Rasa.

—Aquí nadie más tenía un trabajo digno de mención. Y quienes lo tenían han perdido todo, de modo que no podrían regresar aunque quisieran.

—El trabajo de Meb está allá —dijo Shedemei. Rasa quedó desconcertada un instante.

—No creo que Meb tuviera ningún trabajo, a menos que te refieras a su lamentable carrera de actorzuelo.

—Me refería a su proyecto vital de acostarse con toda mujer de Basílica, con excepción de sus parientes, las muy feas y las difuntas.

—Oh —sonrió Rasa.

—Ese trabajo.

—Y no es el único caso —dijo Shedemei.

—Lo sé —dijo Rasa.

—Eres demasiado amable para decirlo, pero sin duda mis hijas ansían regresar para retomar sus propias versiones de ese proyecto.

—No quise ofenderte.

—No me has ofendido. Conozco demasiado a mis hijas. Han heredado muchas cosas del padre para que yo no sepa qué esperar de ellas. Pero cuéntame, Shedy, con franqueza. ¿Cuál de estos hombres les puede parecer atractivo?

—Al cabo de unas semanas, o de unos días, todos los hombres les parecerán atractivos. Rasa se echó a reír.

—Sospecho que tienes razón, querida. Pero todos los hombres de nuestra pequeña partida están casados, y puedes apostar a que sus esposas vigilarán para no sufrir intrusiones en su territorio.

Shedemei meneó la cabeza.

—Rasa, te equivocas. El hecho de que tú hayas escogido permanecer casada con el mismo hombre, renovando el contrato año tras año, al menos desde que diste a luz a Nafai, no significa que las demás mujeres sean tan posesivas y protectoras con sus esposos.

—¿Crees que no? Mi querida hija Kokor casi mató a su hermana Sevet porque se acostaba con Obring, el marido de Kokor.

—Bien, Obring no intentará dormir de nuevo con Sevet. Pero eso no le impedirá probar suerte con Luet, por ejemplo.

—¡Luet! —exclamó Rasa.

—Es una muchacha maravillosa, Shedy, pero no posee el tipo de belleza que

atrae a un hombre como Obring, y además es muy joven, y está obviamente enamorada de Nafai. Ante todo, es la vidente de Basílica y Obring tendría miedo de acercársele.

Shedemei sacudió la cabeza. ¿Acaso Rasa no veía que todos esos argumentos perderían importancia con el paso del tiempo? ¿No comprendía que la gente como Obring y Meb, Kokor y Sevet, vivían para cazar, y les importaba muy poco quién fuera la presa?

—Y si crees que Obring probará suerte con Eiadh, me reiré a carcajadas —dijo Rasa.

—Sí, podría desearlo, pero Eiadh es una muchacha que sólo ama y admira la fuerza en un hombre, y Obring jamás poseerá esa virtud. No, creo que Obring le será muy fiel a Kokor.

—Rasa, mi querida maestra y amiga —dijo Shedemei—, antes que haya concluido este mes, Obring habrá tratado de seducirme aun a mí.

Rasa miró a Shedemei con un asombro que no pudo disimular.

—Vamos, tú no eres su...

—Su tipo es cualquier mujer que últimamente no le haya dicho que no —dijo Shedemei.

—Y te advierto, nuestro grupo es demasiado pequeño para soportar la tensión sexual. Si fuéramos como mandriles, con hembras que sólo son atractivas sexualmente pocas veces, entre una preñez y otra, podríamos tener apareamientos improvisados como ellos. Podríamos soportar conflictos periódicos entre los machos, porque terminarían muy pronto y tendríamos paz el resto del año. Pero lamentablemente somos humanos, y nos relacionamos de otra manera. Nuestros hijos necesitan paz y estabilidad. Y somos demasiado pocos para aceptar homicidios.

—Homicidios —dijo Rasa.

—Shedemei, ¿qué pasa contigo?

—Nafai ya ha matado a un hombre. Y tal vez sea la persona más bondadosa del grupo, con la excepción de Vas.

—El Alma Suprema le dijo que lo hiciera.

—Sí, de modo que Nafai es el único de este grupo que obedece al Alma Suprema. Los demás estarán aún más inclinados a obedecer a su propio dios.

—¿Qué dios?

—El que les cuelga entre las piernas —dijo Shedemei.

—Los biólogos tienen una visión muy cínica de los seres humanos. Hablas como si fuéramos los animales más inferiores.

—No los más inferiores. Nuestros machos no tratan de devorar a su prole.

—Y nuestras hembras no devoran a los machos —añadió Rasa.

—Aunque algunas lo han intentado.

Ambas rieron. Hablaban en voz baja, y sus camellos estaban separados de los demás, pero sus risas franquearon la distancia, y los demás se volvieron para mirarlas.

—¡No os enfadéis! —exclamó Rasa.

—¡No nos reíamos de vosotros!

Pero Elemak, que cabalgaba cerca del frente de la caravana, volvió grupas y se les aproximó con una expresión de fría cólera.

—Trata de dominarte, Rasa —dijo.

—¿Qué? ¿Mi risa fue demasiado fuerte?

—Tu risa... y tu pequeña broma. A todo pulmón. Esta brisa puede llevar una voz de mujer a kilómetros de distancia. Este desierto no está densamente poblado, pero si alguien te oye, pronto serás violada, asaltada y muerta.

Shedemei sabía que Elemak tenía razón. Era caravanero por profesión. Pero ningún hombre tenía derecho a hablarle a la dama Rasa con ese tono hiriente y socarrón.

Rasa no dio importancia al insulto implícito en la actitud de Elya.

—¿Un grupo tan numeroso como el nuestro? —preguntó con aire inocente.

—Pensé que los salteadores se mantendrían alejados.

—Ellos buscan grupos como el nuestro —dijo Elemak.

—Más mujeres que hombres. Viajando despacio. Con mucho equipaje. Hablando en voz alta. Dos mujeres que se alejan y se separan del resto del grupo.

Sólo entonces Shedemei comprendió cuan vulnerables eran ella y Rasa. Sintió miedo. No estaba en absoluto acostumbrada a pensar así, a pensar en evitar un ataque. En Basílica siempre estaba a salvo. En Basílica las mujeres siempre estaban a salvo.

—Y echad otro vistazo a los hombres de nuestra caravana —dijo Elemak.

—¿Cuál de ellos sería capaz de pelear para salvaros de una banda de tres o cuatro salteadores, por no hablar de una docena?

—Tú —dijo Rasa. Elemak la miró fijamente.

—En este descampado, donde ellos tendrían que mostrarse desde cierta distancia, supongo que podría. Pero preferiría no hacerlo. Así que aproximaos y callaos. Por favor.

Ese *Por favor* contribuyó poco a morigerar la severidad de su voz, pero eso no impidió que Shedemei decidiera obedecerle. No confiaba, como Rasa, en que Elemak pudiera protegerlas sin ayuda de una banda de merodeadores, aunque fuera pequeña.

Elemak la miró de soslayo, con una expresión que ella no supo interpretar, dio media vuelta y cabalgó con su camello hacia el frente de la pequeña caravana.

—Será interesante ver quién manda cuando llegemos al campamento de Wetchik, si tu marido o Elemak —dijo Shedemei.

—No hagas caso de los alardes de Elya —dijo Rasa.

—Será mi esposo quien mande.

—Yo no estaría tan segura. Elemak toma su autoridad con mucha naturalidad.

—Le agrada esa sensación de poder. Pero sólo sabe imponerse mediante el miedo. ¿No comprende que el Alma Suprema protege esta expedición? Si algún merodeador piensa siquiera en aproximarse, el Alma Suprema le hará olvidar la idea. Estamos tan a salvo como si estuviéramos en nuestra cama, en nuestro hogar.

Shedemei no le recordó que pocos días atrás se habían sentido muy inseguras en sus camas. Tampoco mencionó que Rasa acababa de demostrar el argumento de Shedemei: cuando pensaba en hogar y seguridad, pensaba en Basílica. El fantasma de su antigua vida en la ciudad los acecharía durante largo tiempo.

Esta vez fue Kokor quien detuvo su bestia y aguardó a que Rasa la alcanzara.

—Te has portado mal ¿eh, mamá? —dijo.

—¿El díscolo Elemak tuvo que venir a reprenderte?

La puerilidad de Kokor exasperó a Shedemei. Claro que Kokor siempre la exasperaba. Era falsa y manipuladora, y era sorprendente que sus lamentables triquiñuelas surtieran efecto con tanta frecuencia, pues de lo contrario Kokor habría encontrado nuevos recursos.

Pero, al margen de los resultados habituales de su actuación, las triquiñuelas de Kokor no surtían efecto con su propia madre.

Rasa le clavó una mirada glacial y respondió:

—Shedya y yo conversábamos en privado, querida. Lamento que hayas entendido mal y pensaras que te habíamos invitado a compartir la charla.

Kokor tardó sólo un instante en comprender, y su rostro se oscureció... ¿de furia? Luego miró desdeñosamente a Shedemei y dijo:

—Madre está decepcionada porque no he salido como tú, Shedya. Me temo que ni mi cerebro ni mi cuerpo tenían suficiente belleza interior.

Luego, torpemente, apuró el paso de su camello y se les adelantó.

Shedemei sabía que Kokor había querido insultarla, recordándole que la única belleza que ella poseería en toda su vida sería la interior. Pero hacía tiempo que Shedemei había superado su envidia adolescente por las muchachas hermosas.

Rasa parecía estar pensando lo mismo que ella.

—Es raro, ¿verdad? Los que carecen de atractivos físicos son capaces de apreciar la belleza física de los demás, pero los que sufren una mutilación moral son ciegos a la bondad y la decencia. De veras creen que no existe.

—Saben que existe, claro que sí —dijo Shedemei.

—Pero nunca saben qué personas la tienen. Claro que mis actuales sentimientos no me revelarían como un dechado de belleza moral.

—¿Pensabas en el homicidio? —preguntó Rasa.

—Nada tan directo ni definitivo. Sólo deseaba que Kokor tuviera unas espantosas

magulladuras en el trasero.

—¿Y Elemak? ¿Lo maldijiste con otra incomodidad?

—En absoluto. Como bien dices, no era preciso que nos hiciera obedecer por medio del miedo. Pero creo que tiene razón. A fin de cuentas, el Alma Suprema no siempre ha logrado salvarnos del peligro. No, a Elya no le guardo rencor.

—Ojalá fuera tan madura como tú, entonces. Me disgustó que me hablara con tanta arrogancia. Sé por qué lo hace, desde luego... él piensa que mi jerarquía en la ciudad constituye una amenaza para su autoridad en el desierto, así que me ha puesto en cintura. Pero debería comprender que tengo suficiente criterio para aceptar su liderazgo sin necesidad de que me humille.

—No se trata de lo que tú necesitas, sino de lo que él necesita. Y él necesita sentirse superior a ti. Llegado el caso, también yo lo necesito, anciana tonta.

Por un instante Rasa la miró horrorizada. Pero cuando Shedemei estaba por explicarle que era una broma (¿por qué nadie entendía nunca sus humoradas?), Rasa sonrió pícaramente.

—Prefiero ser una anciana tonta y no una joven tonta —dijo.

—Las ancianas tontas no cometen errores tan espectaculares.

—No estés tan segura —dijo Shedemei.

—Participar en esta expedición, por ejemplo...

—¿Un error?

—Para mí lo es, sin duda. Mi vida es la genética, y ahora tendré que conformarme con reproducir mis propios genes.

—No lo digas en ese tono. Tener hijos no es tan espantoso. No todos son Kokor, y hasta es posible que ella logre humanizarse algún día.

—Sí, pero tú amaste a tus esposos —dijo Shedemei.

—¿Con quién terminaré yo, tía Rasa? ¿Tu hijo tullido? ¿Con el bibliotecario de Gaballufix?

—Creo que Hushidh piensa casarse con Issib —dijo Rasa con voz glacial, aunque a Shedemei no le importó.

—Oh, sé cómo has dispuesto nuestros destinos. Pero dime, tía Rasa, si Nafai no hubiera traído al bibliotecario consigo cuando robó el índice... ¿habrías decidido traerme a mí?

Rasa puso cara de piedra. Tardó un largo rato en responder.

—Vamos, tía Rasa. No soy tonta, y prefiero que no trates de engañarme.

—Necesitaba tus conocimientos, Shedyá. No fui yo quien te escogió, sino el Alma Suprema.

—¿Estás segura de que no fuiste tú, contando varones y mujeres y asegurándote de que todos tuvieran pareja?

—El Alma Suprema te envió ese sueño.

—Lo lamentable es que, salvo en tu caso, no está probado que ninguno de nosotros tenga capacidad para reproducirse. Es posible que hayas unido a uno de estos hombres con una esposa estéril. O tal vez hayas unido a alguna mujer con un marido estéril.

Rasa empezaba a impacientarse.

—Te he dicho que no fue mi elección... Luet también tuvo una visión, y...

—¿Y tú darás el ejemplo? ¿Tú tendrás más hijos, tía Rasa?

Rasa quedó estupefacta.

—¿Yo? ¿A mi edad?

—Aún tienes huevos fecundos. Sé que no has llegado a la menopausia, porque ahora tienes la regla. Rasa la miró consternada.

—¿Por qué no me pones bajo uno de tus microscopios?

—No cabrías. Tendría que cortarte en lonjas.

—A veces tengo la sensación de que ya lo has hecho.

—Rasa, nos haces detener varias veces por día. Sé que no tienes un problema de continencia. Tocios sabemos que estás derramando las lágrimas de la luna. Rasa enarcó las cejas en un gesto de resignación.

—Más hijos. Lo que me faltaba.

—Creo que deberías tenerlos. Sería un ejemplo para los demás. ¿No comprendes? No es sólo un viaje. Somos una colonia. La primera prioridad de los colonos es la reproducción. Una persona sin hijos no vale nada. Y por mucho que Elemak envidie tu autoridad, tú eres líder de estas mujeres. Debes fijar pautas de conducta para las demás. Si tú estás dispuesta a quedar embarazada durante el viaje, las demás te imitarán, sobre todo porque sus maridos sentirán la necesidad de demostrar que ellos no son menos que Wetchik.

—Él ya no es Wetchik —observó Rasa.

—Es Volemak.

—Todavía es potente, ¿verdad?

—Vaya, Shedemei, ¿ninguna pregunta te avergüenza? ¿Por qué no nos pides muestras de materia fecal?

—Antes que concluya este viaje, sospecho que habré visto toda clase de muestras. Soy la única que tiene algún conocimiento de medicina.

Rasa rió entre dientes.

—Ya me imagino a Elemak trayéndote una muestra de semen.

Shedemei tampoco pudo contener la risa, ante la sola idea de pedir esa muestra. ¡Semejante ofensa a su dignidad de líder de la caravana!

Cabalgaron unos minutos en silencio.

—¿Lo harás? —preguntó al fin Rasa.

—¿Qué?

—Casarte con Zdorab.

—¿Quién?

—El bibliotecario, Zdorab.

—Casarme con él —suspiró Shedemei.

—Nunca pensé en casarme con nadie.

—Cásate y ten sus hijos.

—Supongo que lo haré —dijo Shedemei.

—Pero no si vivimos bajo la ley de los mandriles.

—¡La ley de los mandriles!

—Como en Basílica... con una competencia por nuevas parejas cada año. Aceptaré a ese hombre maduro que nunca he visto, compartiré mi lecho con él, daré a luz sus hijos, los criaré con él... pero no si debo luchar para conservarlo. No si tengo que soportar que corteje a Eiadh, Hushidh, Dolya o Kokor cada vez que nuestro contrato de matrimonio esté por expirar, y que luego se arrastre para pedirme que renueve su contrato porque las mujeres realmente apetecibles no lo aceptan.

Rasa asintió.

—Entiendo lo que intentabas decir antes. No hablabas de la infidelidad de Kokor, sino de las costumbres con que nos hemos criado.

—Exacto —dijo Shedemei.

—Somos un grupo demasiado pequeño para mantener las costumbres matrimoniales de Basílica.

—Es una cuestión de escala, ¿verdad? En la ciudad, cuando una mujer no le renueva el contrato a un hombre, o cuando él no lo pide, ambos se pueden eludir por un tiempo, hasta que cesa el dolor. Es posible encontrar a otras personas, porque hay miles para elegir. Pero nosotros sumamos dieciséis. Ocho hombres, ocho mujeres. Sería insoportable.

—Algunos querrían matar, tal como lo intentó Kokor. Y otros querrían morir.

—Tienes razón, tienes razón, tienes razón —murmuró Rasa, como si pensara en voz alta.

—Pero no podemos decirlo ahora. Algunos regresarían, a pesar del desierto y los bandidos. Monogamia vitalicia... vaya, dudo que Sevet y Kokor hayan sido fieles una semana seguida. Y Meb no se había casado hasta ahora por la buena razón de que no piensa ser fiel pero carece de la capacidad de mis hijas para comportarse con absoluta deshonestidad. Y ahora les diremos que deben ser fieles. Sin contratos anuales, sin posibilidad de cambiar.

—No les agradará.

—Por eso, no les diremos nada hasta llegar al campamento de Volemak. Cuando sea demasiado tarde para que regresen.

Shedemei no podía creer que Rasa dijera semejante cosa. Aun así, respondió con

serenidad:

—Pero yo creo que si desean volver, deberíamos permitirlo. Son gente libre, ¿verdad?

—No —replicó enfáticamente Rasa—, no lo son. Eran libres hasta que tomaron las decisiones que los trajeron aquí, pero ahora no son libres porque nuestra colonia, nuestro viaje, no puede tener éxito sin ellos.

—Estás muy segura de que puedes lograr que los demás respeten sus compromisos —murmuró Shedemei.

—Nadie logró que lo hicieran antes. ¿Cómo podrás ahora?

—No se trata sólo de la expedición —dijo Rasa.

—Es por su propio bien. El Alma Suprema ha anunciado claramente que Basílica será destruida... y ellos con la ciudad, si están allí cuando llegue el momento. Les estamos salvando la vida. Pero los más interesados en regresar son también los menos propensos a creer en las visiones que nos ha mostrado el Alma Suprema. Así que para salvarles la vida debemos...

—¿Engañarlos?

—Postergar ciertas explicaciones.

—¿Porque tú sabes mejor que ellos lo que les conviene?

—Sí —dijo Rasa.

—Sí, en efecto.

Eso exasperó a Shedemei. Lo que Rasa decía era cierto, pero no alteraba su convicción de que la gente tenía derecho a elegir, aun su propia destrucción, si así lo deseaba. Tal vez era otro lujo de la vida en Basílica, tener el derecho a la autodestrucción, por estupidez o miopía, pero en tal caso era un lujo al que Shedemei aún no estaba dispuesta a renunciar. Una cosa era decirle a la gente que una monogamia fiel era una de las condiciones para pertenecer al grupo. Entonces cada cual podría optar por quedarse y obedecer o por marcharse y atenerse a otras reglas. Pero mentirles hasta que fuera demasiado tarde para escoger... se trataba de la libertad, y la libertad era lo que daba sentido a la supervivencia.

—Tía Rasa —dijo Shedemei—, tú no eres el Alma Suprema.

Y con ese comentario, azuzó el camello, dejando a Rasa atrás. No porque hubiera dicho todo lo que quería decir, sino porque estaba demasiado furiosa para quedarse; no soportaba tener una discusión con la tía Rasa. Shedemei odiaba las discusiones. Siempre la dejaban barruntando durante días. Y ya tenía motivos de sobra para barruntar.

Zdorab. ¿Qué clase de hombre se convierte en archivista de un poderoso asesino como Gaballufix? ¿Qué clase de hombre permite que un muchacho como Nafai lo induzca a traicionar la confianza del amo, entregando el precioso índice, y luego se marcha de la ciudad siguiendo al ladrón? ¿Y qué clase de hombre permite que Nafai

lo someta y le arranque el juramento de ir al desierto y renunciar a Basílica?

Shedemei sabía exactamente qué clase de hombre: un debilucho estúpido y aburrido. Un cobarde tímido y obtuso que solicitará mi autorización formal cada vez que inicie sus torpes intentos de hacerme un hijo. Un hombre que no dará ni recibirá alegría en nuestro matrimonio. Un hombre que deseará haberse casado con cualquiera de las demás mujeres, pero que se quedará conmigo porque sabrá que ninguna de ellas lo aceptaría.

Zdorab, mi futuro esposo, no veo el momento de conocerte.

* * *

En su tercera noche en el desierto plantaron las tiendas con mayor presteza. Ahora todos conocían bien qué tareas debían hacer, y cuáles debían eludir. Rasa observó con desprecio que Meb y Obring pasaban gran parte del tiempo «ayudando» a sus esposas a realizar tareas que eran fáciles aun para un niño; tenían que hacerlo, pues ni Dolya ni Kokor las habrían hecho.

A veces Dol estaba dispuesta a trabajar, pero mientras Kokor y Sevet no hicieran nada, ella no pensaba ser menos. A fin de cuentas, Dol se había iniciado como actriz cuando Kokor y Sevet aún entonaban canciones infantiles. Rasa sabía cómo funcionaba la cabeza de Dol. Primero el estatus, después la decencia.

¡Pero al menos tenía la decencia en cuenta! ¿Quiénes son estas personas que he criado y educado? Las que son demasiado egoístas amenazan nuestra paz, pero otras son tan dóciles con el Alma Suprema que temo aún más por ellas.

Ahora no estoy a cargo de sus vidas, se recordó Rasa. Estoy a cargo de tensar las cuerdas de la tienda para que no se derrumbe con el primer vendaval.

—Se derrumbará si hay viento fuerte, haz lo que hazas —dijo Elemak.

—Así que no tienes que instalarla como si debiera resistir un huracán.

—¿Sólo una tormenta de arena?

Rasa sintió en el ojo el ardor de una gota de sudor. Trató de enjugársela con la manga, pero tenía el brazo más transpirado que la cara, a pesar de la ligera muselina.

—Este trabajo siempre te hace sudar, haga el tiempo que haga —dijo Elemak.

—Permíteme.

Mantuvo tensa la cuerda mientras ella ajustaba el nudo. Rasa sabía muy bien que Elemak podría haberse encargado del nudo sin que le ayudaran a sostener la cuerda. Comprendió de inmediato qué se proponía, cerciorarse de que ella aprendiera su tarea, demostrándole confianza, y permitiéndole la satisfacción de haber armado la tienda.

—Eres hábil para esto —dijo Rasa.

—No es difícil hacer nudos, una vez que los aprendes.

Ella sonrió.

—Ah sí, nudos. ¿Eso es lo que estás haciendo aquí?

Él sonrió a su vez, y Rasa notó que él valoraba su elogio.

—Entre otras cosas, dama Rasa.

—Tú eres un conductor de hombres. No lo digo como madrastra, ni siquiera como cuñada, sino como una mujer que también ha ejercido el liderazgo. Aun los perezosos se avergüenzan de ser demasiado obvios en ello.

—No mencionó que hasta ahora sólo había logrado concentrar la autoridad en sí mismo, sin que nadie la asimilara, de modo que no tenía efecto cuando él no estaba presente. Tal vez eso era todo lo que había necesitado durante sus años de caravanero. Pero si se proponía mandar esa expedición (y Rasa no era tan tonta como para creerse que Elemak tenía la menor intención de permitir que su padre ejerciera algo más que una autoridad formal) no podría limitarse a hacer que la gente dependiera de él. La esencia del liderazgo, mi querido y joven jefe, consiste en lograr que la gente sea independiente, de persuadirla de seguirte libremente. Entonces obedece los principios que le has enseñado, aunque le des la espalda. Pero no podía decirle esto en voz alta; aún no estaba preparado para oír esos consejos. Así que Rasa continuó alabándolo, con la esperanza de cimentar su confianza para que él aprendiera a escuchar.

—Y mis hijas tienen menos quejas y discusiones que cuando sus vidas eran fáciles.

Elemak hizo una mueca.

—Sabes tan bien como yo que la mitad de ellos preferirían regresar a Basílica cuanto antes. Tal vez yo mismo lo preferiría.

—Pero no regresaremos —dijo Rasa.

—Supongo que sería decepcionante regresar a la ciudad de Moozh cuando él nos despidió con tanta gloria.

—Decepcionante y peligroso.

—Bien, Nafai está libre de la acusación de matar a mi amado hermanastro Gaballufix.

—No está libre de nada —dijo Rasa.

—Y llegado el caso, tú tampoco, hijo de mi esposo.

—¡Yo! —El rostro de Elemak se endureció y se sonrojó. No era aconsejable que sus emociones fueran tan transparentes. No era lo que necesitaba un líder.

—Sólo quiero que comprendas que regresar a Basílica es imposible.

—Ten la certeza, Rasa, de que si quisiera regresar a Basílica antes de ver de nuevo a mi padre, lo haría. Y tal vez aún decida hacerlo después de verle.

Ella asintió.

—Me alegra que refresque de noche en el desierto. Así podemos soportar el brutal calor del día, sabiendo que la noche será benigna.

Elemak sonrió.

—Lo preparé para ti, dama Rasa.

—Shedemei y yo estuvimos hablando —dijo Rasa.

—Lo sé.

—Sobre un asunto muy grave. Algo que podría desbaratar nuestra colonia. El sexo, por cierto.

Elemak se puso alerta al instante, pero mantuvo la calma.

—¿Sí? —preguntó.

—Sobre todo, lo concerniente al matrimonio.

—Por el momento cada cual tiene su pareja. Ningún hombre duerme insatisfecho, cosa que no sucede en la mayoría de las caravanas. En cuanto a ti, Hushidh y Shedemei, pronto estaréis con vuestros maridos, o los hombres que lo serán.

—Pero algunos se interesan menos en la cópula que en la cacería.

—Lo sé —dijo Elemak.

—Pero las opciones son limitadas.

—Y sin embargo algunos aún están eligiendo, aunque la elección parezca estar ya hecha.

Rasa notó que él se ponía tieso, fingiendo calma, rehusando hacerle la pregunta que tenía en el corazón. Teme por Eiadh, su mujer, su amada. Rasa no había pensado que Elemak fuera tan perceptivo en ese sentido, que ya estaría preocupado.

—Deben permanecer fieles a sus cónyuges —dijo Rasa.

Elemak asintió.

—Nunca he tenido ese problema. En mis caravanas, los hombres están solos hasta que llegamos a las ciudades, y entonces la mayoría se conforman con prostitutas.

—¿Y tú? —preguntó Rasa.

—Ahora estoy casado —dijo Elemak.

—Con una esposa joven. Una buena esposa.

—Una buena esposa para un hombre joven. Elemak sonrió irónicamente.

—Nadie es joven para siempre —dijo.

—¿Pero será ella buena esposa dentro de cinco años? ¿O diez?

Él la miró extrañamente.

—¿Cómo he de saberlo?

—Pero debes pensar en ello, Elya. ¿Qué clase de esposa será ella dentro de cincuenta años?

Él parecía desconcertado. No había pensado en el futuro, y ni siquiera sabía cómo fingir que había pensado en el futuro. Lo cogió totalmente por sorpresa.

—Pues lo que señalaba Shedemei, confirmando mis propias opiniones sobre el asunto, es que es imposible continuar con las costumbres matrimoniales de Basílica en el desierto. Basílica era muy grande, y nosotros somos apenas dieciséis personas.

Ocho parejas. Cuando abandones a Eiadh por otra, ¿con quién se casará ella?

Por cierto, Rasa sabía (y sabía que Elemak también sabía) que lo más probable era que Eiadh decidiera no renovar el contrato conyugal con Elemak, y no a la inversa.

Pero la pregunta seguía siendo la misma. ¿Con quién se casaría Eiadh?

—Y los hijos —continuó Rasa.

—Habrán hijos, pero no escuelas donde enviarlos. Se quedarán con sus madres, y otro hombre, otros hombres, los criarán.

Notó que su descripción del futuro preocupaba a Elemak. Sabía exactamente qué le preocupaba más, y no se avergonzaba de utilizar ese conocimiento. A fin de cuentas, los peligros que describía eran reales.

—Como ves, Elemak, mientras seamos sólo dieciséis almas que deben permanecer unidas para sobrevivir en el desierto, el matrimonio debe ser permanente.

Elemak no la miró. Pero los pensamientos se le veían en el rostro cuando se sentó en la alfombra que había extendido a manera de piso en el interior de la tienda, cubriendo el suelo arenoso.

—No podemos sobrevivir a las riñas —insistió ella—, los agravios... estaremos demasiado cerca, continuamente. Es preciso decírselo. Tu cónyuge de hoy lo es para siempre.

Elemak se acostó en la alfombra.

—¿Por qué me escucharían a mí si les hablara de ello? —dijo.

—Creerán que lo digo para quedarme con Eiadh. Sé muy bien que otros ya están esperando el momento de cortejarla, cuando hayan pasado nuestros primeros años de matrimonio.

—Entonces debes persuadirlos de aceptar los motivos para un matrimonio monógamo... para que entiendan que no se trata de un plan interesado de tu parte.

—¿Persuadirlos? —Elemak soltó una carcajada.

—Dudo que pueda persuadir a Eiadh.

Rasa notó que él se arrepentía al instante de haber hecho ese comentario. Era toda una confesión.

—Quizá persuasión no sea el término adecuado.

Es preciso ayudarles a entender que es una ley que debemos obedecer para evitar que esta familia se disgregue en un baño de sangre físico y emocional, tal como debemos guardar silencio cada día de viaje.

Elemak se incorporó, se inclinó hacia ella, con ojos plenos de... ¿qué? ¿Furor, temor, aflicción? Rasa se preguntó si había en juego más de lo que ella creía.

—Dama Rasa —dijo Elemak—, ¿esta ley que quieres es tan importante como para matar por ella?

—¿Matar? Eso es precisamente lo que más temo. Eso es lo que debemos evitar.

—Estamos en el desierto, y cuando lleguemos al campamento de Padre aún estaremos en el desierto, y en el desierto hay un solo castigo para cualquier delito. La muerte.

—No seas absurdo.

—Decapitación o abandono en el desierto, lo mismo da. Aquí el exilio es la muerte.

—Pero jamás se me ocurriría imponer una pena tan severa.

—Piénsalo, Rasa. ¿Dónde encarcelaríamos a alguien mientras viajamos? ¿Quién dispondría de tiempo libre para vigilar a un prisionero? Siempre se pueden dar azotes, por cierto, pero luego tendríamos que cuidar de una persona herida, y ya no podríamos viajar seguros.

—¿Y qué dices de revocar un privilegio? ¿Quitarle algo? Una multa, como se hacía en Basílica.

—¿Qué les quitarías, Rasa? ¿Qué privilegios tenemos? Si privas al infractor de algo que necesita de veras, como el calzado o el camello, lo lastimas de cualquier modo, y debemos viajar más despacio y arriesgar a todo el grupo. Si lo privas de lujos prescindibles, lo llenas de resentimiento y tienes una persona más a quien atender pero en quien no puedes confiar. No, Rasa, si la vergüenza no es suficiente para impedir que un hombre infrinja una ley, el único castigo efectivo es la muerte. El infractor no reincidirá, y todos los demás sabrán que va en serio. Y cualquier castigo más leve que la muerte surtirá el efecto contrario... el infractor reincidirá, y nadie más respetará la ley. Por eso te pregunto, antes de decidir que ésta ha de ser una ley en nuestros viajes, si consideras que vale la pena matar por ella.

—Pero de cualquier modo nadie te creerá capaz de matar, ¿verdad?

—¿Eso crees? Puedo decirte por experiencia que lo más difícil de castigar a un hombre en una travesía es contar a su viuda y sus huérfanos por qué no regresó a casa.

—Oh, Elemak, nunca creí...

—Nadie lo cree. Pero los hombres del desierto lo saben. Y cuando abandonas a un hombre en vez de matarlo al instante, tampoco le das ninguna posibilidad... ni camello, ni caballo, ni siquiera agua. De hecho, lo amarras de tal modo que no pueda moverse, para que los animales lo liquiden pronto... porque si vive demasiado, pueden encontrarlo los bandidos, y entonces padecerá una muerte más cruel, y mientras muere revelará a los bandidos tu paradero, y cuánta gente llevas, y cuántos montan guardia, y dónde guardas tus objetos de valor. También revelará otras cosas... el nombre cariñoso con que llama a su mujer, el apodo de los guardias, de modo que los bandidos sabrán qué decir en la oscuridad para confundir a tu gente y tomarla desprevenida. Les revelará...

—¡Basta! —exclamó Rasa.

—Lo haces a propósito.

—Tú crees que la vida en el desierto es una cuestión de frío y calor, de camellos y tiendas, de ir de vientre en la arena y de dormir en alfombras en vez de camas. Pero yo te describo aquello que Padre, tú y Nafai habéis escogido para nosotros...

—Lo que ha escogido el Alma Suprema.

—... la vida más penosa que puedas imaginar, un mundo peligroso y brutal donde la muerte te respira en la nuca, y donde tienes que estar dispuesto a matar para mantener el orden.

—Pensaré en otra cosa. Otra manera de manejar los matrimonios...

—No podrás. Te devanarás los sesos, y al fin y al cabo llegarás a la única conclusión posible. Si esta descabellada colonia desea triunfar, debe triunfar en el desierto y por la ley del desierto. Eso significa que las mujeres deben ser fieles a sus hombres, o morir.

—Y los hombres, si ellos son infieles —dijo Rasa, con la certeza de que Elemak no podía pretender que sólo se castigara a las mujeres.

—Oh, entiendo. Si dos personas infringen esta ley del matrimonio, tú deseas que ambas mueran, ¿verdad? Ahora tú eres la sanguinaria. Una mujer es más prescindible que un hombre. A menos que propongas que entrene a Kokor y Sevet para luchar. A menos que creas que Dol y Shedemei pueden cargar las tiendas en el lomo de los camellos.

—Conque en tu mundo de hombres la mujer sufre el peor castigo...

—Ahora no estamos en Basílica, Rasa. Las mujeres prosperan donde la civilización es fuerte. Aquí no. Si lo piensas bien, verás que castigar a la mujer sola es el mejor modo de mantener la ley. Porque ningún hombre puede susurrar «te amo» cuando ambos saben que en realidad quiere decir «tengo tantas ganas de follarte que no me importa si te mueres». ¿Cuánto éxito puede tener su seducción? Y si trata de forzarla, ella gritará... porque sabrá que su vida está en juego. Y si pillamos a un violador, mientras ella grita, en ese caso es el hombre quien muere. ¿Entiendes? El arte de la seducción pierde todo su encanto.

* * *

Elemak casi se echó a reír ante el semblante consternado que tenía Rasa cuando él dio media vuelta y salió de la tienda. Sí, ella creía que podía ejercer el liderazgo aun en el desierto, donde no conocía ni siquiera los rudimentos de la supervivencia, donde era un peligro constante para todos, con su cháchara, con esa presunta sabiduría que siempre estaba ávida de compartir, con su aire de mando. Podía crear esa ilusión de poder en Basílica, donde las mujeres tenían a los hombres tan sometidos con costumbres y modales que ella podía tomar decisiones y lograr que otros las

respetaran. Pero aquí pronto descubriría —ya estaba descubriendo— que le faltaba la auténtica voluntad de poder. Quería mandar, pero no quería tomar las duras decisiones que exigía el mando.

Conque matrimonio permanente. ¿Qué mujer podía satisfacer a un hombre vigoroso más de un par de años? Él siempre había considerado a Eiadh como una primera esposa. Habría sido magnífica en ese papel, adornando su primer hogar basilicano, dándole un primogénito, y luego ambos seguirían su camino. Elemak incluso había planeado que Rasa fuera la maestra de sus hijos, pues tenía talento para educar a los pequeños; Elemak sabía cuál era el auténtico valor de Rasa. Pero pensar que él estaría dispuesto a conservar a Eiadh cuando ella fuera gorda y vieja...

Pero en su corazón sabía que se mentía a sí mismo. Podía fingir que no quería a Eiadh para siempre, pero lo único que sentía por ella era deseo. Un deseo desbordante, posesivo, insaciable. La inconstante era Eiadh, no Elemak. Era ella quien había admirado a Nafai cuando él le hizo frente a Moozh y rechazó el consulado que le ofrecía el general. Era patético que admirase a Nyef por rechazar el poder en vez de admirar a su nuevo esposo por tenerlo y utilizarlo. Pero Eiadh era una mujer, a fin de cuentas, y también se había educado con esa reverencia mística por el Alma Suprema, y como el Alma Suprema había «elegido» a Nafai, esto lo hacía más atractivo a sus ojos.

En cuanto a Nafai... hacía meses que Elemak sabía que Nafai le había echado el ojo a Eiadh. Era uno de los motivos por los cuales Eiadh había atraído a Elemak desde el principio: al desposarla pondría a su entrometido hermanito en su sitio. Que se casara con ella después, cuando Eiadh ya hubiera tenido un par de hijos de Elemak. Así Nafai sabría qué lugar le correspondía. Pero ahora, maldición, Eiadh le había echado el ojo al chico, porque él había matado a Gaballufix. ¡Eso la atraía! Estaba enamorada de la ilusión de que Nafai era fuerte. Bien, mi querida Eiadh, mi tesoro, yo he matado antes, y no a un borracho tumbado en la calle. He matado a un bandido que atacaba mi caravana dispuesto a robar y matar. Y puedo matar de nuevo.

Puedo matar de nuevo, y Rasa ya ha aceptado la justificación. La ley del desierto, sí, eso pondrá fin a las intromisiones de Nafai. Rasa está tan segura de que su querido benjamín nunca infringiría la ley que aceptará que la pena por la desobediencia sea la muerte. Todos aceptarán. Y luego Nafai desobedecerá. Será tan simple, tan simétrico, y puedo matarlo exactamente con el mismo pretexto que Nyef usó para matar a Gaballufix... ¡que lo hago por el bien de todos!

Esa noche, cuando todos sentían en el vientre la pesadez de la cena fría, cuando la gélida brisa nocturna los obligó a buscar refugio en las tiendas, Elemak designó a Nafai para la primera guardia. Sabía que el pobre Nafai tenía muy presente quién aguardaba a Elemak dentro de su tienda. Sabía que Nafai estaba sentado bajo la helada luz de las estrellas, imaginando que Elya abrazaba el cuerpo desnudo de

Eiadh, dando calor y humedad a la tienda. Sabía que Nafai oía, o creía oír, los gemidos de Eiadh. Y cuando Elemak salió de la tienda, con el olor y la transpiración del amor, sabía que Nafai regresaría con abatimiento a su propia tienda, donde el único solaz que el pobre chico encontraría sería el cuerpo escuálido de Luet la vidente. Sentía la tentación de aceptar la ley de Rasa e imponerla, pues así Nafai envejecería mirando a Eiadh y sabiendo que pertenecía a Elemak, que nunca, nunca podría hacerla suya.

Capítulo 2

VÍNCULOS

Nafai montaba guardia como de costumbre, conversando con el Alma Suprema.

Ahora era más fácil que al principio, cuando él e Issib prácticamente le habían obligado a hablarles. Ahora podía articular pensamientos con la mente, como si los pronunciara en voz alta, y luego, sin esfuerzo, sentir las respuestas del Alma Suprema. Le llegaban como si fueran sus propios pensamientos, de modo que a veces le costaba distinguir entre las ideas del Alma Suprema y las propias; por cierto, a menudo repetía sus preguntas, y el Alma Suprema, como era un ordenador y por tanto nunca sentía prisa, repetía las respuestas todas las veces que él deseara.

Esa noche, como estaba de guardia, primero preguntó al Alma Suprema si había algún peligro en las cercanías.

(Un coyote, siguiendo el rastro de una liebre.)

No, quise decir peligro para nosotros, dijo Nafai en silencio.

(Los mismos bandidos que te mencioné antes. Pero oyen ruidos en la noche, y tiemblan escondidos en una cueva.)

Disfrutas haciéndoles esto, ¿verdad?, preguntó Nafai.

(No, pero percibo tu deleite. Esto es lo que vosotros llamáis un juego, ¿verdad?)

Se parece más a lo que llamamos una jugarreta. O una broma.

(Y a ti te encanta ser el único que está enterado de lo que hago.)

—Luet lo sabe.

(Por cierto.)

—¿Algún otro peligro?

(Elemak trama tu muerte.)

¿Qué, una puñalada por la espalda?

(Se siente muy confiado. Cree que puede hacerlo de una forma abierta, con el consentimiento de todos. Incluso de tu madre.)

¿Y cómo lo hará? ¿Despacharme con su pulsador y fingir que fue un accidente? ¿Asustará a mi camello para hacerme desbarrancar?

(Su plan es más sutil. Se relaciona con las leyes matrimoniales. Hoy Rasa y Shedemei comprendieron que los matrimonios deben ser permanentes, y Rasa acaba de persuadir a Elemak.)

Bien. Eso funcionará mejor que si Luet y yo hubiéramos propuesto la idea.

(Pero fuisteis Luet y tú quienes la propusieron.)

Pero sólo nosotros y tú lo sabemos, y nadie más lo sospechará. Ellos verán que la ley es sensata. Y además, yo tenía que hacer algo para impedir que Eiadh tratara de

enredarse conmigo. Me repugna que sólo me haya encontrado interesante una vez que maté a Gaballufix y me negué a ser el títere de Moozh. Creo que yo era mejor persona antes... antes que comenzara todo esto.

(Entonces eras un niño.)

Todavía soy un niño.

(Lo sé. Es uno de nuestros problemas. Peor aún, eres un niño que no es muy hábil para el engaño, Nafai.)

Ésa es tu especialidad, gracias.

(No puedes guiar a estas personas confiando en que yo plante tus ideas en sus mentes. En la travesía de Armonía a la Tierra no tendré el mismo poder que tengo aquí para llegar a sus mentes. Tendrás que aprender a hablar con ellos directamente. Enseñarles a acatar tus decisiones.)

Elya y Meb nunca acatarán mis decisiones.

(Entonces serán prescindibles.)

¿Como Gaballufix? Nunca más haré eso, Alma Suprema, te lo aseguro. Una vez maté por ti, pero nunca más, ni siquiera me hagas pensar en ello.

(Te oigo. Te comprendo.)

No, no comprendes. Nunca sentiste la sangre en tus manos. Nunca sentiste la espada empapándose de sangre, el desgarrón del cartílago entre las vértebras. No oíste sus últimos resuellos en el agujero sangrante de su garganta.

(Vi por tus ojos, sentí por tus brazos, oí por tus oídos.)

Nunca sentiste... esa terrible sensación de fatalidad. La sensación de que no hay vuelta atrás. De que él se ha ido y, aunque haya sido un hombre ruin, yo no tenía derecho a degollarlo de esa manera...

(Tenías el derecho porque yo te lo di, y yo tenía el derecho porque la humanidad me construyó para proteger a toda la especie, y la muerte de ese hombre era necesaria para la preservación de la humanidad en este mundo.)

Sí, lo sé, me lo has dicho una y otra vez.

(Una y otra vez rechazas la verdad e insistes en revolearte en esta insensata orgía de culpabilidad.)

Maté a un hombre ebrio e indefenso. No hubo gloria en ese acto. No hubo decencia. No hubo inteligencia ni sabiduría. No fui un buen hombre cuando lo cometí.

(Tú eras mis manos, Nafai. Hiciste lo que yo necesitaba que hicieras.)

Las manos eran mías, Alma Suprema. Pude haber dicho que no. Tal como digo que no ahora, cuando insinúas que mate a Elemak y Meb. No sucederá. No tomaré más vidas en tu nombre.

(Lo tendré en cuenta cuando trace planes para el futuro. Pero puedes cimentar tu liderazgo. Debes hacerlo. Tu padre está viejo y cansado, y confía demasiado en

Elemak. Cederá con frecuencia ante tu hermano, una y otra vez se someterá a él, hasta que no le quede voluntad.)

¿Entonces es mejor que se someta a mí?

(Tú no le impondrás sumisión. Tú siempre has mandado por su intermedio, con gran respeto hacia él. Si tú mandas, tu padre conservará el orgullo y el poder, ya te lo he dicho. Ahora ten la hombría de ocupar tu lugar.)

Todavía no. Éste no es momento para desafiar a Elemak. Lo necesitamos para que nos guíe en el desierto.

(Y yo te digo que él no tiene tantos escrúpulos. En este preciso instante, mientras hace el amor con Eiadh, te imagina amarrado y abandonado en el desierto, donde pronto descubrirás, Nafai, que puedo influir sobre los bandidos pero no puedo hacer nada con las bestias y aves de presa, los insectos que consideran que cualquier cosa que camina, vuela o reptas es su próxima comida. Ellos no me escuchan, simplemente cumplen el mandato de sus genes, y perecerás. ¿Y qué haré entonces sin ti?)

¿Él piensa actuar ahora, antes que lleguemos al campamento de Padre?

(Al fin me escuchas.)

¿Cuál es su plan, pues?

(No sé. Nunca lo piensa en forma directa. Estoy investigando, pero es difícil. No puedo escarbar en los recuerdos de un ser humano. Él teme tanto su malvado corazón que no se atreve a pensar su plan abiertamente.)

Tal vez cuando no lo distraiga el amor.

(¿Distraer? Incluso hace esto pensando en ti. Cree que aún deseas a Eiadh, así que espera que repares en el movimiento de la tienda, en los gemidos de ella.)

Sólo me hace desear que termine mi guardia, para regresar a Luet.

(Él no puede concebir que otro hombre no desee a la mujer que él desea.)

Yo la deseaba. Pensaba que Eiadh era lo que necesitaba y anhelaba. Pero entonces no entendía nada. Luet cree que ya está encinta. Luet y yo podemos hablar sobre todo. Hace apenas unos días que estamos casados, pero ella comprende mi corazón mejor que tú, y yo puedo expresar sus pensamientos casi antes que ella los tenga. ¿Elemak se cree que yo puedo desear a una mera mujer, cuando Luet es mi esposa?

(Elemak sabe que Eiadh se siente atraída por ti. Recuerda que una vez ella te atraía. También sabe que te he escogido para mandar. Está enfermo de envidia. Anhela tu muerte. Lo consume tanto que aun este acto de amor con Eiadh es como un homicidio en su corazón.)

¿No comprendes que esto es lo más terrible? Si algo deseo en la vida, es que Elemak me ame y respete. ¿Qué hice para que me deteste así?

(Te negaste a cederle tu voluntad.)

El amor y el respeto no tienen nada que ver con ejercer control sobre los demás.

(Si Elemak no puede controlarte, o bien no existes o bien eres su enemigo.)

Durante muchos años tú no exististe. Luego reparó en ti, y no eres tan fácil de intimidar ni manipular como Mebbekew, así que te convertiste en su rival.)

¿De veras es tan simple?

(Eliminé las partes complicadas.)

Su tienda está quieta. ¿Esto significa que saldrá pronto?

(Se está vistiendo. Está pensando en ti. También Eiadh.)

Al menos ella no quiere matarme.

(Si ella obtuviera lo que desea, el final sería el mismo. Tú moriría>.)

No digas a Luet que Elemak planea matarme.

(Le diré todo a Luet, tal como a ti. No miento a los humanos que sirven a mi causa.)

Mientes cuando lo consideras necesario. Y en todo caso no quiero que le mientas... pero no quiero que se preocupe.

(Yo sí quiero que se preocupe, ya que tú te niegas a hacerlo. A veces creo que deseas morir.)

No te aflijas por eso. Me gusta estar vivo y me propongo seguir así.

(A veces creo que ansias la muerte, pues crees que mereces morir por haber matado a Gaballufix.)

Aquí viene Elemak.

(Fíjate cómo desea que huelas sus manos.)

A Nafai le disgustó que el Alma Suprema le llamará la atención sobre ese detalle, pues de lo contrario no lo habría notado. Aunque tal vez sí, porque Elemak se preocupó por apoyarle ambas manos en los hombros, e incluso por rozarle las mejillas con los dedos.

—Conque no te has dormido —dijo.

—Tal vez sirvas para algo en el desierto, a fin de cuentas.

—No me dejaste vigilar tanto tiempo —respondió Nafai.

El olor a mujer era evidente. Era repulsivo que Elemak utilizara su intimidad con su propia esposa de esa manera. Era como si Eiadh no significara nada para él. Una herramienta. No una esposa, sólo un objeto de su pertenencia.

Pero si el Alma Suprema estaba en lo cierto, así era como Elemak experimentaba el amor, como propiedad.

—¿Viste algo? —preguntó Elemak.

—Oscuridad —dijo Nafai. No le mencionó los bandidos que estaban a pocos cientos de metros de distancia. Primero, se enfurecería al saber que Nafai recibía información del Alma Suprema. Segundo, se sentiría humillado por haber escogido un sitio donde los bandidos podían ocultarse a tan poca distancia. Tal vez se empeñara en buscarlos, lo cual significaría batalla y derramamiento de sangre, o despertaría a todos para seguir viaje, lo cual no tendría sentido, pues al Alma

Suprema no le costaba nada controlar a ese cobarde grupo de ladronzuelos.

—Si alguna vez miraras para arriba, notarías que hay estrellas —dijo Elemak.

Elemak lo estaba provocando, y Nafai sabía que lo más conveniente era ignorarlo, pero ya estaba lleno de furia, sabiendo que Elemak tramaba matarlo y sin embargo aún fingía ser su hermano, y sabiendo que Elemak acababa de hacer el amor con su esposa para que Nafai sintiera celos. Nafai no pudo contenerse. Alzó una mano.

—Y aquella estrella es Sol, el sol. Apenas visible, pero puedes encontrarla si sabes dónde mirar. Hacia allá nos dirigimos.

—¿De veras? —preguntó Elemak.

—Es la única razón por la cual el Alma Suprema nos sacó de Basílica —dijo Nafai.

—Tal vez el Alma Suprema no se salga con la suya. Es sólo un ordenador, a fin de cuentas... tú mismo lo has dicho.

Nafai quiso replicar que si el Alma Suprema era «sólo» un ordenador, Elemak era sólo un mandril lampiño. Seis meses atrás Nafai lo habría dicho, y Elemak lo habría arrojado contra una pared o lo habría tumbado de un puñetazo. Pero Nafai había aprendido algo desde entonces, así que contuvo la lengua.

Luet lo aguardaba en la tienda. Tal vez se hubiera adormilado, pues había trabajado duramente desde que habían instalado el campamento, y a diferencia de las perezosas ella madrugaría por la mañana. Pero Luet lo saludó en silencio, con los ojos abiertos y una sonrisa que disolvió el frío que Elemak le había puesto en el corazón.

Nafai se apresuró a desvestirse y luego la estrechó bajo las mantas.

—Estás tibia —dijo.

—Creo que la palabra técnica es cachonda —respondió ella.

—Elemak planea matarme —susurró Nafai.

—Ojalá el Alma Suprema lo detuviera —susurró ella.

—Creo que no puede. Creo que la voluntad de Elemak es demasiado fuerte para que el Alma Suprema le haga cambiar de parecer una vez que ha tomado una decisión.

—No le dijo que el Alma Suprema había insinuado que Nafai quizá tuviera que matar a su hermano. Como Nafai no tenía intenciones de hacerlo, no había motivo para meter esas ideas en la cabeza de Luet. Además le avergonzaba mencionarlo, temiendo que ella pensara que él tenía en cuenta esa posibilidad.

—Hushidh intuye que Elemak establece un vínculo más estrecho con los que desean regresar... Kokor y Sevet, Vas y Obring, Meb y Dol. Ahora están formando una especie de comunidad, separándose del resto de nosotros.

—¿Y Shedemei?

—Ella quiere regresar, pero no hay vínculo entre ella y los demás.

—Conque sólo tú, yo, Hushidh y Madre deseamos internarnos en el desierto.

—Y Eiadh. Ella quiere ir adonde tú vayas.

Ambos rieron, pero Nafai comprendió que Luet necesitaba que él le confirmara que el deseo de Eiadh no era correspondido. Se lo confirmó con creces, y luego se durmieron.

Por la mañana, con los camellos preparados, Elemak los reunió a todos.

—Un par de cosas —dijo.

—Primero, Rasa y Shedemei han hecho esta propuesta, y yo estoy de acuerdo. Mientras vivamos en el desierto, no podemos permitirnos la libertad sexual que teníamos en Basílica. Sólo causaría resentimiento y deslealtad, y eso es una sentencia de muerte para una caravana. Mientras permanezcamos en el desierto (y eso incluye el campamento de Padre, y cualquier otra parte donde nuestra población consista únicamente en nosotros y los tres que nos esperan) ésta es la ley: nadie podrá dormir con nadie excepto su propio marido o mujer, y todos los matrimonios actuales serán permanentes.

Se oyeron suspiros de consternación. Luet miró en derredor y vio que los más contrariados eran los previsibles: Kokor, Obring y Mebbekew.

—No tienes derecho a tomar semejante decisión —objetó Vas.

—Todos somos basilicanos, y vivimos bajo la ley basilicana.

—Cuando estamos en Basílica vivimos bajo la ley basilicana —dijo Elemak.

—Pero en el desierto se vive bajo la ley del desierto, y la ley del desierto declara que la palabra del jefe de la caravana es inapelable. Escucharé sugerencias hasta tomar una decisión, pero una vez que la decisión se haya tomado toda resistencia equivaldrá a motín, ¿comprendido?

—Nadie me dice con quién debo dormir y con quién no —dijo Kokor.

Elemak se le acercó y la encaró; ella se veía frágil ante ese cuerpo alto y musculoso.

—Y yo te digo que en el desierto no toleraré que nadie se escabulla de tienda en tienda. Eso conduciría al homicidio, y en vez de permitirte que improvises las muertes, te lo diré sin rodeos: si alguien es sorprendido en una situación que aparente un enredo sexual con alguien con quien no está casado, yo me encargaré personalmente de matar a la mujer en el acto.

—¡La mujer! —exclamó Kokor.

—Necesitamos hombres que ayuden a cargar los camellos —dijo Elemak.

—Además, la idea no debería sorprenderte, Koya, pues tú tomaste la misma decisión la última vez que decidiste que alguien debía morir por el delito de adulterio.

Luet notó que Kokor y su hermana Sevet se tocaban el cuello, pues Kokor había golpeado a Sevet en la garganta; no había logrado matarla, pero la había dejado sin voz. El esposo de Kokor, Obring, que también retozaba alegremente cuando Kokor

los sorprendió a ambos, estaba ileso. La observación de Elemak era insidiosa pero atinada, pues silenció por completo toda oposición a la nueva ley por parte de tres de las cuatro personas más propensas a resistirse. Kokor, Sevet y Obring ya no tenían nada que decir.

—No tienes derecho a tomar esa decisión —dijo Mebbekew. Él era el cuarto, por cierto, pero Luet sabía que Elemak no tardaría en ponerlo en cintura. Nunca le costaba dominar a Meb.

—No sólo tengo el derecho —declaró Elemak—, sino el deber. Es una ley necesaria para la supervivencia de nuestro pequeño grupo en el desierto, y será obedecida o impondré la única pena que puedo imponer aquí, a tantos kilómetros de la civilización. Si no entiendes esta idea, sin duda la dama Rasa podrá explicártela.

Se volvió hacia Rasa, exigiéndole en silencio que lo respaldara. Ella no lo defraudó.

—Me pasé toda la noche tratando de pensar otro modo de manejar esta situación —dijo—, pero no podemos vivir sin esta ley, y como dice Elya, en el desierto la única pena que tiene sentido es... la que él dijo. ¡Pero no una muerte directa! —añadió, con evidente disgusto.

—Sólo amarraremos a la persona y la abandonaremos.

—¿Sólo? —dijo Elemak desdeñosamente.

—Es sin duda la muerte más cruel.

—La deja en manos del Alma Suprema —dijo Rasa.

—Con la posibilidad de rescate.

—Reza para que no sea así —dijo Elemak.

—Los animales son más benignos que los salvadores que pueda encontrar aquí.

—El infractor debe ser atado y abandonado, no ejecutado —insistió Rasa.

Luet reflexionó: Teme que una hija suya sea la primera en desobedecer. En cuanto a la regla de Elemak, según la cual la muerte de la mujer contendría a los hombres, interpretaba las cosas al revés. Pocos hombres piensan en las consecuencias cuando los urge el deseo, pero una mujer puede postergar su deseo si el hombre que ama corre peligro.

—Como la dama desee —dijo Elemak.

—La ley del desierto deja las opciones al jefe de la caravana. Normalmente yo escogería una muerte rápida y limpia con un disparo de pulsador, pero esperemos que no sea necesario tener que tomar esa decisión.

—Miró al grupo, girando para incluir en su mirada a los que estaban a sus espaldas.

—No pido vuestro consentimiento en esto. Sólo os digo que así serán las cosas. Ahora levantad la mano si entendéis la ley bajo la cual viviremos.

Todos alzaron la mano, aunque algunos no ocultaban su furia.

No, no todos.

—Meb —dijo Elemak—, alza la mano. Estás avergonzando a tu querida esposa Dol. Sin duda ella se pregunta quién es la mujer cuyo amor consideras tan deseable como para causar la muerte segura de una dama de virtud dudosa en tu afán de obtenerlo.

Meb alzó la mano.

—Así me gusta —dijo Elemak.

—Pasemos ahora al otro asunto. Debemos tomar una decisión.

El sol aún no había despuntado, así que aún hacía mucho frío, sobre todo para los que habían colaborado poco en la tarea de sujetar las tiendas y cargar los camellos. Tal vez era el frío lo que hacía temblar la voz de Mebbekew cuando dijo:

—Creí que ahora tú tomabas todas las decisiones.

—Tomo todas las decisiones que conciernen a nuestra supervivencia y nuestra travesía —dijo Elemak.

—Pero no me considero un tirano. Las decisiones que no conciernen a la supervivencia incumben a todo el grupo. No podemos sobrevivir a menos que permanezcamos unidos, así que no toleraré divisiones entre nosotros. Al mismo tiempo, no recuerdo que alguien haya decidido hacia dónde nos dirigíamos.

—Regresamos adonde Padre e Issib —dijo Nafai de inmediato.

—Sabes que ellos esperan nuestro regreso.

—Ellos tienen agua en abundancia mientras se queden donde están. Necesitan que alguien vaya a buscarlos dentro de los próximos meses... Llegado el caso, tienen provisiones para años —dijo Elemak.

—No transformemos esto en una cuestión de vida o muerte a menos que sea necesario. Si la mayoría desea continuar hasta reunirse con Volemak en el desierto, de acuerdo. Allí iremos todos.

—No podemos regresar a Basílica —dijo Luet.

—Mi padre lo aclaró muy bien.

Su padre era Moozh, el gran general de los gorayni, aunque ella sólo se había enterado unos días atrás. Pero al recordar a los demás ese lazo familiar, esperaba infundir mayor peso a sus palabras.

Luet no era muy elocuente; siempre se había limitado a decir la verdad, y como las mujeres de Basílica sabían que era vidente, tomaban sus palabras en serio. Hablar ante un grupo que incluía hombres era algo nuevo. Pero Luet sabía que el prestigio familiar era un modo de salirse con la suya en Basílica, así que se valió de ese recurso.

—Sí —dijo Kokor—, tu tierno y amante padre, que trató de casarse con su propia hija y nos expulsó de la ciudad cuando no pudo.

—No fue así como sucedió —dijo Luet. Hushidh le tocó la mano para silenciarla.

—No lo intentes —susurró.

—Kokor es mejor que tú en esto.

Nadie más oyó las palabras de Hushidh, pero cuando Luet guardó silencio todos entendieron qué le había dicho, y Kokor rió con sorna.

—Luet tiene razón. No podemos regresar a Basílica —dijo Elemak.

—Al menos, no de inmediato... creo que ése fue el mensaje que quiso darnos cuando envió una escolta de soldados para asegurarse de que saliéramos de la ciudad sin peligro.

—Estoy harto de oír que ninguno de nosotros puede regresar a Basílica —intervino Mebbekew—, cuando sólo se trata de aquellos que avergonzaron a Moozh frente a todo el mundo.

—Señalaba a Hushidh, Luet y Nafai.

—Cállate, Meb —dijo Elemak con afable desdén.

—No quiero prolongar esta charla hasta que salga el sol. Estamos precisamente en la clase de comarca donde a los bandidos les gusta atrincherarse, y si hay algún escondrijo en una caverna cercana, seguramente nos atacarán cuando sea de día.

Luet se preguntó si Elemak había captado alguna información sobre los bandidos que el Alma Suprema estaba controlando. Tal vez Elemak sabía muy bien que esos hombres sólo eran valientes a la luz del sol, y se ocultaban durante la noche. Además, era posible que Elemak estuviera recibiendo los mensajes del Alma Suprema en forma subliminal, sin comprender de dónde procedían las ideas y pensamientos. A fin de cuentas, Elemak era un producto del programa secreto de crianza del Alma Suprema, tanto como los demás, y poco tiempo atrás había recibido un sueño. Si Elemak admitiera que él podía comunicarse con el Alma Suprema y siguiera sus planes de buena gana, todo se simplificaría. Dadas las circunstancias, ella y Hushidh habían pensado en planes para frustrar los propósitos de Elemak.

—Aunque no podemos regresar a Basílica de inmediato —continuó Elemak—, eso no significa que tengamos que reunimos con Padre sin dilación. Hay muchas otras ciudades que aceptarían una caravana de extranjeros, teniendo en cuenta que Shedemei tiene un valioso cargamento de embriones y semillas.

—No están en venta —dijo Shedemei. Su voz fue tan enfática, y su respuesta tan brusca, que todos supieron que no tenía la menor intención de discutir sobre ello.

—¿Ni siquiera para salvarnos la vida? —dijo dulcemente Elemak.

—Pero no importa... de todos modos no me propongo venderlos. Sólo son valiosos acompañados por el conocimiento que Shedyá lleva en la cabeza. Lo que importa es que nos dejarán entrar si saben que, lejos de ser un hato de vagabundos sin dinero recién expulsados de Basílica por el general Moozh de los gorayni, acompañamos a la famosa genetista Shedemei, quien muda su laboratorio de la turbulenta Basílica a una ciudad apacible que le garantice que podrá trabajar sin

perturbaciones.

—Perfecto —dijo Vas.

—No hay una sola Ciudad de la Planicie que nos niegue la entrada en esas condiciones.

—Más aún, nos ofrecerían dinero —dijo Obring.

—Querrás decir que me ofrecerían dinero —dijo Shedemei, aunque obviamente se sentía halagada.

No había pensado que su presencia otorgaría cierto prestigio a cualquier ciudad donde ella se instalara. Luet notó que las adulaciones de Elemak surtían efecto.

(Lo someterá a votación), dijo el Alma Suprema en la mente de Luet.

Eso resulta obvio, pensó Luet. ¿Pero cuál es su plan?

(Cuando Nafai se oponga a la decisión de regresar a la ciudad, será motín.)

Entonces no debe oponerse.

(Entonces mis planes podrían frustrarse.)

Pues controla el voto.

(¿Qué votos debo cambiar? ¿En quiénes creería Elemak si de pronto votaran por continuar?)

Pues impide la votación.

(No ejerzo tanta influencia en Elemak.)

¡Entonces dile a Nafai que no se oponga!

(Debe oponerse, pues de lo contrario no habrá viaje a la Tierra.)

—¡No! —exclamó Luet. Todos la miraron.

—¿No qué? —preguntó Elemak.

—No habrá votación —dijo ella.

—Vaya —dijo Elemak.

—He aquí a otra amante de la libertad que deja de creer en la democracia cuando teme que la votación le sea desfavorable.

—¿Quién habló de votar? —preguntó Dol, que nunca era muy perspicaz para entender lo que sucedía.

—Yo voto por regresar a la civilización —dijo Obring.

—De lo contrario seremos esclavos del matrimonio... y de Elemak.

—Pero yo no hablé de votar —dijo Elemak.

—Sólo dije que debemos decidir adonde ir. Un voto podría ser interesante, pero no me someteré a él. Necesito vuestro consejo, no vuestro gobierno.

Así que ofrecieron sus elocuentes consejos, o eso intentaron.

Pero si alguien proponía un argumento que otro ya había expuesto, Elemak lo silenciaba al instante.

—Ya he oído eso. ¿Algo nuevo que añadir? En consecuencia la discusión no duró demasiado, y Elemak no tardó mucho en preguntar:

—¿Algo más?

Nadie respondió.

Elemak aguardó, miró en torno. El reflejo del sol que asomaba sobre la cima de las lejanas montañas le brillaba en los ojos y el cabello. Éste es su momento de gloria, pensó Luet. Esto es lo que había planeado: una comunidad, incluida la esposa de su padre, incluido su hermano Nafai, incluidas la vidente y la descifradora de Basílica, incluida su propia mujer, todos aguardando la decisión que cambiaría sus vidas. O les pondría fin.

—Gracias por vuestros sabios consejos —dijo gravemente Elemak.

—Me parece que no tenemos que escoger entre una cosa y otra. Los que deseen regresar a la civilización pueden hacerlo, y los que deseen internarse en el desierto para cumplir con el encargo del Alma Suprema, también pueden hacerlo. Podemos considerarlo el rescate de mi padre o el comienzo de un viaje a la Tierra... por ahora eso no tiene importancia. Lo que importa es que todos pueden quedar satisfechos; iremos un trecho hacia el sur, cruzaremos las montañas y descenderemos a las Ciudades de la Planicie. Allí podremos dejar a los que no soportan vivir bajo la ruda ley del desierto, y yo podré llevar conmigo a los más fuertes.

—¡Muchas gracias! —dijo Mebbekew.

—No me importa lo que él diga de mí, mientras tenga mi libertad —dijo Kokor.

—Tontos —dijo Nafai.

—¿No veis que sólo está fingiendo?

—¿Qué has dicho? —preguntó Elemak.

—Siempre pensó en llevarnos de vuelta a la civilización —dijo Nafai.

—No, Nafai —dijo Luet, pues sabía lo que sucedería a continuación.

—Escucha a tu mujercita, hermano —dijo Elemak, con voz engañosamente serena.

—Escucharé al Alma Suprema —dijo Nafai.

—El único motivo por el cual ahora estamos vivos es que el Alma Suprema ha influido sobre una banda de salteadores para que permanezcan escondidos en su caverna, a menos de trescientos metros. El Alma Suprema puede guiarnos en el desierto, con o sin Elemak y su estúpida ley del desierto. El suyo es un juego de adolescentes... ver quién puede hacer las amenazas más atrevidas...

—No son amenazas —dijo Elemak.

—Son leyes que todo viajero del desierto conoce.

—Si confiamos en el Alma Suprema, todos estaremos a salvo en este viaje. Si confiamos en Elemak, regresaremos a la Planicie y pereceremos en las guerras que se avecinan.

—Confiar en el Alma Suprema —se mofó Mebbekew.

—En realidad se trata de confiar en lo que dices tú.

—Elemak sabe que el Alma Suprema es real. Él tuvo un sueño que nos llevó de vuelta a la ciudad para desposar a nuestras mujeres, ¿o no?

Elemak se echó a reír.

—Sigue parloteando, Nafai.

—Es como dijo Elemak. No es una cuestión de democracia. Es cuestión de que cada cual tome su decisión. Podemos continuar la travesía como ha dicho el Alma Suprema, realizar el viaje más grandioso en cuarenta millones de años y heredar un mundo para nosotros y nuestros hijos. O regresar a la ciudad para traicionar a nuestros cónyuges, como ya están planeando algunos. En cuanto a Luet y yo, nunca regresaremos a la ciudad.

—Suficiente —dijo Elemak.

—Una palabra más y eres hombre muerto.

—Empuñaba un pulsador. Luet no había visto que lo tenía, pero sabía qué significaba. Esto era precisamente lo que Elemak esperaba. Lo había planeado con mucho cuidado, y ahora podía matar a Nafai sin que nadie se atreviera a condenarlo por ese acto.

—Yo conozco el desierto y tú no. No hay bandidos donde tú dices que están, pues de lo contrario ya habríamos perecido. Si eso es lo que tu afiebrado y minúsculo cerebro considera sabiduría, hermano, todos los que vayan contigo están condenados. Pero nadie irá contigo, porque no permitiré que este grupo se divida. Eso significaría una muerte segura para cualquiera que te acompañara.

—Mentira —dijo Nafai.

—Por favor, habla de nuevo para que pueda ejecutarte como el amotinado que eres.

—¡Contén la lengua, Nafai, hazlo por mí! —exclamó Luet.

—Todos le habéis oído, ¿verdad? —dijo Elemak.

—Se ha rebelado contra mi autoridad y ha intentado llevar un grupo hacia su destrucción. Eso es motín, que es mucho más grave que el adulterio, y la pena es la muerte. Todos sois testigos. Todos tendríais que confesarlo ante un tribunal, si fuera necesario.

—Por favor —dijo Luet.

—Déjalo en paz, y no hablará más.

—¿Es verdad, Nafai? —preguntó Elemak.

—Si continúas tu viaje hacia la ciudad —dijo Nafai—, el Alma Suprema no tendrá motivos para contener a los bandidos, y todos pereceréis.

—¿Veis? —dijo Elemak.

—Aun ahora intenta amedrentarnos con fantasías sobre bandidos inexistentes.

—Es lo que tú has hecho continuamente —intervino Shedemei.

—Obligarnos a obedecerte por temor a que nos encontraran los bandidos.

Elemak se volvió hacia ella.

—Nunca afirmé que estuvieran a pocos metros de distancia, ocultándose en una cueva, sólo que existía la probabilidad de que nos atacaran. Sólo he dicho la verdad... pero este mocoso piensa que sois tan necios que creeréis sus evidentes mentiras.

—Creed lo que os plazca —dijo Nafai.

—Pronto tendréis pruebas.

—Motín —declaró Elemak—, y todos vosotros, aun su propia madre, seréis testigos de que no tuve opción, porque él se negaba a desistir de su rebelión. Si no fuera mi propio hermano, yo no habría esperado tanto tiempo. El ya estaría muerto.

—Y si tú no tuvieras genes que el Alma Suprema considera preciosos —dijo Nafai—, Gaballufix te habría matado cuando no condujiste a Padre hacia su trampa.

—Con acusarme no ganas nada, sino agravar tu delito —dijo Elemak.

—Despídete de tu madre y tu esposa... desde donde estás, sin moverte.

—Elemak, no puedes hablar en serio —dijo Rasa.

—Tú misma conviniste conmigo, Rasa, en que nuestra supervivencia dependía de la obediencia a la ley del desierto, y acordamos una pena.

—Veo que tú, maliciosamente...

—Cuidado, Rasa. Haré lo que se debe hacer, aunque también sea preciso abandonarte aquí para que mueras.

—No te preocupes, Madre —dijo Nafai.

—El Alma Suprema está con nosotros, y Elemak está indefenso.

Luet comenzó a comprender qué se proponía Nafai. Parecía muy tranquilo, increíblemente tranquilo. Entonces debía estar seguro de que el Alma Suprema podría protegerlo. Debía tener su propio plan, y entonces era preferible que Luet guardara silencio y le dejara hacer, a pesar de sus temores.

Me gustaría que me revelaras el plan, sin embargo, le dijo al Alma Suprema.

(¿Plan?) respondió el Alma Suprema.

A Luet le temblaron las manos.

—Pronto veremos cuan indefenso estás tú —dijo Elemak.

—Mebbekew, coge unos metros de la cuerda más liviana y átale las manos. Usa un nudo de cincha, bien fuerte, y no te preocupes si le cortas la circulación en las manos.

—¿Veis? —dijo Nafai.

—Tiene que matar a un hombre maniatado.

No lo hagas, exclamó Luet en su corazón. ¡No lo induzcas a dispararte! Si dejas que te ate, puedes tener una oportunidad.

Elemak miró de reojo a Mebbekew, quien caminó hacia los camellos y regresó con una cuerda.

Mientras Mebbekew sujetaba las manos de Nafai a su espalda, ciñéndole las

muñecas, Hushidh avanzó un paso.

—Quédate donde estás —advirtió Elemak.

—Lo ataré y lo abandonaré por respeto a la dama Rasa, pero no me molestaría dispararle y terminar de una vez.

Hushidh se quedó donde estaba, pues de todos modos había obtenido lo que deseaba, la atención de los demás.

—Elemak planeó esto desde un principio —declaró— porque quería matar a Nafai. Sabía que Nafai no tendría más remedio que oponerse si él decidía regresar. Lo organizó todo para contar con una excusa legal para el homicidio.

Elemak pestañeó.

Luet notó que estaba perdiendo los estribos. ¿Qué haces, Hushidh, hermana mía? ¡No lo induzcas a matar a mi esposo mientras estamos aquí!

—¿Por qué haría Elya una cosa semejante? —intervino Eiadh.

—Estás diciendo que mi Elemak es un asesino, y no es así.

—Eiadh, pobre ingenua —dijo Hushidh.

—Elemak quiere matar a Nafai porque sabe que si tú pudieras escoger hoy, lo abandonarías para quedarte con Nafai.

—¡Mentira! —exclamó Elemak.

—¡No respondas, Eiadh! ¡No digas nada!

—Porque él no soporta oír la verdad —dijo Hushidh.

—La oirá en tu voz.

Ahora Luet comprendía. Hushidh estaba usando el talento que le daba el Alma Suprema, tal como cuando Rashgallivak se encontraba en el vestíbulo de la casa de Rasa, planeando usar sus soldados para secuestrar a las hijas de Rasa. Hushidh decía las palabras que destruirían la lealtad de los seguidores de Elemak, que le quitarían todo respaldo. Los estaba desvinculando, y si lograba pronunciar algunas frases más, lo conseguiría.

Lamentablemente, Luet no era la única que lo comprendía.

—¡Que se calle! —dijo Sevet, con voz áspera y ronca, pues aún no se había recobrado de la herida que le había infligido Kokor. Pero podía hacerse oír, y su voz doliente llamó aún más la atención.

—No dejéis que hable Hushidh. Es una descifradora, y es capaz de volvernos a todos contra todos. Vi cómo lo hacía con los hombres de Rashgallivak, y puede lograrlo ahora, si la dejáis.

—Sevet tiene razón —dijo Elemak.

—Ni una palabra más, Hushidh, o lo mataré.

Hushidh abrió la boca para hablar de nuevo. Pero algo —tal vez el Alma Suprema— la contuvo. Se volvió y regresó al lugar donde estaba antes, frente a Rasa y Shedemei. Se había desvanecido la última esperanza, por lo que veía Luet. El Alma

Suprema podía lograr que la gente de voluntad débil se aturdiera o se atemorizara unos instantes, pero no tenía fuerzas para detener a un hombre empeñado en asesinar. No tenía fuerzas para lograr que los bandidos se volvieran repentinamente amables con Nafai, en caso de que lo hallaran. Y por cierto no podría impedir que los animales del desierto lo encontraran y lo devorasen. El ardid de Hushidh había sido la última posibilidad, y no había resultado.

No, no desesperaré, pensó Luet. Tal vez, si lo dejamos aquí, podamos abandonar la partida y regresar para desatarlo. O tal vez yo pueda matar a Elemak mientras duerme y...

No, no. Ella era incapaz de matar, y lo sabía. Ni siquiera si el Alma Suprema lo ordenaba, como le había ordenado a Nafai que matara a Gaballufix. Ni siquiera entonces podría hacerlo. Y tampoco podría escabullirse para ayudar a Nafai a tiempo. Era el fin. No había esperanzas.

—Ya está atado —dijo Mebbekew.

—Déjame revisar el nudo —dijo Elemak.

—¿Crees que no sé atarlo? —preguntó Mebbekew.

—El ordenador que ellos adoran tiene presuntamente el poder para volver a la gente más estúpida que de costumbre —dijo Elemak.

—¿No es así, Nafai?

Nafai no respondió. Luet se enorgulleció de él, pero aún sentía temor. Pues sabía que el poder del Alma Suprema era muy grande en un largo período de tiempo, pero muy pequeño en un momento dado.

Ahora Elemak estaba detrás de Nafai, apuntándole el pulsador a la espalda.

—Arrodíllate, hermanito.

Nafai no se arrodilló, pero Meb empezó a hacerlo, como por reflejo.

—Tú no, imbécil. Nyef.

—El condenado —dijo Nafai.

—Sí, tú, hermanito. Arrodíllate.

—Si vas a dispararme, prefiero morir de pie.

—No hagas tanta alharaca. Quiero atarte las manos a los tobillos, así que arrodíllate.

Lenta y cuidadosamente, Nafai se arrodilló.

—Siéntate sobre los talones —dijo Elemak.

—Así. Ahora, Meb, pasa los extremos del cordel entre los tobillos, subiéndolos delante de las piernas, y átalos frente a las muñecas. Eso es, donde no pueda alcanzarlos con los dedos. Muy bien. ¿Sientes algo en las manos, Nafai?

—Sólo la palpitación de mi sangre, tratando de pasar bajo las sogas que me sujetan las muñecas.

—Cordeles, no sogas, Nafai. Pero es como si fueran de acero.

—No estás cortando mi sangre, Elemak, sino la tuya —dijo Nafai.

—Pues tu sangre será desconocida en la Tierra, mientras que la mía vivirá por mil generaciones.

—Suficiente —dijo Elemak.

—Ahora diré lo que se me antoje, pues ya has decidido matarme. ¿Qué más da si digo la verdad? ¿Debo temer que me patees o me escupas, cuando ya miro a la muerte en la cara?

—Si tratas de provocarme para que te dispare, no dará resultado. Le hice una promesa a Rasa, y cumpliré mi palabra.

Pero Luet notó que las palabras de Nafai surtían cierto efecto. El grupo estaba cada vez más tenso, y para todos era evidente que el enfrentamiento aún no se había producido, aunque Elemak pensara que ya había ganado.

—Ahora montaremos nuestros camellos —dijo Elemak.

—Y nadie regresará para tratar de salvar a este amotinado, pues de lo contrario compartirá su destino.

Si Euet no hubiera creído que Nafai y el Alma Suprema tenían algún plan, habría insistido en quedarse a morir junto a su esposo. Pero lo conocía bastante, aun al cabo de pocos días, y sabía que Nafai no estaba atemorizado. Y aunque era un joven valiente, al menos ella captaría su miedo si él creía que iba a morir de veras.

Su madre debía sentir lo mismo, comprendió Luet, pues tampoco protestaba. Ambas aguardaban, viendo cómo se desarrollaba el plan.

Elemak y Mebbekew empezaron a alejarse de Nafai. De pronto Mebbekew se volvió, apoyó el pie en el hombro de Nafai y lo empujó para tumbarlo en la arena. Con las manos atadas a los tobillos, Nafai no pudo hacer nada para amortiguar la caída. Pero ahora Luet le veía la espalda, y notó que los cordeles estaban mal anudados.

Conque de eso se trataba. El Alma Suprema hacía todo lo posible para influir sobre Mebbekew y Elemak, para que ellos vieran cuerdas bien ceñidas cuando en realidad ni las habían anudado. Normalmente no tenía el poder de estupidizarlos, o al menos de distraer tanto a Elemak. Pero entre Hushidh y Nafai, con su cháchara peligrosa e irritante, habían logrado encolerizar tanto a Elemak que el Alma Suprema tenía más poder para confundirlo. En verdad, debía haber otros que veían que Nafai no estaba bien maniatado, aunque afortunadamente los que podían ver mejor eran los menos propensos a comentarlo: Rasa, Hushidh y Shedemei. En cuanto a los demás, con ayuda del Alma Suprema sin duda veían lo que esperaban ver, lo que Elemak y Mebbekew les habían inducido a ver.

—Sí —dijo la dama Rasa—, vamos a los camellos.

Caminó enérgicamente hacia los animales. Luet y Hushidh la siguieron.

Los demás también dieron media vuelta para marcharse.

Todos menos Eiadh. Permaneció inmóvil, mirando a Nafai. Los demás, de pie junto a los camellos arrodillados, se volvieron y vieron que Elemak se le acercaba y le apoyaba la mano en la espalda.

—Sé que esto lastima tu tierno corazón, Edhya —dijo Elemak.

—Pero a veces un jefe tiene que actuar con firmeza, por el bien de todos.

Ella ni siquiera lo miró.

—Nunca pensé que un hombre pudiera enfrentar la muerte con tanta serenidad —dijo.

Maravilloso, le dijo Luet al Alma Suprema. ¿Estás haciendo que ella se enamore aún más de Nafai? Magnífica ayuda. Así garantizas que nunca tengamos paz, aunque Nafai salga de ésta con vida.

(Confía un poco en mí, por favor. No puedo hacer todo al mismo tiempo. ¿Qué prefieres, que Eiadh olvide a tu esposo, o que tu esposo viva y la caravana siga viaje hacia el campamento de Volemak?)

Confío en ti. Sólo preferiría que las cosas no llegaran tan lejos.

—¡Óyeme! —exclamó Nafai.

—No ganarás nada con tus súplicas —dijo Elemak.

—¿O quieres pronunciar un último discurso de amotinado?

—No nos hablaba a nosotros —dijo Eiadh.

—Le hablaba al Alma Suprema.

—Alma Suprema, ya que he depositado mi confianza en ti, libérame de las manos asesinas de mis hermanos. Dame fuerzas para romper estos cordeles que me sujetan las manos.

¿Qué pensaron los demás? Luet no podía saberlo. Ella sólo vio que Nafai se liberaba fácilmente de las cuerdas, se levantaba torpemente. Pero los otros sin duda vieron lo que más temían: Nafai destrozando las cuerdas con las manos, irguiéndose con porte majestuoso y amenazador. Sin duda el Alma Suprema concentraba toda su influencia en los demás, sin afectar a los que ya habían aceptado su propósito. Luet, Hushidh y Rasa veían la realidad de lo que ocurría. Los demás veían algo que no era real, aunque estaba lleno de verdad: que Nafai tenía en sí el poder del Alma Suprema, que era el elegido, el verdadero líder.

—¡No llevaréis esos camellos hacia ninguna ciudad conocida para la humanidad! —exclamó Nafai. Su voz tensa y ronca llegó hasta los camellos, donde Vas ayudaba a Sevet a montar.

—Tu motín contra el Alma Suprema ha terminado, Elemak. Sólo que el Alma Suprema es más misericordiosa que tú. Te dejará vivir, pero sólo mientras jures que nunca más alzaras tu mano contra mí. Mientras prometas concluir el viaje que iniciamos, reunirte con Padre y luego continuar hacia el mundo que el Alma Suprema ha preparado para nosotros.

—¿Qué truco es éste? —exclamó Elemak.

—El único truco es el que usaste para engañarte a ti mismo —dijo Nafai.

—Pensaste que al sujetarme con cuerdas también podías sujetar al Alma Suprema, pero te equivocabas. Podrías haber estado al mando de esta expedición si hubieras sido obediente y sabio, pero estabas enceguecido por el ansia de poder y la envidia, así que ahora no tienes más opción que obedecer al Alma Suprema o morir.

—¡No me amenes! —exclamó Elemak.

—Tengo el pulsador, necio, y te he condenado a muerte.

—¡Mátalo! —dijo Mebbekew.

—Mátalo ahora, o lo lamentarás por siempre.

—Vaya valentía, pequeño Meb —dijo Hushidh—, instigar a tu hermano a hacer aquello que tú jamás te atreverías.

Le habló con tanto desdén que Mebbekew retrocedió como si lo hubieran abofeteado.

Pero Elemak no retrocedió. Al contrario, avanzó, empuñando el pulsador. Luet notó que estaba aterrorizado, absolutamente convencido de que Nafai había obrado un milagro al zafarse tan fácilmente de sus ligaduras. Pero de un modo u otro, estaba decidido a matar a su hermano menor, y el Alma Suprema no podía detenerle.

No tenía el poder para disuadir a Elemak de su propósito.

—¡Elya, no lo hagas! —exclamó Eiadh. Echó a correr, lo aferró, le tiró del brazo que empuñaba el arma.

—Hazlo por mí. Si lo tocas, Elya, el Alma Suprema te matará, ¿no lo sabes? Es la ley del desierto... lo que tú mismo dijiste. ¡El motín es muerte! No te rebeles contra el Alma Suprema.

—Ése no es el Alma Suprema —dijo Elemak. Pero la voz le temblaba de miedo e incertidumbre, y sin duda el Alma Suprema estaba aprovechando cada jirón de duda de su corazón, magnificándolo mientras Eiadh le suplicaba.

—Ése es mi arrogante hermanito.

—Pudiste haber sido tú —dijo Nafai.

—Pudiste haber sido tú quien condujera a los demás, siguiendo el plan del Alma Suprema. El Alma Suprema jamás me habría elegido a mí, si hubieras estado dispuesto a obedecer.

—Escúchame a mí, no a él —dijo Eiadh.

—Tú eres el padre del hijo que llevo dentro de mí... ¿cómo sabes que no tengo un hijo dentro de mí? Si lastimas a Nafai, si desobedeces, morirás, y mi hijo no tendrá padre.

Al principio Luet temió que Elemak interpretara los ruegos de Eiadh como otra prueba de que su esposa amaba a Nafai más que a él. Pero no fue así. Ella le suplicaba que no dañara a Nafai para salvar su propia vida. En consecuencia, sólo

podía tomarlo como prueba de que lo amaba a él, pues trataba de salvarlo a él.

Vas también había regresado, y le apoyó una mano en el otro hombro.

—Elya, no lo mates. No regresaremos a la ciudad... ninguno de nosotros.

—Se volvió hacia los demás.

—¿No es verdad? Todos aceptamos ir a reunirnos con Volemak, ¿verdad?

—Hemos visto el poder del Alma Suprema —explicó Eiadh.

—Ninguno de nosotros habría querido regresar a la ciudad si hubiéramos comprendido. Por favor, todos estamos de acuerdo. Ahora tenemos un solo propósito, y no hay división entre nosotros. Por favor, Elemak. No me conviertas en viuda por esto. Seré tu esposa para siempre, si te abstienes de matarlo. ¿Pero qué seré si te rebelas contra el Alma Suprema y mueres?

—Aún eres jefe de esta caravana —dijo Rasa.

—Eso no cambia. Sólo nuestro destino, y tú mismo dijiste que la elección del destino no dependía sólo de ti. Ahora vemos que esa elección no depende de ninguno de nosotros, sino del Alma Suprema.

Eiadh sollozaba, y sus lágrimas eran fervientes y reales.

—Oh, Elya, esposo mío, ¿me odias tanto que deseas morir?

Luet casi podía prever lo que sucedería a continuación. Dol, viendo las conmovedoras lágrimas de Eiadh, no podía permitir que su actuación concentrara la atención de todos, así que se aferró a su esposo y lloró a moco tendido —con lágrimas muy convincentes— para que tampoco él causara daño a Nafai. ¡Como si Meb alguna vez actuara por su cuenta! ¡Y como si esas lágrimas pudieran conmooverlo!

Luet se hubiera echado a reír, pero sabía que la vida de Nafai dependía del modo en que Elemak reaccionara ante esos llantos.

El rostro de Elemak cambió. Su determinación de matar a Nafai, que no había cedido ante la influencia del Alma Suprema, se aflojó ante las súplicas de su esposa. Y a medida que menguaba la voluntad de matar, el Alma Suprema adquiría mayor poder para manipular y magnificar sus miedos. En pocos instantes el peligroso homicida se transformó en un guiñapo tembloroso, espantado de lo que había estado a punto de hacer. Miró el pulsador que empuñaba, se estremeció, lo arrojó al suelo. El arma cayó a los pies de Luet.

—Oh, Nafai, hermano mío, ¿qué estaba haciendo? —exclamó Elemak.

Mebbekew se humilló aún más. Se arrojó de bruces al suelo.

—¡Perdóname, Nafai! ¡Perdóname por amarrarte como un animal! ¡No dejes que el Alma Suprema me mate!

Estás exagerando, le dijo Luet al Alma Suprema. Se sentirán muy humillados cuando recuerden cómo actuaron, aunque deduzcan que fuiste tú quien los acobardó.

(¿Qué, crees que controlo todos los matices de esta situación? Puedo gritarles

que sientan miedo y no oyen nada, pero de pronto me oyen y se derrumban. Creo que lo estoy haciendo bastante bien, considerando que es la primera vez.)

Sólo sugiero que los dejes un poco. El trabajo está hecho.

—Elemak, Mebbekew, claro que os perdono —dijo Nafai.

—¿Pero qué importa eso? Lo que importa es el perdón del Alma Suprema, no el mío.

—Arrodíllate ante el Alma Suprema —le dijo Eiadh, obligando a Elemak a agacharse.

—Arrodíllate y suplica su perdón, por favor. ¿No ves que tu vida corre peligro?

Elemak la miró con calma, a pesar del miedo que lo carcomía.

—¿Y qué te importa si yo vivo o muero?

—Tú eres mi vida —dijo Eiadh.

—¿Acaso todos no hemos prestado el juramento de permanecer juntos para siempre?

En realidad, pensó Luet, no habían prestado ningún juramento. Sólo habían escuchado el edicto de Elemak y habían alzado las manos para dar a entender que lo comprendían. Pero tuvo la prudencia de callarse.

Elemak se arrodilló.

—Alma Suprema —dijo con voz trémula—, iré adonde quieras que vaya.

—Yo también —dijo Mebbekew sin levantar la cabeza de la arena.

—Cuenta conmigo.

—Mientras Eiadh sea mía —dijo Elemak—, no me importará estar en el desierto o en la ciudad, en Armonía o en la Tierra.

—¡Oh, Elya! —exclamó Eiadh. Lo rodeó con los brazos y le lloró en el hombro.

Luet se agachó a recoger el pulsador que había caído a sus pies. Más valía no perder una valiosa arma. No sabían cuándo podían necesitarla para cazar.

Nafai se le acercó. Para Luet significó muchísimo que él fuera primero hacia ella, su esposa de hacía pocos días, en vez de ir hacia su madre. Nafai la abrazó, y ella sintió su temblor. Nafai había tenido miedo, a pesar de su confianza en el Alma Suprema. Y se había salvado por poco.

—¿Sabías cómo resultaría todo? —preguntó.

—El Alma Suprema no sabía si podría engañarlos con las cuerdas —murmuró Nafai.

—Y menos cuando Elemak se acercó para inspeccionar el nudo.

—Era preciso que lo hiciera, si luego iba a creer que tu liberación era un milagro.

—¿Sabes qué pensaba cuando estaba de rodillas, con el pulsador en la cabeza, diciendo esas cosas que lo instigaban a matarme? Nunca sabré qué cara tiene nuestro bebé.

—Ahora lo sabrás.

Nafai se apartó de ella, le quitó el pulsador de la mano.

Hushidh se le acercó y apoyó la mano en el arma.

—Nyef —dijo—, si retienes el pulsador, no habrá esperanzas de curación.

—¿Y si se lo devuelvo a Elemak? Hushidh asintió.

—Es lo mejor —dijo.

Nadie comprendía mejor que Hushidh la descifradora los vínculos que unían a la gente.

Nafai caminó hacia Elemak y le entregó el pulsador.

—Por favor —dijo—, ni siquiera sé usarlo. Necesitamos que nos conduzcas hasta el campamento de Padre.

Elemak vaciló un instante. Odiaba recibir el arma de manos de Nafai. Pero al mismo tiempo sabía que Nafai no tenía por qué devolvérsela, que Nafai no tenía por qué devolverle su liderazgo. Y necesitaba ese liderazgo, lo necesitaba tanto que estaba dispuesto a aceptarlo aun de Nafai.

—Con gusto —dijo Elemak, cogiendo el arma.

—Gracias, Nafai —dijo Eiadh.

Luet sintió una punzada de temor en el corazón. ¿Elemak lo oye en la voz de Eiadh, lo ve en su rostro? ¿La reverencia que ella siente por Nafai? Es una mujer que sólo ama la fuerza, el valor y el poder, que se siente atraída por el macho alfa de la tribu. Y a sus ojos, Nafai es el más deseable de los hombres. Hoy fue una actriz insuperable, pensó Luet. Fue capaz de convencer a Elemak de su amor por él, para salvar al hombre que realmente ama. No puedo sino admirarla por ello, pensó Luet. Es realmente excepcional.

Pero estos pensamientos de admiración eran falsos, y Luet no pudo engañarse mucho tiempo. La bella Eiadh todavía está enamorada de mi esposo, y aunque él me ama intensamente, llegará un día en que el primate macho que hay en él se imponga sobre el hombre civilizado, y Nafai mirará a Eiadh con deseo, y en ese momento ella entenderá y sin duda lo perderé.

Apartó esos celos y caminó con Rasa, quien temblaba de alivio, para ayudarla a subir al camello.

—Creí que era hombre muerto —murmuró Rasa, asiendo la mano de Luet.

—Creí que lo había perdido.

—También yo, por momentos —dijo Luet.

—Pero te aseguro una cosa —dijo Rasa.

—Si Elemak hubiera consumado esto, habría muerto antes del anochecer.

—Yo también tramaba su muerte en mi corazón —dijo Luet.

—Somos más animales de lo que creemos. ¿Alguna vez soñaste semejante cosa? ¿Que de pronto estaríamos dispuestas a matar?

—Como mandriles, protegiendo la tribu —dijo Luet.

—Todo un descubrimiento, ¿verdad? Luet sonrió y le estrujó la mano.

—No lo revelemos a nadie —dijo.

—Los hombres se pondrían nerviosos si supieran que somos tan peligrosas.

—Ahora no importa —dijo Rasa.

—El Alma Suprema fue más fuerte de lo que yo creía. Ahora todo ha terminado.

Luet regresó a su camello, pensando que no había terminado. Llegaría el día en que habría otra lucha por el poder. Y la próxima vez no habría garantías de que el Alma Suprema pudiera salirse con la suya. Si Elemak hubiera decidido disparar el pulsador una sola vez, todo habría concluido; la próxima vez podría comprenderlo y no se dejaría distraer por una tontería como la súplica de Rasa de que sólo atara y abandonara a Nafai. Había faltado muy poco. Y al final, Luet sabía que el odio de Elemak por Nafai era más fuerte que nunca, aunque por un tiempo él lo negaría, fingiría aun ante sí mismo que su odio se había disipado. Puedes engañar a los demás, Elemak, pero yo te estaré vigilando. Y si algo le sucede a mi esposo, te lo aseguro, será mejor que me mates a mí también. Será mejor que me dejes bien muerta, y aun así, si puedo encontrar un modo, regresaré de la tumba para vengarme.

—Estás temblando, Lutya —dijo Hushidh.

—¿Sí? —Tal vez por eso le costaba tanto ceñir la cincha de la silla del camello.

—Como un ala de libélula.

—Fue realmente estremecedor —dijo Luet.

—Todavía estoy alterada.

—Todavía estás celosa de Eiadh, eso es lo que pasa —dijo Hushidh.

—En absoluto. Nafai me ama total y absolutamente.

—Sí, así es. Pero todavía veo en ti mucha furia hacia Eiadh.

Luet sabía que era cierto, sí, sentía celos de Eiadh. Pero Hushidh lo había llamado furia, y ella no había comprendido que el sentimiento era tan fuerte.

—No me enfurece que ame a Nafai, de veras que no.

—Oh, lo sé —dijo Hushidh.

—Mejor dicho, ahora lo veo. No, creo que estás furiosa con ella, y celosa de ella, porque ella pudo salvar la vida de tu esposo, y tú no.

Sí, pensó Luet. De eso se trataba. Y ahora que Hushidh lo había dicho, sintió el dolor de la frustración, y derramó ardientes lágrimas de cólera y vergüenza.

—Eso es —dijo Hushidh.

—Es bueno exteriorizarlo. Es bueno.

—Me alegra. Ya que de un modo u otro voy a llorar como una tonta, es mejor que sea bueno.

Todavía estaba llorando cuando Nafai se acercó a ayudarla con el camello.

—Eres la última —dijo Nafai.

—Creo que sólo necesitaba que me tocaras una vez más —dijo.

—Para asegurarme de que estás vivo.

—Todavía respiro. ¿Piensas seguir llorando así mucho tiempo? Porque atraerás moscas con tanta humedad en la cara.

—¿Qué pasó con esos bandidos? —preguntó ella, enjugándose la cara con la manga.

—El Alma Suprema se las ingenió para dormirlos antes de concentrar su influencia sobre los demás. Despertarán dentro de un par de horas. ¿Por qué pensaste en ellos?

—Pensaba que nos hubiéramos sentido muy tontos si hubieran aparecido al galope para hacernos trizas mientras discutíamos si había que matarte o no.

—Sí, te entiendo. Enfrentar la muerte no es gran cosa. Pero sentirse estúpido al morir, bien, eso sería insufrible.

Ella se echó a reír y le cogió la mano un instante. Sólo otro instante, y luego un poco más.

—Nos están esperando —dijo Nafai.

—Y los bandidos despertarán al fin.

Ella lo soltó, y en cuanto él se dirigió hacia su camello, el de Luet se incorporó y ella se elevó sobre el suelo del desierto.

Era como estar en una torre inestable durante un terremoto, y habitualmente le disgustaba. Pero hoy le resultaba tan encantador como estar sentada en un trono. Pues en el camello de delante iba Nafai, su esposo. Aunque no hubiera sido Luet quien lo había salvado, ¿qué más daba? Bastaba con que estuviera vivo, y con que todavía estuviera enamorado de ella.

Capítulo 3

CACERÍA

Llegaron al campamento de Volemak al anochecer. Ese día habían viajado más que de costumbre, porque estaban cerca; pero todavía quedaban pendientes todas las faenas de la noche, pues Volemak no sabía que llegaban y no había más tiendas preparadas, y Zdorab ya había lavado los utensilios después de la cena que había preparado para Volemak, Issib y él. Trabajaron con mayor lentitud que de costumbre, porque se sentían más seguros y porque, después de llegar, parecía injusto tener tanto trabajo como durante el viaje.

Hushidh permaneció cerca de Luet y Nafai. De cuando en cuando veía a Issib flotando en su silla. Su apariencia no le sorprendía, pues le conocía desde hacía años, ya que Issib era el hijo mayor de la dama Rasa y había estudiado en casa de Rasa desde que Hushidh estaba allí. Pero siempre lo había considerado el inválido, y le prestaba poca atención. Luego, en Basílica, cuando comprendió que iría al desierto con Nafai y Luet, le resultó evidente —pues siempre veía los vínculos que unían a las personas— que, en la distribución de varones y mujeres de la expedición del Alma Suprema, a ella le tocaría Issib. El Alma Suprema quería que los genes de Issib se perpetuaran, y también los de ella, y para bien o mal realizarían ese esfuerzo juntos.

Le había costado aceptarlo. Sobre todo en la noche de bodas, cuando la dama Rasa desposó a Luet y Nafai, a Elemak y Eiadh, a Mebbekew y Dolya, y cada pareja fue a su lecho nupcial, Hushidh apenas podía contener la furia, el temor y la decepción en el corazón, al no tener la clase de amor que tenía su hermana Luet.

En respuesta, el Alma Suprema —o así lo había creído ella al principio— le había enviado un sueño esa noche. En el sueño se vio unida a Issib, lo vio volar y voló con él; comprendió entonces que el cuerpo de Issib no expresaba su verdadera naturaleza, y que ese matrimonio no la aplastaría sino que, por el contrario, la elevaría. Y se vio teniendo hijos con Issib, se vio de pie en la puerta de una tienda del desierto con él, mirando jugar a sus hijos, y vio que en esa escena futura lo amaría, estaría vinculada a él por hebras de oro y plata que los unían desde hacía varias generaciones, y que se remontaban también en el futuro, año tras año, hijo tras hijo, generación tras generación. Aunque el sueño también contenía algunas partes aterradoras, ella buscaba consuelo en él durante esos días. Mientras se encontraba con el general Moozh, obligada a casarse con el conquistador de Basílica, pensó en el sueño y supo que no terminaría casada con él, y el Alma Suprema, en efecto, trajo a la madre de Hushidh y Luet, la mujer llamada Sed, quien las identificó como sus hijas, y a Moozh como al padre. No hubo boda, y a las pocas horas estaban en el desierto, camino al

campamento de Volemak.

Pero desde entonces había tenido tiempo para pensar, tiempo para recordar sus temores. Claro que se había resistido, había tratado de aferrarse a la confortación que traía ese sueño, o a las frases alentadoras de Nafai, quien le decía que Issib era brillante y gracioso, una compañía agradable, algo que ella no había podido apreciar en la escuela.

Pero a pesar del sueño, a pesar de Nafai, persistían esas viejas impresiones que había albergado durante tantos años. Mientras recorría el desierto veía el movimiento descoyuntado de esos brazos y piernas en la ciudad, donde Issib podía usar elevadores bajo la ropa, de modo que siempre parecía estar brincando en el aire como un fantasma saltarín, o —¿cómo había dicho Kokor una vez?— como un conejo bajo el agua. ¡Cómo se habían reído! Y ahora, qué desleal se sentía, aunque había sido la propia hermana de Issib quien había hecho la broma. Hushidh no podía haber sabido que un día el tullido, el fantasma, el conejo bajo el agua, sería su esposo. El viejo temor y la extrañeza permanecían como una corriente submarina, a pesar de sus esfuerzos para tranquilizarse.

Pero ahora, al verle, comprendió que no tenía miedo de él, pues el sueño le había infundido esperanzas. No, tenía miedo de lo que él pensaría de ella, un temor aún más antiguo y oscuro. ¿Sabía Issib lo que Rasa y el Alma Suprema habían planeado? ¿Ya la observaba mientras ella armaba la tienda, evaluándola? Si así era, estaría muy decepcionado. Le imaginaba pensando: Desde luego, el tullido se queda con la fea, la larguirucha, la de rostro agrio cuyo cuerpo jamás atrajo la mirada de los hombres. La estudiosa, que no tiene talento para hacer reír a nadie, salvo a su hermana menor Luet (ella sí es brillante, pero pertenece a Nafai). Él debe estar pensando: Tendré que conformarme, porque soy un tullido y no tengo elección. Tal como yo estoy pensando: Tendré que conformarme con el tullido, porque ningún otro hombre me aceptará.

¿Cuántos matrimonios habían comenzado con sentimientos similares? ¿Algunos eran felices, al final?

Se demoró todo lo posible, saboreando la cena, que era mejor que todo lo que habían comido mientras viajaban. Zdorab y Volemak habían encontrado hortalizas silvestres y raíces en el valle y habían servido un guisado, en vez de pasas y charqui, y pan fresco con levadura, en vez de las galletas y bizcochos duros con que habían tenido que conformarse durante la travesía. Pronto sería mejor aún, pues Volemak había sembrado un huerto, y dentro de pocas semanas habría melones y calabazas, zanahorias, cebollas y rábanos.

Todos estaban cansados y aprensivos durante la cena. Aún recordaban el intento de ejecución de Nafai, mucho más bochornoso ahora que habían regresado a Volemak y veían con cuánta desenvoltura ejercía su autoridad, siendo un auténtico líder,

mucho más fuerte que un bravucón prepotente como Elemak. Todos temían algún ajuste de cuentas con el anciano, ¿pues cuántos de ellos —con excepción de Eiadh, y por supuesto de Nafai— podían sentirse orgullosos de su actuación? Así, aunque la comida era sabrosa, nadie salvo Hushidh tenía muchos deseos de quedarse a charlar. No había gratas remembranzas del viaje, ni anécdotas divertidas para contar a quienes los habían esperado. En cuanto despejaron la mesa, las parejas fueron a sus tiendas.

Se fueron tan repentinamente que Hushidh, a pesar de su ansiedad por evitar ese momento, descubrió, al regresar del arroyo con los cacharros que había lavado, que Shedemei era la única mujer que quedaba, y Zdorab e Issib los únicos hombres. Ya reinaba un embarazoso silencio, pues Shedemei no era buena conversadora, y Zdorab e Issib parecían enfermizamente tímidos. Cuan difícil para todos, pensó Hushidh. Sabemos que somos la resaca del grupo, y que sólo estamos reunidos aquí porque nadie nos quería, salvo el Alma Suprema. Y algunos ni siquiera por eso, pues el pobre Zdorab estaba allí porque Nafai le había impuesto un juramento en vez de matarle a las puertas de Basílica, la noche en que murió Gaballufix.

—Qué grupo tan taciturno —dijo Volemak.

Hushidh irguió la cabeza con alivio y vio que Volemak y Rasa regresaban a la fogata. Debían haber comprendido que era preciso decir algo, hacer presentaciones, al menos, entre Shedyá y el bibliotecario, que ni siquiera se conocían.

—Yo estaba entrando en la tienda de mi esposo —dijo Rasa—, pensando en lo agradable que era estar de vuelta con él, cuando de repente eché de menos a mis compañeros de viaje, Shuya y Shedyá, y luego recordé que no había cumplido con mi deber de dama de esta casa.

—¿Casa? —dijo Issib.

—Las paredes pueden ser de piedra y el techo puede ser el cielo, pero ésta es mi casa, un lugar de refugio para mis hijas y de seguridad para mis hijos —dijo Rasa.

—Nuestra casa —observó gentilmente Volemak.

—En verdad, hablé de mi casa llevada por los viejos hábitos de Basílica, donde las casas pertenecían sólo a las mujeres.

Rasa se llevó la mano de su esposo a los labios, la besó y le sonrió.

—Aquí —dijo Volemak—, las casas pertenecen al Alma Suprema, que nos alquila ésta a un precio razonable. Cuando nos marchemos de aquí, los mandriles que viven corriente abajo se quedarán con el huerto.

—Hushidh, Shedemei, creo que conocéis a mi hijo Issib —dijo Rasa.

—Nuestro hijo —dijo Volemak, con igual gentileza.

—Y este hombre es Zdorab, quien fue archivista de Gaballufix, pero ahora sirve en nuestro campamento como jardinero, bibliotecario y cocinero.

—Pésimo en las tres cosas, me temo —dijo Zdorab.

Rasa sonrió.

—Voltya me ha dicho que Issib y Zdorab han explorado el índice mientras aguardaban aquí. Y sé que mis dos queridas sobrinas, Shuya y Shedyá, tendrán un profundo interés en lo que ellos han encontrado.

—El índice del Alma Suprema es la senda hacia toda la memoria de la Tierra —dijo Volemak.

—Y ya que nos dirigimos a la Tierra, es tan importante estudiar esa gran biblioteca como realizar las tareas que nos permiten sobrevivir en este desierto.

—Sabes que cumpliremos con nuestro deber —dijo Shedemei.

Hushidh sabía que no se refería únicamente a los estudios.

—Oh, basta de evasivos buenos modales —dijo Rasa.

—Todos sabéis que sois los solteros, y que todos deben casarse para que esto dé resultado, con lo cual quedáis sólo vosotros cuatro. Sé que no hay motivos para que no dispongáis de libertad para arreglar vuestras cosas, pero os diré que por edad y experiencia me imaginé que Hushidh terminaría con Issib y Shedemei con Zdorab. No tiene por qué ser así, pero creo que sería útil que al menos exploraseis las posibilidades.

—La dama Rasa habla de experiencia —dijo Zdorab—, pero debo señalar que soy un hombre sin experiencia en lo concerniente a las mujeres, y temo ofender con cada palabra que diga.

Shedemei rió despectivamente.

—Lo que ha querido decir Shedemei, con su parca elocuencia —intervino Rasa—, es que no puede concebir que tengas menos experiencia con las mujeres que ella con los hombres. Shedemei también está segura de su habilidad para ofenderte con cada palabra, por eso optó por responderte sin usar ninguna.

El absurdo de la situación, sumado a la torpeza de Shedemei y la tímida cortesía de Zdorab, fue demasiado para Hushidh. Se echó a reír, y pronto los demás la imitaron.

—No hay prisa —dijo Volemak.

—Tomaos tiempo para conoceros.

—Yo preferiría terminar con esto cuanto antes —dijo Shedemei.

—El matrimonio no es algo que terminas, sino algo que comienzas —dijo Rasa.

—Así pues, como decía Volemak, tomaos vuestro tiempo. Cuando estéis preparados, acudid a mí o a mi esposo, y podremos asignaros tiendas, tras las ceremonias de rigor.

—¿Y si nunca estamos preparados? —preguntó Issib.

—Ninguno de nosotros vivirá tanto como para ver el nunca —dijo Volemak.

—Y en cuanto al presente, será suficiente con que procuréis conoceros y simpatizar.

Eso fue todo, salvo algunas palabras de elogio por la cena que Zdorab había

preparado. Pronto se dividieron, y Hushidh siguió a Shedemei a la tienda que compartían por el momento.

—Bien, eso fue tranquilizador —dijo Shedemei.

Hushidh tardó un instante en comprender que Shedyá hablaba irónicamente. Siempre le pasaba lo mismo.

—Yo no me siento tranquila —respondió.

—¿No te pareció encantador que nos permitieran tomarnos tiempo para decidir si haríamos lo inevitable? Es como darle a un reo la palanca de la trampa del patíbulo y decirle: «Cuando estés preparado.»

Le sorprendió comprender que Shedemei estaba mucho más furiosa que ella. Pero, por otra parte, Shedemei no había participado en ese viaje voluntariamente, como Hushidh. Shedemei no se consideraba como perteneciente al Alma Suprema, tal como Hushidh desde que había comprendido que era descifradora, o como Luet desde que había descubierto que era vidente. Así que para ella todo era un desquicio; todos sus planes se iban al cuerno.

Hushidh pensó en ayudarla diciéndole: «Zdorab es tan cautivo como tú en este viaje. Él no pidió venir, y al menos tú tuviste ese sueño.» Pero comprendió de inmediato —pues Hushidh siempre veía los vínculos entre las personas— que esas palabras, lejos de confortar, insertarían una cuña entre ella y Shedemei, así que optó por el silencio.

Optó por el silencio y sufrió, pues recordaba que Issib había preguntado qué sucedería si nunca estaban preparados. Era espantoso que un futuro esposo dijera semejante cosa, pues significaba que él no creía realmente que alguna vez pudiera amarla.

Y de repente pensó otra cosa: ¿y si Issib no lo decía porque creyera que él nunca podría desearla a ella, sino porque estaba seguro de que ella jamás estaría preparada para casarse con él? Ahora que lo pensaba, estaba segura de que era eso lo que quería decir, pues sabía que Issib era un joven afable que jamás diría algo ofensivo. De pronto se abrió en su mente una esclusa de su memoria, y vio todas las imágenes que ella tenía de Issib. Era parco, y soportaba su invalidez sin quejas. Era muy valeroso, a su manera, y en efecto era brillante. Siempre había sido rápido en las clases, cuando estaban juntos; sus ideas nunca eran convencionales, y siempre revelaban que estaba un par de pasos más allá de la pregunta inmediata.

Su cuerpo puede tener limitaciones, pensó Hushidh, pero su mente es por lo menos igual a la mía. Y a pesar de mi fealdad, no puedo estar tan preocupada por mi cuerpo como él por el suyo. Nafai me ha asegurado que Issib es capaz de engendrar, pero eso no significa que sepa hacer el amor. Más aún, debe temer que yo sienta repulsión, o al menos frustración ante el poco placer que supuestamente creo que puede brindarme. No soy yo quien necesita que la tranquilicen, sino él, y sería

destrutivo que iniciara este cortejo pensando que él debe aplacar las dudas de mi corazón. No, debo darle a entender que yo lo acepto a él, si hemos de construir una amistad y un matrimonio.

Esta comprensión le brindó tanto alivio que casi rompió a llorar de alegría. Sólo entonces comprendió que las ideas que le llegaban tan repentinamente, con tanta claridad, tal vez no fueran suyas. Más aún, notó que se había representado el cuerpo de Issib tal como lo veía él, y que no era mera imaginación. El Alma Suprema le había mostrado los pensamientos y temores de Issib.

Y, como tantas veces, Hushidh lamentó no tener la fácil comunicación con el Alma Suprema que tenían Luet y Nafai. En ocasiones el Alma Suprema le ponía en la mente pensamientos con forma de palabras, como siempre sucedía con ellos, pero nunca se sentía cómoda con ese diálogo, nunca le resultaba fácil distinguir entre los pensamientos propios y los del Alma Suprema. Tenía que conformarse con su capacidad de descifrar, y con esas claras intuiciones que siempre le llegaban como ideas propias, y que sólo después resultaban demasiado claras para no ser sino visiones del Alma Suprema.

Aun así, estaba segura de que no había visto un producto de su imaginación, sino la verdad. El Alma Suprema le había mostrado lo que ella necesitaba ver, si quería superar sus propios temores.

Gracias, pensó, con la mayor claridad posible, aunque ignoraba si el Alma Suprema oía sus pensamientos, o si siquiera la estaba escuchando. Yo necesitaba ver a través de sus ojos, al menos por un momento.

Otro pensamiento acudió a ella: ¿Él estará viendo a través de mis ojos en este momento? Era perturbador pensar que Issib pudiera estar viendo su cuerpo tal como lo veía ella, junto con sus temores e insatisfacciones.

No, lo justo es justo. Si él ha de confiar en sí mismo, y si ha de ser un marido afectuoso, debe saber que yo siento tantos temores y dudas como él. Así pues, si ya no lo has hecho, muéstrale quién soy, ayúdale a ver que, aunque no soy una beldad, soy una mujer que anhela amar y ser amada, formar una familia con un hombre cuyo corazón esté tan enlazado con el mío, y el mío con el suyo, como están enlazadas las almas de Rasa y Volemak. Muéstrale quién soy, para que se apiade en vez de temerme. Y luego podremos convertir la piedad en compasión, y la compasión en comprensión, y la comprensión en afecto, y el afecto en amor, y el amor en vida, la vida de nuestros hijos, la vida del nuevo yo en que nos convertiremos juntos.

Para sorpresa de Hushidh, ahora tenía sueño. Había temido que esa noche no pudiera dormir. Y la lenta y profunda respiración de Shedemei le indicó que ella ya estaba dormida.

Espero que también le hayas mostrado a ella lo que necesitaba ver, Alma Suprema. Sólo me pregunto cómo hacen otros hombres y mujeres para amarse

cuando no tienen tu ayuda para mostrarles lo que hay en el corazón del otro.

* * *

Rasa se despertó enfadada, y tardó un rato en comprender por qué. Al principio pensó que era porque Volemak, al acostarse por la noche, sólo le había ofrecido un abrazo afectuoso, como si el largo ayuno no mereciera ser interrumpido con una fiesta de amor. Él no era ciego; sabía que Rasa estaba enfadada, y explicó:

—Estás más fatigada de lo que crees, después de semejante viaje. Sería poco placentero para ambos.

Tanta calma la había encolerizado, y Rasa se había apartado para dormir lejos de sus brazos; pero esta mañana descubría que su irritación de la noche anterior era una clara demostración de que él tenía razón. Estaba demasiado fatigada para hacer otra cosa que dormir, como una chiquilla irritada.

Casi no entraba luz desde fuera. Podía ser mediodía o aún más tarde, y por la rigidez de su cuerpo y la falta de viento fuera de la tienda, era posible que hubiera dormido hasta media mañana. Aun así, era delicioso estar en cama; no había necesidad de levantarse deprisa, comer un magro desayuno a la luz del alba, levantar las tiendas, empacar los bártulos y ponerse en marcha al amanecer. El viaje había terminado; había regresado a su hogar, a su esposo.

Con ese pensamiento comprendió por qué se había despertado tan furiosa. Un hogar no era una tienda, aunque tuviera paredes dobles que permanecían bastante frescas a través del día. Y no era ella quien debía regresar a él, sino todo lo contrario. Así había sido siempre. La casa había sido de Rasa, y ella la mantenía preparada para él, y se la ofrecía como un don de sombra en el verano, un refugio en la tormenta, una protección contra los tumultos de la ciudad. En cambio, era él quien había preparado ese lugar, y cuanto más cómodo resultaba más la enfadaba, pues en ese lugar no sabría preparar nada. Era una inservible, una niña, una estudiante, y su esposo sería su maestro y tutor.

Nadie la había dirigido en sus asuntos personales desde que había ingresado en su vivienda propia, cuando era joven, usando dinero que había heredado de la madre para comprar la casa que su bisabuela había hecho famosa, entonces como conservatorio de música; Rasa la había hecho aún más famosa como escuela, y sobre ese cimiento se había elevado a la prominencia en la Ciudad de las Mujeres, rodeada por estudiantes, admiradoras y competidoras envidiosas. Y ahora estaba en el desierto, en un campamento donde ni siquiera sabía preparar una comida, donde ni siquiera sabía cómo se manejaban los sanitarios. Sin duda Elemak se encargaría de explicarle, con su estilo informal, fingiendo que le contaba algo que ya sabía, lo cual hubiera sido encomiable, sólo que su tono estudiado insinuaría que Rasa no sabía

nada y sólo aprendería a orinar como era debido si él le enseñaba.

Elemak. Recordó esa espantosa mañana en que había apuntado el pulsador a la cabeza de Nafai y pensó: Debo decirle a Volemak. Debe saber que Elemak es un homicida en su corazón.

Pero el Alma Suprema había manifestado claramente que el homicidio no sería tolerado, y tanto Elemak como Mebbekew habían suplicado el perdón. La cuestión del regreso a Basílica ya estaba superada, por cierto. ¿Por qué mencionar el tema otra vez? ¿Qué podría hacer Volemak ahora, a fin de cuentas? O bien repudiar a Elemak, con lo cual el joven sería inútil durante el resto del viaje, o bien argumentar que Elemak tenía derecho a tomar una decisión tan detestable, en cuyo caso sería imposible convivir con Elemak a partir de entonces, y Nafai se reduciría a nada. Elemak nunca permitiría que Nafai se elevara a su posición natural de liderazgo. Eso sería insoportable, pues entre los hijos de Rasa sólo Nafai tenía genuina capacidad de mando, siendo el único varón de su generación cuya inteligencia le permitía tomar decisiones sabias, y cuya estrecha comunicación con el Alma Suprema le permitía tomar decisiones informadas.

Claro que Luet poseía un talento similar, pero ahora se encontraban en un ámbito nómada y primitivo, y era casi inevitable que los varones sobresalieran. Rasa no necesitaba las lecciones de Shedemei acerca de la formación de comunidades de primates para saber que en una tribu errabunda dominaban los machos. Pronto todas las mujeres estarían encinta, y entonces formarían un círculo cerrado que sólo se ensancharía más tarde para incluir a los recién nacidos. Entonces se preocuparían por el alimento, la seguridad y la educación, en un lugar tan hostil y temible como el desierto. No habría motivos ni oportunidades para cuestionar el liderazgo de los hombres.

Pero si el líder era un hombre como Nafai, sería compasivo con las mujeres y sabría escuchar. Elemak, en cambio, sería tal como había demostrado que era: un déspota envidioso, injusto y manipulador, reacio a escuchar consejos y muy propenso a sacar partido personal de cada situación...

No puedo resignarme a odiarlo. Elemak es un hombre con mucho talento. Al igual que su hermanastro Gaballufix, que alguna vez fue mi esposo. Amé a Gabya por esos atributos, pero lamentablemente nuestras hijas Sevet y Kokor no los heredaron. En cambio heredaron su egoísmo, su incapacidad para contener su afán de poseer todo lo que le resultara apetecible. Y también veo eso en Elemak, y así lo odio y lo temo tal como llegué a odiar y temer a Gaballufix.

Ojalá el Alma Suprema hubiera sido más selectiva al escoger a los integrantes de esta expedición Rasa dejó de vestirse y comprendió: Estoy pensando que Elemak es egoísta y manipulador, pero esta mañana estoy enfadada porque yo no estoy al mando. ¿Quién es la manipuladora? Tal vez, si yo hubiera estado privada del poder

tanto tiempo como Elemak, estaría tan desesperada como él.

Pero sabía que no era así. Rasa nunca se había alzado contra su madre mientras ella vivía, y Elemak ya se había confabulado varias veces contra su padre, al extremo de querer matar al hijo menor de Volemak.

Debo contar a Volya lo que hizo Elemak, para que Volemak pueda tomar decisiones basándose en una información completa. Sería una mala esposa si no aconsejara bien a mi esposo, y eso incluye contarle todo lo que sé. Él siempre ha hecho lo mismo por mí.

Rasa apartó la lona y salió al pasaje intermedio, que estaba mucho más caliente que el interior de la tienda. Cerrando la tienda, abrió la cortina externa y salió al sol resplandeciente. Pronto estuvo bañada en sudor.

—¡Rasa! —exclamó Dol con deleite.

—Dolya —dijo Rasa. ¿Qué, Dol estaba esperando a que saliera Rasa? ¿No tenía nada que hacer? Rasa no pudo contener una frase hiriente.

—¿Mucho trabajo?

—Oh, no, aunque prefiero que así sea, con este sol abrasador.

Bien, al menos Dol no era hipócrita.

—Me ofrecí para esperar a que salieras de la tienda, pues Wetchik no permitió que te despertaran, ni siquiera para desayunar.

Rasa comprendió que estaba un poco hambrienta.

—Y Wetchik dijo que cuando te despertaras estarías famélica, así que debo llevarte a la tienda cocina. Mantenemos todo cerrado para que los mandriles nunca lo encuentren, pues de lo contrario, dice Elemak, nunca tendríamos paz. No deben aprender a encontrar nuestra comida, porque entonces nos seguirían al desierto y morirían.

Conque Dolya sí era capaz de asimilar información cuando los demás conversaban. A veces costaba recordar que era una muchacha tan avispada. Estaba tan obsesionada por su apariencia que a veces costaba recordar que tenía algunas luces.

—¿Y bien? —preguntó Dol.

—¿Y bien qué?

—Aún no has dicho nada. ¿Quieres comer ahora, o reúno a todos para escuchar el sueño de Wetchik?

—¿Sueño?

—Anoche tuvo un sueño del Alma Suprema, y quiere que nos reunamos. Pero no quería despertarte, así que nos pusimos a hacer otras cosas, y yo debía cuidar de ti.

Rasa sintió un profundo embarazo. Volya no debía sentar esos precedentes, hacer que todos se levantaran y trabajaran mientras Rasa dormía. No quería ser la esposa protegida del jefe, sino una participante activa de la comunidad. Sin duda Volemak lo

comprendería.

—Por favor, llama a todos. Pero primero señálame la tienda donde está la cocina. Llevaré un poco de pan a la reunión.

Mientras se alejaba, oyó que Dol gritaba a todo pulmón, valiéndose de su formación teatral:

—¡La tía Rasa se ha levantado! ¡La tía Rasa se ha levantado!

Rasa se sintió molesta. ¿Por qué no le anuncia a todo el mundo hasta que hora dormí?

Pronto encontró la cocina.

Era la tienda con un horno de piedra afuera, donde Zdorab horneaba pan.

Él la miró con cierta vergüenza.

—Debo disculparme, dama Rasa. Nunca dije que fuera panadero.

—Pero el pan huele muy bien —dijo Rasa.

—Olores, sí. Puedo hacer olores. Deberías oler mi favorito... lo llamo «pescado quemado». Rasa se echó a reír. Le agradaba ese hombre.

—¿Hay pesca en ese arroyo?

—Tu esposo pensó en pescar en esas costas.

—Señaló el sitio donde el arroyo desembocaba en las plácidas aguas del Mar del Barranco.

—¿Y tuvisteis suerte?

—No mucha. Cogimos algunos peces, pero no eran muy apetecibles.

—Ni siquiera los que no se transformaron en tu olor favorito...

—Ni siquiera los que guisamos. No hay suficiente vida en estas tierras. Los peces se reunirían en la boca del arroyo si hubiera más material orgánico en los sedimentos que deposita la corriente.

—¿Eres geólogo? —preguntó Rasa, algo sorprendida.

—Bibliotecario, así que en cierta forma soy un poco de todo. Trataba de averiguar por qué este lugar no tiene una colonia humana permanente, y en el índice encontré el motivo, en unos viejos mapas de la última vez que hubo una cultura importante en esta comarca. Siempre florecen a orillas del gran río que está detrás de aquella cordillera —señaló el este.

—En este momento aún hay un par de ciudades menores allá. No usan este lugar porque no hay suficientes tierras cultivables. Y el río se seca un año de cada cinco. No es suficiente para mantener una población estable.

—¿Qué hacen los mandriles? —preguntó Rasa.

—El índice no menciona los mandriles —dijo Zdorab.

—Supongo que no. Calculo que los mandriles tendrán que construir su propia Alma Suprema algún día, ¿eh?

—Tal vez —dijo Zdorab, algo desconcertado.

—Sería una ayuda que al menos construyeran su propia letrina.

Rasa enarcó las cejas inquisitivamente.

—Tenemos que vigilarlos para que no vayan corriente arriba y ensucien nuestra agua potable —explicó Zdorab.

—Ajá. Eso me recuerda que tengo sed.

—Y también hambre, sin duda. Bien, sírvete. Agua fresca y pan de ayer en la tienda de la cocina, cerrada con cerrojo.

—Bien, si está cerrada...

—Para los mandriles. Para los humanos es bastante fácil.

Cuando Rasa entró en la tienda, comprendió a qué se refería Zdorab. El «cerrojo» era sólo un nudo de alambre que mantenía cerrado el refrigerador de energía solar. ¿Entonces por qué enfatizaban el hecho de que tenía cerrojo? Tal vez para recordarle que lo cerrara después.

Abrió la tapa y encontró hogazas de pan y muchos paquetes de comida envueltos en paño. ¿Carne congelada? No, no podía estar congelada, pues por fuera no estaba tan fría. Metió la mano, abrió un paquete y encontró queso de leche de camello. Era pestilente. Rasa lo había comido una vez, en casa de Volemak, cuando ella lo visitaba en una ocasión, en el período intermedio entre sus dos matrimonios. «¿Ves cuánto te amaba?», había bromeado él. «En todo el tiempo que estuvimos casados, nunca te hice probar esto.» Pero Rasa sabía que necesitaría las proteínas y las grasas. Se mantendrían con raciones magras la mayor parte de la travesía, y tenían que ingerir todo lo que tuviera valor nutritivo.

Cogió un pan redondo y chato, arrancó la mitad, envolvió el resto y relleno su parte con trozos de queso. El pan era tan seco y duro que ocultaba buena parte del sabor del queso, así que el desayuno no resultó tan nauseabundo como esperaba. Bienvenida al desierto, Rasa.

Cerró la tapa y se volvió hacia la puerta.

—¡Ay! —gritó involuntariamente. En la puerta había un mandril en cuatro patas, mirándola intensamente, olisqueando el aire.

—Fuera —dijo Rasa.

—Lárgate. Es mi desayuno.

El mandril le estudió la cara. Rasa recordó que no había cerrado el refrigerador. Avergonzada, dio la espalda al mandril, y, ocultando con el cuerpo lo que hacía, anudó el alambre. Supuestamente el mandril no tenía suficiente habilidad manual para deshacer el nudo. ¿Pero qué ocurriría si podía abrirlo de una dentellada? Más valía que no se enterase de que era el alambre lo que le cerraba el paso.

Desde luego, quizá pudiera darse cuenta por sí solo. ¿Acaso no decían que los mandriles eran lo más parecido a los humanos en Armonía?

Tal vez por eso los colonos originales del planeta los habían traído. Los mandriles

eran de la Tierra, no nativos de este planeta.

Rasa dio media vuelta y de nuevo gritó, pues el mandril estaba ahora a sus espaldas, erguido sobre las patas traseras, clavándole la misma mirada fija.

—Es mi desayuno —insistió Rasa. El mandril curvó los labios en una mueca, se puso en cuatro patas y salió de la tienda. En ese momento entró Zdorab.

—Ja —dijo.

—A ése lo llamamos Yobar. Es nuevo en la tribu, así que todavía no lo aceptan. No le importa porque se cree muy dominante cuando todos huyen de él. Pero el pobre está cachondo todo el tiempo y ni siquiera logra acercarse a las hembras.

—Lo cual explica su nombre —dijo Rasa. *Yobar* era una palabra antigua que designaba a un hombre insaciable en el amor.

—Lo llamamos así para alentarlo —dijo Zdorab.

—Largo de aquí, Yobar.

—Creo que ya se marchaba, cuando rehusé compartir con él mi pan con queso.

—El queso es intragable, ¿verdad? Pero teniendo en cuenta que los mandriles comen alimañas vivas cuando pueden cogerlas, es comprensible que el queso de camello les resulte muy apetecible.

—Pero los humanos sí lo comemos, ¿verdad?

—Constantemente y de mala gana. Y nunca te acostumbras al regusto. Por eso bebemos tanta agua y después tenemos que orinar tanto. Perdonando la expresión.

—Presiento que las normas urbanas de delicadeza en el lenguaje no serán muy prácticas por estos lares —dijo Rasa.

—Pero creo que yo debería esforzarme más. Bien, disfruta tu comida. Estoy tratando de no crear el olor a pan quemado.

Zdorab salió de la tienda.

Rasa probó el pan y estaba sabroso. Luego comió el segundo bocado y casi vomitó, pues esta vez contenía queso. Se obligó a masticarlo y tragarlo. Pero le hizo sentir nostalgia por el pasado reciente, cuando el único producto de camello con que tenía que vérselas era el estiércol, y nadie esperaba que se lo comiera.

La tienda se abrió de nuevo.

Rasa pensó que sería de nuevo Yobar, dispuesto a probar suerte otra vez. Pero era Dol.

—Wetchik dice que no nos reuniremos hasta que las sombras se alarguen, para que no haga tanto calor. Buena idea, ¿no crees?

—Sólo lamento que hayas debido desperdiciar medio día para esperarme.

—Oh, no te preocupes. De cualquier modo no quería trabajar. No me gusta mucho la jardinería. Mataría las flores junto con las malezas.

—Es un huerto, no un jardín ornamental —dijo Rasa.

—Tú me entiendes —dijo Dol.

Oh sí, entiendo muy bien.

También entiendo que debo encontrar a Volemak y pedirle que me ponga a trabajar de inmediato. No conviene que me tome días de descanso cuando los demás trabajan duramente. Tal vez sea la segunda en edad aquí, pero eso no significa que sea vieja. Vaya, todavía puedo tener hijos, y por cierto los tendré, si puedo lograr que Volya me salude como su esposa, en vez de tratarme como a una niña inválida.

Lo que no logró decirse a sí misma, aunque lo sabía y lo detestaba, era que debería tener hijos para cumplir algún papel en el desierto. Pues estaban regresando a un estado primitivo de la vida humana donde primaban la supervivencia y la reproducción, y ella nunca recobraría esa vida civilizada que le había permitido descollar en Basílica. En cambio, competiría con mujeres más jóvenes para ocupar un puesto en esta nueva tribu, y la moneda de la competencia sería la prole. Los que tuvieran hijos serían alguien, de lo contrario no serían nadie. Y a la edad de Rasa, era importante empezar de prisa, pues no disponía de tanto tiempo como las jóvenes.

De nuevo enfadada, aunque ahora no tenía nadie con quien desquitarse, salvo la frívola Dol, Rasa salió de la tienda, comiendo el pan con queso. Miró a su alrededor. Cuando habían bajado por el empinado declive del desfiladero, había sólo cuatro tiendas. Ahora había diez. Rasa reconoció las tiendas para viajeros, y se sintió vagamente culpable de que los demás aún vivieran en recintos tan estrechos, cuando ella y Volya compartían tanto espacio: una tienda amplia de paredes dobles. Pero ahora notó que las tiendas estaban dispuestas en un par de círculos concéntricos, pero la tienda que ella compartía con Volemak no era el centro; tampoco era la tienda de la cocina. En el centro se encontraba la más pequeña de las cuatro tiendas originales, y al cabo de un instante Rasa comprendió que era la tienda donde guardaban el índice.

Había sobreentendido que Volemak guardaría el índice en su propia tienda, pero desde luego eso no era práctico. Zdorab e Issib utilizaban el índice continuamente, y no podían acomodar sus horarios a inconvenientes tales como una anciana cuyo esposo le permitía dormir hasta media mañana.

Rasa se plantó frente a la pequeña tienda y dio dos palmadas.

—Adelante.

Por la voz supo de inmediato que era Issya. Sintió una punzada de culpa, pues anoche casi no había hablado con el niño —el hombre— que era su primogénito. Sólo cuando ella y Volya habían —hablado con los cuatro solteros del campamento. Y aun ahora, sabiendo que él estaba en la tienda, quiso marcharse y regresar en otra ocasión.

¿Por qué lo estaba eludiendo? No por sus defectos físicos. A estas alturas estaba acostumbrada a eso, después de ayudarlo durante su infancia, después de sentarlo en sillas y flotadores para que él pudiera moverse con soltura y llevar una vida casi normal, o al menos una vida de libertad. Conocía el cuerpo de Issib casi más íntimamente que

él mismo, pues lo había lavado de la cabeza a los pies hasta su pubertad, y le había masajeado y movido los miembros para mantenerlos flexibles antes que él aprendiera penosamente a moverlos por su cuenta. Durante esas sesiones habían hablado sin cesar. Issib era más amigo suyo que sus otros hijos. Pero Rasa no quería enfrentarlo.

Entreabrió la puerta, entró en la tienda y lo enfrentó.

Él estaba sentado en una silla conectada al panel solar de la parte superior de la tienda, para no gastar energía de las baterías. La silla había cogido el índice y lo mantenía frente a Issib, contra su mano izquierda. Rasa nunca había visto el índice pero supo de inmediato que era eso, precisamente porque era un objeto desconocido.

—¿Habla contigo? —preguntó.

—Buenas tardes, Madre —dijo Issib.

—¿Has descansado esta mañana?

—¿O tiene una especie de pantalla, como un ordenador común? —preguntó Rasa, negándose a permitir que él se mofara recordándole que se había levantado tarde.

—Algunos no hemos dormido en absoluto —dijo Issib.

—Algunos permanecemos despiertos preguntándonos cómo fue que trajeron nuestras futuras esposas y nos las pusieron delante sin la menor presentación.

—Oh, Issya —dijo Rasa—, tú sabes que esta situación es la consecuencia natural de las circunstancias, y nadie la planeó. ¿Sientes resentimiento? Pues yo también. Así que te propongo algo. Yo no me desquitaré contigo, y tú no te desquitarás conmigo.

—¿Con quién más puedo desquitarme? —dijo Issib con una sonrisa burlona.

—El Alma Suprema. Ordena a tu silla que arroje el índice al otro lado de la tienda. Issib sacudió la cabeza.

—El Alma Suprema anularía esa orden. Además, el índice no es el Alma Suprema, es sólo nuestra herramienta más potente para tener acceso a la memoria del Alma Suprema.

—¿Cuánto recuerda esa cosa? Issib la miró un instante.

—Nunca creí que llamarías cosa al Alma Suprema.

Rasa se sobresaltó al comprender que lo había hecho, pero pronto comprendió por qué.

—No pensaba en el Alma Suprema, sino en el índice.

—Recuerda todo.

—¿Cuánto de todo? ¿Los movimientos de cada átomo del universo? Issib sonrió.

—A veces parece que sí. No, me refería a toda la historia humana en Armonía.

—Cuarenta millones de años —dijo Rasa.

—Tal vez dos millones de generaciones de seres humanos. Una población mundial de mil millones casi todo el tiempo. Dos mil billones de vidas, con miles de hechos importantes en cada vida.

—Así es. Y añade a esas biografías la historia de cada comunidad humana,

comenzando por las familias e incluyendo algunas tan grandes como las naciones y los grupos lingüísticos, y otras tan pequeñas como los amigos de la infancia y las relaciones sexuales pasajeras. Y luego suma todos los acontecimientos naturales que influyeron sobre la historia humana. Y luego incluye cada palabra que los humanos escribieron y el mapa de cada ciudad que construyeron y los planos de cada edificio...

—No habría espacio para contener toda la información —dijo Rasa.

—Ni aunque todo el planeta estuviera consagrado a almacenarla. Tropezaríamos con datos del Alma Suprema a cada paso.

—No creas —dijo Issib.

—La memoria del Alma Suprema no está almacenada en la memoria barata y voluminosa que usamos para los ordenadores comunes. Por lo pronto, todos nuestros ordenadores son binarios... cada espacio de memoria sólo puede portar dos significados posibles.

—Encendido o apagado —dijo Rasa.

—Sí o no.

—Se lee eléctricamente —dijo Issib.

—Y sólo podemos instalar varios billones de bits de información en cada ordenador, hasta que se vuelven demasiado voluminosos para trasladarlos. Y desperdiciamos mucho espacio tan sólo para representar simples números. Por ejemplo, en dos bits sólo podemos alojar cuatro números.

—A-1, B-1, A-2 y B-2 —dijo Rasa.

—Por si no lo recuerdas, di un curso de teoría elemental de la informática en mi escuela.

—Pero imagínate que en vez de poder representar sólo dos estados en cada lugar, encendido o apagado, pudieras representar cinco estados. Entonces en dos bits...

—Veinticinco valores posibles —dijo Rasa.

—A-1, B-1, V-1, G-1, D-1 y así hasta D-5.

—Ahora imagínate que cada espacio de memoria pudiera tener miles de estados posibles.

—La memoria se vuelve más eficiente para contener significado.

—No creas —dijo Issib.

—No todavía, al menos. El incremento es sólo geométrico, no exponencial. Y tendría una tremenda limitación, pues cada lugar sólo podría transmitir sólo un estado por vez. Aunque cada lugar pudiera dar mil millones de mensajes posibles, sólo podría transmitir uno por vez.

—Pero si se acoplan, el problema desaparece, pues entre dos lugares cualesquiera podrían transmitir millones de significados posibles —dijo Rasa.

—Pero siempre un solo significado por vez.

—Bien, no puedes usar el mismo espacio de memoria para almacenar información contradictoria. G-9 y D-9 a la vez.

—Depende de cómo se almacene la información.

Para el Alma Suprema, cada espacio de memoria es el borde interior de un círculo, un círculo muy diminuto, y ese borde interior tiene una complejidad fractal. Es decir, miles de estados se pueden representar mediante protuberancias, como los puntos de una llave mecánica, o los dientes de un peine... en cada espacio hay una protuberancia o no la hay.

—Pero entonces el espacio de memoria es el diente, y no el círculo —dijo Rasa—, y hemos vuelto al sistema binario.

—Pero puede sobresalir más o menos —dijo Issib.

—La memoria del Alma Suprema es capaz de distinguir cientos de grados de prominencia en cada lugar del interior del círculo.

—Es decir, todavía un incremento geométrico —dijo Rasa.

—Pero ahora —dijo Issib— debes tener en cuenta que el Alma Suprema también puede detectar dientes sobre cada protuberancia... cientos de valores para cada uno de esos cientos de dientes. Y en cada diente, cientos de lengüetas, cada cual representando cientos de valores posibles. Y en cada lengüeta, cientos de espinas. Y en cada espina, cientos de capilares. Y en cada capilar...

—Capto la idea —dijo Rasa.

—Y luego los sentidos pueden cambiar, según por dónde empieces a leer el círculo... norte, este o sureste. Como ves, Madre, en cada espacio de memoria el Alma Suprema puede almacenar billones de datos al mismo tiempo. En nuestros ordenadores no tenemos nada comparable.

—Y sin embargo no es una memoria infinita —dijo Rasa.

—No —dijo Issib.

—No es infinita. Porque al fin llegamos a la resolución mínima. Protuberancias tan pequeñas que el Alma Suprema no puede detectar protuberancias sobre las protuberancias. Hace veinte millones de años el Alma Suprema comprendió que se estaba quedando sin memoria, o que se quedaría sin ella en diez millones de años. Comenzó a descubrir abreviaturas para sus registros. Consagró una vasta superficie de memoria a almacenar complejas tablas de clases de cuentos. Por ejemplo, la notación ZH-5-SHCH podría ser «Riñas con los padres por el grado de libertad personal que permiten y fugas de la ciudad natal hacia otra ciudad». Así, cuando se almacena la biografía de una persona, en vez de explicar cada acontecimiento, la lista biográfica simplemente nos remite a vastas tablas de acontecimientos posibles en una vida humana, que tendrá el valor ZH-5-SHCH y luego el código de la ciudad adonde huyó el protagonista.

—Con lo cual nuestras vidas parecen bastante estériles, ¿verdad? Poco

imaginativas. Todos insistimos en realizar los mismos actos que otros.

—El Alma Suprema me explicó que, aunque el noventa y nueve por ciento de cada vida consiste en acontecimientos que ya constan en las tablas de conducta, siempre es preciso descifrar un uno por ciento, porque no hay una notación preexistente para ello. Aún no hay dos vidas exactamente iguales.

—Supongo que es un consuelo.

—Tienes que conceder que la nuestra está siguiendo una trayectoria inusitada. «Convocados por el Alma Suprema para viajar por el desierto con el propósito de retornar a la Tierra.» Apuesto a que no hay notación para eso.

—Oh, pero como ya le ha sucedido a dieciséis personas, apuesto a que el Alma Suprema hace una nueva notación.

Issib se echó a reír.

—Probablemente ya lo haya hecho.

—Debe haber sido un proyecto descomunal, sin embargo, construir esas tablas de posibles actos humanos.

—Si algo le sobra al Alma Suprema, es tiempo. Pero aun así, hay deterioro y pérdida.

—Los espacios de memoria pueden volverse ilegibles —dijo Rasa.

—No lo sé. Sólo sé que el Alma Suprema está perdiendo satélites. Eso le dificulta la tarea de supervisarnos. Hasta ahora no hay puntos ciegos, pero cada satélite tiene que transmitirle más información que antes. Hay atascos en el sistema. Lugares donde un satélite no puede transmitir toda la información que reúne con la rapidez suficiente para no perderse algo de lo que sucede entre los humanos que observa. En pocas palabras, hoy están sucediendo cosas que no se recuerdan. El Alma Suprema controla las pérdidas mediante conjeturas, para rellenar las lagunas de información, pero se pondrá cada vez peor. Todavía queda memoria en abundancia, pero pronto habrá millones de vidas que sólo se recordarán como bosquejos. Alguna vez fallarán tantos satélites que algunas vidas ni siquiera se registrarán.

—Y con el tiempo todos los satélites fallarán.

—Correcto. Y, peor aún, cuando se produzcan esos puntos ciegos, habrá personas que no se encontrarán bajo la influencia del Alma Suprema. Entonces volverán a construir armas capaces de destruir el mundo.

—¿Y por qué no instalar más satélites?

—¿Quién lo haría? ¿Qué sociedad humana posee la tecnología para construir naves que lleven satélites al espacio? Ni siquiera para construir esos satélites.

—Fabricamos ordenadores, ¿o no?

—La tecnología para llevar satélites al espacio es la misma que puede trasladar armas de un lado a otro de Armonía. ¿Cómo puede el Alma Suprema enseñarnos a reconstruir sus satélites sin enseñarnos cómo destruirnos mutuamente? Por no

mencionar el hecho de que podríamos averiguar cómo reprogramar al Alma Suprema para controlarla... o, en todo caso, construir pequeñas Almas Supremas que sintonicen la parte de nuestro cerebro con la cual se comunica el Alma Suprema, de modo que tendríamos un arma para amedrentar o estupidizar al enemigo.

—Entiendo —dijo Rasa.

—Es el dilema del Alma Suprema. Necesita reparaciones, o dejará de ser capaz de proteger a la humanidad; pero sólo puede repararse dando a los seres humanos las cosas que trata de impedir que obtengan.

—Un círculo perfecto.

—De modo que volvemos a casa —dijo Issib.

—Al Guardián de la Tierra. Para averiguar qué hacer a continuación.

—¿Y si el Guardián de la Tierra tampoco lo sabe?

—Entonces estamos con la caca hasta el cogote.

—Issib sonrió.

—Pero creo que el Guardián lo sabe. Creo que tiene un plan.

—¿Por qué lo crees?

—Porque la gente sigue recibiendo sueños que no son del Alma Suprema.

—La gente siempre ha tenido sueños que no son del Alma Suprema. Teníamos sueños mucho antes que existiera el Alma Suprema.

—Sí, pero no teníamos los mismos sueños, con claros mensajes que nos exhortaran a emprender el retorno a la Tierra, ¿verdad?

—No puedo creer que un ordenador o cualquier otra cosa que esté a tantos años luz pueda enviar un sueño a nuestras mentes.

—Quién sabe lo que ha sucedido en la Tierra. Tal vez el Guardián haya aprendido cosas acerca del universo que nosotros no podemos comprender. No me sorprendería, pues el Alma Suprema se ha encargado de estupidizarnos cada vez que tratábamos de pensar en física realmente avanzada. Durante cuarenta millones de años nos han abofeteado cada vez que usábamos el cerebro demasiado bien, pero en cuarenta millones de años el Guardián de la Tierra, sea lo que fuere, puede haber concebido cosas nuevas y realmente útiles. Entre ellas, cómo enviar sueños a gente que vive a años luz de distancia.

—Y aprendiste todo esto con el índice.

—Le arrebaté todo esto al índice a gritos y patadas, con la ayuda de Zdorab y de Padre —dijo Issib.

—Al Alma Suprema no le gusta hablar de sí misma, y procura hacernos olvidar lo que hemos aprendido sobre ella.

—Creí que el Alma Suprema colaboraba con nosotros.

—No —dijo Issib.

—Nosotros colaboramos con el Alma Suprema, que procura impedir que

obtenemos cualquier dato que no sea pertinente a las tareas que nos asigna.

—¿Y cómo aprendiste todo lo que me has dicho? Lo relacionado con el funcionamiento de la memoria del Alma Suprema.

—O bien franqueamos sus defensas con tanto empeño que al fin desistió de detenernos, o bien decidió que la información era inofensiva.

—O bien... —dijo Rasa.

—¿Sí?

—O bien la información es errónea y no le importa que la obtengas. Issib le sonrió.

—Pero el Alma Suprema no mentiría, ¿verdad, Madre?

Lo cual evocaba una conversación que habían entablado cuando Issib era niño y preguntaba por el Alma Suprema. ¿Cuál había sido la pregunta? Ah, sí. ¿Por qué los hombres consideraban que el Alma Suprema era masculina y las mujeres la consideraban femenina? Rasa había respondido que el Alma Suprema permitía a los hombres considerarla masculina, para que se sintieran más cómodos cuando le rezaban. E Issib había hecho la misma observación: «Pero el Alma Suprema no mentiría, ¿verdad, Madre?»

Por lo que Rasa recordaba, no había salido airoso de ese trance, y no pensaba pasar un mal rato tratando de buscar una respuesta ahora.

—Interrumpí tu labor al entrar así —dijo Rasa.

—En absoluto —dijo Issib.

—Padre me pidió que te explicara todo lo que me preguntaras.

—¿Él sabía que yo vendría aquí?

—Dijo que era importante que comprendieras nuestra tarea con el índice.

—¿Cuál es vuestra tarea con el índice?

—Tratar de lograr que nos diga lo que nosotros deseamos saber, no sólo lo que el Alma Suprema desea que sepamos.

—¿Habéis llegado a algo?

—Tal vez sí y tal vez no.

—¿Qué quieres decir?

—Averiguamos muchas cosas, pero es dudoso que el Alma Suprema desee que las sepamos. Nuestra experiencia es que el índice hace diferentes cosas con cada persona.

—¿Según qué?

—Eso es lo que aún no hemos logrado averiguar. Hay días en que el índice prácticamente me canta... es como si viviera dentro de mi cabeza, respondiendo mis preguntas aun antes que yo las piense. Y hay días en que creo que el Alma Suprema trata de torturarme, desorientándome con pistas falsas.

—¿Por ejemplo?

—Veo ante mí toda la historia de Armonía. Puedo darte el nombre de cada persona que vino a este arroyo y bebió de sus aguas, pero no puedo averiguar adonde nos conduce el Alma Suprema, ni cómo iremos a la Tierra, ni siquiera dónde aterrizaron los primeros colonos humanos de Armonía, ni dónde está situada la mente central del Alma Suprema.

—Conque guarda ciertos secretos.

—Yo creo que no puede contarlos. Creo que le gustaría hacerlo, pero no puede. Sospecho que es un sistema protector incorporado desde el principio, para impedir que nadie controlara al Alma Suprema y la usara para dominar el mundo.

—¿Entonces debemos seguirla ciegamente, sin siquiera saber adónde nos conduce?

—Así es —dijo Issib.

—Es uno de esos momentos de la vida en que las cosas no salen como quieres pero tienes que convivir con las circunstancias.

Rasa miró a Issib, que le clavaba los ojos, y supo que él le recordaba que nada que el Alma Suprema le hiciera ahora podía resultar tan opresivo como la vida de Issib en un cuerpo defectuoso.

Lo sé, niño tonto, pensó. Sé muy bien que tu vida es espantosa, y que te quejas muy poco. Pero era inevitable, y sigue siendo incurable. Tal vez la negativa del Alma Suprema a contarnos lo que sucede también sea inevitable e incurable, en cuyo caso trataré de soportarlo con tanta paciencia como tú. Pero si puedo curarlo, lo haré, y no permitiré que me obligues a aceptar algo que quizá no deba aceptar.

—Quizá podamos averiguar subrepticamente lo que el Alma Suprema no quiere revelarnos abiertamente —sugirió Rasa.

—¿Y en qué crees que hemos trabajado Zdorab y yo?

Ah. Conque Issib no era tan fatalista en ese aspecto. Pero entonces se le ocurrió otra idea.

—¿Y en qué cree tu padre que habéis trabajado? Issib rió.

—No en eso.

Claro que no. Volemak no querría que se usara el índice para subvertir el Alma Suprema.

—Ah. Con que el Alma Suprema no es la única que oculta a los demás lo que está haciendo.

—¿Y qué cuentas tú, Madre? —preguntó Issib.

Qué pregunta interesante. ¿Le cuento a Volemak lo que está haciendo Issib, y corro el riesgo de que Volya prohíba a su hijo el uso del índice? Sin embargo, nunca he tenido secretos para Volemak.

Lo cual la llevaba de vuelta a la decisión que había tomado antes, la de contar a Volemak lo que había sucedido en el desierto cuando Elemak sentenció a muerte a

Nafai. Eso también tendría consecuencias desagradables. ¿Tenía derecho a contárselo y así provocar esas consecuencias? Por otra parte, ¿tenía derecho a no contárselo y así privar a Volemak de importante información?

Issib no aguardó su respuesta.

—Te diré una cosa. El Alma Suprema ya sabe lo que estamos intentando, y no ha hecho nada por impedirlo.

—O bien lo ha hecho tan bien que no te has enterado.

—Si el Alma Suprema no sintió la necesidad de contárselo a Padre, no creo que sea tan urgente que tú lo hagas.

Rasa pensó en ello un momento. Issib pensaba que se trataba sólo de su secreto, pero Rasa estaba decidiendo acerca de ambos. A fin de cuentas, era la expedición del Alma Suprema, y si alguien conocía y comprendía la conducta humana, era el Alma Suprema. Sabe lo que sucedió en el desierto, así como sabe lo que Issib y Zdorab procuran hacer con el índice. ¿Por qué no permitir que el Alma Suprema decida qué contar?

Porque eso es precisamente lo que Zdorab e Issib procuran sortear... el poder del Alma Suprema para tomar estas decisiones. No quiero que el Alma Suprema decida qué puedo o no puedo saber, y sin embargo heme aquí, pensando en tratar a mi esposo tal como el Alma Suprema me trata a mí. Aun así, el Alma Suprema sabía mejor que Rasa si era conveniente que Volemak estuviera enterado de estas cosas.

—Odio estos dilemas —dijo Rasa.

—¿Entonces?

—Entonces lo decidiré más tarde.

—Ésa también es una decisión.

—Lo sé, mi ingenioso primogénito. Pero eso no significa que sea para siempre.

—No has terminado tu pan —dijo Issib.

—Porque contiene queso de camello.

—Es repulsivo, ¿verdad? Y además te produce estreñimiento.

—Sensacional.

—Por eso los demás no lo comemos.

Rasa lo miró con mal ceño.

—¿Y por qué hay tanto en el refrigerador?

—Porque lo compartimos con los mandriles. Ellos creen que es una golosina.

Rasa miró su emparedado a medio comer.

—He estado comiendo alimento para mandriles.

—Se echó a reír.

—¡Con razón Yobur entró en la tienda de la cocina! Se pensó que preparaba un plato para él.

—Ya verás lo que pasa cuando le des un trozo de queso y él trate de aparearse con

tu pierna.

—Se me pone la carne de gallina de sólo pensarlo.

—Claro que sólo le he visto hacerlo con Padre y Zdorab. Tal vez sea afeminado, en cuyo caso no te prestará atención.

Rasa rió, pero la grosera broma acerca de la homosexualidad del mandril le hizo pensar. ¿Y si el Alma Suprema hubiera incluido en el grupo a alguien que no pudiera cumplir con sus deberes maritales? Y otro pensamiento: ¿el Alma Suprema le había enviado esa idea? ¿Era una advertencia?

Tiritó y apoyó la mano en el índice. Dime ahora, preguntó en silencio. ¿Hay alguien de nuestro grupo que sea incapaz de procrear? ¿Alguna de las esposas quedará defraudada?

Pero el índice no le dio ninguna respuesta.

Era media tarde y el único que había cazado algo era Nafai, lo cual fastidiaba muchísimo a Mebbekew. Conque Nafai sabía trepar rocas con mayor sigilo que él. ¿Y qué? Conque Nafai podía apuntar un pulsador como si hubiera nacido con ese arma en la mano. Eso sólo demostraba que Elemak tendría que haberle disparado con esa cosa cuando tuvo su oportunidad, allá en el desierto.

Allá en el desierto. Como si todavía no estuvieran en el desierto. Aunque en verdad ese lugar era exuberante en comparación con ciertas regiones que habían atravesado. El verdor del valle donde vivían era como un trago de agua fresca para los ojos. Minutos atrás había entrevisto la arboleda desde un promontorio, y era un deleite visual, un alivio después de la lúgubre palidez de esas rocas grises y esa arena amarilla, del grisáceo verdor de esas plantas que Elemak se obstinaba en llamar por su nombre cuando las veía, como si a alguien le importara que conociera cada arbusto que crecía en esos parajes por nombre y apellido. Tal vez Elemak tuviera primos entre las plantas del desierto. No le habría sorprendido enterarse de que un antepasado lejano de Elemak se había apareado con un arbusto gris y espinoso. Tal vez hoy oriné sobre un primo de Elya. Eso sería agradable, mostrar exactamente lo que pienso de la gente que ama el desierto.

Yo ni siquiera vi esa liebre. ¿Cómo podía haberle apuntado? Claro que Nafai le disparó. Él la vio. Meb también había disparado su pulsador, porque todos los demás disparaban. Pero resultó ser que no eran todos los demás. Sólo Vas, que apuntó demasiado bajo y en una sintonía demasiado difusa, y fue Nafai quien le acertó al animal y le abrió un agujero humeante en la cabeza. Y claro, Mebbekew, que no le apuntaba a nada en especial, así que Elemak había comentado:

—Buen disparo, Nafai. Estás apuntando bajo y sin precisión, Vas, y debes focalizar mejor el haz. Y tú, Mebbekew, ¿querías dibujar una liebre en esa roca? No es un curso de grabado. Trata de apuntar hacia el mismo planeta donde está tu presa.

Elemak y Nafai descendieron para buscar la liebre.

—Se está haciendo tarde —dijo Mebbekew.

—¿Los demás no podemos regresar en vez de esperar a que encontréis el cuerpo de esa liebre?

Elemak lo miró fríamente.

—Creí que querías aprender a eviscerar y desollar una liebre. Claro, quizá nunca necesites saberlo.

Muy listo, Elemak. Buen modo de infundir confianza a tus pobres y esforzados alumnos. Al menos yo disparé, a diferencia de Obring, que trata su pulsador como si fuera la verga de otro tío. Pero Meb no dijo nada de esto, sino que miró furiosamente a Elya y dijo:

—¿Entonces puedo irme?

—¿Crees que encontrarás el camino? —preguntó Elemak.

—Claro —dijo Mebbekew.

—Entonces puedes irte. Lárgate, y lleva contigo a quien quiera acompañarte.

Pero nadie quiso ir con él. Elemak les había hecho temer que Mebbekew se extraviara. Bien, no se había extraviado. Había escogido la dirección correcta, desandando el camino sin dificultades, y cuando trepó a la cima de esa colina para cerciorarse, encontró el valle precisamente en el lugar en donde esperaba encontrarlo. No soy tan incompetente, mi sabio hermano mayor. Aunque no he sudado la gota gorda en el desierto, como tú, llevando costosas plantas a lomo de camello de una ciudad a otra, eso no significa que no tenga sentido de la orientación.

No atinaba a comprender dónde y cuándo se había rasgado la túnica y la entrepierna de los pantalones. Le disgustaba no tener la ropa en óptimas condiciones, y para colmo éstas estaban empapadas de sudor y sucias de polvo. Nunca más estaría limpio.

Llegó al borde del peñasco y miró hacia abajo, esperando ver las tiendas. Pero no había una sola tienda a la vista.

Tuvo un momento de pánico. Se han ido sin mí, pensó. Regresaron sin que los viera, levantaron campamento y me dejaron atrás, y todo porque no pude ver una estúpida liebre.

Entonces comprendió que estaba corriente abajo. Las tiendas estaban a la izquierda, y él estaba más cerca del mar. Si el Mar del Barranco hubiera tenido olas como la costa del Mar Interior, Mebbekew habría podido oír el rumor del agua. Y allí estaban los mandriles, buscando su mísera cena en las raíces, bayas, plantas, insectos y alimañas verrugosas que vivían cerca del río y las orillas del mar.

¿Come llegué aquí? Vaya sentido de la orientación.

Oh, sí. Pasamos por aquí esta mañana, cuando dejamos a la perezosa esposa de papá dormida en el campamento, y a todas las perezosas mujeres, especialmente mi inservible, estúpida y perezosa mujer, remoloneando entre las tiendas y el huerto. Es

la única parte del itinerario que me perdí, ese recodo, gran cosa. Todavía tengo sentido de la orientación.

Pero sentía un gusto desagradable en la boca, y quería patear algo, romper algo, lastimar a alguien.

Y allá abajo estaban los mandriles, animales estúpidos y perrunos que se creían humanos. Una de las hembras mostraba el trasero rojo, así que los machos se atizaban porrazos y se preparaban para ensartarla. Pobres y estúpidos machos. Así es como vivimos nuestra vida.

Podría bajar al desfiladero por aquí y caminar valle arriba hasta el campamento. Y de paso tal vez pueda dispararle al macho que termine por meter la polla en ese agujero. Al menos morirá feliz. Y Nafai no será el único que regrese al campamento con un animal muerto.

A medio camino por la escarpada cuesta, después de raspase una rodilla y resbalar un par de veces, Meb comprendió que cuanto más bajaba, peor veía a los mandriles. Ya había rocas y arbustos que le impedían ver a algunos, incluidos los que procuraban aparearse. Sin embargo, había un pequeñín a plena vista, mucho más cerca que los demás. Sería un blanco más fácil.

Meb recordó lo que Elemak les había enseñado ese día y apoyó los codos en una roca mientras tomaba puntería. Aun así le temblaban las manos, y cuanto más trataba de mantenerlas firmes, más saltaba la mirilla. Y cuando apretó el dedo contra el botón disparador, movió de nuevo el arma; una pequeña voluta de humo brotó de un arbusto que estaba a más de seis metros del mandril al que había apuntado. El mandril debió oír algo, porque miró en torno, vio el arbusto en llamas y retrocedió asustado. Pero no por mucho tiempo. Poco después volvió a acercarse, y observó la llama como procurando aprender algún secreto. El arbusto estaba seco, pero no muerto, así que ardía lentamente, y con mucho humo. Meb apuntó de nuevo, ahora más a la derecha, para compensar el movimiento que causaba al apretar el botón. Esta vez tenía las manos más firmes, y recordó que Elemak había enfatizado la necesidad de relajarse. Ahora estaba siguiendo las instrucciones de Elemak al pie de la letra, y pronto liquidaría a ese mandril.

Cuando estaba por disparar, le sorprendió un crujido a un metro de su cabeza. Disparó hacia cualquier parte cuando giró abruptamente para mirar el lugar de donde venía el sonido. Una pequeña planta que crecía en una rajadura de la roca, un par de metros sobre su cabeza, ardía echando humo. Como lo mismo había ocurrido con el arbusto que estaba cerca del mandril, Meb supo de inmediato lo que pasaba. Alguien le estaba disparando a él. Habían llegado bandidos, el campamento corría peligro, y él iba a morir, a solas, porque los bandidos no tenían más opción que matarlo para impedir que diera la alarma. Pero yo no daré la alarma, pensó. Dejádme vivir y me ocultaré aquí y me quedaré callado hasta que todo haya pasado, pero no me matéis...

—¿Qué estás haciendo? ¿Disparando contra los mandriles?

Con un crujido de guijarros, Nafai descendió el último declive y se plantó frente a Meb. Meb notó con cierta satisfacción que Nafai había patinado igual que él, pero luego comprendió que Nafai lo había hecho sin perder el equilibrio, y había terminado de pie y no sentado en la piedra.

Sólo entonces comprendió que era Nafai quien le había disparado, y le había errado sólo por un par de metros.

—¿Qué tratabas de hacer? ¿Matarme? —exclamó.

—¡No eres tan buen tirador como para andar disparando tan cerca de los humanos!

—No matamos mandriles —dijo Nafai.

—Ellos son como personas... ¿Qué tienes en la cabeza?

—¿Ah sí? ¿Y desde cuando las personas escarban buscando gusanos, tratando de montarse a cada hembra que muestre un trasero rojo?

—Eso describe tu vida bastante bien, Meb. ¿Pensabas que íbamos a comer carne de mandril?

—No me importaba. No estaba disparando por la carne, sólo por cazar. Tú no eres el único que sabe disparar.

Con esas palabras, Meb comprendió que él y Nafai estaban a solas, sin testigos, y él tenía un pulsador. Podía ser un accidente. Yo no quise oprimir el botón. Le disparaba a un blanco y Nafai apareció de golpe. No le oí, me estaba concentrando. Por favor, perdóname, Padre, me siento tan mal, mi propio hermano, merezco la muerte. Oh, estás perdonado, hijo mío. Sólo déjame llorar por mi hijo menor a quien le volaron los cojones en un espantoso accidente de caza y murió desangrado. ¿Por qué no vas a follar mientras yo lloro?

Sería un día grandioso, Padre mandándole hacer algo que realmente quería.

—No debemos gastar disparos en balde —dijo Nafai.

—Elemak nos explicó que no duran para siempre. Y no comemos mandril. Elemak también lo explicó.

—Elemak puede pedorrear en una flauta y decir que tocó una melodía. Eso no significa que yo deba hacer las cosas a su manera.

—Tengo el pulsador en la mano. Casi apuntando a Nafai. Puedo demostrar que di media vuelta, sorprendido, y el pulsador se disparó y voló el pecho de Nafai. A esta distancia, podría hacerlo trizas, desparramando al pequeño Nafai por todas partes. Regresaré a casa con sangre en la ropa, de un modo u otro.

Meb sintió la presión de un pulsador contra la cabeza.

—Entrégame ese arma —dijo Elemak.

—¿Por qué? —preguntó Meb.

—¡No pensaba hacerlo!

—Ya disparaste una vez contra el mandril —protestó Nafai.

—Si tuvieras mejor puntería, ya lo habrías liquidado.

Conque Nafai había interpretado mal lo que supuestamente Meb no pensaba hacer. Pero Elemak comprendía.

—Dije que me des el pulsador, por la culata. Meb suspiró exageradamente y entregó el arma a Elemak.

—¿Por qué tanta alharaca? Yo no puedo dispararle a un mandril, pero tú apuntas el pulsador a la cabeza de cualquier hermano que gustes, y no hay problema.

Era evidente que Elemak no quería que le recordaran el episodio de intento de ejecución de Nafai en el desierto. Pero dejó el arma apoyada en la sien de Meb mientras le hablaba a Nafai.

—Nunca más apuntes tu pulsador a otro ser humano —dijo.

—No le apunté a él. Le apunté a la planta que estaba encima, y acerté.

—Sí, eres un magnífico tirador. ¿Pero qué pasa si estornudas? ¿O te tropiezas? Podrías arrancarle la cabeza a tu hermano por culpa de un resbalón. Así que nunca apuntes a otra persona ni a las cercanías, ¿entendido?

—Sí —dijo Nafai.

Oh sí, sí, hermano mayor Elemak, te lameré el trasero igual que a papá. Meb sentía ganas de vomitar.

—Sin embargo, fue un buen disparo —dijo Elemak.

—Gracias.

—Y Meb tiene suerte de que le hayas visto tú y no yo, porque yo podría haberle disparado al pie, dejándole un muñón para que recordara que no debe disparar contra los mandriles.

Esto no estaba bien, Elemak atacándolo de ese modo, y además frente a Nafai. Oh, y por cierto, aquí vienen Vas y Obring, ellos tienen que ser testigos de esta muestra del absoluto desprecio que Elemak siente por mí.

—¿Conque de pronto los mandriles son animales sagrados? —preguntó Meb.

—No los matas, y no los comes —dijo Elemak.

—¿Por qué no?

—Porque son inofensivos, y comerlos sería como canibalismo.

—Entiendo —dijo Meb.

—Eres uno de esos tíos que se creen que los mandriles son mágicos. Todas sus tribus tienen una marmita de oro escondida en alguna parte, y si te portas bien y los alimentas, entonces, después de haberse engullido todos los comestibles de la comarca y destrozado tu casa mientras buscaban más, regresarán a su escondrijo y te traerán la marmita.

—Más de un viajero perdido en el desierto llegó a destino gracias a los mandriles.

—Claro. ¿Eso significa que debemos dejar que todos ellos vivan para siempre? Te

contaré un secreto, Elya. Morirán tarde o temprano. ¿Por qué no ahora, para practicar? No estoy diciendo que tengamos que comerlos.

—Y yo estoy diciendo que tú no cazarás más. Dame el pulsador.

—Sensacional —dijo Meb.

—¿Así que debo ser el único hombre sin pulsador?

—Los pulsadores son para cazar. Nafai será un buen cazador, y tú no.

—¿Cómo lo sabes? Es el primer día que lo hacemos en serio.

—Y el último para ti, porque jamás tendrás un pulsador en las manos mientras yo viva.

Para Mebbekew fue como una puñalada en el corazón. Elemak lo despojaba de toda su dignidad, ¿y por qué? Por un estúpido mandril. ¿Cómo podía hacerle esto? Y además frente a Nafai.

—Oh, entiendo. Así es como demuestras tu adoración por el rey Nafai.

Hubo una pausa durante la cual Meb temió haber ido demasiado lejos, y que Elya decidiera matarlo o darle una zurra. Luego Elemak habló.

—Regresa al campamento con la liebre, Nafai. Zdorab querrá guardarla en el refrigerador antes de comenzar el guisado por la mañana.

—Sí —dijo Nafai, deslizándose cuesta abajo hacia el suelo del valle.

—Podéis seguirlo —dijo Elemak a Vas y Obring, que acaban de bajar torpemente por la cuesta, aterrizando sobre las posaderas.

Vas se levantó y se sacudió el polvo.

—No cometas ninguna estupidez, Elya —dijo Vas. Se volvió y bajó por donde había ido Nafai.

Como Meb supuso que las palabras de Vas serían todo el apoyo que conseguiría, decidió aprovecharlas al máximo.

—Cuando regreses al campamento, dile a mi padre que he muerto porque el pequeño accidente de Elya con el pulsador no fue un accidente.

—Sí, díselo —dijo Elemak.

—Eso le confirmará lo que Padre sospecha hace tiempo, que Meb está loco de atar.

—No le diré nada, por ahora... a menos que ambos no regreséis al campamento de inmediato —dijo Vas.

—Vamos, Obring.

—No soy tu cachorro —dijo Obring.

—Vale, quédate —dijo Vas.

—¿A hacer qué? —preguntó Obring.

—Si tienes que preguntar, será mejor que vengas conmigo —dijo Vas.

—No queremos inmiscuirnos en esta pequeña riña familiar.

Meb no quería que se fueran. Quería contar con testigos.

—Elemak es supersticioso —les gritó.

—Se cree esas viejas historias que cuentan que si matas un mandril, su tribu viene y secuestra tus hijos. ¡Eiadh debe estar encinta, eso es todo! Regresad aquí e iremos juntos al campamento.

Pero ellos no regresaron.

—Escucha, lo lamento —dijo Meb.

—No tienes por qué hacer tanto escándalo. Ni siquiera le acerté al mandril.

Elemak se inclinó hacia él.

—Nunca más empuñarás un pulsador.

—Fue Nafai quien me disparó a mí. Me quitas el arma por dispararle a un mandril, pero Nafai me dispara a mí y él conserva la suya.

—No mates animales que no piensas comer. Es otra ley del desierto. Pero tú sabes por qué te quito el pulsador, y no es por el mandril.

—¿Entonces por qué?

—Te desvivías por matar a Nafai.

—Conque ahora me lees los pensamientos.

—Te leo el cuerpo, y Nafai tampoco es tonto. Él sabe lo que planeabas. ¿No comprendes que en cuanto hubieras intentado mover el pulsador él te habría volado la cabeza?

—No tiene agallas para eso.

—Tal vez no —dijo Elemak.

—Y tal vez tú tampoco. Pero no tendrás la oportunidad.

Era lo más estúpido que Meb había oído decir jamás.

—Hace un par de días, en el desierto, trataste de amarrarlo y abandonarlo.

—Hace un par de días creía que podíamos regresar a la civilización —dijo Elemak.

—Pero las perspectivas han cambiado. Estamos varados aquí, todos juntos, nos guste o no, y si Eiadh no está encinta pronto lo estará.

—Siempre que averigües cómo se hace.

Notó que se había extralimitado, pues Elemak movió el brazo izquierdo y le asestó un bofetón en la nariz.

—¡Ay! —Mebbekew se cogió la nariz, y las manos se le mancharon de sangre.

—¡Marica, *peedar*, afeminado!

—Vaya —dijo Elemak.

—Veo que el dolor te vuelve elocuente.

—Ahora tengo toda la ropa manchada de sangre.

—Eso te ayudará a mantener la ilusión de que eres viril. Escúchame, y escúchame bien, porque hablo en serio. La próxima vez te romperé la nariz, y la seguiré rompiendo cada vez que te vea conspirar contra alguien. Una vez traté de liberarme

de esta lamentable circunstancia, pero no pude, y tú sabes por qué.

—Sí, el Alma Suprema es más hábil que yo con las cuerdas —dijo Meb.

—Conque aquí estamos, y nuestras mujeres tendrán hijos, y esos hijos crecerán. ¿Lo entiendes? Este grupo, estas dieciséis personas, serán el mundo donde crecerán nuestros hijos. Y no será un mundo donde un blandengue como tú asesine a alguien porque no le deja disparar contra un mandril. ¿Me entiendes?

—Claro. Será un mundo donde machos rudos como tú se divierten golpeando a los demás.

—Nadie te golpeará si te comportas. No habrá muertes, punto. Porque, por muy listo que te creas, estaré allí antes que tú, esperándote, y te haré trizas. ¿Me entiendes, actorzuelo?

—Entiendo que le estás lamiendo el trasero a Nafai —dijo Mebbekew. Casi esperaba que Elemak le pegara de nuevo, pero Elya rió entre dientes.

—Tal vez. Tal vez así sea, por el momento. Pero Nafai también me lame el trasero a mí, por si no lo has notado. Tal vez hasta hagamos las paces. ¿Qué te parece?

Me parece que tienes riñones de camello en vez de sesos, y por esto tu cháchara no es más que orina caliente en el polvo.

—La paz me parece maravillosa, mi querido y amable hermano mayor —dijo Meb.

—Sólo recuerda eso —dijo Elemak—, y yo trataré de hacer que tus afectuosas palabras se vuelvan sinceras.

Rasa les vio llegar. Primero Nafai, con una liebre en el morral, radiante de triunfo, aunque, siendo Nafai, tratando en vano de ocultar su orgullo; luego Obring y Vas, cansados, aburridos, sudorosos y desalentados; y por último Elemak y Mebbekew, taimados y jocosos, como si ellos fueran los que habían cazado la liebre, como si fueran conspiradores a la conquista del universo. Nunca los entenderé, pensó Rasa. No podía haber dos hombres más distintos, Elemak tan fuerte, competente, ambicioso y brutal, Meb tan débil, mentecato, lujurioso y timorato, y sin embargo siempre parecían compartir las bromas, mofándose de todos los demás desde una elevada cima de picardía personal. Nafai podía irritar con su incapacidad para ocultar su deleite en sus logros, pero no hacía sentir sucios y ruines a los demás con sólo estar junto a ellos, como Mebbekew y Elemak. No, soy injusta, se dijo Rasa. Estoy recordando ese alba en el desierto. Estoy recordando el pulsador apuntado contra la cabeza de Nafai. Nunca perdonaré a Elemak. Tendré que vigilarlo cada día del viaje, para velar por mi hijo menor. Es lo único bueno de Mebbekew. Es tan cobarde que no hay que temer nada de él.

—Sé que tenéis hambre —dijo Volemak.

—Pero todavía es temprano para la cena, y el tiempo estará bien aprovechado. Os contaré el sueño que recibí anoche.

Ya todos se habían acomodado en las piedras chatas que Zdorab y Volya habían colocado días atrás para ese propósito, para que todos tuvieran un lugar donde sentarse sin tocar el suelo, durante las comidas y las reuniones.

—No sé qué significa —dijo Volemak—, y no sé para qué es, pero sé que tiene importancia.

—Si tiene tanta importancia —dijo Obring—, ¿por qué el Alma Suprema no te dice de qué se trata y ya?

—Porque, cuñado de mi esposa —dijo Volemak—, el Alma Suprema no envió este sueño, y siente tanto desconcierto como yo.

Rasa notó con interés que Volya aún consideraba que el Alma Suprema era una persona, no una máquina como la veían Nafai e Issib. Eso le agradaba. Tal vez se estuviera poniendo viejo, perdiendo la imaginación, pero en todo caso era agradable que Volemak aún viera al Alma Suprema al viejo estilo varonil, en vez de considerarla un mero ordenador, aunque fuera un ordenador con memoria fractal que podía almacenar datos sobre todos los seres humanos que habían vivido y tener espacio para más.

—Comenzaré, pues, y contaré el sueño hasta el final —dijo Volemak.

—Y os prevengo: como el sueño no vino del Alma Suprema, me da motivos para regocijarme por Nafai e Issib, pero también motivos para temer por mis hijos mayores, Elemak y Mebbekew, pues veréis, en mi sueño vi un yermo oscuro y lúgubre.

—Puedes ver eso en plena vigilia —murmuró Mebbekew. Rasa notó que la burla de Meb era sólo una frágil máscara de su furia. No le gustaba que lo señalaran así aun antes que el sueño comenzara. A Elemak tampoco le gustó, pero él sabía contener la lengua.

Volemak silenció a Mebbekew con la mirada, dando a entender que no toleraría más interrupciones. Luego comenzó de nuevo.

Capítulo 4

EL ÁRBOL DE LA VIDA

—En mi sueño vi un yermo oscuro y lúgubre —dijo Volemak, sabiendo que no comprenderían qué significaban para él esas palabras. No el tórrido desierto que conocían, a pesar de que ese yermo era muy lúgubre. El lugar que recorría en su sueño era húmedo, helado, sucio y penumbroso, y apenas veía por dónde caminaba. Tal vez hubiera árboles en las inmediaciones, o tal vez atravesara un pasaje subterráneo. Volemak caminaba sin esperanzas, pero al mismo tiempo no podía reprimir la esperanza de que caminando escaparía de esa desolación.

—Y luego vi un hombre vestido con túnica blanca.

Como un sacerdote de Seggidugu, sólo que éstos son hombres comunes que transpiran mientras celebran sus ritos. Este hombre parecía tan cómodo consigo mismo que de inmediato pensé que debía estar muerto. Yo estaba en un lugar donde los muertos esperaban, y pensé que tal vez yo estuviera muerto.

—Vino a mí, y se plantó frente a mí, y me habló. Me dijo que lo siguiera.

Volemak notó que los demás se aburrían, al menos los más inmaduros. Era desalentador tener sólo palabras para revelarles el sueño. Si pudieran saber cómo sonaba la voz de ese hombre, cuán afable y cálido parecía, como si ese sonido fuera la primera luz en ese lugar tenebroso, sabrían por qué lo seguí, y por qué fue importante que lo siguiera. Pero para ellos es sólo un sueño, y evidentemente ésta es la parte aburrida. Pero para mí no lo fue.

—Lo seguí muchas horas en la oscuridad —dijo Volemak.

—Le hablaba, pero él no me respondía. Y como yo estaba convencido de que lo enviaba el Alma Suprema, me puse a hablar mentalmente con el Alma Suprema. Le pregunté cuánto tiempo seguiría esto, y adonde iba, y de qué se trataba. No obtuve respuesta. Me impacienté, y declaré que si esto era un sueño era tiempo de que yo despertara, y que si esto tenía algún sentido debía revelármelo antes del alba. Y no hubo respuesta. Empecé a pensar que tal vez fuera real, que continuaría para siempre, que eso era lo que nos sucedía después de la muerte: llegar a un páramo tenebroso y caminar eternamente tras un hombre que no nos da explicaciones.

—Se parece a la vida que llevamos últimamente —murmuró Mebbekew.

Volemak hizo una pausa, sin mirar a Meb, dejando que los demás lo obligaran a callar. Luego continuó.

—Pensando que podía ser real, empecé a suplicarle al Alma Suprema o a quien estuviera a cargo de ese lugar que tuviera misericordia y me contara algo o me permitiera ver algo, me permitiera comprender lo que sucedía. Sólo entonces, cuando

me puse a suplicar, el lugar se iluminó, no como el amanecer o como cuando uno llega a la fogata de un campamento. Yo no veía ninguna fuente luminosa, tan sólo una especie de luz diurna y brillante, y pasé del paraje pedregoso a un vasto campo de hierba alta y flores que se curvaban en la brisa. Era un gran alivio ver vida, un alivio que no puedo describir. Y a cierta distancia, a unos trescientos metros, había un árbol. Aun a esa distancia veía que en medio del rutilante verdor de las hojas había dos manchas blancas, y supe de inmediato que eran frutos. Y de pronto pude olerlos, y supe que eran deliciosos, el alimento más perfecto que jamás existió, y que si podía saborear esos frutos nunca más sentiría hambre.

Hizo una pausa, esperando la inevitable socarronería de Mebbekew acerca del hambre que sentían ahora. Pero Meb parecía haber escarmentado, porque guardó silencio.

—Caminé, no, corrí hacia el árbol, y el fruto era pequeño y dulce. Sí, lo saboreé, y os aseguro que jamás en la vida probé comida tan sabrosa.

—Sí, como el sexo en los sueños —dijo Obring, con la aparente intención de sustituir a Mebbekew. Volemak agachó la cabeza. Oyó un movimiento. Sí, Elemak poniéndose de pie. Volemak conocía la escena sin mirar, pues Elemak había aprendido esta técnica de él. Elemak, de pie, miró a Obring sin decir nada, hasta que Obring se marchitó ante él. Y sí, Obring masculló una disculpa.

—Perdón, continuad, continuad.

Volemak aguardó un instante más, y oyó que Elemak se sentaba. Ahora podía continuar, quizá sin más interrupciones.

Pero se había echado a perder, precisamente cuando creía estar a punto de hallar las palabras justas para explicar el sabor que ese fruto le había dejado en la boca, haciéndolo sentir vivo por primera vez.

—Ese fruto era la vida —dijo, pero ahora las palabras sonaban huecas, y supo que el momento de lucidez había pasado, y ellos nunca entenderían.

—La alegría que sentí al saborearlo era tan perfecta que anhelaba que mi familia lo probara. No soportaba tener ese fruto perfecto, el sabor de la vida en la boca, sin que mi familia lo conociera, lo compartiera. Así que os busqué, para ver dónde podía encontrarlos. No estabais en el lugar de donde había venido, y al dar la vuelta vi un río cerca del árbol, y cuando miré río arriba vi a Rasa y a nuestros dos hijos, Issib y Nafai, y ellos miraban en torno como si no supieran adonde ir. Los llamé, agité los brazos, y al fin me vieron y vinieron a mí, y yo les di el fruto y ellos comieron, y sintieron lo que yo había sentido y vi que, también para ellos, comer el fruto era como sentir la vida por vez primera. Ya estaban vivos, por cierto, pero ahora sabían por qué, y se sentían dichosos de estar vivos.

Volemak no pudo reprimir las lágrimas que le humedecieron las mejillas. El recuerdo del sueño era tan nítido y fresco que lo revivía al contarlo, y el júbilo que

sentía era incontenible, aun al cabo de una jornada de trabajo en el huerto, aun con el sudor y la suciedad del desierto. Aún sentía el sabor de ese fruto en la boca, aún veía la expresión de esos rostros. Aún sentía la añoranza que había sentido entonces, el deseo de que Elemak y Mebbekew también lo probaran.

—Entonces pensé en Elemak y Mebbekew, mis hijos mayores, y los busqué, deseando que vinieran a saborear el fruto. Y allí estaban, cerca de la fuente del río donde antes se hallaban Rasa, Issib y Nafai. Y de nuevo los llamé, e hice señas, pero ellos no venían. Traté de hablarles del fruto, a gritos, pero actuaban como si no me oyeran, aunque en ese momento me parecía que sí. Al fin se alejaron de mí, y ni siquiera fingían escuchar. Así me quedé, con ese fruto perfecto en la mano, ese sabor en la boca, ese aroma en la nariz, sabiendo que se llenarían de alegría como yo si tan sólo lo probaban, pero sin poder atraerlos.

Antes sus lágrimas habían sido de alegría; ahora brotaban por Elemak y Mebbekew, y eran lágrimas amargas. Pero no había más que decir sobre la negativa de ambos, y Volemak continuó con el sueño.

—Sólo entonces, cuando mis dos hijos mayores se negaron a aproximarse al árbol, comprendí que no éramos las únicas personas en ese vasto vergel. Ya sabéis cómo es en los sueños: en un momento no hay nadie, de pronto hay miles de personas. Y no sólo había personas, sino otros... seres que volaban, seres que correteaban. Pero supe que ellos también eran personas, no sé si me entendéis. Muchos habían visto el árbol. Pensé que tal vez me hubieran visto gritándole a Elya y Meb para describirles el sabor del fruto, y ahora trataban de acercarse al árbol. Sólo que ahora la distancia era mucho mayor que antes, y era como si pudieran ver el árbol, pero sólo tuvieran una idea general de dónde estaba. Me pregunté cómo lo encontrarían si no podían verlo.

«Entonces vi que había una especie de baranda a orillas del río, y un sendero que bordeaba la orilla, y vi que era el único camino que podían coger para llegar al árbol. Y las personas que intentaban encontrar el árbol asían la baranda de hierro y procuraban seguir el sendero, aferrando la baranda cuando el terreno era resbaloso, para no caerse al agua. Continuaron la marcha, pero se toparon con una densa niebla que subía desde el río, y los que no se asían de la baranda se extraviaban, y algunos se cayeron al río y se ahogaron, y otros se internaron en la niebla y se perdieron y nunca encontraron el árbol.

»Pero los que se habían aferrado a la baranda lograron orientarse en la niebla, y al fin llegaron a la luz, tan cerca del árbol que ahora lo veían con sus propios ojos. Se aproximaron en tropel, y se reunieron en torno de mí, Rasa, Issib y Nafai, y alzaron los brazos y cogieron el fruto, y cuando algunos no alcanzaban, nosotros cogíamos el fruto y se lo dábamos, y cuando no alcanzaron los que estaban cerca del suelo, Nafai e Issib treparon al árbol...

—Yo trepé... —susurró Issib. Todos le oyeron, pero nadie dijo nada, sabiendo o adivinando lo que él debía pensar, al imaginarse trepando a un árbol junto a Nafai.

—Treparon el árbol y bajaron más frutos para los demás —dijo Volemak.

—Y vi en sus rostros que todos saboreaban lo que yo había saboreado, y sentían lo que yo había sentido. Sólo entonces noté que después de comer el fruto, muchos miraban en torno furtivamente, como si se avergonzaran de haber comido el fruto, y tuvieran miedo de ser vistos. Yo no podía creer que se sintieran así, pero entonces miré hacia donde muchos miraban, y en la otra margen del río vi un enorme edificio, igual que los edificios de Basílica, pero más grande, con cien ventanas, y en cada ventana veíamos personas ricas, personas extravagantes, personas elegantes y bellas, riendo y bebiendo y cantando, tal como en la Villa de las Muñecas y la Villa de los Pintores, pero con mayor desenfreno. Riendo y pasándolo muy bien. Mas yo sabía que no era real, que el vino les hacía creer que era importante divertirse, cuando aquí, de este lado del río, yo tenía el fruto que podría brindarles la alegría que ellos creían tener. En cierto modo era muy triste. Pero entonces comprendí que muchas de las personas que estaban conmigo, personas que estaban comiendo el fruto, miraban a los moradores de ese gran edificio y los envidiaban. Querían ir allá, renunciar al fruto del árbol y sumarse a los que reían con tanta sensualidad y cantaban con tanta alegría.

Volemak no les dijo que por un instante él también había sentido un aguijonazo de envidia, pues al verles reír y jugar en la otra margen del río se sintió viejo, lamentó no estar en la fiesta. Le hizo recordar su juventud, cuando estaba con amigos que reían con él, cuando amaba mujeres cuyos besos eran deliciosos, y acariciarlas era como retozar en una grama mullida y un musgo fresco, y en esos días también él había reído, y cantado, y bebido vino, y era real, claro que sí. Real, pero también inalcanzable, porque la primera vez era siempre la mejor, y todo lo que se repetía nunca era como antes, hasta que al fin quedaba fuera de su alcance, todo se convertía en mero recuerdo, y fue entonces cuando supo que era viejo, cuando las alegrías de la juventud se volvieron totalmente irrecuperables. Algunos amigos se habían empeñado en intentarlo, habían fingido que para ellos nunca se extinguía, pero esos hombres y mujeres se volvieron borrosos como maniqués pintados, marionetas gastadas y chapuceras, una parodia de la juventud.

Volemak envidiaba a la gente del edificio y recordaba que había sido una de ellas, o que al menos lo había intentado. ¿Alguien podía formar parte realmente de esa transitoria comunidad del placer, que se evaporaba y volvía a formarse una y otra vez en una sola noche, y mil veces en una semana? Nunca existía del todo, esa familia de juerguistas, sólo parecía a punto de existir, al borde de la realidad, y luego se replegaba hasta ser inalcanzable.

El árbol, en cambio, era real, comprendió Volemak. Con el sabor de este fruto en la boca, formamos parte de algo que no es sólo ilusión. Formamos parte de la vida,

esposos, padres e hijos, la vasta transmisión de genes y sueños, cuerpos y memorias, generación tras generación, sin fin. Estamos haciendo algo que nos trascenderá, eso es este fruto, eso es la vida, y lo que hay en la otra margen del río, esa frenética busca de sensaciones corporales, esa obstinada elusión de todo dolor o dificultad, no entiende el sentido del vivir. Nada que sea nuevo es nuevo dos veces. Mientras que las cosas verdaderas siguen siendo verdaderas la próxima vez; más verdaderas, en realidad, porque han sido probadas, saboreadas, y siempre están maduras, siempre dispuestas...

Pero Volemak no podía explicar todo esto a los que estaban reunidos en derredor, porque sabía que estos sentimientos eran suyos, que no formaban parte del sueño, sino de su reacción ante el sueño, y tal vez ni siquiera del significado del sueño.

—La gente del edificio miraba a los que estábamos reunidos en torno del árbol, señalándonos y riendo, y oí que nos ridiculizaban por dejarnos embaucar de esa manera cuando podíamos experimentar realmente la vida con tan sólo cruzar el río y sumarnos a la fiesta.

—Sí —susurró Obring.

—Vi que muchos de los que habían saboreado el fruto arrojaban los restos a la hierba y se dirigían al río, para cruzarlo y llegar al edificio, y muchos que nunca lo habían saboreado y ni siquiera se habían acercado al árbol también se dirigían hacia esa juerga sin fin. Algunos se ahogaron en el río, fueron arrastrados corriente abajo, pero muchos llegaron a la otra orilla y fueron al edificio, empapados, y entraron, y vi que salían a las ventanas, nos señalaban y reían. Pero yo no estaba enfadado con ellos, porque ahora veía algo que no había visto antes. El río estaba sucio. Residuos cloacales flotaban en las aguas. Toda la basura de una ciudad licenciosa flotaba en la corriente, y cuando salían del agua tenían la ropa manchada con esa fetidez, y así olían al sumarse a la fiesta, y dentro del edificio todos estaban cubiertos con la viscosidad del río, y el tufo era nauseabundo. Y al mirar el edificio uno comprendía que nadie disfrutaba de la compañía de los demás, a causa de la roña y la hediondez. Se unían breves instantes, pero la fetidez de la ropa de los demás los ahuyentaba. Y sin embargo nadie parecía advertirlo. Todos ansiaban cruzar el río para participar en la fiesta, temiendo que los rechazaran si no llegaban cuanto antes.

Volemak se irguió, se recostó en la roca donde estaba sentado.

—Eso fue todo. Salvo que aun al final, yo buscaba a Elemak y Mebbekew, esperando que se reunieran conmigo frente al árbol. Porque todavía tenía ese fruto en la mano, su sabor en la boca. Y todavía era deliciosa y perfecta, y no se disipaba; cada bocado sabía mejor que el anterior, y yo quería que toda mi familia, todos mis amigos, lo probaran. Que formaran parte de la vida de ese fruto. Y entonces supe que estaba despertando (todos saben cómo ocurre en los sueños) y pensé: Todavía puedo saborearlo. Todavía siento el fruto en las manos. Qué maravilla. Ahora podré

llevárselo a Elya y Meb y ellos podrán saborearlo, porque si lo prueban se reunirán con nosotros ante el árbol. Y entonces desperté y descubrí que tenía las manos vacías, y Rasa estaba dormida, soñando sus propios sueños, de modo que ella no había probado el fruto, y Nafai e Issib aún estaban en sus tiendas, y nada de esto había sucedido.

Volemak se inclinó de nuevo hacia delante.

—Pero yo todavía podía saborearlo. Puedo saborearlo ahora. Por eso tenía que contarlo. Aunque el Alma Suprema niegue que me envió el sueño, era más real, más verdadero que cualquier sueño que yo haya tenido. Era más real que la realidad, y mientras comía el fruto yo estaba más vivo que nunca. ¿Esto significa algo para vosotros?

—Sí, Volya —dijo Rasa.

—Más de lo que crees.

Hubo un murmullo general de asentimiento, y Volemak notó, mirando en torno, que la mayoría lucían pensativos, y muchos conmovidos, tal vez más contagiados por las emociones de Volemak que por la narración misma, pero al menos algo los había tocado. Volemak había hecho lo posible para compartir su experiencia con ellos.

—Esto me ha dado hambre —dijo Dol.

—Tanto hablar sobre frutas y demás.

—Y esas aguas de cloaca. Qué sabroso —dijo Kokor.

—¿Qué hay de cenar?

Rieron. La solemnidad del ambiente se había disipado, pero Volemak no podía enfadarse. No podía esperar que su sueño transformara el resto de sus vidas.

Pero el sueño significa algo. Aunque no lo haya enviado el Alma Suprema, es verdadero, e importante, y jamás lo olvidaré.

Si lo olvido, me empobreceré.

Los que habían preparado la cena se levantaron para inspeccionar la comida y comenzaron a servir. Rasa fue a sentarse junto a Volemak y lo rodeó con el brazo. Volemak miró a Issib y vio que tenía lágrimas en las mejillas, y Nafai y Luet caminaban cogidos del brazo, meditabundos y enternecidos, ambos irradiando bondad. Volemak apenas conocía a la mayoría de los demás. Echó una ojeada instintivamente, buscando a Mebbekew y Elemak. Y cuando los vio se sorprendió, porque no parecían conmovidos ni encolerizados. Si Volemak hubiera puesto un nombre a lo que veía en sus rostros, lo habría llamado miedo.

¿Cómo podían oír ese sueño y tener miedo?

—Nos está preparando —susurró Mebbekew.

—Ese sueño donde aparecemos separados de la familia... piensa desheredarnos.

—Oh, cállate —dijo Elemak.

—Sólo nos da a entender que sabe lo que sucedió en el desierto, y no desea armar

mucha alharaca por ello, pero lo sabe. Así que aquí termina todo, a menos que uno de nosotros cometa una gran estupidez.

Meb lo miró fríamente.

—Por lo que recuerdo, fuiste tú quien le apuntó a Nafai en el desierto, no yo. Así que no empecemos con acusaciones e insultos.

—Creo recordar un episodio más reciente —dijo Elemak.

—Del cual fuiste el único testigo. Ni siquiera el querido Nyef tenía la menor idea. Más aún, ni siquiera es cierto, tú inventaste todo, zopenco.

Elemak ignoró el insulto.

—Espero que yo nunca parezca tan estúpido como Padre, llorando frente a todos por causa de un sueño.

—Sí, todos son estúpidos menos Elemak —dijo Mebbekew.

—Eres tan listo que te tiras pedos por los dedos.

Elemak no podía creer que Meb fuera tan infantil.

—¿Tienes doce años, Meb? ¿Todavía te causa gracia rimar pedos con dedos?

—Eso es lo más irónico, zopenco ignorante —dijo Meb con su voz más meliflua.

—Eres tan listo que no captas la ironía. Con razón crees que todos los que te rodean son tontos... nunca entiendes lo que dicen, así que crees que no se hacen entender. Te contaré algo que en este campamento es un secreto a voces, Elya, mi hermano favorito. Sabrás cómo sobrevivir en el desierto, pero eso es lo único que sabes. Hasta Eiadh comenta con las demás mujeres que te corres tan pronto que no tiene tiempo de enterarse que has empezado. Ni siquiera sabes complacer a una mujer, y debo decirte, Elya, que todas son muy fáciles de complacer.

Elemak escuchó los agravios y las insinuaciones sin inmutarse. Conocía a Meb cuando estaba con ese ánimo. Cuando eran niños, Elemak lo zurraba cuando se ponía así, pero al fin comprendió que eso era precisamente lo que Mebbekew quería. Y no le importaba el dolor mientras Elemak estuviera colérico y arrebatado, sudoroso, con las manos magulladas de golpear los huesos de Mebbekew. Porque entonces Meb sabía que dominaba la situación.

Elemak, pues, no se dejó provocar. Se alejó de Meb y se unió a los que cenaban frente al fuego. Eiadh servía el guisado. No habían tenido tiempo de cocinar la liebre, así que la única carne era charqui, pero Rasa había llevado gran cantidad de especias, de modo que al menos la sopa de esa noche tendría algún sabor. Y Eiadh lucía tan encantadora llenando los cuencos que Elemak sintió deseo por ella. Sabía que Meb mentía —Eiadh no tenía quejas sobre su vida sexual— y pronto llevaría un hijo en el vientre, si ya no lo llevaba. Esa certeza era reconfortante para Elemak. Esto es lo que yo buscaba en esos viajes. Y si esto es lo que Padre quiso decir con su árbol de la vida —participar en la gran empresa del amor, el sexo, el nacimiento, la vida y la muerte— entonces Elemak sí había saboreado el fruto de ese árbol, y era delicioso,

más que nada en la vida.

Si Padre pensaba que Elemak se avergonzaría de no haberse acercado al árbol en ese sueño, se sentiría defraudado, porque Elemak ya estaba ante el árbol y no necesitaba que Padre le indicara el camino.

Después de la cena, Nafai y Luet se dirigieron a la tienda del índice. Habrían ido antes de comer, tan ansiosos estaban, pero sabían que no quedaría comida para después. Tenían que comer cuando se servía la comida. Al caer la noche, entreabrieron la puerta y entraron, y descubrieron que Issib y Hushidh ya estaban allí, las manos unidas sobre el índice.

—Perdón —dijo Luet.

—Reuníos con nosotros —dijo Hushidh.

—Estábamos pidiendo una explicación del sueño. Luet y Nafai rieron.

—¿A pesar de que el significado es transparente?

—Conque Padre también te contó eso —dijo Issib.

—Bien, supongo que tiene razón. Es una especie de lección moral general acerca de cuidar la familia, desdeñar la vida frívola y demás... como los libros que les dan a los niños para enseñarles a comportarse.

—Pero... —dijo Nafai.

—¿Pero por qué ahora? ¿Por qué nosotros? —dijo Issib.

—Eso es lo que estamos preguntando.

—No olvides que él vio lo que vimos los demás —dijo Luet.

—Lo que vio el general Moozh.

—¿A qué te refieres? —preguntó Issib.

—Issib no estaba allí —les recordó Hushidh.

—Aún no le he contado... mi sueño.

—Vimos sueños —dijo Luet.

—Y aunque todos nuestros sueños eran diferentes, todos tenían algo en común. Todos vimos esas criaturas velludas que volaban. Yo las consideré ángeles, aunque no son precisamente dulces. Y el Alma Suprema nos dijo que el general Moozh, padre mío y de Hushidh, también las vio. Y también nuestra madre, la mujer llamada Sed, que impidió que Hushidh se casara con el general Moozh. Y los que estaban en el suelo, también...

—Yo vi que las criaturas semejantes a ratas —intervino Hushidh— devoraban los hijos de alguien, o lo intentaban.

—Y el sueño de Padre forma parte de eso —dijo Luet—, porque aunque es diferente de los demás, también contiene ratas y ángeles. ¿Recordáis que él vio unos seres que volaban y otros que correteaban? Pero sabía que también eran personas.

—Ahora lo recuerdo —dijo Issib.

—Pero no se demoró en ese detalle.

—Porque no comprendió que ahí estaba la señal —dijo Luet.

—¿De qué?

—De que el sueño no era enviado por el Alma Suprema —dijo Luet.

—Pero Padre ya ha dicho eso —dijo Issib.

—El Alma Suprema se lo contó.

—Ah, ¿pero de dónde vino? —preguntó Nafai.

—¿El Alma Suprema le contó eso?

—El Guardián de la Tierra —dijo Luet.

—¿Quién es ése? —preguntó Issib.

—Es aquél que el Alma Suprema desea que veamos en la Tierra —dijo Luet.

—Es aquél que todos iremos a ver. ¿No entiendes? El Guardián de la Tierra nos llama en nuestros sueños, uno por uno, diciéndonos cosas. Y lo que sucedió en el sueño de Padre es importante porque es un mensaje del Guardián. Si pudiéramos descifrarlo y entenderlo...

—Pero algo que viniera de la Tierra... tendría que viajar a mayor velocidad que la luz —dijo Issib.

—Eso es absolutamente imposible.

—O bien envió esos sueños hace cien años, a la velocidad de la luz —dijo Nafai.

—¿Envió sueños a gente que ni siquiera había nacido? —dijo Luet.

—Creí que habías abandonado esa idea.

—Todavía creo que esos sueños están... como en el aire —dijo Nafai.

—Y quien está durmiendo recibe los sueños cuando llegan.

—Imposible —dijo Hushidh.

—Mi sueño era demasiado específico.

—Tal vez introdujiste en tu propio sueño el material que envió el Guardián —dijo Nafai.

—Es posible.

—De ninguna manera —dijo Hushidh.

—Mi sueño era de una sola pieza. Si algo era enviado por el Guardián de la Tierra, todo lo era. Y el Guardián me conocía. ¿Entiendes lo que eso significa? El Guardián me conocía, y conocía... todo.

El grupo calló un instante.

—Tal vez el Guardián sólo envía estos sueños a la gente cuyo retorno desea —dijo Issib.

—Espero que te equivoques —dijo Nafai.

—Porque aún no he tenido un sueño de ese tipo. No he visto ratas ni ángeles.

—Yo tampoco —dijo Issib.

—Pensaba que quizá...

—Pero tú estabas en mi sueño —dijo Hushidh—, y si el Guardián me llama a mí,

también te quiere a ti.

—Y ambos estábamos en el sueño de Padre —dijo Nafai.

—Y por eso debemos averiguar qué significa. Obviamente es algo más que una lección moral. De hecho, si eso se proponía lo hizo bastante mal, pues a Elemak y Mebbekew les disgustó que Padre destacara que en el sueño se negaban a acercarse al árbol.

—Pues uníos a nosotros —dijo Issib.

—Tocad el índice y preguntad.

El brazo más largo de la silla de Issib sostuvo el índice para que él pudiera apoyar la mano; los demás se aproximaron y lo tocaron también. Lo tocaron y lo interrogaron, preguntando una y otra vez en silencio, con la mente.

—No —dijo Issib—, no pasa nada. No funciona de este modo, tenemos que ser claros.

—Entonces habla en nuestro nombre —dijo Hushidh.

—Haz la pregunta en nombre de todos.

Con las manos de todos en el índice, Issib dio voz a sus preguntas. Preguntó, y esperaron. Preguntó de nuevo. Esperaron de nuevo. Nada.

—Vamos —dijo Nafai.

—Hemos hecho todo lo que pediste. Aunque sólo sepas que sientes tanta confusión como nosotros, al menos dinos eso.

La voz del índice respondió de inmediato.

—Siento tanta confusión como vosotros.

—¿Y por qué no lo dijiste desde un principio? —preguntó Issib, irritado.

—Porque no preguntaste qué pensaba yo de ello, sino qué significaba. Yo trataba de descifrarlo, pero no puedo.

—Es decir que aún no has podido —dijo Nafai.

—Quiero decir que no puedo —dijo el índice.

—No tengo suficiente información. No tengo intuición, como los humanos. Mi mente es simple y directa. No me pidáis más de lo que soy capaz. Conozco todo lo que puede conocerse mediante la observación, pero no puedo adivinar lo que intenta hacer el Guardián de la Tierra, y me agotáis con la exigencia de que lo intente.

—De acuerdo —dijo Luet.

—Lo lamentamos. Pero si te enteras de algo...

—Os lo diré si considero que es apropiado que lo sepáis.

—Dínoslo aunque no lo consideres apropiado —exigió Issib.

Pero el índice no volvió a hablar.

—¡Tratar con el Alma Suprema puede ser exasperante! —dijo Nafai.

—Habla de ella con respeto —dijo Hushidh—, y tal vez colabore más contigo.

—Si le muestras demasiado respeto, ese ordenador empieza a creerse que es un

dios —dijo Issib.

—Entonces se pone realmente difícil.

—Ven a la cama —le dijo Luet a Nafai.

—Habla de esto mañana, pero esta noche necesitamos dormir.

No tuvo que esforzarse mucho para convencer a Nafai de que la siguiera a la tienda, dejando solos a Hushidh e Issib.

Ambos permanecieron un rato en silencio. Issib sentía la incomodidad como si fuera humo en el aire; le dificultaba la respiración. El sueño de Padre los había reunido allí para hablar con el Alma Suprema por medio del índice. Era fácil mostrarle a Hushidh con cuánta soltura manejaba el índice; se tenía confianza en esa tarea, aunque el Alma Suprema sintiera confusión y no pudiera dar una buena respuesta.

Pero ahora el índice no se interponía; permanecía callado en su caja, donde Nafai lo había puesto, y sólo quedaban Hushidh e Issib; se suponía que debían casarse, pero Issib no sabía qué decir.

—Soñé contigo —dijo Hushidh.

¡Ah! ¡Ella había hablado primero! De inmediato, la urgente necesidad de hablar puso palabras en labios de Issib.

—¿Y despertaste gritando?

Era estúpido decir eso, pero ya lo había dicho, y ella... sí, sonreía. Sabía que era una broma, así que Issib no tuvo que avergonzarse.

—Soñé que volabas —dijo ella.

—Lo hago a menudo —dijo Issib.

—Pero sólo en los sueños de los demás. Espero que no te importe.

Hushidh se echó a reír.

Él tendría que haber dicho algo más, algo serio, porque sabía que ella estaba haciendo el trabajo más difícil: ella decía cosas serias, y él las desechaba con bromas. Eso servía para que ambos se sintieran cómodos, pero también los desviaba de las cosas difíciles que ella intentaba decir. Issib sabía que debía ayudarla a decirlas, pero no podía pensar en ellas, no ahora, sentado con ella en esa tienda, a solas. Tenía miedo, pues Hushidh necesitaba un esposo, y ese esposo era él, pero no sabía hablarle como esposo. Podía hablar, por cierto, y sabía que Hushidh era bastante locuaz cuando estaba con gente conocida. La había oído hablar apasionadamente en clase, y también en conversaciones privadas. Tal vez pudieran hablar, pero para hablar no necesitaban casarse. ¿Qué clase de padre seré? ¡Ven aquí al instante, hijo, o te aplastaré con mi silla!

Por no mencionar la cuestión de cómo llegaría a ser padre, en primer lugar. Oh, había reflexionado sobre la mecánica del asunto, pero no podía imaginar a ninguna mujer que deseara prestarse a ello. Ésa era la difícil pregunta que no se animaba a

hacer. Aquí tenemos el libreto que nos indica cómo hacer hijos. ¿Te interesa el papel estelar? El único inconveniente es que tendrás que hacerlo todo, mientras yo me acuesto de espaldas y no te brindo ningún placer, y luego tendrás los hijos mientras yo no te doy la menor ayuda, y al final, en la vejez, tendrás que atenderme hasta que muera. Claro que ya no te molestaré demasiado, porque me habrás atendido siempre, pues en cuanto tenga esposa todos pensarán que ya no deben cuidarme, así que serás tú quien deba prestarme servicios personales que te repugnarán, y luego deberás resignarte a recibir mi simiente y darme hijos, y no tengo palabras para persuadirte de hacer semejante cosa.

Hushidh lo miraba fijamente en el silencio.

—Estás respirando con dificultad —dijo.

—¿De veras? —preguntó él.

—¿Es pasión, o es porque estás tan asustado como yo? —preguntó ella. Sí. Más asustado.

—Pasión —dijo Issib.

No había mucha luz dentro de la tienda, pero tampoco estaba muy oscuro. Notó que ella tomaba una decisión, se metía las manos bajo la blusa y hacía algunos movimientos; cuando Hushidh sacó las manos, Issib vio que los pechos se movían libremente bajo la tela. Y ante eso, Issib se asustó más que nunca, pero también sintió un aguijonazo de deseo, porque ninguna mujer había hecho semejante cosa frente a él, y mucho menos para él, para que él lo viera. Pero tal vez ahora debiera hacer algo, y no sabía qué.

—No tengo mucha experiencia en estas cosas —dijo Hushidh.

¿Qué cosas?, quiso preguntar Issib, pero decidió no hacerlo, pues entendía muy bien a qué se refería y no era momento para bromas.

—Pero creo que deberíamos hacer un experimento —continuó ella.

—Antes de tomar una decisión. Para ver si puedes sentir atracción por mí.

—Puedo —dijo él.

—Y ver si puedes darme algo —dijo ella.

—Será mejor si ambos podemos disfrutarlo, ¿no crees?

Sus palabras eran muy directas, pero Issib notó, por el temblor de la voz, que las cosas no eran tan sencillas para ella. Y por primera vez pensó que tal vez Hushidh no se considerase una mujer bella. No era alguien que provocara comentarios picarescos entre los jóvenes de la escuela; ahora Issib comprendía que Hushidh podía ser muy consciente de ello, y tal vez temiera que Issib no la deseara, así como él temía no complacerla. Eso los ponía casi en pie de igualdad. Y en vez de preocuparse por el temor de causarle repugnancia, él debía preocuparse por satisfacerla.

Hushidh se le acercó.

—Le pregunté a mi hermana Luet —dijo— las cosas que los hombres hacen por

las mujeres, y que ella creía que tú podrías hacer por mí.

—Apoyó las manos en los brazos de la silla. Bajó la mano derecha y se la apoyó en la pierna. Su pierna flaca, esmirriada; Issib se preguntó qué sentiría ella al tocar ese muslo sin músculos. Ella se le acercó más y él notó que la tela de la blusa ahora le rozaba la mano.

—Ella me dijo que podías abotonar.

—Sí —dijo Issib. Era difícil, pero había aprendido a abotonar prendas que se cerraran de esa manera.

—Y sospeché que entonces sabrías desabotonar. Sólo entonces Issib comprendió que era una invitación.

—Un experimento —dijo.

—Un examen parcial —dijo ella—, sobre el tema de desabotonar y abrir, con alguna pregunta especial después.

Él alzó la mano con fuerza, cogió el botón superior de la blusa.

El ángulo era desfavorable para su mano.

—El ángulo es desfavorable, ¿verdad? —dijo Hushidh, y pasó la mano derecha al otro muslo, subiéndola cada vez más, y se inclinó frente a él. Ahora Issib podía usar ambas manos, y desabotonar era relativamente fácil, aunque nunca había desabotonado prendas ajenas. Pensó que sería una habilidad útil con niños que aún no hubieran aprendido a vestirse.

—Quizá seas más rápido con el próximo —dijo ella.

Así fue. Y ahora, mientras desabotonaba, sus manos rozaban los senos de Hushidh. Día y noche había soñado con tocar los senos de una mujer, pero siempre había creído que nunca pasaría de ser un sueño. Y ahora, a medida que desabotonaba la blusa, Hushidh se levantaba para que el siguiente botón estuviera a su alcance, y así le acercaba los pechos al rostro, hasta que al fin, con sólo mover la cabeza, él podía besarle la piel.

Liberó el último botón, y ahora los dos lados de la blusa ondeaban libremente. No puedo, no puedo, se dijo Issib, pero lo hizo, movió la cabeza y la besó. La piel estaba un poco sudada, pero era suave y sedosa, no como sus propias manos, que sin embargo eran lisas, ni como la tersa mejilla de su madre, que él había besado a menudo; sus labios nunca habían rozado una piel semejante, y la besó de nuevo.

—Tienes una nota regular por desabotonar y abrir —dijo Hushidh—, pero tu trabajo especial parece muy promisorio. No siempre tienes que ser tan tierno.

—En realidad, soy tan rudo, brutal y viril como puedo —dijo él.

—Entonces está bien. No puedes equivocarte. Mientras yo sepa que lo haces porque quieres.

—Quiero —dijo Issib. Y luego, comprendiendo que ella necesitaba oírlo, añadió —: Quiero, y mucho. Eres tan... perfecta.

Ella frunció la cara.

—Como me imaginaba —dijo Issib.

—Como un sueño.

Ella movió la mano, y lo palpó para ver cómo reaccionaba él, y aunque Issib deseaba esconderse, alejarse, por una vez se alegró de que su cuerpo no le permitiera apartarse tan rápidamente, porque ella también necesitaba saber si él estaba excitado.

—Creo que el experimento fue un éxito, ¿verdad? —dijo Hushidh.

—Sí —dijo Issib.

—¿Eso significa que deseas parar ahora?

—No. Pero alguien podría entrar en esta tienda en cualquier momento.

—Hushidh se apartó y se abotonó la blusa. Respiraba entrecortadamente. Issib podía oírla a pesar de su propia respiración.

—Fue mucho ejercicio, para mí —dijo él.

—Espero agotarte.

—No puedes, a menos que te cases conmigo —dijo Issib.

—Creí que nunca me lo pedirías.

—¿Te casarás conmigo?

—¿Puedes esperar hasta mañana?

—No, no creo.

—Entonces iré a buscar a tus padres.

Ya se había abotonado la blusa. Se levantó y salió de la tienda. Sólo entonces Issib notó que la prenda que le sujetaba los senos estaba sobre la alfombra, una pequeña pila blanca. Llevó la mano derecha al control y ordenó al brazo largo de la silla que recogiera esa prenda y se la diera. Examinó la prenda, y le pareció bastante ingeniosa, pero al mismo tiempo lamentó que esa tela elastizada apretara los senos femeninos contra el cuerpo. Tal vez las mujeres sólo usaran esas cosas para andar en camello. Sería lamentable que sus senos estuvieran encerrados así continuamente. Especialmente para él, pues le agradaba mucho el contoneo del cuerpo de Hushidh bajo la blusa cuando se había quitado esa cosa.

Ordenó a la silla que guardara la prenda en un compartimiento; la silla obedeció. Y justo a tiempo, pues Hushidh regresaba con Padre y Madre.

—No puedo quejarme de que sea demasiado repentino —dijo Padre.

—Esperábamos esto y deseábamos que fuera cuanto antes.

—¿Queréis que reunamos a todos para la ceremonia? —preguntó Madre.

¿Para que todos se pasaran media hora aburriéndose con la ceremonia y preguntándose cómo serían las relaciones sexuales de Hushidh e Issib?

—No, gracias —dijo.

—Toda la gente importante ya está aquí.

—Qué lástima —dijo Hushidh.

—Pedí a Luet y Nafai que vinieran también, en cuanto hubieran notificado a Zdorab y Shedemei la nueva disposición de la tiendas.

Issib no había pensado en ello. Hushidh compartía la tienda con Shedemei, e Issib con Zdorab. Los dos quedarían obligados a estar juntos antes de estar preparados y...

—No te preocupes —dijo Padre.

—Zdorab dormirá aquí, con el índice, y Shedemei se quedará donde está. Hushidh irá a tu tienda, que ya está... equipada.

Equipada con su letrina especial, las tinajas para sus baños con esponja, la cama con el colchón de burbujas de aire para que no se le ampollara el cuerpo. Y por la mañana, él debería vaciar la vejiga y las tripas. Shuya, tesoro, ¿no te importa traerme la jarra y la cacerola? Y luego límpiame, eso es.

—Y Nafai y Zdorab vendrán por la mañana, para ayudarte en tus preparativos —dijo Padre.

—Y para enseñarme —dijo Hushidh.

—Eso no será una barrera entre nosotros, Issib, si has de ser mi esposo. Me niego a permitir que me moleste, y tú debes negarte a permitir que te moleste.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pensó Issib, pero asintió, esperando que fuera verdad.

La ceremonia duró sólo unos instantes, una vez que llegaron Nafai y Luet. Nafai se puso junto a Issib y Luet junto a Hushidh, mientras Madre y Padre se turnaban para recitar las partes de la ceremonia. Era la ceremonia matrimonial de las mujeres, que era lo habitual en Basílica, y en ocasiones hubo que corregir a Padre, pero aun eso parecía formar parte del rito, que Padre repitiera las palabras que Madre acababa de decir, suavemente, para recordárselas.

Cuando terminaron, Rasa unió las manos de ambos, y Hushidh se inclinó para besarlos. Era la primera vez que sus labios se tocaban, y a Issib le sorprendió. También le agradó mucho, y además, durante el beso ella se arrodilló junto a la silla, y al hacerlo le apretó los pechos contra el brazo, e Issib sólo deseaba que todos los dejaran a solas para continuar con el experimento.

Pasó otra media hora, con bromas de Nafai y Luet, pero al fin quedaron solos en la tienda de Issib, y continuaron el experimento. Cuando Hushidh estuvo desnuda, lo levantó de la silla. Notó que ella se sorprendía de su liviandad, aunque sin duda Nafai le había explicado que no tendría dificultad para alzarlo, a pesar de su altura. Ella lo desvistió y se le acercó, para que él pudiera darle tanto como ella le daría a él. Se sintió desbordar al verla gozar tanto, al sentir los placeres que ella le brindaba, y su cuerpo se descargó apenas ella se le montó encima. Pero estaba bien, pues ella aún lo abrazaba, se contoneaba, lo besaba, y él le besaba la mejilla, el hombro, el pecho, los brazos, cada vez que lograba acercarle los labios; y cuando podía, la estrechaba para hacerle sentir sus manos en la espalda y los muslos, manos suaves, débiles, ineptas,

pero afanosas. ¿Sería suficiente para Hushidh? ¿Era algo que podía disfrutar, una y otra vez, para siempre?

En vez de seguir pensando, decidió preguntarle.

—Sí —dijo ella.

—¿Entonces has terminado?

—La primera vez, al menos. Espero que no te haya dolido mucho.

—Un poco. Luet me dijo que no esperase que la primera vez fuera arrasadora.

—Y supongo que no te sientes arrasada.

—Arrasada no, pero bastante sacudida. Yo diría que en mi noche de bodas tuve un buen sacudón, y no veo el momento de que llegue el próximo, para ver si mejora.

—¿Qué te parece a primera hora de la mañana?

—Tal vez. Pero no te sorprendas si te despiertas y descubres que abusan de ti en medio de la noche.

—¿Estás fingiendo, o lo dices de veras? —preguntó Issib.

—¿Tú estás fingiendo? —preguntó Hushidh.

—No. Es la noche más maravillosa de mi vida. Sobre todo porque... Ella aguardó.

—Porque creía que nunca sucedería.

—Pero sucedió.

—Ya he respondido —dijo él.

—Ahora tú.

—Pensé que tendría que fingir, y habría fingido de ser necesario, porque sé que nuestro matrimonio puede funcionar a la larga... lo sé porque te vi en el sueño del Guardián de la Tierra. Si hubiera tenido que fingir para que anduviera bien al principio, lo habría hecho.

—Ah.

—Pero no tuve que fingir. Te demostré mis verdaderos sentimientos. No fue tan placentero como llegará a ser, pero fue agradable. Tú fuiste bueno conmigo. Muy tierno. Muy amable. Muy...

—¿Cariñoso?

—¿Eso querías?

—Sí —dijo él.

—Eso ante todo.

—Ah —dijo ella.

Pero al cabo Issib comprendió que ella no había dicho *ah*, sino que había suspirado involuntariamente, y la vio llorar en la penumbra, y pensó que él había dicho las palabras adecuadas, y también ella...

Y mientras se dormía junto a Hushidh, apoyándole el brazo, pensó: He saboreado el fruto del sueño de Padre. No cuando hacíamos el amor, ni cuando mi cuerpo por

primera vez arrojó su simiente en el cuerpo de una mujer, sino cuando le permití ver mis temores, y mi gratitud, y mi amor, y ella me permitió ver los suyos. Entonces ambos alzamos los brazos y saboreamos el primer bocado de ese fruto, y ahora conozco el secreto del sueño de Padre, la cosa que ni siquiera él entendió: que nunca puedes saborear el fruto si lo arrancas solo. Lo saboreas cuando lo arrancas del árbol para otra persona, tal como cuando Shuya me dio el fruto a mí, y tal como cuando yo, que nunca lo creí posible, lo arranqué y se lo di a probar.

Capítulo 5

EL ROSTRO DEL GUARDIÁN

Luet miraba los mandriles. La hembra a quien llamaba Rubyet, por la lívida cicatriz que le cruzaba el lomo, estaba en celo, y era interesante observar cómo los machos competían por ella. El macho más arrogante, Yobar, el que pasaba tanto tiempo en el campamento de los humanos, era el que menos conseguía llamarle la atención. Cuanto más agresivo se ponía, menos progresos realizaba. Se pavoneaba, pateando y rugiendo, dando dentelladas y agitando las manos, tratando de intimidar a los machos que cortejaban a Rubyet. En cada ocasión, su rival desistía rápidamente y se alejaba, pero mientras Yobar perseguía a su víctima, otros machos se acercaban a la hembra. Cuando Yobar regresaba después de su «victoria», encontraba que otros machos se le habían adelantado, y el juego se reiniciaba.

Al fin Yobar se encolerizó y atacó con saña a uno de los machos, a mordiscos y rasguños. Era un macho al que Volemak una vez había llamado Salo, porque se había embadurnado la cara con grasa mientras robaba comida de la fogata. Salo pronto se sometió, mostrando el trasero a Yobar, pero Yobar estaba demasiado frenético para aceptar la sumisión. Los otros machos parecían divertirse mientras Yobar aporreaba y mordía a su víctima.

Al fin Salo se dio a la fuga, aullando y gimiendo, y el colérico Yobar lo persiguió, descargándole una lluvia de golpes.

Entonces Salo hizo algo inesperado. Corrió hacia una joven madre llamada Ploxy, que tenía un bebé con quien Salo jugaba a menudo, y arrancó al bebé de los brazos de la hembra. Ploxy gruñó con fastidio, pero el bebé se puso a chillar de deleite, hasta que el furioso Yobar acometió y la emprendió a puñetazos contra Salo.

El bebé protestó aterrorizado, alarmando a los otros machos. Ploxy pidió ayuda a gritos, y al cabo toda la tribu de mandriles se había reunido en torno de Yobar para pegarle y rezongarle. El confundido y asustado Yobar trató de arrebatarse al bebé de las manos de Salo, tal vez pensando que así todos lo apoyarían, pero Luet comprendió que no daría resultado. En cuanto intentó coger el bebé, los demás lo golpearon con furia, echándolo del grupo. Varios machos lo persiguieron un buen trecho y se quedaron vigilando para que no se acercara. Luet se preguntó si Yobar desistiría de sus intentos de integrarse a la tribu.

Buscó a Salo, viendo si se encontraba cerca de Ploxy y el bebé. Pero no estaba allí, aunque ahí estaban la mayoría de los alborotados mandriles, parloteando, cabeceando y brincando.

Salo, en cambio, estaba en las matas, a cierta distancia del grupo principal. Se

había llevado a Rubyet y la estaba montando. Ella tenía una cara de cómica resignación, que luego se convirtió en placer, o exasperación. Luet se preguntó si los rostros humanos también mostraban esa expresión ambigua en circunstancias similares, una suerte de borrosa intensidad que podía significar placer o perplejidad.

En todo caso el agresivo Yobar había sido totalmente derrotado, y quizás hubiera perdido su lugar en la tribu. Y Salo, que no era demasiado corpulento, había perdido la escaramuza pero había ganado la batalla y la guerra.

Todo porque Salo había arrebatado un bebé a su madre.

—El afortunado Salo —dijo Nafai.

—Me preguntaba quién conquistaría el corazón de la dulce Rubyet.

—Lo consiguió con flores —dijo Luet.

—No pensaba estar aquí mucho tiempo.

—No te buscaba para que hicieras nada —dijo Nafai.

—Te buscaba porque quería estar contigo. De todos modos yo no tengo nada que hacer, hasta la cena. Cacé mi presa esta mañana temprano y traje ese sangriento guiñapo para ponerlo a los pies de mi hembra. Sólo que ella estaba ocupada vomitando y no me dio mi recompensa habitual.

—Quién hubiera dicho que yo sería la que sentía náuseas continuamente —dijo Luet.

—Hushidh eructó una vez, y eso fue todo. Y Kokor trata de vomitar pero no lo consigue, así que nunca obtiene la atención que busca y yo la obtengo cuando no la deseo.

—Quién habría pensado que habría una carrera entre tú, Hushidh y Kokor por el primer bebé de la colonia.

—Una ventaja para ti. Tendrás un bebé para protegerte, si se presentan problemas. Nafai no había visto el ardid de Salo, así que no entendió.

—Salo... cogió el bebé de Ploxy.

—Oh sí, hacen eso —dijo Nafai.

—Shedemei me contó. Los machos que han sido plenamente aceptados por la tribu traban amistad con un par de bebés, que les cobran simpatía. Luego, en el combate, cogen al bebé, que no grita cuando su amigo lo agarra. El otro macho no es amigo, así que cuando continúa el ataque el bebé se asusta y berrea, y toda la tribu se abalanza sobre ese pobre diablo.

—Oh —dijo Luet.

—Conque era rutinario.

—Yo nunca lo he visto. Te envidio que hayas podido verlo.

—Allá está el premio —dijo Luet, señalando a Salo, que todavía no había terminado con Rubyet.

—¿Y dónde está el perdedor? Apuesto a que es Yobar.

Luet ya estaba señalando, y allá estaba Yobar, con aire abatido, mirando a la tribu pero sin atreverse a acercarse porque dos machos se interponían entre él y los demás.

—Será mejor que te hagas amigo de mi bebé, entonces —dijo Luet.

—O nunca te saldrás con la tuya en la tribu que estamos formando.

Nafai apoyó la mano en el vientre de Luet.

—Aún no ha crecido.

—Mejor así —dijo Luet.

—Bien, dime a qué has venido aquí.

Él la miró consternado.

—Tú no sabías que yo estaba aquí, pues nadie lo sabía —dijo Luet—, así que no viniste a buscarme. Viniste a estar solo.

Él se encogió de hombros.

—Prefiero estar contigo.

—Eres tan impaciente —dijo Luet.

—El Alma Suprema ya dijo que no hay prisa. Ni siquiera estará preparada para nosotros en Vusadka hasta dentro de años.

—No podemos sobrevivir en este lugar. Cada vez es más difícil encontrar animales —dijo Nafai.

—Y estamos demasiado cerca de ese valle habitado que está hacia el este.

—Pero no es eso lo que te preocupa. Te enloquece que el Guardián de la Tierra no te haya enviado un sueño.

—Eso no me molesta. Me molesta que no dejes de recordármelo. Que tú, Shuya, Padre, Moozh y Sed hayan visto esos ángeles y ratas y yo no. ¿Qué, eso significa que un ordenador que órbita un planeta a cien años luz de distancia me juzgó un siglo antes que yo naciera y decidió que no era digno de recibir sus sueños con animalillos?

—Estás enfadado de veras —dijo Luet.

—Quiero hacer algo y, si no puedo, al menos deseo saber algo —exclamó Nafai.

—Estoy harto de esperar sin que pase nada. De nada me sirve trabajar con el índice, pues Zdorab e Issib lo usan constantemente y están más familiarizados que yo con su funcionamiento.

—Pero todavía te habla a ti con mayor claridad que a nadie.

—No me dice nada, pero lo hace con gran claridad. Excelente.

—Y eres buen cazador. Hasta Elemak lo dice.

—Sí, es la única tarea que me han encontrado... matar animales.

Euet notó que la sombra del recuerdo de la muerte de Gaballufix cruzaba el rostro de Nafai.

—¿Nunca piensas perdonarte por eso?

—Sí. Cuando Gaballufix salga de las cuevas de los mandriles y me diga que sólo fingía estar muerto.

—No te gusta esperar, eso es todo —dijo Luet.

—Pero es como estar encinta. Me gustaría terminar de una vez, tener el bebé. Pero lleva tiempo, así que espero.

—Esperas, pero puedes sentir el cambio dentro de ti.

—Mientras vomito todo lo que como.

—No todo —dijo Nafai—, y sabes a qué me refiero. Yo no siento cambios, no soy necesario para nada...

—Salvo para nuestra comida.

—De acuerdo, tú ganas. Soy imprescindible, soy necesario, estoy siempre ocupado, así que debo ser feliz.

Echó a andar.

Ella pensó en llamarlo, pero sabía que no servía de nada. Nafai quería sentirse infeliz, y todos los intentos de animarlo sólo lo abatirían más. Días atrás la tía Rasa le había dicho que le convenía recordar que Nafai aún era un muchacho, y que no podía esperar que fuera un dechado de madurez. «Ambos erais jóvenes para el matrimonio —había dicho Rasa—, pero las cosas se nos fueron de las manos. Tú has estado a la altura de las circunstancias. Con el tiempo, Nafai también lo estará.»

Pero Luet no estaba segura de haber estado a la altura de ninguna circunstancia. Le aterraba la idea de dar a luz en el desierto, lejos de los médicos de la ciudad. Ignoraba si dentro de unos meses tendrían alimentos. Todo dependía del huerto y los cazadores, y los únicos con talento para eso eran Elemak y Nafai, aunque Obring y Vas a veces también salían con pulsadores. La comida podía escasear en cualquier momento, y pronto ella tendría un hijo. ¿Y si de pronto decidían emprender la marcha? Sus náuseas ya la molestaban bastante, pero sería mucho peor si tenía que montar un camello en movimiento. Prefería comer queso de camello.

Al recordar el queso de camello, sintió otra oleada de náusea y supo que vomitaría, así que se arrodilló una vez más, harta del dolor que le causaba ese líquido ácido que le subía del estómago a la boca. Le dolía la garganta, le dolía la cabeza, estaba cansada de todo. Sintió manos que la tocaban, apartándole el cabello de la cara para que no lo ensuciara con vómito. Quiso dar las gracias, sabiendo que era Nafai; también quería que él se marchara, pues era humillante, horrendo y doloroso que alguien la viera así. Pero Nafai era su esposo. Formaba parte de esto, y ella no podía echarlo. Ni siquiera quería echarlo.

Al fin terminó de vomitar.

—No fue demasiado efectivo —dijo Nafai—, si juzgamos estas cosas por la cantidad.

—Cállate, por favor —dijo Luet.

—No quiero que me animes, quiero que mi bebé ya tenga diez años para que pueda recordar todo esto como un episodio divertido de mi lejana infancia.

—Tu deseo está concedido —dijo Nafai.

—El bebé está aquí y tiene diez años. Claro que es una mocosa insufrible y terca, como tú a los diez años.

—Yo no era así.

—Ya eras la vidente, y todos sabíamos que eras prepotente e irrespetuosa con los adultos.

—Yo les decía lo que veía, nada más.

—Luet vio que Nafai se estaba riendo.

—No te burles de mí. Sé que lo lamentaría después, pero podría perder los estribos y matarte.

Él la cogió en brazos y ella tuvo que contorsionarse para impedir que la besara.

—¡No lo hagas! Tengo un gusto horrible en la boca, y probablemente te mataría.

Él la abrazó y al rato Luet se sintió mejor.

—Pienso continuamente en el Guardián de la Tierra —dijo Nafai.

Yo también lo haría, si no estuviera pensando en el bebé, se dijo Luet.

—Sigo pensando que tal vez no sea otro ordenador —dijo Nafai.

—Tal vez no nos está llamando por medio de sueños enviados hace un siglo, tal vez nos conoce, y por eso espera... espera que algo suceda antes de hablarme.

—Espera el mensaje que sólo tú puedes recibir.

—No me importa que sea sólo para mí. Aceptaría el sueño de Padre, si tan sólo pudiera experimentar lo que se siente. Qué diferencia hay entre el Guardián y el Alma Suprema. Quiero saber.

Sé que quieres saber. Lo dices continuamente, día tras día.

—He tratado de hablarle al Guardián de la Tierra. Me estoy volviendo loco, Luet. ¡Muéstrame lo que le mostraste a Padre! Lo digo una y otra vez.

—Y el Guardián te ignora.

—¡Está a cien años luz! ¡No sabe que existo!

—Bien, si sólo quieres tener el mismo sueño que Volemak, ¿por qué no pides que el Alma Suprema te lo envíe?

—No viene del Alma Suprema.

—Pero ella debe haber grabado la experiencia que tuvo la mente de tu padre, ¿verdad? Y ella puede recobrarla, y mostrártela. Y tu modo de lograr que el índice te hable con mayor claridad...

—Sería como experimentarlo personalmente —dijo Nafai.

—No puedo creer que yo nunca haya pensado en ello. No puedo creer que el Alma Suprema nunca lo haya pensado.

—No es muy creativa, como bien sabes.

—Es creativamente inerte. Pero tú no.

—Le besó la mejilla, la abrazó y se puso de pie.

—Debo ir a hablar con el Alma Suprema.

—Dale mis recuerdos —dijo Luet.

—Oh, ya entiendo. Puedo esperar. Regresemos juntos.

—No, de veras... no era una insinuación. Quiero quedarme aquí un rato más.

Para ver si aceptan nuevamente a Yobar.

—No te pierdas la cena —dijo Nafai.

—Estás comiendo por...

—Dos —dijo Luet.

—¡Tal vez tres! —dijo Nafai.

—Quién sabe.

Ella protestó exageradamente, sabiendo que eso era lo que él quería oír, y Nafai echó a andar valle arriba hacia el campamento.

En verdad es sólo un niño, como dijo tía Rasa. ¿Pero qué soy yo? ¿Acaso soy su madre? Claro que no... ella es su madre. No debería esperar más de él. Es laborioso, y caza más de la mitad de la carne que comemos. Y es amable y tierno conmigo. No sé cómo Issib podría ser más dulce y tierno que Nafai, diga lo que diga Shuya. Y yo soy su amiga. Habla conmigo de cosas que no habla con nadie más, y cuando yo quiero hablar escucha y me responde, a diferencia de otros esposos, a juzgar por lo que dicen sus esposas. Por todo lo que sé, es buen marido, y maduro para su edad, aunque esto no es lo que yo esperaba. Cuando lo llevé al Lago de las Mujeres, pensé que significaría que él y yo haríamos juntos cosas grandes y majestuosas. Pensé que seríamos como un rey y una reina, o al menos como una gran sacerdotisa y su sacerdote, realizando actos magníficos para cambiar el universo. En cambio yo vomito y él salta de aquí para allá como un adolescente que se siente ofendido porque un ordenador de otro planeta no le envía sueños...

Estoy demasiado cansada para pensar. Siento demasiadas náuseas para que me importe. Tal vez algún día mi imagen de nuestro matrimonio se vuelva realidad. O tal vez sea con su segunda esposa, cuando yo me muera de tanto vomitar y sea sepultada en la arena.

* * *

Shedemei se había pasado la vida sabiendo que la gente la consideraba rara. Al principio porque era muy inteligente, porque se interesaba en cosas que supuestamente no interesaban a los niños. Los adultos la miraban extrañamente. También otros niños, pero a veces los adultos sonreían aprobatoriamente, cosa que jamás hacían los niños. Shedemei había creído que al crecer sería plenamente aceptada por todos, pero sucedió lo contrario. Ahora los demás adultos la trataban igual que cuando eran niños. Claro que ahora Shedemei podía reconocer lo que veía.

Miedo. Resentimiento. Envidia.

¡Envidia! ¿Cómo podía evitar haber heredado una combinación genética que le brindaba una memoria extraordinaria, y una mente que podía establecer relaciones que los demás no veían? Ella no había elegido ser capaz de realizar una gimnasia mental que escapaba al alcance de todas las personas que conocía. (Había personas igualmente inteligentes, tal vez más, pero vivían en ciudades lejanas, incluso en otros continentes, y ella sólo las conocía a través de sus obras publicadas, distribuidas por el Alma Suprema de ciudad en ciudad.) No tenía malos propósitos. Por cierto no tenía la capacidad para compartir su talento con los envidiosos, sólo podía compartir los productos de ese talento. Los demás los aceptaban con gusto, y luego le guardaban rencor por ser capaz de producirlos.

La mayoría de los seres humanos, era su conclusión, adoraban desde lejos a las personas de capacidad superior, pero preferirían trabar amistad con incompetentes más simpáticos. Y la mayoría obtenían lo que preferían.

Pero ahora Shedemei formaba parte de esa pequeña sociedad de dieciséis personas, y debía enfrentarse a ellas día a día. Hacía su trabajo: desbrozaba las malezas del huerto, se encargaba del agua, vigilaba a los mandriles durante el día para cerciorarse de que no abandonaran su zona y robaran comida. Reemplazaba con gusto a Luet cuando ella sentía náuseas, y se encargaba sin quejas de labores que Sevet no hacía por ser demasiado perezosa, Kokor por estar demasiado embarazada y Dol por ser demasiado delicada. Pero no lograba adaptarse, ser aceptada, formar parte del grupo, y cada día era peor.

Entendía perfectamente lo que sucedía, pero esto no la ayudaba en nada. Sabía que el vínculo conyugal despierta en otros la necesidad de imitarlo, lo había estudiado. Las viejas pautas de cortejo, las amistades casuales, provocaban inquietud en los casados, porque no querían tener cerca nada que amenazara la estabilidad del vínculo matrimonial monógamo, mientras que la esencia de la soltería es el desequilibrio, la libertad, el azar, la falta de compromiso.

Algunos aún añoraban esa conducta. Shedemei notaba que la monogamia exasperaba a Mebbekew, Obring, Sevet y Kokor. Pero ahora desempeñaban el papel de esposos, tal vez más agresivamente que quienes lo tomaban en serio. En todo caso, el resultado era que Shedemei estaba aún más aislada de quienes la rodeaban. No porque la evitaran. Hushidh y Luet la trataban con la calidez de siempre, y Eiadh era bastante agradable a su manera, mientras que Rasa no había cambiado en nada, nunca cambiaría. Sin embargo, todos los hombres eran... ¿cortesés? Y la actitud de Dol, Sevet y Kokor iba desde el hielo hasta el ácido.

Para peor, ese pequeño grupo humano estaba cobrando una forma que la excluía sistemáticamente. Ya no se hablaba de hombres que hacían esto y mujeres que hacían aquello, sino de «esposas que debían quedarse aquí» mientras los hombres actuaban a

su antojo. Le exasperaba que las mujeres fueran definidas como esposas, mientras que los hombres no se consideraban esposos sino hombres. Y las demás mujeres parecían estúpidas como mandriles y no parecían saber de qué hablaba Shedemei cuando tocaba el tema.

Las más brillantes lo notaban, por cierto, pero no se preocupaban por ello porque... porque se habían vuelto muy domésticas. En Basílica las mujeres no tenían que renunciar a su identidad para tener esposo, pero ahora, a seis semanas de viaje, actuaban como tribeñas nómadas. El código para llevarse bien sin causar escándalos debe estar tan profundamente inscrito en nuestros genes que jamás podremos extirparlo, pensaba Shedemei. Ojalá pudiera encontrarlo. Lo arrancaría con un desplantador, cogería una brasa ardiente con los dedos para quemarlo. Claro que era absurdo manipular genes con instrumentos tan toscos, pero su furia ante la injusticia de las circunstancias la volvía irracional.

Yo no planeaba casarme, al menos durante años, y en todo caso sólo duraría un año, el tiempo suficiente para concebir, y luego me libraría de mi esposo, salvo por sus derechos normales sobre el hijo. El vínculo permanente con un hombre no tenía sitio en mi vida. Y al casarme no habría escogido a un archivista blando y débil que permitió que lo convirtieran en el único criado en un grupo de amos.

Shedemei había ingresado en el campamento resuelta a sacar el mejor partido posible de una mala situación, pero cuanto más veía a Zdorab menos le gustaba. Podía perdonarle el modo en que se había unido al grupo, cuando Nafai lo engañó para sacar el índice de la ciudad y luego lo obligó a jurar que los acompañaría al desierto. Se podía perdonar que un hombre actuara en forma poco viril en una época de tensiones, incertidumbres y sobresaltos. Pero al llegar allí había descubierto que Zdorab había aceptado un papel tan humillante que le avergonzaba pertenecer a la misma especie que él. No era que se encargara de las tareas que nadie quería hacer, como tapar las letrinas, cavar otras, llevarse los desechos corporales de Issib, hornear, lavar. Shedemei respetaba a alguien que era servicial, lo cual era muy preferible a la pereza de Mebbekew y Obring, Kokor, Sevet y Dol. No, si sentía desprecio por Zdorab, era por su actitud hacia esas tareas. No se ofrecía a hacerlas como si tuviera el derecho de no ofrecerse; actuaba como si fuera natural que él realizara las peores tareas del campamento, y tan callada y discretamente que todos daban por sentado que los trabajos repulsivos o tediosos eran para Zdorab.

Es un criado nato, pensó Shedemei. Ha nacido para ser esclavo. Nunca pensé que existiera semejante criatura humana, pero existe, y es Zdorab. ¡Y los demás lo han escogido para que sea mi esposo!

Shedemei no lograba comprender por qué el Alma Suprema permitía que Zdorab tuviera tan fácil acceso a su memoria a través del índice. A menos que también el Alma Suprema quisiera un sirviente. Tal vez sea lo que prefiere el Alma Suprema:

humanos que actúen como sirvientes. ¿No es por eso que estamos aquí, para servir al Alma Suprema? Para ser sus brazos y piernas, para que ella pueda regresar a la Tierra. Esclavos, todos... menos yo.

Eso se había dicho Shedemei en todas esas semanas, hasta que comprendió que también ella estaba actuando como sirvienta. Lo comprendió ese día, mientras llevaba agua del arroyo para que Zdorab cocinara y lavara. Siempre realizaba esta labor con Hushidh y Luet, pero ahora Luet estaba demasiado débil con sus vómitos —había perdido peso, y eso era malo para el bebé— y Hushidh la estaba cuidando, así que Shedemei debía encargarse. Esperaba que Rasa notara que ella estaba acarreado el agua sola, que Rasa dijera: «Sevet, Dol, Eiadh, poneos un yugo sobre los hombros y acarread agua. ¡Haced vuestra parte!» pero Rasa veía a Shedemei acarreado agua todos los días, mientras Sevet y Kokor chismorreaban, fingiendo cardar pelo de camello para trenzar cordeles, y tía Rasa nunca decía nada.

¿Has olvidado quién soy?, quería gritarle. ¿No recuerdas que soy la mejor científica de Basílica en una generación? ¿En diez generaciones?

Pero conocía la respuesta, y no le gritó. La tía Rasa lo había olvidado, sí, porque vivían en un mundo nuevo, el campamento, y no importaba lo que uno hubiera sido en Basílica o cualquier otro lugar. En este campamento eras una esposa o no lo eras, y si no lo eras, no eras nada.

Por eso, hoy, al concluir las tareas, fue en busca de Zdorab. Sirviente o no, era el único hombre disponible, y estaba harta de ser una ciudadana de segunda en esa nación infinitesimal. El matrimonio simbolizaría su acatamiento al nuevo orden, otra clase de servidumbre, y su esposo sería un hombre por quien sólo sentiría desprecio. Pero sería mejor que desaparecer.

Cuando pensaba en entregarle el cuerpo a ese hombre, sentía un escozor en la piel. Recordaba los vómitos de Luet: eso ganaba una mujer al permitir que un hombre la tratara como un banco donde depositar su estúpido esperma.

No, en realidad, no pienso así, se dijo Shedemei. Sólo estoy enfadada. Compartir material genético es elegante y bello, ha sido mi vida. La gracia del apareamiento de los lagartos, el macho arriba, aferrado a la hembra, su pene largo y esbelto buscando a tientas la abertura, diestro y prensil como la cola del mandril; la danza de los pulpos, tocándose con la punta de los tentáculos; el temblor de los salmones al depositar huevos y esperma en el fondo del río, todo es bello, parte del ballet de la vida.

Pero las hembras siempre tienen alguna opción. Las hembras fuertes, al menos, las inteligentes. Pueden entregar sus huevos al macho que les dará la mejor oportunidad de supervivencia —al macho fuerte, dominante, agresivo, inteligente— no a un esclavo timorato. No quiero que mis hijos tengan genes de esclavo. Mejor no tener hijos a pasar años viendo cómo se parecen cada vez más a Zdorab, hasta que me

avergüence de sólo verlos.

Por eso fue hasta la tienda del índice, dispuesta a entrar y proponerle a Zdorab una especie de matrimonio a medias. Como lo despreciaba tanto, quería un matrimonio sin sexo, sin hijos. Y como él era tan despreciable, esperaba que aceptara.

Zdorab estaba sentado en la alfombra, las piernas, cruzadas, el índice en las rodillas, las manos unidas sobre la esfera, los ojos cerrados.

Pasaba con el índice todo su tiempo libre, que no era mucho. A menudo Issib lo acompañaba, pero a media tarde Issib montaba guardia en el huerto. El brazo largo de su silla era muy eficaz para disuadir a los mandriles de robar melones, y también para ahuyentar los pájaros. Era el momento en que Zdorab estaba a solas con el índice, rara vez más de una hora, y el único respeto que le brindaba el grupo era dejarlo tranquilo entonces, siempre que la cena ya se estuviera cocinando y otro no quisiera usar el índice, en cuyo caso Zdorab era excluido.

Allí sentado, con los ojos cerrados, parecía comulgar con la gran mente del Alma Suprema. Pero desde luego no tenía cerebro para eso. Tal vez estuviera memorizando los principales artículos del índice, para ayudar a Wetchik, Nafai, Luet o Shedemei a localizar un dato que buscaban. Zdorab era siempre el sirviente puro, incluso con el índice.

Zdorab irguió la cabeza.

—¿Quieres el índice? —preguntó humildemente.

—No —dijo Shedemei.

—He venido a hablarte.

¿Zdorab temblaba? ¿Qué era ese rápido e involuntario movimiento? No, sólo se encogía de hombros.

—Esperaba que alguna vez lo hicieras.

—Todos lo esperan, por eso no he venido hasta ahora.

—De acuerdo. ¿Por qué ahora?

—Porque es evidente que en este grupo los solteros perderán cada vez más importancia a medida que transcurra el tiempo. Tú puedes conformarte con eso, pero yo no.

—No he notado que tú pierdas importancia —dijo Zdorab.

—Tu voz es escuchada en las reuniones.

—Tienen la paciencia de escucharme, pero no ejerzo verdadera influencia.

—Nadie la ejerce realmente. Ésta es la expedición del Alma Suprema.

—No creí que lo entendieras —dijo Shedemei.

—Piensa en este grupo como una tribu de mandriles. Tú y yo estamos siendo desplazados cada vez más hacia los márgenes. En poco tiempo no seremos nada.

—Pero eso sólo importa si te interesa ser algo. Shedemei no podía creer que él lo expresara de ese modo.

—Sé que no tienes la menor ambición, Zdorab, pero no pienso desaparecer como ser humano. Y tengo una propuesta bastante simple. Celebramos la ceremonia con Rasa, compartimos una tienda, y se acabó. Nadie tiene por qué saber lo que sucede entre nosotros. No quiero hijos tuyos, ni tengo especial interés en tu compañía. Sólo dormiremos en la misma tienda, y ya no seremos marginados. Es así de simple. ¿Convenido?

—De acuerdo —dijo Zdorab. Shedemei había esperado esa respuesta, pero había algo en el modo de decirla, algo muy sutil...

—Tú lo has querido así —dijo Shedemei. Él la miró inexpresivamente.

—Tú lo has querido así desde un principio. De nuevo, algo en los ojos...

—Y tienes miedo.

De pronto los ojos de Zdorab relampaguearon de furia.

—Ahora te crees Hushidh, ¿verdad? Crees saber cómo cada cual se relaciona con los demás.

Shedemei nunca lo había visto furioso, ni siquiera enfadado, y mucho menos despectivo como ahora. Era un aspecto de Zdorab cuya existencia desconocía. No por eso le agradaba más. Le recordaba los gruñidos de un perro apaleado.

—En verdad no me importa —dijo Shedemei— si quieres tener relaciones sexuales conmigo. Nunca me interesó hacerme atractiva para los hombres. Eso hacen las mujeres que no pueden ofrecer al mundo nada más que un par de senos y un útero.

—Siempre te he valorado por tu labor en genética —dijo Zdorab.

—Especialmente por tu estudio de la variación genética en las especies consideradas estables.

Shedemei no supo qué responder. Nunca había pensado que un miembro de ese grupo hubiera leído, y mucho menos comprendido, sus publicaciones científicas. Todos la consideraban alguien que producía valiosas alteraciones genéticas que podían venderse en lugares remotos. Así había sido su relación con Wetchik y sus hijos durante años.

—Siempre lamenté que no tuvieras acceso a los registros genéticos del índice. Tener el código genético exacto de las especies experimentales que descendieron de las naves de la Tierra te habría permitido redondear varios de tus argumentos.

Shedemei se quedó estupefacta.

—¿El índice posee esa información?

—La encontré hace unos años. El índice no quería decírmelo. Ahora comprendo que hay aplicaciones militares de algunos datos genéticos que figuran en su memoria... puedes crear plagas. Pero hay modos de sortear algunas de sus prohibiciones. Los descubrí. Nunca supe qué pensaba de ello el Alma Suprema.

—¿Y sólo ahora me lo dices?

—No me dijiste que continuabas con tus investigaciones —dijo Zdorab.

—Publicaste esos trabajos hace años, cuando acababas de terminar la escuela. Era tu primer proyecto serio. Supuse que habías pasado a otra cosa.

—¿Esto es lo que haces con el índice? ¿Genética? Zdorab sacudió la cabeza.

—No.

—¿Entonces qué? ¿Qué estabas estudiando ahora, cuando entré?

—Patrones probables de deriva continental en la Tierra.

—¡En la Tierra! ¿El Alma Suprema tiene información tan específica sobre la Tierra?

—El Alma Suprema no sabía que tenía esa información. Tuve que sonsacarla, por así decirlo. Muchas cosas están ocultas incluso para el Alma Suprema. Pero el índice tiene la clave. El Alma Suprema se ha entusiasmado mucho con algunas cosas que descubrí en su memoria.

Shedemei estaba tan sorprendida que tuvo que echarse a reír.

—Supongo que es divertido —dijo Zdorab, con toda seriedad.

—No, yo sólo...

—Te sorprendes al descubrir que sirvo para algo, además de hornear pan y enterrar materia fecal. Había acertado tanto que Shedemei se enfureció.

—Me sorprende al descubrir que sabes que sirves para algo más.

—No tienes la menor idea de lo que pienso sobre mí mismo o todo lo demás. Y tampoco hiciste ningún esfuerzo para averiguarlo —dijo Zdorab.

—Entraste aquí como la gran diosa de todos los panteones y te dignaste ofrecerme matrimonio mientras yo no te tocara, y esperabas que aceptara con gratitud. Bien, eso hice. Y puedes seguir tratándome como si yo no existiera, y no me molestará.

Shedemei nunca se había sentido tan avergonzada en toda su vida. Aunque odiaba que todos trataran a Zdorab como una nulidad, ella lo había tratado del mismo modo, y jamás había tenido en cuenta sus sentimientos, como si no le importaran. Pero ahora, después de agraviarlo con su desechada propuesta matrimonial, se sentía en falta y quería arreglar las cosas.

—Lo lamento —dijo.

—Yo no —dijo Zdorab.

—Olvidémonos de esta conversación, casémonos esta noche y ya no tendremos que hablar más. ¿De acuerdo?

—No te agrado para nada —dijo Shedemei.

—Como si alguna vez te hubiera importado agradarme a mí o a cualquier otro, mientras nadie se entrometiera con tu trabajo.

Shedemei se echó a reír.

—Tienes razón.

—Parece que ambos nos estábamos evaluando, pero uno lo hizo mejor que el

otro.

Shedemei asintió con la cabeza, aceptó el reproche.

—Sin duda tendremos que hablar de nuevo.

—¿De veras?

—Para que me muestres cómo conseguir esa información de la Tierra.

—¿El material sobre genética?

—Y la deriva de los continentes. Olvidas que llevo semillas para recobrar especies perdidas en la Tierra. Necesito conocer las formas terrestres. Y mucho más.

Zdorab asintió.

—Te puedo mostrar eso. Mientras comprendas que en realidad dispongo de extrapolaciones de hace cuarenta millones de años sobre lo que podría suceder en cuarenta millones de años. Puede haber muchas alteraciones. Un pequeño error inicial ya estaría muy magnificado.

—No olvides que soy científica.

—Y yo soy bibliotecario. Me agrada mostraré cómo obtener la información sobre la Tierra. Es una especie de puerta trasera... encontré un camino a través de la información agrícola, la cría de porcinos, aunque no lo creas. Tener interés en todo es una ayuda. Siéntate frente a mí, y coge el índice. Espero que seas sensible a él.

—Lo suficiente —dijo Shedemei.

—Wetchik y Nafai me incluyeron en algunas sesiones, y lo utilicé para buscar cosas. En general, sin embargo, uso mi propio ordenador, porque creía que ya conocía todo lo que había en el índice acerca de mi especialidad.

Se sentó frente a Zdorab y él puso el índice entre ambos, de modo que los dos se inclinaron, los codos en las rodillas y las manos en la esfera dorada. Las manos de Shedemei tocaron las de Zdorab, pero él no las apartó; no temblaba, no movía las manos, como si ni siquiera reparase en su contacto.

De inmediato la voz del índice respondió a las preguntas de Zdorab, dándole nombres de sendas y encabezamientos, subtítulos y catálogos incluidos en la memoria del Alma Suprema. Pero mientras recitaba esos nombres, ella perdió la ilación, porque los dedos de Zdorab tocaban los suyos. No porque sintiera algo por él, sino porque le molestaba que él no sintiera nada por ella. Hacía más de un mes que sabía que ella sería su esposa, o que al menos eso se esperaba; la había estado observando, sin duda. Y sin embargo no había el menor atisbo de deseo. Había aceptado su proscripción de las relaciones sexuales sin la menor protesta. Y podía soportar su contacto sin revelar el menor indicio de tensión sexual.

Shedemei nunca se había sentido tan carente de atractivos. Era absurdo. Minutos atrás despreciaba tanto a ese hombre que habría sentido repulsión si él hubiera manifestado el menor interés sexual. Pero él ya no era el mismo hombre, sino una persona mucho más interesante, una persona dotada de inteligencia y voluntad, y

aunque Shedemei no se sentía precisamente enamorada ni desbordante de pasión, ahora lo respetaba de un modo que volvía dolorosa esa indiferencia.

Otra herida en el mismo lugar, abriendo las viejas y frágiles cicatrices: nuevamente sangraba de vergüenza, por ser una mujer que ningún hombre deseaba.

—No estás prestando atención —dijo Zdorab.

—Perdón.

Él no respondió. Shedemei abrió los ojos. Zdorab la estaba mirando.

—No es nada —dijo ella, enjugando la lágrima que le colgaba de las pestañas inferiores.

—No quise distraerte. ¿Podemos comenzar de nuevo?

Pero él no volvió a mirar el índice.

—No es que yo no te desee a ti, Shedemei.

¿Qué, su corazón estaba tan desnudo, que él podía ver a través de sus simulaciones y descubrir el origen de su dolor?

—Es que no deseo a ninguna mujer. Ella tardó un instante en comprender. Luego se echó a reír.

—Eres un *zhop*.

—En verdad ésa es una antigua palabra que designa el ano —murmuró Zdorab.

—Algunos se ofenderían si los llamaran de ese modo.

—Pero nadie lo adivinó.

—He procurado que nadie lo adivinara —dijo Zdorab—, y al confesártelo pongo mi vida en tus manos.

—Oh, no es para tanto —dijo ella.

—Dos amigos míos fueron asesinados en Villa del Perro.

Villa del Perro era el lugar de Basílica donde vivían los hombres que no tenían mujer, pues era ilegal que un varón solo viviera o pernoctara dentro de las murallas de la ciudad.

—Uno fue atacado por una turba, porque habían oído el rumor de que era un *zhop*, *unpeedar*. Lo colgaron por los pies de la ventana de un piso alto, le cortaron los genitales y lo remataron a puñaladas. El otro fue engañado por un hombre que fingió ser... uno de nosotros. Lo arrestaron, pero camino a la cárcel sufrió un accidente. Fue un accidente rarísimo, además. Trató de escapar, pero tropezó, y al caerse se atragantó con sus propios testículos, tal vez ayudado con el mango de una escoba o de una lanza, y se asfixió antes que nadie pudiera ayudarle.

—¿De veras hacen esas cosas?

—Oh, lo entiendo muy bien. Basílica era un lugar muy difícil para los hombres. Tenemos la necesidad innata de dominar, pero en Basílica debíamos resignarnos a no tener ningún control, salvo por intermedio de una mujer. Los hombres que vivían extramuros, en Villa del Perro, estaban calificados como chusma, hombres a quienes

las mujeres no querían, por el mero hecho de no vivir intramuros. Constantemente se los acusaba de no ser hombres auténticos, de no tener lo necesario para complacer a una mujer. Se cuestionaba su identidad masculina. Por eso odiaban y temían a los *zhops* —pronunció la palabra con apasionado desprecio—. Hasta extremos realmente inauditos.

—Esos amigos tuyos... ¿eran tus amantes?

—El que fue arrestado había sido mi amante durante varias semanas, y quería continuar, pero yo no se lo permití porque temía que la gente sospechara. Para salvar nuestras vidas, me negué a verle de nuevo. Tras despedirse de mí, cayó en esa trampa. Como ves, Nafai y Elemak no son los únicos que han matado a un hombre.

El dolor y la pesadumbre que demostraba parecían más profundos que ninguna emoción que Shedemei hubiera sentido. Por primera vez comprendió cuan protegida había sido su vida de estudiosa. Nunca había tenido una relación estrecha con alguien que pudiera lamentar tanto su muerte, y tanto tiempo después. Mucho después.

—¿Cuánto hace de esto?

—Yo tenía veinte años. Hace nueve. No, diez. Ahora tengo treinta. Lo olvidaba.

—¿Y el otro?

—Un par de meses antes que yo... me marchara de la ciudad.

—¿También era tu amante?

—Oh no... no era como yo en ese sentido. Tenía una chica en la ciudad, pero ella quería mantener la relación en secreto, así que él no hablaba de ello. Ella tenía un matrimonio infeliz y estaba esperando la expiración del contrato, de modo que él nunca hablaba de ella. Por eso se empezó a rumorear que era *zhop*. Él murió sin decírselo.

—Una actitud... valerosa.

—Increíblemente estúpida —dijo Zdorab.

—No quiso creerme cuando le conté que Basílica se estaba volviendo aterradora para personas como yo.

—¿Le dijiste lo que eras?

—Lo consideraba un hombre capaz de guardar un secreto. Él me demostró que así era. A veces pienso que murió en mi lugar. Para que yo estuviera vivo cuando Nafai vino a llevarse el índice de la ciudad.

Para Shedemei era algo totalmente alejado de su experiencia; ni siquiera era capaz de imaginarlo.

—¿Entonces por qué seguías viviendo allí? ¿Por qué no fuiste a un sitio que fuera... más tolerante?

—Ante todo, aunque hay lugares aceptables, yo no conocía ninguno al que pudiera ir que fuera plenamente seguro para alguien como yo. Además, el índice estaba en Basílica. Ahora que el índice ha salido de la ciudad, espero que Basílica sea

arrasada por las llamas. Ojalá Moozh hubiera matado a todos esos bravucones de Villa del Perro.

—¿El índice te resultaba tan importante que te indujo a quedarte?

—Me enteré de su existencia cuando era un niño. Sólo una historia, que había una esfera mágica, y que si la sostenías podrías hablar con Dios y él te daría la respuesta a todas tus preguntas. Me pareció maravilloso. Y luego vi una figura del índice de los Palwashantu, y era exactamente igual a la imagen que yo tenía de la esfera mágica.

—Pero eso no es una verdadera prueba. Solamente es un sueño infantil.

—Lo sé. Y lo sabía entonces. Pero aun sin proponérmelo, me descubrí preparándome para el día en que tendría la esfera mágica. Me descubrí tratando de aprender las preguntas que valdría la pena hacerle a Dios. Y, sin proponérmelo, me descubrí tomando decisiones que me acercaban cada vez más a Basílica, al lugar donde los Palwashantu guardaban su índice sagrado. Al mismo tiempo, ser un joven estudioso me ayudaba a ocultar mí... defecto. Mi padre me decía: «Debes dejar los libros de cuando en cuando, encontrar amigos. ¡Búscate una muchacha! ¿Cómo te casarás si nunca conoces chicas?» Cuando vivía en Basílica, le escribía a mi padre sobre mis novias, así él se sentía mejor, aunque sostenía que el modo en que se casan los basilicanos, sólo un año por vez, era horrendo y contra natura. No le gustaban las cosas que eran contra natura.

—Eso debió dolerte —dijo Shedemei.

—No tanto. Es contra natura. Estoy separado de ese árbol de la vida que vio Volemak, no formo parte de la cadena... genéticamente, soy un callejón sin salida. Una vez leí, en un artículo sobre genética, que no era descabellado suponer que la homosexualidad podía ser un mecanismo que la naturaleza utilizaba para desbrozar nuestros genes defectuosos. El organismo podía detectar algún fallo genético oculto, y esto activaba un mecanismo que atrofiaba el hipotálamo, convirtiéndonos en seres con gran impulso sexual pero sin la capacidad para interesarnos en el sexo opuesto. Una especie de herida auto cauterizada en el caudal de genes. Éramos, creo que decía el artículo, ejemplares humanos de desecho, ineptos para la reproducción.

Shedemei se sintió profundamente avergonzada, algo que era infrecuente y le disgustaba.

—Fue un trabajo de estudiante. Nunca lo publiqué fuera de la comunidad académica. Era especulación.

—Lo sé —dijo Zdorab.

—¿Cómo lo encontraste?

—Cuando supe que esperaban que me casara contigo, leí todo lo que escribiste. Trataba de descubrir qué podía decirte y qué no.

—¿Y qué decidiste?

—Que sería mejor guardarme mis secretos. Por eso nunca te hablé, y por eso me

alivió que no tuvieras interés por mí.

—Pero ahora me has contado.

—Porque noté que te lastimaba mi indiferencia. Nunca pensé que te presentarías como alguien que tenía interés en el amor de un gusano despreciable y rastrero como yo.

Cada vez peor.

—¿Tan obvia era mi actitud?

—En absoluto —dijo Zdorab.

—Yo cultivaba adrede mi condición de gusano. He trabajado con empeño para ser la criatura más borrosa, despreciable y blanda de este grupo.

Y ahora, pensando en lo que había sucedido con sus dos amigos, Shedemei comprendía.

—Camuflaje —dijo.

—Para permanecer soltero sin que nadie sospechara lo que eres, tenías que ser asexuado.

—Falto de voluntad.

—Pero, Zdorab, ya no estamos en Basílica.

—Llevamos Basílica con nosotros. Mira a nuestros hombres. Mira a Obring, por ejemplo, y a Meb, destinados por su ineptitud a estar en el fondo de cualquier jerarquía que puedas imaginar. Ambos agresivos pero cobardes... ansían estar arriba, pero no tienen agallas para enfrentar a los fuertes y abatirlos. Por eso están condenados a seguir a hombres como Elemak, Volemak e incluso Nafai, aunque él es menor, porque no pueden correr riesgos. Imagínate la rabia que sienten. E imagínate lo que harían si se enterasen de que yo soy el monstruo, el crimen contra natura, el afeminado, la perfecta imagen de lo que ellos temen ser.

—Volemak no les permitiría tocarte.

—Volemak no vivirá para siempre. Y no confío mi secreto a quienes no son capaces de guardarlo.

—¿Tan seguro estás de mí?

—He puesto mi vida en tus manos. Pero no, no estoy tan seguro de ti. Nos guste o no, sin embargo, nos han puesto juntos. Así que corrí un riesgo calculado. Contártelo, para tener una persona a quien no deba mentirle. Una persona que sepa que lo que aparento ser es sólo una farsa.

—Haré que dejen de tratarte con... con tanta desconsideración.

—¡No! —exclamó Zdorab.

—No hagas eso. Las cosas andarán mejor cuando estemos casados, para ambos... en eso tenías razón. Pero debes permitir que permanezca invisible. Sé cómo manejar mi situación, créeme. Tú misma has dicho que ni siquiera te imaginabas esas cosas, así que no te inmiscuyas con mi estrategia de supervivencia y no trates de arreglar las

cosas porque terminarías matándome. ¿Comprendes eso? Eres brillante, una de las mentes más penetrantes de nuestros tiempos, pero no sabes nada sobre esta situación. Eres irremediabilmente ignorante, destruirás todo lo que toques, así que aparta las manos.

Hablaba con increíble vehemencia y energía. Shedemei no lo había creído capaz de hablar así. Odiaba que la pusieran en cintura sin el menor rodeo. Pero cuando pensó en ello, en vez de reaccionar visceralmente, comprendió que él tenía razón. Que por ahora, al menos, ella era ignorante y lo mejor que podía hacer era permitir que él manejara las cosas como creyera más conveniente.

—De acuerdo —dijo.

—No diré nada, no haré nada.

—Nadie espera que te enorgullezcas de estar casada conmigo. Más aún, lo considerarán un noble sacrificio de tu parte. Así que al ser mi esposa no perderás prestigio. Serás una heroína para ellos.

Shedemei rió amargamente.

—Zdorab, eso es precisamente lo que yo pensaba.

—Lo sé. Pero no es lo que yo pensaba. Incluso abrigaba ciertas esperanzas... imagínate, tener el derecho a estar a solas en la misma tienda con la mente científica más aguda de todo Armonía, todas las noches, sin nada que hacer salvo conversar.

Era muy halagüeño, pero también, por razones que ella aún no alcanzaba a entender, vagamente trágico.

—Eso es el matrimonio, en cierto modo, ¿no crees? No tendremos hijos como los demás, pero tendremos pensamientos. Tú puedes enseñarme, hablarme de tu trabajo, y si no entiendo te prometo que me educaré por medio del índice hasta comprender. Y tal vez yo pueda contarte algunas cosas que descubrí.

—Me encantaría.

—Podemos ser amigos, pues —dijo Zdorab.

—En ese sentido, nuestro matrimonio será mejor que muchos. ¿Te puedes imaginar de qué hablan Obring y Kokor?

Shedemei se echó a reír.

—¿Crees que hablan siquiera?

—Y Mebbekew y Dol, siempre actuando y odiándose en secreto.

—No, no creo que Dol odie a Mebbekew, creo que ella se cree el papel que está interpretando.

—Quizá tengas razón. Pero son bastante siniestros, ¿no crees? Y ellos van a tener hijos.

—Aterrador.

Rieron a más no poder, hasta que ambos lagrimearon.

Abrieron la puerta. Era Nafai.

—Batí las palmas, pero no me oísteis —dijo.

—Al oír las carcajadas pensé que podía entrar. Ambos se pusieron serios de inmediato.

—Por cierto —dijo Zdorab.

—Sólo hablábamos de nuestro matrimonio —dijo Shedemei.

Shedemei notó el alivio en la cara de Nafai, como si acabara de pasar la sombra de una nube.

—Conque al fin decidisteis hacerlo.

—Sólo tuvimos la obstinación de esperar hasta que fuera nuestra propia idea —dijo Zdorab.

—Me lo creo —dijo Nafai.

—De hecho —dijo Zdorab—, debemos ir a hablar con Rasa y Volemak, y además tú quieres usar el índice.

—Sí, pero sólo si habéis terminado con él.

—Todavía estará aquí cuando decidamos consultarlo de nuevo —dijo Shedemei. Y al instante salieron de la tienda, dirigiéndose... ¿adonde?

Zdorab le cogió la mano y la llevó hacia la fogata.

—Dol debe montar guardia aquí —dijo—, pero habitualmente se escabulle... necesita su pequeña siesta. No importa. Una vez dejé que Yobar tocara la marmita, y debe haber corrido la voz sobre lo que se siente, pues los mandriles no se acercan, aunque huelan tan bien como ahora.

Y olía muy bien.

—¿Cómo aprendiste a cocinar?

—Mi padre era cocinero. Era el negocio de la familia. Él tenía tanto talento que pudo costearme mis estudios en Basílica, y aprendí mucho de lo que él sabía. Creo que estaría orgulloso de lo que he podido hacer en estas míseras condiciones.

—Excepto el queso de camello.

—Creo que he hallado una hierba que lo mejorará —dijo Zdorab. Alzó la tapa de la marmita.

—La probaré esta noche... he puesto el doble de queso que de costumbre, pero creo que a nadie le molestará.

—Alzó el cucharón y Shedemei vio que derramaba un líquido viscoso.

—Vaya, no veo el momento de probarlo. Él detectó la ironía.

—Bien, tienes buenas razones para recelar de cualquier cosa que pueda saber como ese queso, pero opino que todos hemos pasado años amando el queso y sólo un par de meses odiándolo, así que podré convertirlos a todos de nuevo si lo hago bien. Y necesitaremos el queso... es una buena fuente de proteínas para todas las madres lactantes que tendremos.

—Has pensado en todo.

—Tengo mucho tiempo para pensar —dijo Zdorab.

—En cierto modo, eres el verdadero líder de este grupo.

—En cierto modo, será mejor que no digas eso frente a los demás o creerán que te has vuelto loca.

—Eres el que decide qué y cuándo comeremos, dónde haremos nuestras necesidades, qué plantaremos en el huerto, y nos guías en la exploración del índice...

—Pero si hago las cosas bien, nadie se da cuenta.

—Te responsabilizas por todos nosotros. Sin esperar a que te lo digan.

—Así lo hacen las buenas gentes. Eso significa ser buena persona. Y yo soy buena persona, Shedyá.

—Ahora lo sé —dijo ella.

—Y debí saberlo antes. Interpretaba todos tus actos como debilidad... pero debía saber que había fuerza y sabiduría, afán de compartir, aun con quienes no lo merecen.

Y esta vez fue Zdorab quien lagrimeó. Apenas una pátina brillante, pero Shedemei la vio, y supo que él sabía que ella había visto. Pensó que ese matrimonio sería mucho más que la farsa en que había pensado. Sería una genuina amistad entre dos personas que no habían esperado encontrar amigos ni compañeros en este viaje.

Él revolvió la sopa y la tapó, dejando el cucharón enganchado en el costado.

—Supongo que éste es el sitio más seguro para hablar, si no queremos que nos molesten ni fisgoneen —dijo Shedemei.

—Nadie se acerca a la fogata si puede evitarlo, por temor a que lo hagan trabajar. Zdorab rió entre dientes.

—Siempre me agrada tu compañía mientras esté trabajando aquí, y mientras comprendas que la cocina es un arte, y que me concentro en ello cuando lo hago.

—Espero poder decirte cosas tan interesantes y estimulantes como para que arruines la sopa de cuando en cuando.

—Si los haces con frecuencia, nos obligarán a divorciarnos.

Rieron, y callaron nuevamente.

—¿Quieres que hable con la tía Rasa? —dijo Shedemei.

—Sin duda ella querrá preparar la boda para esta noche. Sentirá más alivio del que sentía Nafai.

—Y queremos que sea lo más público posible. Shedemei comprendió.

—Nos cercioraremos de que todos vean que somos marido y mujer.

—Y la tácita promesa: «Jamás contaré a nadie que no somos marido y mujer.»

Shedemei iba a ir en busca de Rasa, pero Zdorab la detuvo.

—¿Sí?

—Por favor, llámame Zodya.

—Desde luego —dijo ella, aunque en realidad nunca había oído su apodo familiar. Nadie lo usaba.

—Y otra cosa.

—¿Sí? ...

—Tu viejo artículo... te equivocabas. En cuanto a nuestra ineptitud genética para la reproducción...

—Dije que era mera especulación...

—Quiero decir que sé que te equivocabas porque sé lo que somos. En la antigua ciencia, la ciencia terrícola que he explorado por medio del índice, no es un mecanismo interno del cuerpo humano. No es genético. Es sólo el nivel de hormonas masculinas en la corriente sanguínea de la madre en el momento en que el hipotálamo inicia su diferenciación y crecimiento activos.

—Pero eso es casi aleatorio —dijo Shedemei.

—No significaría nada, sería sólo un accidente si el nivel fuera bajo en ese par de días.

—No tan aleatorio. Pero sí, un accidente. No significa nada, salvo que somos tullidos de nacimiento.

—Como Issib.

—Creo que cuando Issib me ve caminar, y ve lo que hago con mis manos, con gusto cambiaría su lugar por el mío —dijo Zdorab.

—Pero cuando yo le veo con Hushidh, y la veo encinta como está, y veo el respeto que los demás le han tomado por eso, cómo lo reconocen como uno de ellos, hay momentos, sólo momentos, en que con gusto yo cambiaría mi lugar por el suyo.

Impulsivamente Shedemei le estrujó la mano, aunque no era propensa a esos gestos afectuosos. Pero parecía apropiado. Un gesto amistoso. Y él lo retribuyó. Luego Shedemei se alejó de prisa, en busca de Rasa.

Y pensando: ¿Quién hubiera creído que descubrir que mi prometido es un *zhop* sería una noticia tan maravillosa, y que me lo haría más agradable? Últimamente el mundo está realmente desquiciado.

* * *

Una vez a solas en la tienda del índice, Nafai no vaciló. Cogió el índice —todavía tibio por las manos de Shedemei y Zdorab— y le habló fervientemente al Alma Suprema.

—Me has dicho que el sueño del árbol de Padre no era tuyo, pero nunca mencionaste que tienes toda esta experiencia en tu memoria.

—Por cierto —dijo el índice.

—Sería un fallo de mi parte no grabar algo tan importante.

—Y sabías cuánto anhelaba yo un sueño del Guardián de la Tierra. Lo sabías.

—Sí —dijo el índice.

—¿Entonces por qué no me diste el sueño de mi padre?

—Porque es el sueño de tu padre.

—Él lo contó. Ahora ya no es un secreto. Quiero ver lo que él vio.

—No es buena idea.

—Estoy harto de que decidas qué es buena idea y qué no. Tú creíste que matar a Gaballufix era buena idea.

—Y lo era.

—Para ti. Tú no te has manchado las manos de sangre.

—Tengo tu recuerdo de ello. Y no lo hice tan mal en el desierto, cuando Elemak conspiraba para matarte.

—¿Y qué? Salvaste mi vida porque querías tener mis genes en nuestro caudal genético.

—Soy un ordenador, Nafai. ¿Esperas que salve tu vida porque me gustas? Mis motivos son mucho más fiables que las emociones humanas.

—¡No quiero más pamplinas! Quiero un sueño del Guardián.

—Exacto. Y si pongo el sueño de tu padre en tu mente no tendrás un sueño del Guardián, sólo un informe extraído de mi memoria.

—Quiero ver esas criaturas de la Tierra que han visto los demás. Los murciélagos y los ángeles.

—Que ellos consideran criaturas de la Tierra.

—Quiero sentir el sabor de ese fruto en la boca.

Y mientras lo decía —mientras sus labios formaban silenciosamente las palabras, mientras el grito de angustia se formaba en su mente— Nafai supo que actuaba como un chiquillo. Pero lo quería, necesitaba saber qué sabía su padre, qué había visto Luet, qué había visto Hushidh, qué habían visto el general Moozh y Sed, la extraña madre de Luet. Quería saber, no que ellos se lo contaran; quería las apariencias, las sensaciones, los sonidos, los olores, el sabor. Y lo necesitaba tanto que lo exigió, aun sabiendo que actuaba como un chiquillo.

Y el Alma Suprema, considerando indeseable que el joven a quien había designado como futuro líder de la partida se encontrara en semejante estado de zozobra y desequilibrio, le dio lo que pedía.

Le llegó de repente, mientras sostenía el índice. La oscuridad que Padre había descrito, el hombre que lo invitaba a seguirlo, la marcha interminable. Sólo que había algo más, algo que Padre no había mencionado, una perturbadora desazón, pensamientos inquietantes. No era sólo un yermo, sino un infierno mental, y no podía soportarlo.

—Salta esta parte —le dijo al índice.

—Sácame de aquí.

El sueño cesó de inmediato.

- No dije que me sacaras del sueño —dijo Nafai con impaciencia.
- Sólo que saltaras la parte aburrida.
- El Guardián envió la parte aburrida junto con todo lo demás.
- Pasa al final, donde empezaban a pasar cosas.
- Eso es hacer trampa, pero lo haré.

Nafai odiaba que el índice hablara de esa manera. Había aprendido que los humanos interpretaban la resistencia seguida por acatamiento como una broma, y ahora bromeaba para disimular un comportamiento natural. Pero como Nafai sabía que era un ordenador y no una persona, las bromas lo fastidiaban en vez de divertirlo. Pero cuando se quejaba de ello, el índice respondía que a todos les gustaba y que Nafai era un aguafiestas.

El sueño continuó, y Nafai reanudó su marcha en la oscuridad, tras la espalda del hombre que lo guiaba, en medio de esa turbulenta y dolorosa corriente mental. Pero oyó que Padre suplicaba al hombre que le dijera algo, que lo sacara de ese lugar. Sólo que no era la voz de Padre. Era una voz extraña que Nafai jamás había oído, salvo que en su mente la seguía percibiendo como su propia voz, aunque Padre pensaba que la voz era suya, no de Nafai, porque la voz de Nafai no sonaba así y tampoco la de Padre. Al fin Nafai comprendió que así sonaba la voz de Padre para su padre. En un sueño, Padre no oía la voz que oían todos los demás. Oía la voz que creía oír cuando hablaba. Pero ni siquiera es esa voz, pensó, es mucho más joven, es la voz que empezó a considerar suya cuando formó su identidad. Más profunda que su voz verdadera, más aplomada, más juvenil.

Nafai, sin embargo, no podía liberarse de la convicción de que era su propia voz, no la de Padre, aunque tampoco se parecía a la suya. Luego comprendió. Si el índice extraía esto de su memoria, era la experiencia de Volemak filtrada por la conciencia de Volemak y en consecuencia entretejida con todas las actitudes de Volemak.

En eso consistía esa corriente de pensamientos turbulentos, insensatos, confusos, temibles. Era el fluir de la conciencia de Padre, en una constante evaluación y comprensión del sueño. Pensamientos de los que Padre ni siquiera era consciente, porque aún no habían aflorado a la superficie, incluidos jirones de ideas como «Esto es un sueño», y «Esto proviene del Alma Suprema», y «Estoy muerto», y «Esto no es un sueño», un fárrago de pensamientos contradictorios. Cuando Padre tenía esos pensamientos, brotaban de su inconsciente y su voluntad los ordenaba, y cada pensamiento pasaba a segundo plano cuando era necesario. Pero en la mente de Nafai, con la reproducción de esta experiencia, los pensamientos no respondían a su voluntad, y se superponían con su propio fluir de la conciencia. En consecuencia tenía el doble de pensamientos inconscientes que de costumbre, y la mitad de ellos no obedecían su voluntad, y sentía terror y confusión porque su mente estaba desbocada.

Padre había desistido de hablar con el hombre y ahora suplicaba al Alma

Suprema. Era humillante oír el miedo, la angustia, el temblor en la voz de su padre. Él había dicho que había suplicado, pero Nafai nunca le había oído hablar en ese tono abyecto, y era como verlo en el lavabo o algo igualmente desagradable. Odiaba ver a su padre de esa manera. Lo estoy espiando, lo estoy viendo como él se ve en sus peores momentos, en vez de ver el hombre que él presenta ante el mundo, ante sus hijos. Le estoy robando su identidad, y está mal, es horrible que le haga semejante cosa. Pero quizá deba conocer este aspecto de mi padre, su debilidad. No puedo confiar en él, un hombre que gimotea de este modo ante el Alma Suprema, rogando ayuda como un chiquillo...

Recordó que él había suplicado al índice para que le mostrara el sueño de Padre y comprendió que, en el interior de su mente, aun el hombre más valiente y fuerte tenía esos momentos, sólo que nadie los veía porque nadie los representaba fuera de sus sueños y pesadillas. Sólo me he enterado de esto porque lo estoy espiando.

Iba a pedirle al índice que detuviera el sueño cuando todo cambió, y de repente estuvo en el vergel que Padre había mencionado. Nafai quiso hallar el árbol, pero sólo podía mirar hacia donde Padre miraba en el sueño, y sólo pudo verlo cuando lo vio Padre.

Padre lo vio, y era hermoso, un gran alivio después de tanta oscuridad y lóbreguez. Nafai no sólo sentía su propio alivio, sino el alivio de Padre, y en consecuencia para él no era alivio, sino más tensión, más desorientación. Para colmo, en vez de caminar gradualmente hacia el árbol, Padre fue repentinamente hacia él. Él consideraba que caminaba, pero en realidad su aproximación fue instantánea.

Nafai sintió el deseo de Padre por el fruto, su deleite ante su olor, pero como ese repentino movimiento lo había mareado, y como el fluir de la conciencia de Padre le daba jaqueca, el olor no le despertó ningún deseo. Al contrario, le causó náusea.

Padre cogió un fruto y lo probó. Nafai notó que Padre lo consideraba delicioso, y por un momento, el gusto que llegó a la mente de Nafai fue deleitable, exquisito, increíble. Pero de inmediato la experiencia quedó subvertida por la reacción de Padre, sus asociaciones con el sabor y el olor; sus reacciones eran tan intensas, Padre estaba tan abrumado por el sabor, que Nafai no podía defenderse de esas emociones arrolladoras. Era físicamente doloroso. Estaba aterrado. Le gritó al índice que detuviera el sueño.

Se detuvo, y Nafai cayó en la alfombra, jadeando y sollozando, tratando de ahuyentar esa locura de su mente.

Al cabo de un rato se sintió mejor, pues la locura se había disipado.

—¿Ves el problema que tengo para comunicarme claramente con los humanos?
—le dijo el Alma Suprema.

—Tengo que presentar mis ideas en forma clara y estridente, y aun así la mayoría cree oír sus propios pensamientos. Sólo el índice permite una comunicación clara con

la mayoría de la gente. Excepto tú y Luet... con vosotros puedo hablar mejor que con nadie.

—El índice calló un instante.

—Por un momento creí que enloquecerías. Lo que sucedía dentro de tu cabeza no era agradable.

—Tú me previniste.

—Bien, no te previne sobre eso porque no sabía que sucedería. Nunca he puesto el sueño de alguien en la cabeza de otra persona. Y no creo que lo vuelva a hacer, aunque alguien se enfade mucho si me niego.

—Estoy de acuerdo con tu decisión —dijo Nafai.

—Y fuiste muy desconsiderado al juzgar a tu padre de esa manera. Él es un hombre fuerte y valeroso.

—Lo sé. Si estabas escuchando, ya sabrás que llegué a esa conclusión.

—No sabía si lo recordarías. La memoria humana no es muy fiable.

—Déjame en paz. Ahora no quiero hablar contigo ni con nadie.

—Entonces suelta el índice. Siempre puedes marcharte.

Nafai apartó la mano del índice, se puso de pie. Sentía náuseas. Estaba mareado y aturdido.

Salió tambaleándose de la tienda, y se encontró con Issib y Mebbekew.

—Íbamos a cenar —dijo Issib.

—¿Has tenido una buena sesión con el índice?

—No tengo hambre —dijo Nafai.

—No me siento bien.

Mebbekew soltó una carcajada. Nafai recordó las risas de los mandriles.

—Conque Nafai tratará de evitar el trabajo alegando que está siempre enfermo. A Luet le ha dado tan buen resultado que él piensa que vale la pena intentarlo, ¿eh?

Nafai ni se molestó en replicar. Se alejó a tumbos, buscando su tienda. Tengo que dormir, pensó. Eso es lo que necesito, dormir.

Sólo cuando llegó allí y se acostó, comprendió que no podría dormir. Estaba demasiado agitado, demasiado mareado, su cabeza era un remolino. No podía pensar, pero tampoco podía dejar de pensar.

Iré a cazar, pensó. Saldré, encontraré un animal indefenso, lo mataré, le arrancaré la piel y las tripas y sin duda me sentiré mejor porque así soy yo. O tal vez vomite al sentir el olor de las tripas, y entonces me sienta mejor.

Nadie le vio salir del campamento. Si lo hubieran visto salir tan tambaleante, y empuñando un pulsador, quizá lo hubieran detenido. Nafai cruzó el arroyo y subió a las colinas de la otra margen. Nunca cazaban en esa zona porque los mandriles dormían en los peñascos y porque si se aproximaban demasiado a las aldeas del valle llamado Luzha podrían toparse con alguien. Pero Nafai no pensaba con claridad. Sólo

recordaba que una vez había estado en la otra margen del arroyo y había sucedido algo maravilloso, y ahora quería que sucediera algo maravilloso. O morirse. Lo que fuera.

Debía haber esperado, se repitió una y otra vez, cuando recobró la lucidez. Si el Guardián de la Tierra quería enviarme un sueño, me habría enviado un sueño. Y si no lo hizo, debí haber esperado. Ahora puedo soportar la espera, pero ahora no me enviarás un sueño porque hice trampa, tal como dijo el índice, hice trampa y no tengo derecho... ahora soy indigno, me he estropeado el cerebro porque insistí en que el Alma Suprema me mostrara el sueño, y ahora estaré siempre mal de la cabeza y ni tú ni el Alma Suprema ni Luet ni nadie más sabrán qué hacer conmigo y bien podría arrojarme a un precipicio y morirme.

Caía el sol cuando comprendió que no tenía idea de dónde estaba, ni cuánto había caminado. Sólo sabía que estaba sentado en una roca en la cima de una colina, a la vista de cualquier bandido que buscara una víctima, o cualquier depredador que buscara una presa. Y aunque tenía la cabeza entre las manos y miraba el suelo, notó que había alguien sentado enfrente. Alguien que todavía no había dicho nada, pero que lo miraba fijamente.

Di algo, pensó Nafai. O mátame y termina con esto.

—Oo. Oo-oo —dijo el forastero.

Nafai irguió la cabeza, pues conocía la voz.

—Yobar —dijo.

Yobar movió el cuerpo y parloteó, encantado de que le hubieran reconocido.

—No traigo comida —dijo Nafai.

—Oo —dijo jovialmente Yobar. Tal vez sólo estaba agradecido de que alguien le prestara atención, pues la tribu lo había desterrado.

Nafai extendió una mano, y Yobar se le acercó y apoyó la pata delantera en la de Nafai.

Y en ese momento Yobar no fue un mandril. En cambio Nafai lo vio como un animal alado, con un rostro más feroz y más inteligente que el de un mandril. Flexionaba y estiraba un ala, mientras con la otra sostenía la mano de Nafai.

La criatura alada que repentinamente había reemplazado a Yobar le habló, pero Nafai no entendía el idioma. La criatura —el ángel, pues Nafai supo que eso era— habló de nuevo, y Nafai entendió que era una advertencia de peligro.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Nafai.

Pero el ángel miró en torno y se alarmó, se asustó, le soltó la mano, brincó al cielo y se puso a volar en círculos.

Nafai oyó un ruido de algo duro raspando piedra. Miró hacia atrás, hacia las rocas que lo rodeaban, y vio el origen del ruido. Media docena de criaturas más grandes y feroces. Las ratas de los sueños que habían tenido los demás. Eran más robustas y

fuertes que los mandriles, y por las anécdotas que contaban los viajeros del desierto Nafai sabía que los mandriles eran mucho más fuertes que un hombre fornido. Los dientes eran filosos, pero las manos —pues eran manos, no zarpas— lucían aterradoras, especialmente porque la mayoría tenían piedras y parecían dispuestas a arrojarlas.

Nafai pensó en el pulsador. ¿Cuántas puedo matar antes que me tumben de una pedrada? ¿Dos? ¿Tres? Mejor morir luchando que dejar que me pillen sin que les cueste nada.

¿Mejor? ¿Por qué sería mejor? Ya era bastante malo que muriera una. ¿Qué ganaré con matar más, salvo que se sentirían más justificadas por haberme matado?

Apoyó el pulsador en el suelo, se entrelazó las manos, esperó.

Ellas también esperaron, aún preparadas para arrojar las piedras. El ángel aleteaba en silencio, emitiendo un chillido de cuando en cuando.

De pronto Nafai notó que tenía algo en las manos. Las abrió y vio que sostenía un fruto. Lo reconoció de inmediato: un fruto del árbol de la vida. Se lo llevó a los labios y lo saboreó. ¡Ah! Era tal como había dicho Padre, el mismo sabor que Nafai había paladeado antes por un breve instante, la sensación más exquisita que pudiera imaginarse. Pero esta vez no había distracción, confusión ni caos; estaba en paz consigo mismo, y sanó.

Sin pensarlo, se apartó el fruto de los labios y se lo ofreció a la rata que tenía enfrente.

La rata lo miró: la mano, el rostro, el fruto.

Nafai pensó en dejar el fruto en el suelo para que la rata lo cogiera, pero comprendió que estaría mal dejar que el fruto tocara el suelo, dejar que lo recogieran como una fruta podrida. Debía pasar de una mano a otra. Ese fruto siempre se debía coger del árbol, o de otra mano.

La rata olisqueó, avanzó, olisqueó de nuevo. Cogió el fruto de la mano de Nafai, se lo llevó a los labios, mordió. El fruto lanzó un chorro de zumo que salpicó a Nafai en la cara, pero él ni lo notó, aunque se lamió la salpicadura. Pero no podía apartar los ojos de la rata. Estaba petrificada, inmóvil, y el zumo del fruto le goteaba por las comisuras de la boca. Nafai se preguntó si la habría envenenado. ¿La he matado con este fruto? No era mi propósito.

No, la rata no estaba envenenada, sólo desconcertada. Corrió gruñendo hacia su compañera más próxima, que cogió el fruto de su boca con los dientes. Y el fruto pasó de rata en rata, siempre de una boca a otra, recorriendo el círculo hasta regresar a la primera. Y ésta se adelantó y ofreció la boca a Nafai, con el resto del fruto.

Nafai no tenía la cara puntiaguda como las ratas, así que extendió el brazo y cogió el fruto con la mano. Se lo puso en la boca temiendo que el sabor se hubiera arruinado, pero sabiendo que debía hacerlo. Para su alivio, el sabor no había

cambiado. En todo caso, el fruto sabía más dulce después de ser compartido por esas criaturas.

Masticó, tragó. Sólo entonces ellas tragaron los restos que tenían, en la boca.

Avanzaron y pusieron a los pies de Nafai las piedras que habían empuñado. La pila formó una pirámide ante Nafai. Catorce piedras. Luego las ratas se escurrieron entre las rocas.

El ángel descendió, voló en círculos alrededor de Nafai, gorjeando frenéticamente, batiendo las alas, y al fin se le posó en los hombros y lo envolvió con sus alas.

—Espero que esto signifique que estás feliz —dijo Nafai.

El ángel, por toda respuesta, echó a volar.

Nafai se irguió y vio que no estaba en la cima de un pico rocoso, sino en un vergel, junto a un árbol, y al lado había un río, y junto al río un sendero con una baranda de hierro. Vio todo lo que había visto su padre, incluido el edificio de la orilla opuesta.

Y cuando esperaba que el sueño terminara —pues sabía que era un sueño— todo cambió. Se vio a sí mismo en medio de una muchedumbre de personas, ángeles y ratas, y todos miraban una luz brillante que descendía del cielo. Todos habían estado esperando, y aquello que habían esperado llegaba al fin. El Guardián de la Tierra.

Nafai quería acercarse, ver el rostro del Guardián de la Tierra. Pero la luz era enceguecedora. Vio que la silueta tenía cuatro extremidades y una cabeza, pero la luz lo encandilaba como si el Guardián fuera una pequeña estrella, un sol demasiado brillante para mirarlo sin quemarse los ojos.

Nafai tuvo que cerrar los ojos, entornarlos para aliviar el dolor de mirar directamente ese sol. Cuando los abrió, supo que estaría cerca, supo que vería el rostro del Guardián.

—Oo.

Estaba mirando el rostro de Yobar.

—Lo mismo digo —susurró Nafai.

—Oo-oo.

—Está oscureciendo. Pero tú tienes hambre, ¿verdad?

Yobar se sentó ansiosamente.

—Veamos si encuentro algo para ti.

No fue difícil, a pesar de la penumbra, pues las liebres de ese lado del valle aún eran abundantes. Cuando anocheció del todo, Yobar todavía estaba desgarrando el cuerpo, devorando cada trozo de carne, partiendo el cráneo con una piedra para llegar a los blancos sesos. Tenía las manos y la cara embadurnadas de sangre.

—Si tienes algo de cerebro —dijo Nafai—, regresarás a casa con lo que ha quedado de esta carne, manchado de sangre, para que una hembra se haga amiga tuya

y te deje jugar con su bebé; así podrás congraciarte con el pequeño e integrarte en la tribu.

Era improbable que Yobar le entendiera, pero tampoco era necesario. Ya trataba de ocultarle a Nafai el cuerpo de la liebre, preparándose para robarlo y echar a correr. Nafai le facilitó las cosas alejándose un poco para que Yobar aprovechara la oportunidad. Oyó las pisadas de Yobar y le dijo en silencio: Compra lo que puedas con la sangre de esa liebre, amigo mío. He visto el rostro del Guardián de la Tierra, y eres tú.

Luego, arrepintiéndose al instante de ese pensamiento irrespetuoso, Nafai habló en silencio con el Guardián de la Tierra, o con el Alma Suprema, o con nadie, no lo sabía. Gracias por mostrármelo, dijo. Gracias por dejarme ver lo que vio Padre. Lo que vieron todos los demás. Gracias por dejarme ser uno de los que saben.

Ahora, ojalá alguien me ayudara a encontrar el camino de regreso.

Fuera por la ayuda del Alma Suprema, o gracias a su memoria y habilidad, descubrió el camino de regreso a la luz de la luna. Luet estaba preocupada, y también Madre y Padre, y todos los demás. Habían postergado la boda de Shedemei y Zdorab, porque no era correcto celebrarla una noche en que Nafai corría peligro. Ahora que estaba de vuelta, la boda podía continuar, y nadie le preguntó adonde había ido ni qué había hecho, como si supieran que era algo demasiado extraño, maravilloso u horrendo para comentarlo.

Más tarde, en la cama con Luet, Nafai habló de ello. Primero contó que le había dado de comer a Yobar, y luego el sueño.

—Parece ser que esta noche todos han quedado satisfechos —dijo Luet.

—¿Incluso tú? —preguntó Nafai.

—Estás en casa, así que me doy por contenta.

Capítulo 6

PULSADORES

Permanecieron en el campamento del Valle de Mebbekew, junto al río de Elemak, más tiempo del que se proponían. Primero tuvieron que aguardar la cosecha, luego, a pesar de las hierbas antivomitivas que Shedemei descubrió en el índice, Luet estaba tan desfalleciente que Rasa no consintió que iniciaran el viaje y arriesgaran su vida. Cuando Luet se sobrepuso y recobró sus fuerzas, las tres mujeres embarazadas — Hushidh, Kokor y Luet— estaban demasiado gruesas para viajar. Además, ahora también estaban encintas Sevet, Eiadh, Dol y Rasa. Ninguna de ellas se sentía tan mal como se había sentido Luet, pero tampoco estaban muy dispuestas a montar en camello, cabalgar todo el día y armar tiendas por la noche y desarmarlas por la mañana mientras subsistían con una dieta de galletas, charqui y melón seco.

Permanecieron en ese campamento más de un año, hasta que nacieron los siete bebés. Sólo dos de las madres tuvieron varones, Volemak y Rasa llamaron a su hijo Oy kib, en memoria del padre de Rasa, y Elemak y Eiadh llamaron a su primogénito Protchnu, que significaba «resistencia».

Eiadh mencionó que sólo su esposo, Elemak, era tan viril como Volemak, pues le había puesto en el vientre un hijo varón, y Volemak sólo tenía hijos varones. Los demás ignoraron esa petulancia y disfrutaron de sus hijas.

Luet y Nafai llamaron a su pequeña Chveya, porque los había unido en una sola alma. La hija de Hushidh e Issib fue la primera en nacer de esa generación, y la llamaron simplemente Dza, porque era la respuesta a todas las preguntas de su vida. Kokor y Obring llamaron a su hija Krasata, un nombre que significaba «belleza» y estaba de moda en Basílica. Vas y Sevet llamaron a su hija Vasnaminanya, en parte porque significaba «memoria», pero también porque se relacionaba con el nombre de Vas; la llamaban Vasnya. Y Mebbekew y Dol llamaron a su hija Basilikya, en recuerdo de la ciudad que ambos amaban y añoraban. Todos sabían que ese nombre estaba destinado a ser un reproche constante para quienes les habían sacado a rastras de su hogar, así que todos adoptaron el apodo que le puso Volemak, Syelsika, que significaba «campesina». Esto fastidiaba a Meb, pero aprendió a callarse porque los demás se reían de él.

Oy kib, Protchnu, Chveya, Dza, Krasata, Vasnya y Syelsika: en una fresca mañana, más de un año después que todos llegaron al Valle de Mebbekew, los bebés estaban arropados en prendas frescas y colgaban en hamacas del hombro de sus madres, para que ellas pudieran alimentarlos cuando tenían hambre durante el día. A excepción de Shedemei, que no tenía hijos, las mujeres no se encargaban de armar las

tiendas, aunque cuando los niños crecieran reanudarían sus deberes. Y los hombres, fuertes, bronceados y curtidos tras un año de vida y trabajo en el desierto, presumían ante sus esposas, orgullosos de su paternidad y de la responsabilidad de tener una familia que debían cuidar y alimentar.

Todos salvo Zdorab, quien permanecía tan callado y discreto como de costumbre, todavía sin hijos; a veces él y su esposa parecían desaparecer. Eran los únicos integrantes del grupo que no tenían lazos consanguíneos ni políticos con Rasa y Volemak; eran los únicos que no tenían ningún hijo; eran bastante más mayores que el resto, salvo Elemak; nadie habría dicho que no estaban en pie de igualdad con los demás, pero en verdad nadie creía que así fuera.

Mientras se preparaban para marcharse, Luet, con Chveya dormida en su hamaca, llevó un melón maduro hasta el lugar donde se reunía la tribu de mandriles. Los mandriles parecían agitados y nerviosos, lo cual no era sorprendente, teniendo en cuenta el tumulto que reinaba en el campamento humano. Cuando Luet llegó al sitio donde comían, ellos la observaron con expectación. Algunas hembras se acercaron a ver el bebé. Luet ya les había dejado tocar a Chveya, aunque nunca les permitía jugar con ella tal como jugaban con sus propios hijos. Chveya era demasiado frágil para sus toscas caricias.

Luet buscaba un macho, no una hembra, y en cuanto se alejó de las curiosas hembras lo encontró: Yobar, que había sido un paria un año atrás, y que ahora era el mejor amigo de la hija mayor de la matriarca de la tribu; tenía tanto prestigio como un macho podía obtener en esa ciudad de mujeres.

Luet llevó el melón hasta donde Yobar pudiera verlo. Luego, volteándose despacio para no asustarlo, lo partió contra una roca.

Como ella esperaba. Yobar saltó hacia atrás, alarmado. Cuando vio que Luet no tenía miedo, se acercó a investigar. Ahora Luet pudo mostrarle lo que quería: el secreto que habían ocultado tan celosamente a los mandriles todo ese año. Cogió un fragmento carnoso y comió ruidosamente.

El ruido atrajo a los demás, pero fue Yobar —como Luet esperaba— quien siguió el ejemplo y se puso a comer. No hacía distinción entre la pulpa y la cáscara, y parecía disfrutar de ambas por igual. Cuando estuvo lleno, se puso a saltar y a parlotear hasta que los demás —sobre todos los machos jóvenes— se aventuraron a probar la fruta.

Luet retrocedió despacio y se marchó.

Oyó pasos a sus espaldas. Miró hacia atrás y vio que Yobar la seguía. No lo había esperado, pero Yobar siempre la sorprendía. Era muy curioso e inteligente, aun entre animales cuya inteligencia no distaba mucho de la humana, y cuya curiosidad y afán de aprender a veces era mayor.

—Ven, si quieres —dijo Luet. Lo condujo río arriba hasta el huerto, donde los

mandriles hasta ahora tenían prohibida la entrada. Los restos de la última cosecha de melones aún colgaban de las plantas, algunos maduros, otros no. Yobar titubeó en el linde del huerto, pues los mandriles habían aprendido a respetar ese límite invisible. Luet le hizo señas y Yobar entró con cautela. Ella lo condujo hasta un melón maduro.

—Cómelos cuando estén así —le dijo—, cuando huelan así.

Le ofreció el melón, todavía unido a la planta. Yobar lo olfateó, lo sacudió, lo arrojó al suelo y logró partirlo. Luego lo probó y parloteó alegremente.

—Aún no he terminado —dijo Luet.

—Debes prestar atención.

—Le ofreció otro melón, que no estaba maduro, y aunque le permitió olerlo, no le permitió sostenerlo.

—No, no comas éstos. Las semillas no están maduras, y si los comes cuando estén así, no tendrás cosecha el año próximo.

—Dejó el melón inmaduro en el suelo, y señaló el melón partido que estaba a los pies de Yobar.

—Come los maduros. Shedemei dice que las semillas atraviesan tu sistema digestivo ilesas, y crecen en los excrementos sin problemas. Podéis tener melones para siempre, si enseñáis a los demás a comer sólo los maduros. Si les enseñáis a esperar.

Yobar la miraba atentamente.

—No entiendes ni jota de lo que digo. Pero eso no significa que no comprendas la lección, ¿verdad? Eres listo. Ya comprenderás. Enseñarás a los demás antes de pasarte a otra tribu, ¿sí? Es el único regalo que os podemos dejar, nuestro pago por el uso del valle en este año. Por favor, aceptadlo y usadlo bien.

Yobar gritó una vez. Ella se levantó y se alejó. Los camellos ya estaban prontos, y todos la esperaban.

—Sólo le mostraba el huerto a Yobar —dijo.

Kokor hizo un gesto desdeñoso, pero Luet apenas la miró. Lo importante era la sonrisa de Nafai, el asentimiento de Hushidh, las palabras aprobatorias de Volemak.

A una orden, los camellos se incorporaron, cargados con las tiendas y las provisiones, las cajas de almacenaje llenas de embriones y semillas y, ante todo, con veintitrés seres humanos en vez de dieciséis. Como Elemak había dicho anoche, sería mejor que el Alma Suprema los condujera a destino antes que los niños crecieran demasiado para cabalgar con sus madres, o tendrían que conseguir más camellos en el camino.

Los dos primeros días de viaje los llevaron al noreste, por la misma ruta que habían cogido desde Basílica. Pero había pasado un año desde entonces y ya no reconocían el paisaje, aunque las rocas grises y la arena amarillenta les resultaron familiares hasta el hartazgo en cuanto transcurrió una hora de viaje.

Mebbekew cabalgó un trecho junto a Elemak, al caer la segunda tarde.

—Hemos pasado el lugar donde lo sentenciaste a muerte, ¿verdad?

Elemak calló un instante.

—No, no pasaremos por allí.

—Creí verlo.

—No lo viste.

Anduvieron en silencio un rato más.

—Elemak —dijo Mebbekew.

—¿Sí? —Elemak no parecía disfrutar de esa conversación.

—¿Quién nos detendría si cogiéramos nuestras tiendas, y provisiones para tres días, y nos dirigiéramos al norte, hacia Basílica?

A veces la miopía de Mebbekew rayaba en la estupidez.

—Al parecer has olvidado que no tenemos dinero. Te aseguro que ser pobre en Basílica es peor que ser pobre aquí, porque en Basílica al Alma Suprema le importa un rábano tu supervivencia.

—¡Claro, como si aquí nos hubiera cuidado tanto! —dijo Meb desdeñosamente.

—Estuvimos en un lugar con agua durante más de un año y ni una sola vez vimos viajeros, bandidos, parejas fugitivas ni familias de vacaciones.

—Lo sé, era como estar en otro planeta. ¡Un planeta deshabitado! Te aseguro que cuando el embarazo de Dolya estaba tan avanzado que ella no podía moverse, las hembras de mandril empezaban a tentarme.

Mebbekew nunca había parecido más inservible que en aquel momento.

—No me sorprende —dijo Elemak. Meb lo miró con mal ceño.

—Estaba bromeando, imbécil.

—Yo no —dijo Elemak.

—Conque has vendido tu alma, ¿eh? Ahora eres el hijito de papá. Otro Nafai.

El resentimiento de Mebbekew hacia Nafai era natural, pues Nafai lo había hecho quedar mal muchas veces. Pero Elemak había decidido soportar a Nafai, al menos mientras permaneciera en su lugar, mientras fuera útil. Eso era lo único que le interesaba por el momento, que una persona contribuyera a la supervivencia del grupo. De la esposa y el hijo de Elemak. Y Mebbekew debería recordar que Nafai era mucho más útil que él.

—Hemos vivido un año juntos —dijo.

—Has comido carne que Nafai consiguió durante todas las semanas de ese año, ¿y todavía crees que es sólo el favorito de Padre?

—Oh, sé que es más que eso. Todos lo saben. Más aún, la mayoría hemos comprendido que vale más que tú.

Mebbekew debió notar algo en la cara de Elemak, pues decidió rezagarse y ponerse a prudente distancia de su hermano.

Elemak sabía que Meb lo insultaba para enfurecerlo, pero no le daría gusto. Entendía lo que quería Mebbekew: separarse de su mujer, alejarse de los llantos de su hija, regresar a la ciudad, con sus baños y excusados, su cocina y su arte y, ante todo, su incesante provisión de mujeres crédulas y simplonas. Y lo cierto era que si Mebbekew regresaba a Basílica, tal vez se las apañara como siempre, con o sin dinero; y Dol también encontraría una buena vida allá, siendo una actriz joven y casi legendaria. Para ellos dos, Basílica sería mucho mejor que aquello que los aguardaba en el futuro inmediato.

Pero ese tema está cerrado, pensó Elemak. Quedó cerrado cuando el Alma Suprema me puso en ridículo. El mensaje era claro: Si intentas matar a Nafai, te portarás como un imbécil que ni siquiera sabe anudar una cuerda. Y ahora no tendría que vérselas con Nafai para cambiar su destino, sino con Padre. No, no había escapatoria para Elemak. Además, Basílica no le reservaba nada. A diferencia de Meb, él no se contentaba con brincar de cama en cama y vivir de las mujeres. Necesitaba tener prestigio en la ciudad, saber que era escuchado por los hombres. Sin dinero, tenía pocas esperanzas de lograrlo.

Además, amaba a Eiadh y estaba orgulloso del pequeño Proya, y amaba la vida del desierto de una manera que nadie, ni siquiera Volemak, podía comprender. Y si regresaba a Basílica, Eiadh se negaría a renovar el contrato matrimonial. De nuevo se encontraría en la humillante posición de tener que buscar una esposa para permanecer en la ciudad. Eso sería insoportable. Así era como debían vivir los hombres, seguros con sus mujeres, seguros con sus hijos. No deseaba disolver su familia. Había dejado de soñar con Basílica, o al menos había dejado de añorarla, pues la única vida que podía llevar en la ciudad le era inaccesible.

Sólo Meb y Dolya aún fantaseaban con el regreso. Por lo demás, inútiles como eran, nadie lamentaría perderlos.

En consecuencia, mientras Elemak y su padre escogían el sitio para acampar esa noche, abordó el tema.

—Sabrás que Meb y Dolya aún quieren regresar a Basílica.

—Tienen tan poca imaginación que no me sorprende —dijo Volemak.

—Algunas personas tienen una sola idea en la vida, y no pueden deshacerse de ella.

—También sabes que son totalmente inservibles.

—No tanto como Kokor —dijo Padre.

—Sí. Bueno, es difícil competir con ella.

—Ninguno de ellos es totalmente inservible —dijo Padre.

—Tal vez sean haraganes, pero necesitamos sus genes. Necesitamos sus hijos en nuestra comunidad.

—Nuestra vida sería mucho más fácil, con menos conflictos y fastidios... si...

—No —dijo Volemak.

Elemak se ofuscó. ¿Cómo se atrevía Padre a interrumpirle en medio de una frase?

—No es mi elección —dijo Volemak.

—Permitiría regresar a todos los que lo desearan, si dependiera de mí. Pero el Alma Suprema ha escogido este grupo.

Elemak perdió interés en cuanto Padre mencionó al Alma Suprema. Eso siempre significaba que la parte racional de la discusión había terminado.

Cuando se dispusieron a pernoctar, Elemak decidió que haría la vista gorda si Meb y Dolya emprendían la fuga durante su guardia. Les sería fácil encontrar el camino, pues el desierto no era tan duro en estos parajes, y tendrían la mejor oportunidad de todo el viaje de regresar a la civilización. O tal vez no tanto. Abundarían los bandidos, sobre todo ahora que Moozh gobernaba en Basílica y expulsaba a los hombres rudos e incivilizados. Tal vez el Alma Suprema los protegiera y les ayudara a regresar a Basílica, o tal vez no. De un modo u otro, Elemak no se interpondría si lo intentaban.

Pero no lo intentaron. Elemak permaneció de guardia más tiempo que de costumbre, pero ni siquiera salieron de la tienda, ni siquiera intentaron robar un camello. Elemak al fin despertó a Vas para que lo revelara y se fue a acostar, lleno de desprecio por Meb. Si yo hubiera querido marcharme para vivir en otra parte, me habría ido con mi esposa y mi hija. Pero no Mebbekew. En cuanto le dicen que no, ni siquiera se revela.

Por la mañana del tercer día de viaje llegaron al punto donde, para regresar a Basílica, habrían tenido que viajar hacia el norte. Elemak lo reconoció, y también Volemak, pero los demás ni siquiera se percataron de que ahora se dirigían al este y no al norte, acabando con la última esperanza de reanudar su antigua vida.

Elemak no lo lamentaba. No era como Mebbekew. Su vida siempre se había centrado en el desierto. Sólo regresaba a Basílica para vender sus mercancías y encontrar una esposa, aunque siempre había disfrutado de la ciudad y la consideraba su hogar. Pero la idea de hogar no significaba mucho para él, y nunca sentía añoranza ni nostalgia. Sólo cuando Eiadh dio a luz y tuvo a Proya en sus brazos y oyó el berrido estridente del niño y vio su sonrisa. Y el hogar, entonces, era la tienda donde dormían Eiadh y Proya. Ahora no necesitaba a Basílica. Era demasiado fuerte para echar de menos una ciudad determinada, como Meb.

Pero si esa caravana iba a ser su mundo durante los próximos años, Elemak procuraría obtener una posición dominante y descollante en esa pequeña sociedad. En el valle, donde el huerto de Zdorab les brindaba la mitad de la comida y Nafai era tan buen cazador como Elemak, no había manera de sobresalir, de afianzar su posición de liderazgo. Ahora, de nuevo a lomos de camello, hasta Padre confiaba en el criterio de Elemak en muchos asuntos, y aunque el Alma Suprema determinaba su rumbo

general, era Elemak quien decidía el camino. Notó que Eiadh lo miraba cuando no estaba ocupada ni amamantando al bebé. El viaje le recordaba que él era esencial para la supervivencia de esa empresa, y a Elemak le encantaba que Eiadh se enorgulleciera de ello.

El Alma Suprema había dicho a Padre que si encontraban una ruta segura y contaban con provisiones en abundancia, llegarían a destino en sesenta días. Pero era imposible viajar tanto tiempo. Los bebés no soportarían el calor, la sequedad, la inestabilidad. Tendrían que encontrar otro lugar seguro y descansar de nuevo. Y tal vez hacer otra pausa después. Y en cada lugar quizá debieran permanecer el tiempo necesario para sembrar y cosechar, para tener alimentos para el próximo tramo. Un año. Un año en cada lugar, tal vez tres años para realizar una travesía de sesenta días. Y en ese período Elemak sería el verdadero líder. Al final todos se apoyarán en mí, y Padre será simplemente lo que debe ser, un viejo y sabio consejero, pero no el verdadero jefe.

Ése seré yo, por derecho. Y si entonces decido que el destino que designó el Alma Suprema es el lugar adonde deseo conducir al grupo, allí los llevaré, y llegarán a salvo y puntualmente. Si decido lo contrario, el Alma Suprema puede irse al cuerno.

El río Nividimu no era estacional. Surgía de manantiales naturales en las escabrosas montañas Lyudy, que eran tan altas que tenían nieve en invierno. Pero el caudal nunca era excesivo, y cuando descendía por el Valle Krutohn para llegar al bajo, tórrido y seco desierto, se hundía en la arena y desaparecía muchos kilómetros antes de llegar al Mar del Barranco.

A causa del Nividimu, el gran sendero norte-sur trepaba empinadamente en las montañas Lyudy y luego seguía el río casi hasta donde desaparecía. Era la fuente de agua potable más segura entre Basílica, al norte, y las Ciudades de Fuego, al sur.

Una docena de caravanas por año marchaban a orillas del Nividimu y, previsiblemente, el índice les indicó que acamparan una semana en las colinas que había al pie de las montañas Lyudy mientras una caravana que se dirigía al norte con una numerosa escolta militar subía por el valle y luego descendía por la sinuosa carretera.

Lo peor de esa espera era que no podían encender fogatas. La escolta militar, les dijo el índice, estaba nerviosa y ansiosa de encontrar un enemigo. Si veía el humo, los tomarían por bandidos, y los soldados matarían primero y preguntarían después. Comieron pues sus míseras raciones y aguardaron de mal talante el día que el Alma Suprema había dispuesto para la partida.

Durante el segundo día, mientras Elemak y Vas cazaban juntos —pues Vas tenía cierto talento para rastrear animales— perdieron el primer pulsador. Vas ni siquiera lo necesitaba, pero lo pedía, y habría sido demasiado humillante prohibírselo. Además, siempre estaba la posibilidad de que lo sorprendiera una fiera peligrosa que siguiera

el rastro del mismo animal, y necesitaría el pulsador para defenderse.

Vas no era torpe, pero mientras caminaba por una angosta vereda, sobre un desfiladero, tropezó, y el pulsador se le resbaló de la mano mientras él se aferraba para no caerse. El arma rebotó en una protuberancia rocosa, saltó al aire y cayó al abismo. Vas y Elemak no le oyeron llegar al fondo.

—Pude haber sido yo —repetía Vas cuando contó la historia esa noche.

Elemak prefirió no decirle que habría sido mejor para todos que hubiera sido él. Sólo tenían cuatro pulsadores, y no podían conseguir más. Con el tiempo perderían la capacidad de recargarse con la luz solar, por eso Elemak siempre mantenía dos pulsadores escondidos. Al perderse ese arma, tuvo que sacar uno de los pulsadores ocultos para la caza.

—¿Y por qué estabais cazando? —preguntó Volemak, quien comprendía lo que la pérdida del pulsador podía significar en el futuro. Le hacía la pregunta a Elemak, como correspondía, pues había sido decisión de Elemak llevar dos pulsadores al desierto ese día.

Elemak respondió altivamente, como si Volemak no tuviera derecho a cuestionar su decisión.

—Para conseguir carne. Las esposas no pueden amamantar bien si sólo comen galletas y charqui.

—Pero no podemos cocinar la carne. ¿Pensabas comerla cruda?

—Pensaba calentarla con el pulsador —dijo Elemak.

—No quedaría muy cocida, pero...

—Sería un derroche de energía que no podemos costearnos —dijo Volemak.

—Necesitamos la carne.

—¿Debí saltar tras el pulsador? —preguntó Vas, exasperado.

—De ninguna manera —dijo Elemak con desdén.

—Ya no se trata de ti.

Hushidh observaba la conversación en silencio, como hacía habitualmente cuando había un conflicto, viendo cómo cambiaban las hebras que conectaban a las personas. Sabía que las líneas que ella veía no eran reales, sino una metáfora que construía su mente, una especie de diagrama alucinatorio. Pero el mensaje que le daban sobre las relaciones, lealtades y odios era muy real, tanto como las rocas, la arena y los chaparrales que los rodeaban.

Vas era la anomalía del grupo. Nadie lo odiaba, nadie le guardaba rencor, pero nadie lo amaba. Nadie le profesaba una gran lealtad, y él tampoco sentía gran lealtad por nadie. Salvo por el extraño vínculo que lo unía con Sevet, y el vínculo aún más extraño que lo unía con Obring. Sevet sentía poco amor o respeto por su esposo Vas, pues era un matrimonio de conveniencia, sin ningún vínculo de lealtad entre ambos, sin amor ni amistad. Pero él parecía sentir algo muy poderoso por ella, algo que

Hushidh no comprendía, que nunca había visto. Y su vínculo con Obring era casi igual, aunque un poco más tenue. Lo cual era raro, porque Vas no tenía motivos para sentirse ligado a Obring. A fin de cuentas, Obring estaba en la cama con Sevet la noche en que Kokor los sorprendió y casi mató a su hermana. ¿Por qué Vas sentía esa fuerte conexión con Obring? La fuerza de esa conexión —que Hushidh reconocía por el grosor de la hebra que veía entre ambos— rivalizaba con la fuerza de los más sólidos matrimonios del grupo, como Volemak y Rasa, o Elemak y Eiadh, o el creciente vínculo entre la propia Hushidh y su amado Issib, su devoto, tierno, brillante y afectuoso Issib, cuya voz era la música que coloreaba todas sus alegrías...

Eso no era lo que Vas sentía por Sevet u Obring, y no parecía sentir nada por los demás. ¿Pero por qué Sevet y Obring, y nadie más? Nada los conectaba, excepto ese adulterio...

¿Cuál era la conexión? ¿El adulterio mismo? ¿El potente lazo que unía a Vas con ambos era una obsesión con esa traición? Pero era absurdo. Él estaba al corriente de los amoríos de Sevet, pues así era ese matrimonio. Y Hushidh habría reconocido la conexión entre ambos si hubiera sido odio o rabia, pues había visto con frecuencia esas emociones.

Aun ahora, cuando Vas debía estar conectado con los demás por una hebra de vergüenza, de afán de conciliación, de búsqueda de aprobación, no había casi nada. No le importaba. Más aún, parecía satisfecho.

—Habríamos contado con más energía para cocinar la carne —dijo Sevet— cuando teníamos los cuatro pulsadores.

A Hushidh le asombró que fuera la esposa de Vas quien enfatizaba la culpa de Vas.

Pero no se sorprendió cuando Kokor emuló a su hermana y lanzó un golpe aún más directo.

—Ante todo, podrías haber caminado con mayor cuidado, Vas.

Vas miró a Kokor con desdén.

—Tal vez debí seguir tu ejemplo para aprender a trabajar con mayor cuidado y eficacia.

Estas riñas estallaban fácilmente y se prolongaban más de la cuenta. No se necesitaba una descifradora como Hushidh para saber adonde conduciría la discusión, si continuaba.

—Basta —dijo Volemak.

—No soy responsable de que no podamos comer carne cocida —dijo Vas.

—Todavía tenemos tres pulsadores y no es culpa mía que no podamos encender fogatas.

Elemak le apoyó una mano en el hombro.

—Padre me responsabiliza a mí, y con razón. Fue un error de juicio. Nunca debe

haber dos pulsadores en la misma excursión de caza. Cuando te culpemos a ti por la falta de carne, lo sabrás.

—Sí, empezaremos a comerte a ti —dijo Obring.

Las risas aliviaron la tensión, pero a Vas le disgustó que la broma viniera de Obring. Hushidh notó que la extraña conexión relampagueaba y se engrosaba, como un cable negro amarrado a Vas y Obring. Hushidh observó, esperando que la riña se prolongara el tiempo suficiente para permitirle comprender qué había entre ambos, pero en ese momento habló Shedemei.

—No hay motivo para no comer la carne cruda. Está fresca y el animal estaba sano. Si tostamos el exterior antes de comerla, mataremos toda contaminación superficial sin gastar mucha energía. Tenemos una buena provisión de antibióticos, por si alguien se descompone, y si nos quedamos sin ellos, podemos preparar algunos con las hierbas disponibles.

—Carne cruda —dijo Kokor con repulsión.

—No sé si podré comerla —dijo Eiadh.

—Sólo hay que masticar más —dijo Shedemei.

—O cortarla en trozos más pequeños.

—Pero el sabor... —dijo Eiadh.

—La sola idea —dijo Kokor, temblando.

—Es sólo una barrera psicológica —dijo Shedemei— que podréis superar fácilmente por el bien de vuestros hijos.

—No sé por qué alguien que no tiene hijos se cree con derecho a sermonear a los demás —replicó Kokor.

Hushidh notó que las palabras de Kokor herían a Shedemei. Era una de las preocupaciones más graves de Hushidh en cuanto al grupo, el modo en que Shedemei se aislaba cada vez más de las mujeres. A menudo hablaban de ello con Luet, y habían hecho lo posible para remediarlo, pero no era fácil, porque en gran medida la barrera estaba en Shedemei. Se había convencido a sí misma de que no quería hijos, pero Hushidh sabía, por el modo en que Shedemei miraba a los bebés del grupo, que inconscientemente ella juzgaba su propia valía por el hecho de no tener hijos. Y cuando una idiota miope e insensible como Kokor se lo reprochaba, la conexión de Shedemei con el grupo casi se desvanecía.

Y el silencio que siguió al comentario de Kokor no ayudó. La mayoría callaba porque así se reaccionaba ante una torpeza social inadmisibles. El silencio era una reconvención para el ofensor, y luego se continuaba como si no se hubiera dicho nada. Pero Hushidh sabía que Shedyá no interpretaba el silencio de esa manera. A fin de cuentas, Shedyá no era experta en modales, y era muy consciente de no ser madre, así que para ella el silencio significaba que todos le daban la razón a Kokor, aunque eran demasiado educados para decirlo. Un agravio más, otra cicatriz en el alma de

Shedemei.

Si no fuera por la intensa amistad que unía a Shedemei con Zdorab, y la amistad más leve que Luet y Hushidh habían cultivado con ella, y el gran amor y respeto de Shedyá por Rasa, la mujer no tendría ninguna conexión positiva con el grupo. Sólo envidia y resentimiento.

Luet al fin rompió el silencio.

—Si nuestros hijos necesitan carne, la comeremos poco cocida, e incluso cruda. Pero me pregunto si nuestra nutrición es tan deficiente como para que no aguantemos una semana sin carne.

Elemak la miró fríamente.

—Tú puedes tratar a tu hijo como quieras. El nuestro siempre se alimentará con leche que haya sido renovada con proteínas animales dentro de los tres días.

—Oh, Elemak, ¿tengo que comerla? —preguntó Eiahd.

—Sí.

—Estará bien —dijo Nafai.

—No notarás la diferencia.

Todos se volvieron hacia él. Su comentario era exasperante.

—Creo que sé distinguir entre la carne cruda y la carne cocida, gracias —dijo Eiahd.

—Todos estamos aquí porque somos más o menos sensibles al Alma Suprema —dijo Nafai.

—Así que pregunté al Alma Suprema si podía lograr que la carne nos resultara apetecible. Hacernos creer que no hay diferencia. Y dijo que podía lograrlo, si no intentábamos resistir. Si no pensamos que estamos comiendo carne cruda, el Alma Suprema puede influir para que no notemos la diferencia.

Nadie respondió por un instante. Hushidh notó que esa relación tan informal entre el Alma Suprema y Nafai era perturbadora para algunos, incluso para Volemak, que sólo hablaba con el Alma Suprema en soledad, o por medio del índice.

—¿Pediste al Alma Suprema que sazonara la comida? —preguntó Issib.

—Sabemos por experiencia que el Alma Suprema tiene capacidad para estupidizar a la gente —dijo Nafai.

—Tú lo viviste conmigo, Issya. ¿Por qué no permitir que el Alma Suprema nos estupidice un poco para no sentir el sabor de la carne?

—No me gusta que el Alma Suprema juegue con mi mente —dijo Obring.

Meb miró a Obring y sonrió con sorna.

—No te preocupes. Tú no necesitas ayuda para ser estúpido.

Al día siguiente, cuando Nafai llevó un *nolyen* —una criatura pequeña de medio metro de altura, parecida a un venado—, lo trozaron, chamuscaron la carne y comieron con cierta aprensión, hasta que entendieron que la carne cruda no era tan

mala, o que el Alma Suprema había logrado borrar la diferencia. Podían prescindir del fuego cuando fuera necesario.

Pero el Alma Suprema no podía darles un nuevo pulsador para sustituir el que habían perdido.

* * *

Perdieron dos pulsadores más al cruzar el Nividimu. Fue una pérdida estúpida e innecesaria. Los camellos se resistían a efectuar el cruce, aunque el vado era ancho y poco profundo, y tuvieron que forcejear para arrearlos. Aun así, si todos los bultos hubiera estado bien ceñidos, ninguno se habría aflojado, y el contenido no se habría caído con el agua helada.

Elemak tardó un par de minutos en comprender que era el camello que llevaba dos de los pulsadores, y antes de recobrar la carga se concentró en lograr que el resto de los camellos cruzaran. Cuando encontró los pulsadores, en un pozo, envueltos en tela, habían estado un cuarto de hora sumergidos en el agua. Eran resistentes, pero no estaban destinados, a funcionar bajo el agua. Estaban empapados y el mecanismo interior se corroería rápidamente. Guardó los pulsadores, por las dudas, pero sin mayores esperanzas.

—¿Quién se encargó de estos bultos? —preguntó Elemak.

Nadie parecía recordarlo.

—Ése es el problema —dijo Volemak.

—El camello se sujetó su propia carga, y no era muy hábil con los nudos.

El grupo rió nerviosamente.

Elemak se volvió hacia su padre, dispuesto a enfrentarlo por tomar a la ligera una situación tan grave. Sin embargo, titubeó al ver el semblante de Volemak, pues su padre se tomaba las cosas muy en serio. Elemak asintió y se sentó, dando a entender que lo dejaba en sus manos.

—Quien haya cargado este camello conoce su responsabilidad —dijo Volemak.

—Y es muy simple averiguar quién fue. Sólo debo preguntarle al índice. Pero no habrá castigo, porque nada se ganará con ello. Si alguna vez siento la necesidad, revelaré quién fue el chapucero que ha atentado contra nuestra seguridad, pero por el momento puede refugiarse en su cobarde negativa a dar su nombre.

No obtuvo respuesta.

Volemak no dijo más, sino que le hizo una seña a Elemak, quien se levantó y le entregó el último pulsador.

—Éste es el pulsador que más hemos utilizado —dijo.

—En consecuencia es el que tiene la carga menos duradera, y es todo lo que tenemos para obtener carne. Puede durar un par de años, pero cuando deje de

funcionar no tendremos otro.

Caminó hacia Nafai y le entregó el arma. Nafai la cogió vacilando.

—Tú eres el cazador —dijo Elemak.

—Eres el más indicado para usarlo. Pero cuídalo. Nuestra vida y la de nuestros hijos dependen de que sepas cumplir con tu deber.

Nafai asintió.

Elemak se volvió hacia los demás.

—Si alguien ve que el pulsador corre peligro, debe hablar o actuar de inmediato para protegerlo. Pero, salvo en ese caso, nadie lo tocará salvo Nafai. Ya no lo usaremos para cocinar. Si comemos carne durante tramos peligrosos, la comeremos cruda. Ahora bajemos por este valle antes que nos descubran.

Al atardecer llegaron a un lugar donde las caravanas se dirigían al sur, internándose en los valles habitados donde las ciudades de Dovoda y Neeshtchy subsistían entre el desierto y el mar, o al sureste, internándose en las montañas Razoryat, y luego en los parajes septentrionales del Valle de los Fuegos. Volemak los condujo hacia Razoryat, pero más de uno de ellos pensó que si iban hacia el sur, hacia Dovoda o Neeshtchy, podrían comprar pulsadores, y comida digerible. Y, ante todo, podrían ver otras caras, oír otras voces. Todos deseaban visitar esos lugares.

Pero Volemak los condujo hacia las colinas, donde esa noche acamparon sin encender fuego, temiendo que los avistara un morador de las lejanas ciudades.

* * *

A partir de entonces viajaron lentamente, pues el índice advirtió a Volemak que tres caravanas venían por el Valle de los Fuegos, dos de ellas desde las Ciudades de Fuego y otra desde las Ciudades de las Estrellas, aún más al sur. Para la mayoría de ellos éstos eran nombres legendarios, ciudades aún más antiguas y míticas que Basílica.

Las narraciones sobre antiguos héroes siempre comenzaban con «Érase una vez, en las Ciudades de las Estrellas», o bien «Así aconteció que en los antiguos días, en las Ciudades de Fuego». Muchos abrigaban esperanzas: «Tal vez allá nos lleva el Alma Suprema, a las grandes y antiguas ciudades de la leyenda.»

Sin embargo, para evitar las caravanas, tenían que viajar lejos de la carretera. En el desierto eso había sido bastante fácil; la carretera apenas se diferenciaba del resto del desierto, y no importaba mucho qué senda se seguía. Pero aquí importaba mucho, pues el terreno era extraño, y más difícil y confuso que en cualquier otra parte de Armonía. Al salir de las montañas vieron un paraje más verde, con hierba, matas, arbustos e incluso algunos árboles. También era rocoso y escabroso, pero el terreno estaba extrañamente escalonado, como si alguien hubiera juntado mil mesas de

diversas alturas y tamaños, para que cada superficie fuera chata sin que dos superficies se encontraran en el mismo nivel. Y entre esas mesetas herbosas había peñascos, a veces de un metro de altura, pero otros de cien o quinientos metros.

Y la extrañeza se intensificó a medida que se internaban en el Valle de los Fuegos, pues había lugares donde un fuerte hedor brotaba de grietas en la tierra o fisuras en la roca. La mayoría hacía una mueca y trataba de respirar por la boca, pero Elemak y Volemak tomaron esos hedores muy en serio, y a menudo cogían un itinerario tortuoso para evitar las emanaciones. Sólo cuando Zdorab descubrió que el índice podía brindarles un análisis espectroscópico inmediato del gas, al menos durante el día, pudieron tener la certeza de cuáles gases —y por tanto qué hedores— se podían aspirar sin peligro.

Mucho más temibles —aunque Elemak les aseguró que eran mucho más seguras— resultaban las fumarolas y las llamas al descubierto. Se veían a kilómetros de distancia, gruesas volutas de humo o llamas brillantes, y aprendieron a dirigirse hacia ellas, sobre todo cuando Shedemei les aseguró que no explotarían. Cuando acampaban cerca de las llamas, las usaban para cocinar la carne y hornear pan fresco, aunque sólo Zdorab, Nafai y Elemak estaban dispuestos a encargarse de esa tarea, pues debían aproximarse al fuego para dejar la carne y las hogazas donde hubiera calor suficiente para cocer carne, lo cual significaba calor suficiente para cocer a los cocineros si no se alejaban de prisa. Todos ayudaban a aderezar la carne que Nafai había cazado, ponerla sobre parrillas, y ovacionaban con entusiasmo mientras Nafai, Zdorab y Elemak, por turnos, corrían hacia el fuego, dejaban una parrilla de carne y retrocedían en busca de aire más fresco. Ir a recobrar la carne era aún más difícil, pues se necesitaba más tiempo para recoger las parrillas calientes que para dejar las frías, y a veces regresaban con la ropa humeante.

—Es sólo el vapor de nuestra transpiración —insistía Nafai cuando Luet declaraba que ella prefería comer la carne cruda pero conservar a su esposo con vida.

Pero no había tantos fuegos que fueran aprovechables, pues rara vez estaban situados cerca de fuentes de agua, y con frecuencia comían comida fría.

El Valle de los Fuegos era un lugar de espléndida belleza, pero también era inquietante toparse a cada instante con pruebas de las formidables fuerzas que bullían dentro del planeta donde vivían, fuerzas tan potentes como para elevar rocas macizas a cientos de metros.

Espléndido, inquietante, y también incómodo, comprendieron al llegar a un sitio donde el camino que habían escogido los condujo a un callejón sin salida, un lago profundo y caliente, rodeado por peñascos de quinientos metros. Era imposible cruzar el lago, y también era imposible bordearlo. Tendrían que desandar varios días de marcha, decidieron Volemak y Elemak, y elegir un itinerario que los alejara aún más de las rutas normales de las caravanas y los aproximara al mar.

—¿No pudo el Alma Suprema haber visto esto? —preguntó cáusticamente Mebbekew.

—El índice mostró el lago —dijo Volemak.

—Por eso vinimos por aquí. Pero el Alma Suprema no pudo avisarnos que no había manera de rodearlo.

—¿Entonces hemos desperdiciado tres días de viaje? —se quejó Kokor.

—Hemos visto cosas que ni siquiera se imaginan en Basílica —respondió Rasa.

—Salvo en las pesadillas —dijo Kokor.

—Algunos artistas han visto paisajes como éste y los convirtieron en canciones —dijo Rasa.

—Lo cual me recuerda que hace más de un año que no oímos tu canto ni el de Sevet, salvo cuando les cantáis a vuestras hijas. Tampoco el de Eiadh... ella nunca tuvo la oportunidad de iniciar una carrera, como mis hijas, pero posee una voz muy dulce.

Hushidh sintió ganas de decirle que no desperdiciara el aliento. No habría canto hasta que algo cambiara entre las mujeres. Eran las viejas fricciones entre Sevet y Kokor. Sevet no podía cantar más, o prefería no hacerlo, como resultado del daño que Kokor le había infligido al golpearle la laringe cuando la sorprendió en la cama con Obring. Y mientras Sevet no cantara, Kokor no se atrevía a hacerlo, temiendo la venganza de su hermana. Y Eiadh estaba absolutamente intimidada por las dos muchachas mayores, que habían sido muy famosas en Basílica, especialmente Sevet. Kokor había dicho sin rodeos que si ella no podía cantar, no quería oír la lamentable vocecita de Eiadh como una parodia de la música. Esto era injusto. Eiadh tenía talento, y cualquiera que no fuese Kokor habría calificado la agudeza de su voz como pureza tímbrica. Pero cuando Eiadh trataba de cantar, Kokor hacía tantas muecas y mohines que Eiadh se desanimó y dejó de intentarlo. En este grupo, pues, no habría canciones sobre la imponente y la majestad del Valle de los Fuegos.

Había, empero, otra clase de poesía, y otra clase de artista, y Hushidh y Luet eran el público cuando Shedemei peroraba acerca de las fuerzas de la naturaleza.

—Dos grandes masas terrestres, antaño un solo continente, pero hoy dividido —explicaba.

—Se apretaron una contra la otra como dos manos apoyadas en una mesa. Pero luego empezaron a rotar en direcciones contrarias, con el centro en el lugar donde se tocan los pulgares. Ahora se presionan en la yema de los dedos, aplastándose, mientras se separan a la altura de la palma.

Shedemei explicaba esto sentada en la alfombra de la tienda de Luet, sosteniendo ambos bebés en las rodillas, rodeándolos con los brazos mientras movía expresivamente las manos. Los bebés parecían totalmente fascinados. En el timbre o la intensidad de la voz de Shedemei había algo que atraía a todos los bebés, pues

Hushidh notaba que se ponían muy alerta cuando ella hablaba. Shedemei era capaz de calmar a un chiquillo alborotado cuando la madre no podía. Kokor y Sevet jamás la dejaban aproximarse a sus hijos, por celos, y Dol siempre dejaba a su pequeña Syelsika al cuidado de Shedemei, a menudo hasta que Dol sentía los senos tan hinchados que no tenía más opción que amamantarla.

Sólo Luet y Hushidh buscaban la compañía de Shedemei, y aun ellas tenían que valerse de sus hijas como excusa. ¿Podrías ayudarnos con los bebés mientras nos bañamos? Así Shedyá permanecía sentada en la alfombra de la tienda de Luet mientras las dos hermanas se fregaban la mugre de varios días de viaje de las espaldas y se lavaban el cabello.

—El contacto de las yemas de los dedos eleva las grandes montañas del norte —dijo Shedemei.

—Y la separación de las palmas creó el Mar del Barranco, y luego el Mar de Humo. El Valle de los Fuegos es la protuberancia del centro. Algún día, cuando se haya consumado la escisión, Potokgavan se hundirá en el mar y el Valle de los Fuegos será una isla en un océano cada vez más ancho. Será el lugar más espléndido y aislado de Armonía, el lugar donde el planeta posee más vitalidad, peligro y belleza.

Chveya, la hija de Luet, hizo un gorgorito semejante a un gruñido.

—Así es, Veyevniya —dijo Shedemei, usando el apodo con que la llamaba.

—Un lugar para animales salvajes como tú.

—¿Y qué hay de los pulgares? —preguntó Hushidh.

—¿Qué sucede allí?

—Los pulgares, el punto de apoyo de la palanca, el centro... eso es Basílica —dijo Shedemei.

—El corazón estable del mundo. Hay otros continentes, pero ningún lugar donde el agua sea tan caliente, fría o profunda, ni donde la tierra sea tan vieja e inmutable. Basílica es el lugar donde Armonía tiene más paz.

—Geológicamente hablando —dijo Hushidh.

—¿Qué son las pequeñas perturbaciones de la humanidad? —preguntó Shedemei.

—La mínima unidad de tiempo con real importancia es la generación, no el minuto, ni la hora, ni el día, ni siquiera el año. Ellos van y vienen en un instante. Pero la generación... allí es donde surgen los verdaderos cambios, cuando el mundo está vivo de veras.

—¿La humanidad está muerta, entonces, ya que hemos vivido cuarenta millones de años sin evolución? —preguntó Luet.

—¿Crees que estos niños no representan la evolución en marcha? —preguntó Shedemei.

—La diferencia en especies se produce en épocas de tensión genética, cuando una

especie (no un mero individuo, ni siquiera una tribu) corre peligro de destrucción. Entonces la vasta gama de posibilidades de la especie se reduce a aquellas variaciones que ofrecen ventajas específicas para la supervivencia. Una especie parece inmutable en millones de años, pero el cambio surge súbitamente cuando se presenta la necesidad. Lo cierto es que los cambios siempre estuvieron presentes, sólo que no se los había aislado ni expuesto.

—Lo presentas como un plan maravilloso —dijo Luet.

—Lo sé. Así fue como siempre enseñé entre las mujeres, ¿verdad? El plan del Alma Suprema. Las pautas de la generación: cópula, concepción, gestación, nacimiento, amamantamiento, maduración y de nuevo cópula. El plan del Alma Suprema. Pero nosotras sabemos que no es así, ¿verdad? La máquina que está en el cielo es sólo una expresión de la voluntad de la humanidad, parte de la razón por la cual no hemos sufrido una tensión genética en cuarenta millones de años. Una herramienta para mantenernos tan diversos como sea posible, sin obtener nunca el poder suficiente para destruirnos y destruir nuestro mundo, como hicimos en la Tierra. ¿No es eso lo que averiguaron Nafai e Issib? ¿No es por eso que estamos aquí? Porque este plan no es del Alma Suprema, porque el Alma Suprema está perdiendo el poder para refrenar a la humanidad. Pero no puedo dejar de pensar que sería bueno permitir que el Alma Suprema se marchitara y muriera. En las generaciones posteriores, en las tremendas tensiones que ocurrirían, tal vez la humanidad se diferenciara nuevamente en especies y generase algo nuevo.

—Se inclinó hacia la pequeña Dza y le sopló la cara, con lo cual siempre la hacía reír.

—Tal vez tú seas la nueva criatura en que se convertirá la humanidad. ¿No es así, Dazyitnikiya?

—Adoras a los niños —dijo Luet, con tono melancólico.

—Adoro a los niños ajenos —dijo Shedemei.

—Siempre puedo devolverlos y tener tiempo para mi trabajo. Para vosotras, pobrecillas, esto nunca termina.

Pero Hushidh no se dejaba engañar. No porque Shedemei no fuera sincera, todo lo contrario. Shedy a era muy sincera en su decisión de no tener hijos porque lo prefería de esa manera. Lo decía en serio, o al menos quería decirlo en serio.

Pero Hushidh estaba convencida de que el poderoso vínculo que existía entre Shedemei y los demás bebés del campamento era la reacción inconsciente de los niños ante el hambre irresistible de Shedemei. Ella quería hijos. Quería formar parte del vasto tránsito de las generaciones por el mundo. Más aún, a medida que el amor entre Shedemei y Zdorab se transformaba en una de las relaciones más fuertes que Hushidh había visto, tenía la creciente certeza de que Shedemei quería dar a luz un hijo de Zdorab, y Hushidh ansiaba que ese deseo se cumpliera.

Incluso había preguntado al Alma Suprema por qué Shedemei no concebía, pero el Alma Suprema no había respondido. Luet decía que cuando ella preguntaba, le respondían sin rodeos que lo que sucedía entre Zdorab y Shedemei no era cosa suya.

Tal vez no sea cosa nuestra, pensó Hushidh, pero eso no significa que no podamos desear que Shedemei tenga todo lo que necesita para ser feliz. ¿Acaso el Alma Suprema no nos seleccionó porque todos los genes eran útiles? ¿Era posible que el Alma Suprema se hubiera equivocado, y que Zdorab o Shedemei fueran estériles? Sería una torpeza imperdonable.

Shedemei explicaba que era Zdorab quien había descubierto la historia geológica del Valle de los Fuegos.

—Ejecuta el índice como un instrumento musical. En el pasado descubrió cosas que ni siquiera el Alma Suprema sabía que sabía. Cosas que sólo entendían los antiguos, los primeros colonos. Le dieron la memoria al Alma Suprema, pero luego la programaron de tal modo que no pudiera encontrar esos recuerdos por su cuenta. Zdorab encontró las puertas traseras, los pasadizos ocultos, las extrañas conexiones que conducían hacia tantos secretos.

—Lo sé —dijo Hushidh.

—Issib se sorprende a veces, aunque Issya mismo es bastante hábil para obtener ideas del índice.

—En efecto, lo sé —dijo Shedemei.

—Zdorab siempre dice que Issib es el verdadero explorador.

—E Issib dice que es sólo porque él tiene más tiempo, siendo inútil para todo lo demás —dijo Hushidh—. Es como si ambos se empeñaran en explicar por qué el otro es mucho mejor. Creo que se han hecho buenos amigos.

—Lo sé —dijo Shedemei.

—Issib sabe apreciar las virtudes de Zdorab.

—Todos las apreciamos —dijo Luet.

—¿De veras? —dijo Shedemei.

—A veces tengo la impresión de que todos lo consideran un criado universal.

—Lo consideramos nuestro cocinero, porque es el mejor en eso —dijo Hushidh.

—Y nuestro bibliotecario, porque es el mejor en eso.

—Ah, pero muy pocos valoran su talento de archivista. Para la mayoría de los integrantes de nuestro grupo, sus habilidades culinarias constituyen su único mérito.

—Y su habilidad de horticultor —dijo Luet. Shedemei sonrió.

—¿Ves? Pero con eso obtiene poco respeto.

—De algunos —dijo Hushidh.

—Pero otros lo respetan muchísimo.

—Sé que Nafai lo respeta —dijo Luet.

—Y yo también.

—Y yo, e Issib... y Volemak —dijo Hushidh.

—Son las personas que importan —dijo Luet.

—Eso le digo yo —dijo Shedemei.

—Pero él insiste en actuar como un criado.

Hushidh notó que Shedemei estaba a punto de abrir su corazón, pero no sabía cómo inducirla a continuar. ¿Debía sondearla con una pregunta, o callar para no intimidarla?

Optó por callar.

Y Shedemei también.

Al fin Shedemei olfateó ruidosamente y acercó la nariz a los pañales de Chveya.

—¿Nuestra pequeña fábrica de caca ha producido otro cargamento? —preguntó.

—Éste es el momento donde mi condición de tía tiene su recompensa. Mamá Luet, tu hija te necesita.

Rieron, sabiendo que Shedemei era muy capaz de cambiar pañales. El gesto de devolverle el bebé a la madre cuando la tarea se volvía un fastidio era una broma.

No, no sólo una broma. También era una lamentación. Así Shedemei se recordaba que estaba excluida de la confraternidad de las mujeres. Hushidh sabía que había estado en un tris de revelar algo importante, pero el momento había pasado.

Mientras Luet limpiaba al bebé, Shedemei miraba, y Hushidh la miraba mirar. Al final del baño, Luet sólo usaba una falda ligera, y su silueta maternal —pechos abultados, el vientre flojo e hinchado a pocos meses del alumbramiento— quedó claramente perfilada cuando se agachó sobre la niña. ¿Qué ve Shedemei cuando mira a Luet, que antes era flaca como un mozalbete, como todavía es Shedemei? ¿Anhela esa transformación?

Pero aparentemente los pensamientos de Shedemei seguían otro rumbo.

—Luet —dijo—, cuando ayer estuvimos en ese lago, ¿te hizo acordar del Lago de las Mujeres de Basílica?

—Oh sí —dijo Luet.

—Allá eras la vidente de las aguas —dijo Shedemei.

—¿No quieres flotar en el lago, y soñar? Luet titubeó un momento.

—No había bote —dijo.

—Ni nada con qué fabricarlo. Y las aguas eran demasiado calientes para flotar.

—¿Lo eran?

—Sí. Nafai inspeccionó. Él también atravesó el Lago de las Mujeres, como recordarás.

—¿Pero no quisiste ser, al menos por un instante, la persona que habías sido?

La voz de Shedemei era tan nostálgica que Hushidh comprendió de inmediato.

—Pero Luet es la misma persona —dijo Hushidh.

—Todavía es la vidente de las aguas, aunque pase sus días montada en un camello

y las noches en una tienda, y todas las horas con un bebé contra el pecho.

—¿Lo es? —preguntó Shedemei.

—Lo fue, ¿pero lo es todavía? ¿O sólo somos lo que hacemos ahora? ¿No somos en verdad aquello que la gente con la que convivimos cree que somos?

—No —dijo Hushidh.

—Eso significaría que en Basílica yo era sólo la descifradora, y que tú eras sólo una genetista, y nunca fue así. Siempre hay algo por encima, por detrás y por debajo del papel que los demás te ven interpretar. Los demás pueden creer que somos el libreto que representamos, pero nosotros no tenemos por qué creerlo.

—¿Quiénes somos, pues? —preguntó Shedemei.

—¿Quién soy yo?

—Siempre una científica —dijo Luet—, porque todavía haces ciencia mentalmente cada hora de vigilia.

—Y nuestra amiga —dijo Hushidh.

—Y la persona del grupo que mejor entiende cómo funcionan las cosas —añadió Luet.

—Y la esposa de Zdorab —dijo Hushidh.

—Eso es lo que significa más para ti, creo.

Para sorpresa y consternación de ambas hermanas, la única respuesta de Shedemei consistió en depositar a Dza en la alfombra y salir corriendo de la tienda. Hushidh apenas le entrevió la cara, pero estaba llorando. Eso era indudable. Estaba llorando porque Hushidh había dicho que ser la esposa de Zdorab era lo más importante para ella. Era lo que haría una mujer cuando dudaba del amor de su esposo. ¿Pero cómo podía dudar? Era evidente que la vida de Zdorab estaba centrada en Shedemei. En ese grupo no había mejores amigos que Zodya y Shedyá, todos lo sabían, con excepción de Luet y Hushidh, pero ellas eran hermanas, así que no contaban.

¿Qué problema podía existir entre Zdorab y Shedemei para que una mujer tan fuerte fuera tan frágil cuando se tocaba ese tema? Un misterio. Hushidh ansiaba preguntárselo al Alma Suprema, pero sabía que recibiría la respuesta de costumbre, el silencio. O bien la respuesta que Luet ya había recibido: no metas las narices donde no te incumbe.

Lo mejor y lo peor de dar media vuelta y coger otro camino hacia el sur fue que pudieron ver el mar. Ante todo, pudieron ver la Bahía de Dorova, un brazo oriental del Mar del Barranco. Y en las noches despejadas —todas las noches— podían ver, del otro lado de la bahía, las luces de la ciudad de Dorova.

No era una ciudad como Basílica, y lo sabían. Era una ciudad sórdida en el linde del desierto, llena de picaros y estafadores, fracasados y ladrones, hombres y mujeres violentos y estúpidos. Se lo repitieron una y otra vez, recordando historias acerca de

ciudades del desierto que no valdría la pena visitar aunque fueran las últimas del mundo.

Y Dorova era la última ciudad del mundo, al menos la última ciudad de ese mundo. La última que verían jamás. Era la ciudad que podrían haber visitado más de una semana atrás, cuando Volemak los condujo a las montañas desde el Nividimu y dejaron atrás la última esperanza de civilización (o la última amenaza de civilización, para quien quería verlo de esa manera).

Nafai vio que los demás miraban a menudo las luces, cuando se reunían por la noche, sin fuego, friolentos, con los niños arropados chasqueando los labios y mamando mientras ellos bebían agua fría y mascaban charqui, galleta y melón seco. Obring tenía lágrimas en los ojos. ¡Lágrimas! ¿Y qué era la ciudad para él, salvo un lugar donde hacerse frotar la verga? ¡Lágrimas! Y Sevet no estaba mejor, con su mirada fija, su semblante pétreo. Tenía un bebé contra el pecho, pero sólo pensaba en una ciudad pequeña y mugrienta cuyas calles no hubiera pisado dos años atrás. Si le hubieran querido pagar veinte veces más que de costumbre por ir a cantar allá, se habría burlado de la oferta, pero ahora no podía apartar los ojos.

Pero, afortunadamente, mirar era todo lo que podían hacer. Podían verla, pero no tenían embarcación para cruzar la bahía, y ninguno de ellos sabía nadar tan bien como para recorrer tantos kilómetros sin embarcación. Además, no estaban en la playa, sino a un kilómetro de la orilla, en el borde de un declive escabroso que no se decidía a ser un peñasco o una cuesta. Tal vez hubiera un modo de bajar con los camellos, pero era improbable, y aun con camellos se habrían necesitado varios días de viaje por la playa. Y sin camellos no habría agua para beber, así que era imposible. No, nadie podría escabullirse para llegar a Dorova. Sólo se podía llegar si iba todo el grupo, y aun entonces habrían tenido que desandar todo ese trayecto, lo cual significaba por lo menos una semana y media, y tal vez un encontronazo con una caravana del sur. Y de cualquier modo, Padre no lo permitiría.

Pero Nafai no podía dejar de pensar en la atracción que ejercía esa ciudad.

Incluso sobre él.

Sí, ése era el problema. Por eso estaba molesto. Él también quería ir a la ciudad. No por los mismos motivos que los demás, o los motivos que les atribuía. Nafai no deseaba otra esposa; él y Luet eran una familia, y eso no cambiaría, vivieran donde viviesen. No, Nafai sólo quería una cama mullida para acostar a Chveya. Una escuela donde llevarla. Una casa para Luet, Chveya y los hijos que llegaran después. Vecinos y amigos, amigos que él pudiera escoger, no este rejunte de personas que en general no le agradaban. Eso significaban las luces para él, y en cambio se encontraba en un prado herboso que descendía engañosamente hacia el mar, y si entornaba los ojos no distinguía que estaba un kilómetro sobre el nivel del mar, podía creer por un instante que bastaba una breve marcha a pie y un corto trayecto en barco para estar en casa: el

viaje habría terminado, podría bañarse, dormir en una cama y encontrar el desayuno preparado al levantarse, abrazar a su esposa, oír el gemido de su hijita cuando se despertara, levantarse para alzarla de la cuna y llevársela a su somnolienta esposa, quien sacaría el pecho de la bata y lo pondría en la boca del bebé, y acostarse al lado para escuchar los gorgoritos de la niña mientras los pájaros piaban afuera y desde la calle llegaban los ruidos de la mañana, el pregón de los vendedores anunciando sus mercancías. Huevos. Bayas. Crema. Bizcochos y panecillos.

Alma Suprema, ¿por qué no nos dejaste en paz? ¿Por qué no esperaste otra generación? ¿Cuarenta millones de años, y no pudiste esperar para que nuestros tataranietos tuvieran esta gran aventura? ¿No pudiste permitir que Issib y yo averiguáramos cómo construir una de esas antiguas y maravillosas máquinas volantes, para ir adonde nos llevas en pocas horas? Tiempo, es todo lo que necesitábamos. Tiempo para vivir antes de perder nuestro mundo.

Deja de gimotear, dijo el Alma Suprema. O tal vez no era el Alma Suprema. Tal vez era el mismo Nafai, sabiendo que se quejaba más de la cuenta.

Amanecía en la fuente que según el índice se llamaba Shazer, aunque Nafai ignoraba por qué alguien se habría molestado en dar nombre a un lugar tan oscuro, y por qué el Alma Suprema se molestaba en recordarlo. Vas se había encargado de la última guardia de la noche, y fue a despertar a Nafai para salir de cacería. Hacía tres días que no comían carne, y éste era un buen lugar para acampar, de modo que podían tardar dos días en regresar, si era necesario. Vas avistaría algún animal, o encontraría rastros recientes; Nafai lo seguiría y, cuando la presa estuviera cerca, avanzaría con sigilo hasta tener el animal a la vista. Entonces Nafai empuñaría ese sagrado pulsador, apuntaría con cuidado, tratando de adivinar hacia dónde se movería el animal, y a qué distancia y velocidad, apretaría el gatillo y el haz de luz abriría un boquete en el corazón de la criatura, cauterizándola de tal modo que la herida no sangraría, salvo por un humo caliente y húmedo que mancharía de rojo y negro la arena y las rocas donde cayera.

Nafai estaba harto de esto. Pero era su deber, y cuando Vas raspó suavemente la tela de la tienda para llamarlo, se despertó al instante, o quizá ya estaba despierto, cruzando los lindes de un sueño; se vistió sin hacer ruido, sacó el pulsador de la caja y se reunió con Vas en la helada oscuridad.

Vas lo saludó con una inclinación de la cabeza —trataban de no hablar, para no despertar a los niños— y dio media vuelta, señalando el declive. No la ciudad, sino el mar. Cuesta abajo. Nafai normalmente consideraba que era estúpido ir de cacería cuesta abajo, pues habría que cargar el animal cuesta arriba al regresar al campamento. Pero esta vez quería ir cuesta abajo. Aunque nunca abandonaría su misión, aunque no pensaba traicionar a Padre ni al Alma Suprema, añoraba el mar y lo que se extendía más allá del mar, así que asintió cuando Vas señaló el declive.

Cuando estuvieron a cierta distancia del campamento, tras cruzar el borde de la colina, se detuvieron a orinar, y luego emprendieron el difícil descenso por el pedregal. La cuesta estaba sumida en las sombras, pues el alba despuntaba a sus espaldas. Pero Vas era el rastreador, y Nafai había aprendido tiempo atrás que era habilidoso para ello y que sentía orgullo de esa habilidad, así que las cosas andaban mejor si él no lo cuestionaba.

No fue un descenso fácil, aunque la oscuridad se disipaba a cada instante, pues el alba parecía iluminar todo el firmamento mucho más rápidamente aquí que en Basílica. ¿Era la latitud? ¿El seco aire del desierto? De un modo u otro podía ver, aunque sólo viera una confusión de peñascos y pedrejones, salientes y protuberancias que serían un reto aun para los animales más ágiles. ¿Qué clase de criatura esperas encontrar, Vas? ¿Qué clase de animal podría vivir aquí?

Pero Nafai siempre tenía estas dudas. Temía lo peor aun sabiendo que aquí abundaba la vegetación, y que no habría dificultad de encontrar animales. Sólo sería difícil trasladarlos al campamento. Era una de las razones por las cuales Elemak siempre enviaba a un cazador y un rastreador juntos, Nafai y Vas o, cuando había más de un pulsador, Elemak como cazador y Obring como rastreador. Cuando tenían éxito, el equipo regresaba con cada hombre cargando media bestia sobre los hombros. En general Nafai y Vas tenían mejor suerte, en parte porque Nafai era mejor tirador, y en parte porque Obring nunca lograba concentrarse, así que Elemak tenía que encargarse de las dos tareas.

Vas, en cambio, se concentraba muy bien, viendo cosas que nadie más veía. Vas podía seguir un animal durante horas. Con la tozudez de un perro que se negaba a soltar la presa que apretaba entre los dientes. Por eso Nafai tenía más éxito en sus cacerías, porque Vas lo conducía hacia la presa. Por lo demás, el éxito dependía de Nafai. Nadie podía aproximarse tanto a una presa en silencio, nadie tenía una puntería tan certera. Formaban un buen equipo, aunque jamás habían imaginado que serían buenos para cazar. Jamás se les habría ocurrido.

Vas encontró algo, una pequeña marca. Nafai había desistido de tratar de ver todo lo que veía Vas. A él no le parecía el rastro de un animal, pero a menudo se equivocaba en eso. Siguió a Vas, alerta a los depredadores que pudieran considerarlos una amenaza o un buen bocado. Las huellas del animal bajaban y bajaban, y a media mañana Nafai vio un claro y un cómodo sendero que conducía a la playa. Por razones de las que no se enorgullecía, quería seguir por ese sendero y al menos mojarse los pies en las aguas de la Bahía de Dorova. Pero Vas no siguió ese camino, sino que avanzó por un peñasco cada vez más empinado y peligroso.

¿Por qué un animal elegiría esa ruta? ¿Qué clase de animal era? Pero Nafai no dijo nada. Era una cuestión de orgullo, guardar absoluto silencio durante la cacería.

Cuando llegaron a la parte más peligrosa del pasaje, donde tendrían que atravesar

una lisa superficie de roca sin ningún reborde, sólo la fricción les impediría sufrir una caída de cincuenta metros. Vas se detuvo y señaló, dando a entender que la presa estaba del otro lado. Una mala noticia. Nafai tendría que cruzar ese pasaje con el pulsador en la mano, preparado para disparar. Más aún, tendría que apuntar y disparar desde ese declive.

Pero después de esa larga marcha, no podían desistir y empezar de nuevo sólo porque se topaban con una dificultad.

Vas se aplastó contra la pared del peñasco, y Nafai pasó detrás de él, desenfundó el pulsador y avanzó por el difícil pasaje.

En ese momento pensó: No sigas, Vas planea matarte.

Esto es estúpido, pensó Nafai. Una cosa es tener miedo del cruce, eso es muy humano. Pero si Vas quisiera matarme sólo tenía que moverse cuando paseé detrás de él en la saliente.

No avances un paso más.

¿Y dejar a mi familia sin carne, porque de pronto tuve un ataque de pánico? Jamás.

Nafai se tragó el miedo y avanzó por el peñasco. Arqueó el cuerpo para ejercer la mayor presión sobre la suela de sus botas. Aun así, notaba que el ángulo era muy inseguro. Esto era realmente peligroso, y disparar desde allí sería casi imposible.

Al fin llegó a un punto desde donde vio la zona que antes estaba oculta, y se detuvo a buscar el animal. No podía verlo. Esto sucedía a veces, sobre todo porque cazaban en silencio. Vas lo conducía hacia un animal que poseía un buen camuflaje natural, y cuando Nafai se aproximaba el animal lo veía o lo olía y se quedaba quieto, volviéndose casi invisible. A veces el animal tardaba en moverse y Nafai no lo veía. Aquí se repetiría ese juego de la espera. Nafai odiaba tener que esperar en esa roca, pero ahora era totalmente visible. Si se acercaba más el animal huiría y tendrían que empezar de nuevo.

Movió cautelosamente las manos para desplazar todo el peso hacia los pies y la mano donde no tenía el pulsador, luego alzó el pulsador hasta un punto donde pudiera apuntar hacia cualquier sitio de esa ladera montañosa. ¿El animal estaba en esos arbustos? ¿O detrás de una roca, dispuesto a salir en cualquier momento?

Era difícil conservar esa posición. Nafai era fuerte, y estaba habituado a quedarse quieto durante largo rato, pero nunca había tenido que usar esta postura. Sentía gotas de sudor en la frente sucia de polvo. Si le llegaban al ojo le ardería, pero no había modo de enjuagarlas sin ahuyentar al animal.

Un animal que ni siquiera he visto.

Olvídate del animal. Sal de esta ladera.

No, no puedo ser tan débil. Necesito conseguir comida para la familia. No regresaré para decir que hoy no hay carne porque tuve miedo de esperar quieto sobre

una roca.

Oyó que Vas se movía a sus espaldas, atravesando el peñasco. Eso era estúpido. ¿Por qué lo hacía?

Para matarme.

¿Por qué no podía quitarse esa idea de la cabeza? No, Vas se acercaba porque notaba que Nafai aún no había visto el animal, y quería señalarlo. ¿Pero cómo? Nafai no podía darse la vuelta, y Vas no podía pasar para que él lo viera.

No, Vas iba a hablarle.

—Es demasiado peligroso —dijo.

—Te vas a resbalar.

Y en ese preciso momento, el pie derecho de Nafai cedió de golpe. Resbaló hacia dentro y hacia abajo, y con ese movimiento abrupto el pie izquierdo perdió sostén y empezó a patinar. Debió de ser muy rápido, pero parecía durar una eternidad; Nafai trató de sostenerse con la mano, con la culata del pulsador, pero ambos se deslizaban por la roca sin detener la caída. Y de pronto la roca se volvió más abrupta y el resbalón se convirtió en caída, y Nafai supo que iba a morir.

—¡Nafai! —gritó Vas.

—¡Nafai!

* * *

Luet estaba en el arroyo, lavando ropa, cuando de repente un pensamiento le llegó con claridad a la mente: *(No está muerto.)*

¿No está muerto? ¿Quién no está muerto? ¿Por qué iba a estar muerto?

(Nafai no está muerto. Regresará.)

Supo de inmediato que le hablaba el Alma Suprema. Tranquilizándola. Pero no se sintió más tranquila. Sí, le tranquilizaba saber que Nafai estaba bien. Pero ahora quería saber, exigió saber qué había sucedido.

(Se cayó.)

¿Cómo?

(Su pie resbaló en una ladera rocosa.)

Nafai tiene buen equilibrio. ¿Por qué se resbaló? ¿Qué me estás ocultando?

(He observado atentamente a Vas, con Sevet y Obring. Todo el tiempo. Lleva la muerte en el corazón.)

¿Vas tuvo algo que ver con la caída de Nafai?

(Sólo cuando atravesaban la roca comprendí lo que él tramaba. Ya había destruido los tres primeros pulsadores. Yo sabía que se proponía destruir el último, pero no me preocupaba porque hay otras posibilidades. Sólo en el último momento vi en su mente que el modo más sencillo de destruir el último pulsador era conducir a

Nafai a un sitio peligroso y empujarle el pie para que se cayera.)

¿Nunca viste ese plan en su mente?

(Durante el descenso él pensaba en un camino hacia el mar. Cómo llegar a la bahía para poder ir caminando a Dorova. Eso era lo único que había en su mente mientras conducía a Nafai en busca de una presa inexistente. Vas tiene una excepcional capacidad de concentración. Sólo pensaba en el camino hacia el mar, hasta el último momento.)

¿No previniste a Nafai?

(Él me oyó, pero no comprendió que oía mi voz. Pensó que era su propio temor, y lo combatió.)

Conque Vas es un homicida.

(Vas es como es. Está dispuesto a todo con tal de vengarse de Obring y Sevet, que lo traicionaron en Basílica.)

Pero parecía tomarlo con calma.

(Sabe actuar con frialdad.)

¿Y ahora qué? ¿Ahora qué, Alma Suprema?

(Observaré.)

Es lo que has hecho continuamente, pero nunca nos previniste sobre lo que veías. Sabías lo que planeaba Vas. Hushidh incluso vio los potentes vínculos que lo unen con Sevet y Obring y nunca le dijiste qué eran.

(Así es mi programación. Me permite observar, no interferir, a menos que el peligro atente contra mis propósitos. Si impidiera que cada persona mala cometiera maldades, ¿quién sería libre? ¿Cómo podrían los humanos ser humanos? Así que les permito trazar sus planes, y observo. A menudo cambian de parecer, libremente, sin mi intervención.)

¿No pudiste estupidizar a Vas para detenerlo?

(Ya te he dicho. Vas tiene gran capacidad de concentración.)

¿Y ahora qué? ¿Ahora qué?

(Observaré.)

¿Se lo has dicho a Volemak?

(Te lo he dicho a ti.)

¿Debo contárselo a alguien?

(Vas lo negará. Nafai ni siquiera sabe que fue víctima de un intento de homicidio. Te lo he dicho a ti porque no confío en mi capacidad para predecir qué hará Vas.)

¿Y qué puedo hacer yo?

(Tú eres humana. Tú puedes pensar cosas que superan tu programación.)

No, no te creo. No puedo creer que no tengas un plan.

(Si tengo un plan, incluye tu capacidad para tomar decisiones.)

Hushidh. Debo hablar con mi hermana.

(Si tengo un plan, incluye tu capacidad de tomar decisiones propias.)

¿Eso significa que no debo consultar a Hushidh, porque entonces mi decisión no sería propia? ¿O significa que consultar a Hushidh es una de las decisiones que debo tomar por mi cuenta?

(Si tengo un plan, es que tomes decisiones propias acerca de tus propias decisiones concernientes a tus propias decisiones.)

Luet notó que estaba sola de nuevo, que el Alma Suprema ya no le hablaba.

Las ropas estaban en la hierba a orillas del arroyo, excepto una bata de Chveya que ella estaba fregando y aún mantenía bajo el agua, congelándose las manos porque no se había movido mientras hablaba con el Alma Suprema.

Debo hablar con Hushidh, así que ésta es la primera decisión que tomaré. Hablaré con Hushidh e Issib.

Pero primero terminaré de lavar estas prendas. Así nadie sabrá que ha sucedido algo. Creo que eso es lo más atinado, impedir que los demás se enteren, al menos por ahora.

A fin de cuentas, Nafai se encuentra bien. O al menos Nafai no está muerto. Pero Vas lleva la muerte en el corazón. Y Obring y Sevet también corren peligro. Por no mencionar a Nafai, si Vas sospecha que Nafai sabe que él intentó asesinarlo. Por no mencionarme a mí, si Vas comprende que yo también sé.

¿Cómo permitió el Alma Suprema que las cosas llegaran a tal extremo? ¿Ella no es responsable de todo esto? ¿No sabe que hemos traído a personas terribles en nuestro viaje?

¿Cómo pudo permitir que viajáramos y acampáramos tantos meses, más de un año, con muchos años por delante, con un asesino?

Porque tenía esperanzas de que no decidiera asesinar. Porque debe permitir que los humanos sean humanos, aun ahora. Sobre todo ahora.

Pero no cuando se trata de mi esposo. Esto va demasiado lejos, Alma Suprema. Corriste demasiados riesgos. Si él hubiera muerto yo jamás te habría perdonado. Me negaría a seguir sirviéndote.

El Alma Suprema no respondió. En cambio, le respondió su corazón: La muerte de un individuo puede acontecer en cualquier momento. No es tarea del Alma Suprema impedirla. La tarea del Alma Suprema es impedir la muerte de un mundo.

* * *

Nafai yacía aturdido en la hierba. Era un reborde que la curvatura del peñasco impedía ver desde arriba. Había caído cinco o seis metros, después de patinar en la ladera de roca. Había perdido el aliento, se había desmayado, pero estaba ileso, salvo por el porrazo que se había dado en la cadera al aterrizar. Si no hubiera aterrizado en

el reborde, se habría despeñado otros cien metros y sin duda habría perecido.

No puedo creer que haya sobrevivido. Nunca debí tratar de matar al animal desde esa posición. Fue una estupidez. Tenía razón en tener miedo. Debí haber escuchado mis miedos. Si perdiéramos el animal, siempre podíamos encontrar otra bestia. Lo que no podremos encontrar de nuevo es otro padre para Chveya, otro esposo para Luet, otro cazador que no sea necesario para otras tareas.

Otro pulsador.

Miró en torno y descubrió que el pulsador no estaba en el reborde. No estaba a la vista. Debió haberlo soltado al caer, y debió haber rebotado. ¿Dónde estaba?

Se arrastró hasta el borde del saliente y se asomó. Sí, una caída recta, salvo por algunas protuberancias que no podían detener la caída del pulsador. Habría rebotado en ellas hasta llegar al pie del peñasco. Si estaba allí, Nafai no podría verlo. Estaría perdido entre las matas. ¿O eran copas de árboles?

—¡Nafai!

Vas, llamándolo.

—¡Estoy aquí! —respondió Nafai.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Vas.

—¿Estás herido?

—No —dijo Nafai.

—Pero estoy en un saliente. Creo que puedo salir hacia el sur. Estoy diez metros debajo de ti. ¿Puedes ir también hacia el sur? Tal vez necesita tu ayuda. Abajo no hay nada, salvo un precipicio mortal, y no veo ningún modo de llegar adonde estás tú.

—¿Tienes el pulsador? —preguntó Vas. Claro que tenía que preguntarle por el pulsador. Nafai se sonrojó de vergüenza.

—No, debí soltarlo al caer. Tiene que estar al pie del peñasco, a menos que puedas verlo desde allí.

—No está aquí. Lo tenías contigo al caer.

—Entonces está en el fondo. Avanza hacia el sur conmigo —dijo Nafai.

Descubrió, sin embargo, que era más fácil decirlo que hacerlo. Aunque la caída no le hubiera causado lesiones graves, lo había dejado aterrorizado. Apenas podía ponerse en pie, por temor al borde, por temor a la caída.

No me caí porque perdiera el equilibrio, pensó Nafai. Me caí porque la fricción no tenía fuerza suficiente para sostenerme en ese lugar peligroso. Este saliente no es así. Aquí puedo plantarme con firmeza.

Se irguió, de espaldas a la ladera, resollando, diciéndose que debía moverse, desplazarse hacia el sur por ese reborde, doblar el recodo, porque tal vez encontrara un lugar para ascender. Pero cuanto más se lo decía, más fijaba los ojos en el espacio vacío que estaba a menos de un metro de sus pies. Si me inclino apenas, me caeré. Si tropiezo, me precipitaré barranco abajo.

No, se dijo. No puedo pensar así, o nunca serviré para nada. Hice esto muchas veces. No hay ninguna dificultad. Y sería mejor mirar la roca en vez de mirar el vacío que baja hasta el mar.

Dio media vuelta y avanzó cuidadosamente, aplastándose contra la roca más que en ocasiones anteriores. Pero su confianza aumentaba a cada paso.

Cuando dobló el recodo del peñasco, vio que el reborde terminaba, pero ahora había sólo dos metros desde esa saliente hasta la siguiente, y desde allí sería fácil trepar hasta el camino por donde Vas y él habían pasado menos de una hora atrás.

—¡Vas! —llamó. Siguió hasta llegar al sitio donde el saliente superior estaba más próximo. Casi podía extender los brazos para alzarse por su cuenta, pero no había nada de qué aferrarse, y el borde era pedregoso y frágil. Sería más seguro si Vas lo ayudaba.

—¡Vas, aquí estoy! ¡Te necesito!

Pero no oyó a Vas. Y recordó lo que había pensado cuando iniciaba ese peligroso cruce. No sigas. Vas planea matarte.

¿Una advertencia del Alma Suprema?

Absurdo.

Pero Nafai no aguardó la respuesta de Vas. Extendió los brazos hacia el saliente superior, hundió los dedos en el suelo flojo y herboso. Era resbaladizo e inseguro, pero clavó las uñas y forcejeó hasta que logró afirmarse y apoyar los hombros en el borde, y entonces fue relativamente fácil alzar una pierna y llegar a una posición segura. Rodó sobre la espalda y se quedó tendido, jadeando de alivio. No podía creer que hubiera hecho algo tan peligroso tan pronto después de una caída. Si se hubiera resbalado mientras se encaramaba al saliente, le habría costado aferrarse del saliente inferior. Había corrido un peligro mortal, pero lo había logrado.

Vas llegó.

—Ah, ya estás arriba. Mira... por aquí. Regresaremos adonde estábamos.

—Tengo que encontrar el pulsador.

—Debe estar roto e inutilizado —dijo Vas.

—No está construido para semejante caída.

—No puedo regresar y decirles que no tengo el pulsador... que lo perdí. Está allá abajo, y aunque esté hecho trizas, llevaré los restos al campamento.

—¿Es mejor decirles que lo rompiste a decirles que lo perdiste? —preguntó Vas.

—Sí —dijo Nafai.

—Es mejor mostrar los fragmentos, así no quedará la duda de que pude haberlo encontrado si me hubiera esforzado más. ¿No entiendes que hablamos de la provisión de carne de nuestras familias?

—Oh, entiendo. Y ahora que lo dices así, entiendo que debemos buscarlo. Mira, podemos bajar por aquí. Es un sendero bastante fácil.

—Sí, lo sé —dijo Nafai.

—Baja directamente al mar.

—¿Eso crees? —preguntó Vas.

—Por allá abajo, torciendo a la izquierda. ¿Ves?

—Oh, tal vez eso funcione.

Nafai se sintió levemente avergonzado de haber descubierto el sendero que bajaba al mar mientras que Vas ni siquiera había pensado en ello.

En vez de bajar al mar, sin embargo, bajaron hasta el matorral donde debía haber caído el pulsador. No tuvieron que buscar mucho para encontrarlo. Estaba partido en dos, justo por la mitad. Varios componentes internos estaban desperdigados entre las matas, y sin duda muchos otros que no encontraron. Sería imposible repararlo.

Aun así, Nafai juntó los fragmentos, grandes y pequeños, en la funda que había hecho para el arma, y la ciñó con fuerza. Cuando iniciaron el ascenso, Nafai sugirió que Vas fuera delante, pues él recordaría mejor el camino, y Vas aceptó de inmediato. Nafai ni siquiera insinuó que no quería que Vas fuera detrás, donde no podría vigilarlo.

Alma Suprema, ¿fue una advertencia tuya?

No obtuvo ninguna respuesta del Alma Suprema, al menos ninguna respuesta directa a su pregunta. En cambio detectó una clara exhortación a hablar con Luet en cuanto regresara al campamento. Y como eso era lo que hubiera hecho de cualquier modo, sobre todo después de semejante experiencia, tan cercana a la muerte, supuso que era su propio pensamiento, y que el Alma Suprema no le había dicho nada.

Capítulo 7

EL ARCO

La pérdida del pulsador fue un golpe tan fuerte que ni Volemak ni Elemak procuraron aplacar los ánimos. Los fragmentos del pulsador estaban desparramados sobre un paño; cerca estaban los dos pulsadores estropeados que Elemak había rescatado del agua. Zdorab estaba sentado al lado, con el índice en el regazo, leyendo los números de las partes rotas. Todos los demás aguardaban de pie, nerviosos y enfurruñados, mientras él intentaba averiguar si se podía armar un pulsador entero con los componentes.

—Es inútil —dijo Zdorab—, aunque tuviéramos todos los componentes, el índice dice que no tenemos las herramientas necesarias, ni modo de fabricarlas a menos que pasemos cincuenta años alcanzando el nivel tecnológico adecuado.

—Qué plan tan brillante tenía el Alma Suprema —dijo Elemak.

—Mantener a toda la humanidad en un bajo nivel de tecnología, tan bajo que aunque podemos fabricar pulsadores, no entendemos cómo funcionan y no podemos repararlos si se rompen.

—No fue el plan del Alma Suprema —dijo Issib.

—¿Qué importancia tiene? —dijo Mebbekew.

—Ahora moriremos aquí.

Dol rompió a llorar, y esta vez sus lágrimas parecían auténticas.

—Lo lamento —dijo Nafai.

—Sí, nos alegra mucho que sientas remordimientos —dijo Elemak.

—¿Qué hacías en un lugar tan peligroso, de todos modos? Tenías el único pulsador restante, ¿y qué haces con él?

—Allí estaba el animal —dijo Nafai.

—Si tu presa hubiera saltado del peñasco, ¿la habrías seguido? —preguntó Volemak.

Nafai sintió consternación al ver que Padre sumaba sus reproches a los de Elemak. Y Elemak aún no había terminado.

—Lo diré sin rodeos, querido hermanito. Si pudieras haber escogido entre la salvación de tu persona o el pulsador, habría sido mejor para todos que se salvara el pulsador.

La injusticia del comentario era insoportable.

—No fui yo quien perdió los tres primeros.

—Pero cuando perdimos los tres primeros, aún nos quedaba uno, así que no era tan grave —dijo Padre.

—Sabías perfectamente que era el último pulsador, y sin embargo corriste semejante riesgo.

—Suficiente —dijo Rasa.

—Todos convenimos, Nafai incluido, en que fue un grave error arriesgar el pulsador de ese modo. Pero ya lo hemos perdido, no hay remedio, y nos encontramos en esta comarca extraña sin manera de conseguir carne. Tal vez alguno de vosotros haya pensado en lo que haremos ahora, además de acumular culpas sobre los hombros de Nafai.

Gracias, Madre, dijo Nafai en silencio.

—¿No es obvio? —dijo Vas.

—La expedición ha concluido.

—No, no es obvio —respondió bruscamente Volemak.

—El Alma Suprema se propone salvar a Armonía de la destrucción que sufrió la Tierra hace cuarenta millones de años. ¿Vamos a desistir porque hemos perdido un arma?

—No es el arma —dijo Eiadh.

—Es la carne. Debemos encontrar carne.

—Y no es sólo una cuestión de ingerir una dieta equilibrada —añadió Shedemei.

—Aunque acampáramos aquí y sembráramos de inmediato (y no es temporada, así que de todos modos sería imposible), padeceríamos graves problemas de desnutrición antes de cosechar cereales con suficientes proteínas.

—¿Qué quieres decir con graves problemas? —preguntó Volemak.

—Algunas muertes por inanición, sobre todo entre los niños —dijo Shedemei.

—¡Qué espanto! —gimió Kokor.

—¡Prácticamente has matado a mi hijo!

Su gemido desencadenó un coro de llantos. En medio de esa algarabía, Nafai preguntó en silencio al Alma Suprema: ¿Existe alguna otra manera?

(¿Tienes alguna sugerencia?)

Nafai trató de pensar en un arma de caza que pudiera fabricarse con los materiales disponibles. Recordó que los soldados goraym iban armados con lanzas, arcos y flechas. ¿Servirían para la caza, o sólo eran útiles para la guerra?

Este pensamiento acudió a su cabeza:

(Todo lo que mate a un hombre puede matar a otro animal. Para cazar con lanza se requiere un grupo de cazadores que arrinconen la presa, pues de lo contrario es difícil acercarse todo lo necesario para matarla, aun usando una correa para arrojarla a mayor distancia.)

¿Y qué hay del arco y las flechas?

(Un buen arco tiene un alcance cuatro veces mayor que un pulsador. Pero son muy difíciles de fabricar.)

¿Y qué dices de un arco de segunda, con un alcance similar al del pulsador?
¿Podrías enseñarme a fabricar uno?

(Sí.)

¿Y crees que podría encontrar presas con ese arma, o se tarda mucho en aprender a usarlo?

(Se tarda lo que hace falta.)

Tal vez fuera la mejor respuesta que le daría el Alma Suprema, y no era una respuesta tan insatisfactoria. Al menos había esperanzas.

Cuando Nafai se volvió hacia los demás, estaban hostigando a Volemak.

—¿Acaso creéis que yo planeé todo esto? —preguntó.

—¿Creéis que pedí al Alma Suprema que nos trajera a este lugar espantoso, tener los niños en el desierto y errar sin rumbo y sin comida por estos yermos? ¿Creéis que yo no preferiría estar en casa? ¿En una cama?

Volemak sorprendió a todos al sumar sus quejas a las de los otros, pero el efecto no fue tranquilizador. Algunos se atemorizaron al ver que su columna más fuerte revelaba semejante fisura. Y Elemak apenas disimulaba su desprecio por Padre. No era el momento más glorioso de Volemak, notó Nafai, y era totalmente innecesario. Si tan sólo hubiera hecho al Alma Suprema las preguntas que él había hecho, se habría calmado. Había una manera.

Vas habló de nuevo.

—Insisto en que esto es totalmente innecesario. Nafai y yo encontramos un buen camino para bajar por la montaña. Tal vez no podamos llevar los camellos, pero si sólo queremos rodear la bahía para llegar a Dorova, nos bastará con provisiones y agua para un día.

—¿Abandonar los camellos? —preguntó Elemak.

—¿Las tiendas?

—¿Las cajas de almacenaje? —dijo Shedemei.

—Algunos os quedaréis aquí —dijo Mebbekew— y haréis el camino más largo con los camellos. Sin las mujeres y los niños no tardaréis más de una semana, y en el ínterin los demás llegaremos a la ciudad. Al cabo de un par de meses podremos regresar a Basílica, o adonde cada cual desee.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—No —dijo Nafai.

—No se trata de nosotros, sino de Armonía, del Alma Suprema.

—Nadie me preguntó si quería sumarme a esta noble causa —dijo Obring—, y por mi parte estoy harto de oírla mencionar.

—La ciudad está allá —dijo Sevet.

—Podríamos llegar rápidamente.

—Necios —dijo Elemak.

—Podéis ver la ciudad, podéis ver la playa por la cual caminaréis para llegar, pero eso no significa que sea una marcha fácil. ¿En un solo día? Ridículo. Os habéis fortalecido en el último año, es verdad, pero ninguno está en condiciones para recorrer semejante distancia con un bebé a cuestas, y menos con los litros de agua que necesitaréis, y la comida. Caminar en la arena es extenuante, y lento, y cuanto más carga llevéis más despacio iréis, con lo cual tendréis que llevar más provisiones para aguantar un viaje más largo, con lo cual tendréis que llevar más bultos y avanzaréis aún más despacio.

—¿Entonces estamos atrapados aquí hasta morir? —gimió Kokor.

—Oh, cállate —dijo Sevet.

—No estamos atrapados —dijo Nafai—, y no tenemos que abandonar la expedición. Antes de que existieran los pulsadores, los seres humanos podían cazar. Hay otras armas.

—¿Qué? ¿Piensas estrangular a los animales? —preguntó Mebbekeew.

—¿O usar ese alambre de Gaballufix, para cortarles la cabeza?

Nafai procuró dominar su furia ante la provocación de Mebbekeew.

—No. Un arco. Flechas. El Alma Suprema sabe cómo fabricarlos.

—Pues que las fabrique —dijo Obring.

—Eso no significa que nosotros sepamos usarlos.

—Por una vez Obring tiene razón —dijo Elemak.

—Se necesitan años de adiestramiento para ser buen arquero. ¿Por qué crees que traje pulsadores? Los arcos son mejores, tienen más alcance, no se quedan sin energía, y dañan menos la carne. Pero yo no sé usarlos, y mucho menos fabricarlos.

—Tampoco yo —dijo Nafai.

—Pero el Alma Suprema puede enseñarme.

—En un mes, tal vez —dijo Elemak.

—Pero no tenemos un mes.

—En un día —dijo Nafai.

—Dadme tiempo hasta mañana al caer el sol. Si no he traído carne, entonces aceptaré lo que dicen Vas y Meb. Deberemos ir a Dorova, al menos por un tiempo.

—Si vamos a Dorova, será el final de esta tonta expedición —dijo Meb.

—Nunca volveré a montar un camello por nada del mundo, salvo para regresar a casa.

Varios dieron su acuerdo.

—Dadme un día y os daré la razón —dijo Nafai.

—Aún nos quedan provisiones, y este sitio es bueno para esperar. Un día.

—Una pérdida de tiempo —dijo Elemak.

—Es imposible que lo consigas.

—¿Entonces qué mal te hará dejar que te lo demuestre? Pero yo digo que puedo,

con la ayuda del Alma Suprema. El conocimiento está en su memoria. Y aquí es fácil encontrar animales.

—Yo te acompañaré para rastrearlos —dijo Vas.

—¡No! —dijo Euet. Nafai la miró sorprendido, pues hasta ahora ella no había dicho nada.

—Nafai debe hacer esto solo. Él y el Alma Suprema. Así ha de ser.

—Y miró a Nafai con fijeza e intensidad.

Luet sabe algo, pensó Nafai. Entonces recordó los pensamientos que lo habían acuciado en la montaña esa mañana, la idea de que Vas intentaba matarle. De que Vas había causado su caída. ¿El Alma Suprema le habría hablado claramente a Luet? ¿Mis temores se justificaban? ¿Por eso ella desea que vaya solo?

—Pues partirás por la mañana —dijo Volemak.

—No —dijo Nafai.

—Hoy. Espero fabricar un arco hoy, así podré dedicar el día de mañana a la cacería. A fin de cuentas, los primeros blancos pueden escapárseme.

—Qué tontería —dijo Meb.

—¿Quién se cree Nafai que es, uno de los Héroes de Pyiretsiss?

—¡Soy alguien que no consentirá el fracaso de esta expedición! —gritó Nafai.

—Eso es todo. Y si no permito que un pulsador roto nos detenga, puedes apostar todos los mocos de tu nariz a que no permitiré que tú te interpongas.

Meb lo miró y se echó a reír.

—Apuesta aceptada, Nyef, mi tierno hermanito. Todos los mocos de mi nariz dicen que fallarás.

—Hecho.

—Sólo que no has precisado qué me darás a mí cuando fracasases.

—No importa —dijo Nafai.

—No fracasaré.

—Pero si fracasas... serás mi sirviente personal. Las palabras de Meb fueron recibidas con sorna por muchos de los presentes.

—Mocos contra servidumbre —dijo despectivamente Eiadh.

—Es justo lo que esperaba de ti, Meb.

—El no tiene por qué aceptar la apuesta —dijo Meb.

—Fija un límite de tiempo —dijo Nafai.

—Digamos un mes.

—Un año. Un año en el cual harás todo lo que yo te ordene.

—Esto es repugnante —intervino Volemak.

—Lo prohíbo.

—Tú ya has aceptado, Nafai —dijo Mebbekew—, si ahora te echas atrás, quedarás ante todos como una persona sin palabra.

—Cuando arroje la carne a tus pies, Meb, tú decidirás lo que soy, y por cierto no será una persona sin palabra.

Y así se convino. Aguardarían el regreso de Nafai hasta el ocaso del día siguiente.

Nafai fue hasta la tienda de la cocina y cogió lo que necesitaba: galleta, melón seco, charqui. Luego se dirigió hacia el manantial para llenar su cantimplora. Con el cuchillo al costado, no necesitaría más.

Luet fue a verle mientras él recogía el agua, sumergiendo la cantimplora para llenarla.

—¿Dónde está Chveya? —preguntó Nafai.

—Con Shuya. Quería hablar contigo. En cambio tuvimos esa... reunión.

—Yo también necesitaba hablar contigo. Pero las cosas se han salido de madre, y ahora no hay tiempo.

—Espero que haya tiempo para que te lleves esto —dijo Luet.

En la mano tenía un rollo de cáñamo.

—He oído decir que los arcos no funcionan sin cuerda —dijo Luet.

—Y el Alma Suprema dijo que ésta es la mejor.

—¿Se lo preguntaste?

—El Alma Suprema pensó que te irías precipitadamente sin ella, y que luego lo lamentarías.

—Lo habría lamentado, sí.

—Nafai se guardó la cuerda en el morral, besó a Luet.

—Siempre cuidas de mí.

—Cuando puedo. Nafai, mientras estabas ausente, el Alma Suprema me habló. Son suma claridad.

—¿Sí?

—¿Vas estaba cerca de ti cuando te caíste?

—Sí.

—¿Tan cerca que pudo haber sido el culpable? ¿Empujándote el pie, por ejemplo?

Nafai recordó ese terrible momento en la ladera rocosa, cuando su pie derecho resbaló. Había resbalado hacia dentro, hacia el pie izquierdo. Si sólo hubiera sido la falta de fricción, ¿el pie no habría patinado hacia abajo?

—Sí —dijo Nafai.

—El Alma Suprema trató de advertirme, pero...

—Pero creíste que era tu propio temor y no escuchaste.

Nafai asintió. Luet sabía cómo era la voz del Alma Suprema. Se parecía a los propios pensamientos, los propios miedos.

—Hombres —dijo Luet.

—Siempre con miedo de tener miedo. ¿No sabes que el miedo es la herramienta fundamental que usa la evolución para mantener una especie con vida? Y sin

embargo lo ignoras como si quisieras morir.

—Sí, bien, no puedo evitar los efectos de la testosterona. Disfrutarías mucho menos de tu matrimonio si yo careciera de ella.

Luet sonrió, pero la sonrisa fue muy breve.

—El Alma Suprema me ha dicho algo más. Vas planea...

Pero en ese momento se acercaron Obring y Kokor.

—¿Lo estás pensando dos veces, hermanito? —preguntó Kokor.

—Siempre pienso las cosas —dijo Nafai.

—Algo de lo cual tú eres incapaz.

—Sólo quería desearte suerte —dijo Kokor.

—Ojalá traigas más de esas raquílicas liebres para comer. Porque de lo contrario tendremos que ir a una ciudad y comer auténtica comida, y eso sería espantoso, ¿no crees?

—Detecto cierta sorna en tus palabras —dijo Nafai.

—Si creyera que tienes la menor probabilidad de sobrevivir —dijo Obring—, te quebraría el brazo.

—Si un hombre como tú pudiera quebrarme el brazo —dijo Nafai—, entonces no tendría la menor probabilidad de sobrevivir.

—Por favor —dijo Luet—, ¿no tenemos suficientes problemas?

—Nuestra dulce pacificadora —dijo Kokor.

—No tienes una gran figura, pero quizás envejecas grácilmente.

Nafai no pudo contenerse. Los insultos de Kokor eran tan pueriles que le respondió con una carcajada.

Kokor hizo una mueca.

—Ríe cuanto quieras. Pero yo puedo recobrar mi fortuna con el canto, y Madre todavía tiene una propiedad en Basílica que yo puedo heredar. ¿Qué tiene tu padre para ti? ¿Y qué clase de hogar establecerá tu pequeña esposa huérfana en Basílica?

Luet enfrentó a Kokor. Nafai notó por primera vez que eran de la misma talla, lo cual significaba que Luet había crecido durante el último año. Es sólo una niña, pensó.

—Koya —dijo Luet—, olvidas con quién hablas. Creerás que Nafai es sólo tu hermano menor. En el futuro, sin embargo, espero que recuerdes que es el esposo de la vidente.

Kokor replicó con altanería.

—¿Y eso qué importa aquí?

—No importa nada... aquí. Pero si regresáramos a Basílica, querida Koya, no sé hasta dónde llegaría tu carrera si se supiera que eres enemiga de la vidente de las aguas.

Kokor palideció.

—No te atreverías.

—No —dijo Luet.

—No me atrevería, pues nunca usé mi influencia de esa manera. Además no regresaremos a Basílica.

Nafai nunca había visto a Luet tan imperiosa. A fin de cuentas, era un basilicano que sentía reverencia por el título de vidente; era fácil olvidar que la mujer con quien compartía el lecho todas las noches era la misma cuyos sueños, cuyas palabras, se susurraban de casa en casa en Basílica. Una vez ella había ido a verle con gran riesgo, abandonando la ciudad en medio de la noche para despertarlo y advertirle que su padre corría peligro, y esa noche ella no dio indicios de conocer su elevado papel en la ciudad. Y una vez, cuando Nafai era perseguido por los hombres de Gaballufix, ella lo había llevado a las aguas del Lago de las Mujeres, donde ningún hombre podía entrar y salir con vida. Ni siquiera entonces, cuando se enfrentaba a quienes eran capaces de matarlo, había adoptado ese tono, sino que había hablado con serenidad.

Nafai comprendió. Luet no adoptaba ese aire de altiva majestad porque ella fuera así, sino porque así habría actuado Kokor, si hubiera tenido tan sólo una pizca de poder. Luet le hablaba a la hermanastra de Nafai en un idioma que ella entendía. Y el mensaje fue recibido. Kokor cogió la manga de Obring y ambos se marcharon.

—Eres muy buena para eso —dijo Nafai.

—No veo el momento de que uses esa voz con Chveya, la primera vez que intente extralimitarse.

—Me propongo criar a Chveya de tal modo que sea una mujer con quien nunca sea necesario usar esa voz.

—Ni siquiera sabía que tenías esa voz. Luet sonrió.

—Yo tampoco. Lo besó de nuevo.

—Me decías algo sobre Vas.

—Algo que Hushidh vio pero no comprendió. El Alma Suprema me lo ha explicado. Vas no ha olvidado que Sevet lo traicionó con Obring y lo humilló públicamente.

—¿No?

—El Alma Suprema dice que piensa asesinarlos. Nafai resopló con desdén.

—¿Vas? Es la viva imagen de la calma. Madre dice que nunca había visto a nadie que se tomara tan bien una mala situación.

—Supongo que él está postergando su venganza —dijo Luet.

—Tenemos suficientes pruebas para sugerir que Vas no es tan calmo ni servicial como parece.

—No, parece que no. Meb y Dol, Obring y Kokor, gimen y berrean y desean regresar a la ciudad. Pero Vas no dice nada, parece resignarse, y luego se empeña en destruir los pulsadores para obligarnos a regresar.

—Debes admitir que es listo.

—Y si de paso me liquida, bien, así son las cosas. Eso me hace pensar... si Gaballufix hubiera sido tan sutil como Vas, ahora sería rey de Basílica.

—No, Nafai. Estaría muerto.

—¿Por qué?

—Porque el Alma Suprema te habría pedido que lo mataras para obtener el índice. Nafai la miró sin comprender.

—¿Tú me echas eso en cara? Ella sacudió la cabeza.

—Te lo recuerdo para que no olvides tu propia fortaleza. Eres más implacable y más listo que Vas, cuando sabes que sirves al plan del Alma Suprema. Ahora márchate, Nafai. Te quedan algunas horas de luz diurna. Triunfarás.

Con la caricia de Luet aún vivida en la memoria de su piel, con su voz en el oído, con sus elogios en el corazón, Nafai se sentía como uno de los Héroes de Pyiretsiss. Sobre todo como Velikodushnu, quien devoró el corazón viviente del dios Zaveest, para que la gente de Pyiretsiss pudiera vivir en paz en vez de conspirar continuamente y abatir a quienes triunfaban. En la versión que había leído Nafai, la ilustración mostraba a Velikodushnu con la cabeza hundida en el pecho abierto del dios, mientras Zaveest desgarraba la espalda del héroe con sus largas uñas. Era una de las imágenes más poderosas de su infancia, esa figura de un hombre que desdeñaba un dolor abrasador con tal de destruir el mal que destruía a su gente.

Eso era un verdadero héroe para Nafai, eso era un buen hombre, y si lograba ver a Gaballufix como un Zaveest, entonces era bueno y justo haberle dado muerte.

Pero esa idea le ayudó sólo por un instante. Luego el horror de haber matado al ebrio e indefenso Gaballufix en la calle lo embargó una vez más. Y comprendió que ese recuerdo, esa culpa, esa vergüenza, ese horror, era su propia versión de Zaveest desgarrándole la espalda mientras él devoraba el corazón del más perverso de los dioses.

No importaba. Debía dejar ese recuerdo en su sitio, en la memoria, no en la superficie de su conciencia. Soy el hombre que mató a Gaballufix, sí, pero también soy el hombre que deba fabricar un arco, matar un animal y llevarlo a casa al anochecer, pues de lo contrario el Alma Suprema tendrá que comenzar de nuevo.

* * *

Obring entró en la tienda de Vas y Sevet. Era la primera vez que estaba a solas con Sevet desde que Kokor los había pillado a ambos retozando en Basílica. No estaba a solas, en realidad, pues estaba Vas. Pero en cierto modo, el hecho de que él hubiera aprobado esta reunión tal vez significara que esa larga tensión había terminado.

—Gracias por pasar —dijo Vas.

El tono de Vas era tan irónico que Obring comprendió que debía haber hecho algo malo, y que Vas se lo estaba reprochando. Oh, tal vez había tardado demasiado en llegar allí.

—Dijiste que viniera sin Kokor, y si no te gusta me voy. Ella siempre pregunta adonde voy, lo sabes. Y luego vigila para cerciorarse de que voy allí.

Al ver la mueca de Sevet, Obring supo que disfrutaba al verlo tan sometido a Kokor. Aunque si alguien podía comprender su mal trance, era Sevet. ¿Acaso ella no estaba siempre sometida a la custodia implacable de Vas? O tal vez no. Vas no era vengativo como Kokor. Vas ni siquiera se había enfadado esa noche, hacía más de un año. Así que tal vez Sevet no sufría tanto como Obring.

Mirando a Sevet, sin embargo, Obring no entendía cómo la había deseado tanto. Su cuerpo se había deteriorado desde los viejos tiempos. En parte era la maternidad (el vientre grueso, los pechos excesivamente abultados) pero además había cierta tosquedad en el rostro, una sombra en torno de los ojos. No era una mujer bella. Pero a fin de cuentas, Obring no se había enamorado de su cuerpo. Era por su fama, siendo una de las principales cantantes de Basílica, y también (admítelo, Obring, viejo amigo) porque era hermana de Koya. Obring había querido demostrarle a su bonita, seductora y despectiva esposa que podía conseguirse una mujer mejor. No había podido demostrarlo, por cierto, pues Sevet dormía con él por las mismas razones. Si él no hubiera sido el esposo de Kokor, Sevet ni siquiera se habría dignado desperdiciar saliva para escupirle. Ambos querían lastimar a Kokor, y lo habían logrado, y lo pagaban desde entonces.

Pero aquí estaban, juntos a invitación de Vas, y parecía que las perspectivas mejoraban, que Obring podría participar en algo dentro de ese detestable grupo tan dominado por los hijos de Volemak y Rasa.

—Creo que es hora de poner fin a esta estúpida expedición, ¿no crees? —dijo Vas.

Obring rió amargamente.

—Ya se intentó antes, y Nafai recurrió a sus trucos de magia.

—Algunos sólo hemos aguardado el momento oportuno —dijo Vas.

—Pero ésta es nuestra última oportunidad, en cierto modo. Dorova está a la vista. No necesitamos que Elemak nos guíe hasta allá. Ayer encontré un sendero para bajar de la montaña. No es fácil, pero podemos lograrlo.

—¿Podemos? ¿Quiénes?

—Tú, Sevet y yo.

Obring miró a la chiquilla, Vasnya, que estaba dormida.

—¿Llevando una niña? ¿En medio de la noche?

—Hay luna y conozco el camino —dijo Vas.

—Y no llevaremos la niña.

—No llevaremos...

—No te hagas el tonto conmigo, Obring. Piensa un poco. Nuestro propósito no es apañarnos del grupo, sino conseguir que todos desistan de la expedición. No hacemos esto por nosotros, sino por ellos, para salvarlos de su propia imbecilidad... de los planes absurdos del Alma Suprema. Iremos a Dorova para que nos sigan. No podríamos llevar a las niñas, porque nos retrasarían y el viaje podría dañarlas. Así que las dejaremos aquí. Luego tendrán que traer a Vasnya para Sevet y para mí, y a ti tendrán que llevarte a Kokor y Krassya. Sólo que ellos cogerán el camino más largo, así que las niñas estarán a salvo.

—Eso tiene... bastante sentido —dijo Obring.

—Qué amable de tu parte —dijo Vas.

—Entonces, si Nafai regresa sin carne, ¿te marchas esa misma noche?

—¿Eres tan tonto como para creer realmente que respetarán su acuerdo? —preguntó Vas.

—No, encontrarán otra excusa para continuar... arriesgando a nuestros hijos, alejándonos cada vez más de toda esperanza de una vida decente. No, Briya, amigo mío, no esperamos nada. Actuaremos antes que Nafai y el Alma Suprema tengan la oportunidad de jugarnos otra mala pasada.

—¿Cuándo partimos? ¿Después de la cena?

—Lo notarían, nos seguirían y nos detendrían de inmediato —dijo Vas.

—Esta noche, pues, pediré la penúltima guardia, y tú pedirás la última. Al rato de montar guardia, despertaré a Sevet y rasparé tu tienda. Kokor creerá que te levantas para la guardia y seguirá durmiendo. Esta noche hay buena luna... habremos avanzado varias horas antes que los demás se despierten.

Obring asintió.

—Parece atinado.

Miró a Sevet, cuya expresión era tan impenetrable como siempre. Él quería resquebrajar un poco esa máscara, así que añadió:

—¿Pero no te dolerán los pechos si abandonas al bebé cuando estás amamantando?

—Hushidh produce leche para cuatro bebés —dijo Sevet.

—Ella nació para eso.

Sus palabras no eran tiernas, pero al menos había hablado.

—Contad conmigo —dijo Obring. Entonces recapacitó. Una duda sobre los motivos de Vas.

—¿Por qué yo?

—Porque no eres uno de ellos —dijo Vas.

—No te interesa el Alma Suprema, odias esta vida, y no sientes una estúpida lealtad familiar. ¿A quién más podría acudir? Si Sevet y yo lo hiciéramos solos,

decidirían quedarse con nuestra hija y seguir adelante. Necesitábamos a alguien más, escindir otra familia, ¿y quién más había aparte de ti? Las únicas personas aisladas son Zdorab y Shedemei, que no tienen hijos y no nos sirven para nada, y Hushidh y Luet, que están más embobadas que nadie con el Alma Suprema. Claro, está Dol, pero está tan prendada de Mebbekew, vete a saber por qué. Además es tan cobarde y perezosa que no querría venir y no la aceptaríamos aunque quisiera. Sólo quedas tú, Obring, y créeme, te lo pido sólo porque me repugnas un poco menos que Dolya.

Bien, ese motivo resultaba perfectamente creíble.

—Contad conmigo, entonces —dijo Obring.

* * *

Shedemei esperó hasta ver que Zdorab se dirigía a la tienda de Volemak. Le pediría el índice, por cierto. Dado que esos días no se permitía cocinar, tenía más tiempo libre para estudiar.

Se excusó ante el grupo que lavaba la ropa, pidiendo a Hushidh que recogiera sus prendas y las de Zdorab cuando estuvieran secas. Cuando Zdorab entró en la tienda, con el índice bajo el brazo, Shedemei lo estaba esperando.

—¿Quieres estar sola? —preguntó Zdorab.

—Quiero hablar contigo —dijo Shedemei.

Zdorab se sentó, puso el índice a un costado para que ella no creyera que se impacientaba por usarlo, aunque por cierto ella sabía que estaba impaciente.

—Dorova es nuestra última oportunidad —dijo Shedemei.

—De regresar a la civilización.

Zdorab asintió con la cabeza. No dando su acuerdo, sino dando a entender que comprendía.

—Zodya, este lugar no es para nosotros —dijo Shedemei.

—No somos parte de esto. Es una vida de incesante servidumbre para ti, una vida donde todo mi trabajo se desperdicia. Lo hemos soportado por un año, y hemos servido bien. El motivo por el cual hiciste tu juramento a Nafai fue para no dar la alarma en Basílica, pues los soldados lo habrían aprehendido si regresabas a la ciudad. Eso no puede pasar ahora, ¿verdad?

—No me quedo aquí por mi juramento, Shedyá.

—Lo sé —dijo Shedemei, sin poder contener las lágrimas.

—¿Crees que no veo cuánto sufres? Creíamos que un matrimonio de apariencia sería suficiente para ti, pero no lo es. Tú quieres integrarte, y no puedes conseguirlo mientras no tengas un hijo.

Le enfureció que él la analizara de ese modo. Era evidente que la había observado para averiguar cuál era su «problema», y se equivocaba. O al menos se equivocaba a

medias.

—No se trata de integrarme —rezongó.

—Se trata de vivir. Aquí no soy nadie... no soy científica, no soy madre, ni siquiera soy un buen sirviente como tú. No puedo sondear las honduras del índice porque su voz no me resulta tan clara. Me encuentro repitiendo tus palabras cuando hablo con los demás, porque nadie comprende las cosas que yo sé... y cuando veo a las mujeres con sus hijos quiero tener uno, me desvivo por tenerlo, no para imitarlas sino porque deseo formar parte de la red de la vida, quiero transmitir mis genes, ver cómo crece un niño cuyo rostro se me parece. ¿No entiendes? No tengo taras reproductivas como tú, estoy aislada de mi identidad biológica porque estoy atrapada con este grupo, y si no me alejo moriré y no serviré para nada en este mundo.

Un denso silencio reinó en la tienda cuando ella concluyó este ferviente discurso. ¿En qué piensa Zdorab? ¿Qué piensa de mí? Lo he lastimado, lo sé, le he dicho que detesto estar casada con él, lo cual es cierto, porque él es un verdadero amigo. En toda mi vida es el único a quien he podido abrirle mi corazón.

—No debía haber hablado —susurró.

—Pero vi las luces de la ciudad, y pensé... ambos podríamos regresar a un mundo que nos valore.

—Ese mundo no me valoraba más que éste —dijo Zdorab.

—Y te olvidas de una cosa... no puedo abandonar el índice.

¿Acaso Zdorab no comprendía su propuesta?

—Llévalo —dijo Shedemei.

—Podemos llevar el índice y rodear la bahía. No tendremos niños que nos retrasen. No pueden alcanzarnos. Con el índice podrás vender conocimientos, al igual que yo. Podremos ganar dinero en Dorova para regresar al ancho mundo del norte antes que esta caravana pueda volver al norte para aprehendernos. Ellos no necesitan el índice... ¿no ves que Luet, Nafai, Volemak y Hushidh hablan con el Alma Suprema sin la ayuda del índice?

—No lo necesitan, así que no somos ladrones si nos lo llevamos —dijo Zdorab.

—Sí, claro que somos ladrones. Pero los ladrones que roban a quienes no necesitan lo que les roban pueden convivir con su delito mejor que los ladrones que roban el pan de la boca de los pobres.

—No sé si es la magnitud del delito lo que decide si el delincuente puede convivir con ello —dijo Zdorab.

—Creo que es la bondad natural de la persona que comete el delito. Los asesinos a menudo conviven con el homicidio más cómodamente que un hombre honesto con una pequeña mentira.

—Y tú eres tan honesto...

—Sí, lo soy —dijo Zdorab.

—Y también tú.

—Ambos vivimos una mentira cada día que pasamos aquí —dijo Shedemei. Era terrible decirlo, pero estaba tan desesperada por lograr un cambio, cualquier cambio, que le arrojaba todo lo que tenía a mano.

—¿De veras? ¿Es una gran mentira? —Zdorab parecía menos ofendido que pensativo. Meditabundo.

—El otro día Hushidh me comentó que tú y yo tenemos uno de los vínculos más fuertes de esta caravana. Hablamos acerca de todo. Sentimos un inmenso respeto mutuo. Nos amamos... eso dijo ella, y yo la creo. Es verdad, ¿o no?

—Sí —suspiró Shedemei.

—¿Entonces cuál es la mentira? La mentira consiste en que yo no soy tu pareja en la reproducción. Eso es todo. Y si esa mentira se convirtiera en verdad, y llevaras un hijo en el vientre, te sentirías entera, ¿verdad? La mentira ya no desgarraría tu corazón, porque entonces serías lo que ahora sólo pareces, una esposa, y podrías formar parte de esa red de la vida.

Ella le estudió el rostro, esperando ironía, pero no encontró ninguna.

—¿Puedes?

—No sé. Nunca tuve tanto interés como para intentarlo, y aun así no habría tenido una compañera deseosa. Pero, si puedo encontrar pequeñas satisfacciones con mi propia imaginación, a solas, ¿por qué no podría... entregar un obsequio de amor a mi más querida amiga? No porque yo lo desee, sino porque ella lo desea.

—Por piedad —dijo ella.

—Por amor. Más amor del que sienten estos hombres que cabalgan a sus esposas todas las noches con tanto apasionamiento como si se rascaran una picazón o vaciaran la vejiga.

Lo que él ofrecía —engendrar un hijo con ella— era algo que Shedemei nunca había considerado una posibilidad. ¿Acaso su condición no era su destino?

—¿Acaso el amor no muestra su rostro —continuó Zdorab— cuando satisface la necesidad del amado, y sólo por ese amado? ¿Cuál de esos esposos puede afirmar semejante cosa?

—¿Pero un cuerpo de mujer no resulta... repulsivo para vosotros?

—Para algunos, quizá. La mayoría sólo sentimos indiferencia. Lo mismo que los hombres comunes sienten por otros hombres. Pero puedo decirte qué hacer para despertar mi deseo. Tal vez pueda imaginar a otros amantes del pasado, si me perdonas esa... deslealtad... que me permitiría darte mi hijo.

—Pero, Zdorab, no quiero que tú me des un hijo —dijo Shedemei. No sabía cómo decirlo, pues la idea acababa de ocurrírsele, pero las palabras salieron con toda claridad.

—Quiero que ambos tengamos un hijo.

—Sí, eso quise decir. Seré un padre para nuestro hijo. En eso no tendré que fingir. Mi mal, por así llamarlo, no es hereditario, en rigor. Si tengo un varón, no será necesariamente... como yo.

—Ah, Zodya, ¿no sabes que en muchos sentidos quiero que nuestros hijos sean exactamente como tú?

—¿Hijos? No trates de coger los peces antes de hacerte a la mar, querida Shedy. No sabemos si podremos lograrlo siquiera una vez, y menos las veces necesarias para concebir un hijo. Tal vez resulte tan desagradable que nunca más lo intentemos.

—¿Pero lo intentarás una vez?

—Lo intentaré hasta que lo logremos, o hasta que me pidas que desista.

—Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla.

—En verdad, lo más difícil para mí puede ser esto: que en mi corazón te considero mi queridísima hermana. Acostarme contigo se parecerá al incesto.

—Oh, no te sientas así, el único problema que tendremos en ese sentido será cuando un hijo de Luet se enamore de una hija de Hushidh. ¡Primos cercanos por partida doble! Tú y yo no tenemos ninguna cercanía genética.

—Y sin embargo estamos muy cerca en otros sentidos. Ayúdame a hacer esto por ti. Si podemos lograrlo, nos traerá mucha alegría. En cambio, huir, escapar de nuestros amigos, separarnos, a despecho del Alma Suprema... ¿qué alegría podría traernos? Ésta es la mejor manera, Shedy. Quédate conmigo.

* * *

Nafai encontró el bosque fácilmente. El Alma Suprema tenía una idea bastante precisa de la vegetación que crecía en la zona, y sabía qué bosques escogían los fabricantes de arcos de diversas ciudades y culturas. Lo que el Alma Suprema no podía era darle habilidad manual. Nafai no era excesivamente torpe, pero nunca había trabajado con madera, ni con cuchillos, salvo para destripar y desollar sus presas. Ya había estropeado dos arcos, y ahora anochecía y ni siquiera había empezado a fabricar flechas.

No puedes adquirir en una hora la destreza que otros adquieren en toda una vida.

¿Le hablaba el Alma Suprema, o era la voz de su desesperación?

Nafai se sentó en una roca chata, alicaído. Tenía su tercer trozo de madera sobre las rodillas, el cuchillo en la mano, recién afilado. Pero sabía tan poco como antes sobre esta tarea. Sólo tenía un catálogo de las maneras en que los cuchillos podían resbalar y estropear la madera, o en que la madera podía quebrarse precisamente donde no debía. Nunca se había sentido tan frustrado desde que el Alma Suprema le había puesto en la mente el sueño de Padre y casi enloqueció.

Al recordar ese momento, tiritó. Pero luego, pensando en ello, comprendió que

también podía ser un modo de...

—Alma Suprema —susurró—, en este mundo hay maestros en la fabricación de arcos. En este preciso instante, hay un artesano que talla un trozo de madera para darle la forma apropiada.

(Ninguno con herramientas tan primitivas como las tuyas), dijo el Alma Suprema.

—Entonces encuentra uno e incúlcale la idea de tallar con un cuchillo sencillo. Luego ponme en la mente sus pensamientos y movimientos. Déjame sentir la sensación.

(Enloquecerás.)

—Encuentra un fabricante de arcos en tu memoria, alguien que siempre haya trabajado así... tiene que existir alguno, en cuarenta millones de años, alguno que amara el contacto de su cuchillo, que pudiera tallar un arco sin pensar.

(Ah, sin pensar. Puro hábito, puro reflejo.)

—Padre se concentraba muchísimo en todo durante ese sueño... por eso yo no soportaba tener sus recuerdos en la mente. Pero un fabricante de arcos cuyas manos trabajen sin pensar... dame esa destreza. Permíteme saber qué se siente, así podré adquirir esos reflejos.

(Nunca hice semejante cosa. No me diseñaron para esto. Podría volverte loco.)

—También podrías hacerme fabricar un arco. Y si fracaso en esto, la expedición ha terminado.

(Lo intentaré. Pero dame tiempo. Se necesita tiempo para descubrir un hombre, en todos los años de vida humana en Armonía, que haya trabajado de esa manera, sin pensar en nada...)

Nafai aguardó. Un minuto, dos. Luego tuvo una extraña sensación. Un cosquilleo, no en los brazos, sino en su imagen mental de los brazos. Una necesidad de mover los músculos, de trabajar. Está sucediendo, pensó Nafai. La memoria de los músculos, la memoria de los nervios... debo aprender a recibirla, dejar que mi cuerpo se deje guiar por las manos y los dedos, las muñecas y los brazos de otro.

Movió el cuchillo hasta sentirlo cómodo en la mano. Y luego lo deslizó por la superficie de la madera, sin dejar que la mordiera, sintiendo tan sólo la lisura de la rama. Y al fin reconoció el momento en que la madera invitaba a la hoja a penetrar en su superficie, a pelar la delgada corteza. El cuchillo se desplazaba como un pez hendiendo el mar, sintiendo la resistencia de la madera, aprendiendo de ella, encontrando los lugares duros, los lugares blandos, trabajando en ellos, con menos fuerza donde el exceso de presión partiría la madera, con más energía donde la madera exigía disciplina.

Había caído el sol. La luna despuntaba cuando Nafai terminó, pero el arco era liso y bello.

Madera verde, para que no conserve mucho tiempo su elasticidad.

¿Cómo supe eso?, pensó Nafai, y se rió de sí mismo. ¿Cómo había aprendido todo eso?

Podemos escoger las ramas que necesitamos y fabricar arcos de madera verde al principio, pero también guardar otras, dejarlas estacionar, para que los arcos que fabriquemos después sean duraderos. Hay muchas arboledas que nos servirán en nuestro camino hacia el sur. Ni siquiera tendremos que esperar aquí para coger ramas para los arcos.

Cuidadosamente sujetó y anudó un extremo del cáñamo que le había dado Luet, y lo ciñó en torno de la muesca que había tallado en un extremo del arco. Llevó el cáñamo hasta el otro extremo, lo enroscó en torno de la otra muesca, lo ciñó. Lo tensó para que la cuerda estuviera tirante, de modo que al disparar una flecha no se aflojara, sino que recobrara su rectitud, para que la flecha volara en línea recta. Tenía la sensación de haberlo hecho mil veces, y sujetó la cuerda fácil y hábilmente, cortó la parte sobrante y la anudó.

—Si pienso en ello —le dijo al Alma Suprema—, no puedo hacerlo.

(Porque es reflejo), respondió el Alma Suprema. *(Es más profundo que el pensamiento.)*

—¿Pero lo recordaré? ¿Podré enseñarlo a los demás?

(Recordarás una parte. Cometerás errores, pero recordarás, porque ahora también está alojado en las honduras de tu mente. Tal vez no sepas explicar bien lo que haces, pero ellos podrán aprender observándote.)

El arco estaba preparado. Desató la cuerda y se puso a trabajar en las flechas. El Alma Suprema lo había conducido a un lugar donde anidaban muchos pájaros, y allí no faltaban plumas. Y fabricó las cortas y rectas astas con los toscos juncos que crecían a orillas de una laguna, duros como madera. Y las puntas de flecha con la obsidiana que arrancó de la ladera de una colina. Juntó todos los materiales, sin saber cómo trabajar con ellos, pero ahora el conocimiento brotaba de sus dedos sin llegar a su mente consciente. Al alba tendría sus flechas, su arco, tal vez a tiempo para obtener algunas horas de sueño. Después amanecería, y afrontaría la verdadera prueba: rastrear y seguir a su presa, matarla y llevarla a casa.

¿Y entonces qué? Seré el héroe que regresa triunfal al campamento, con sangre en las manos y en la ropa, seré el que llevó carne cuando nadie más podía hacerlo. Seré el que permitió que continuara la expedición. Seré Vehkodushmi, seré el salvador de mi familia y mis amigos, todos sabrán que cuando mi padre se amedrentó yo encontré un modo de continuar, de modo que cuando naveguemos entre las estrellas y nuevamente hollemos el suelo de la Tierra, habrá sido mi triunfo, porque yo fabriqué este arco, estas flechas, y llevé comida a las mujeres.

En medio de este triunfo imaginario, otro pensamiento: Seré uno de los

responsables si algo anda mal. Seré culpado por cada infortunio del viaje. Será mi expedición, y aun Padre acudirá a mí en busca de consejo. En ese día Padre quedará irremediabilmente debilitado. ¿Quién mandará entonces? Hasta ahora, la respuesta habría sido clara: Elemak. ¿Quién podía rivalizar con él? ¿Quién podía seguir a otro, salvo el puñado dispuesto a obedecer al Alma Suprema? Pero ahora, si regreso como héroe, estaré en posición de rivalizar con Elemak. No en posición de dominarlo, empero. Sólo de rivalizar con él. Sólo tendré fuerza suficiente para dividir al grupo. Habrá rencores, gane quien gane; podría haber derramamiento de sangre. Eso no debe suceder, si la expedición ha de tener éxito.

No puedo regresar como un héroe. Debo hallar un modo de llevar la carne que necesitamos para vivir, para alimentar a los niños, sin afectar el liderazgo de Padre.

Mientras reflexionaba, sus dedos y manos continuaban su labor, hallando con pericia los juncos más rectos y tallándoles muescas para la cuerda del arco, abriéndoles diestras espirales para las flechas, y entreabriendo la otra punta para colocar las diminutas puntas de obsidiana.

* * *

Zdorab yacía junto a Shedemei, sudoroso y exhausto. El mero agotamiento físico casi lo había disuadido. ¿Cómo algo que les traería tan poco placer podía ser tan importante para ella, e incluso para él? Sin embargo lo habían logrado, a pesar del desinterés inicial de su cuerpo. Recordó algo que le había dicho un antiguo amante: que en definitiva, un hombre podía copular con cualquier criatura que se quedara quieta el tiempo necesario y no mordiera demasiado. Quizá fuera así...

Esperaba, sin embargo, que cuando al fin se acostara con una mujer hubiera alguna parte de su cerebro, alguna glándula de su cuerpo, que despertara y dijera: Ah, así es como se hace.

Entonces los días de su aislamiento terminarían, y su cuerpo conocería su lugar adecuado en el plan de la naturaleza. Pero lo cierto era que la naturaleza no tenía ningún plan. Sólo una serie de accidentes. Una especie «funcionaba» si una cantidad suficiente de sus integrantes se reproducía con la frecuencia necesaria, así que no importaba si un porcentaje insignificante —mi porcentaje, pensó amargamente Zdorab— es irrelevante desde el punto de vista reproductivo. La naturaleza no era una fiesta de cumpleaños; no le importaba invitar a todos. El cuerpo de Zdorab sería reciclado en los engranajes de la vida, aunque sus genes no se hubieran reproducido.

Y aun así, aun así... Aunque su cuerpo no había hallado gran alegría en el de Shedemei (y el de ella se había extenuado en su esfuerzo por complacerlo a él), había alegría en otro nivel. Porque había entregado su don. La fricción y estimulación de los nervios habían triunfado al fin, activando el reflejo que depositaba un millón de

seres humanos potenciales en la matriz que los mantendría con vida un par de días, en su carrera hacia la otra mitad, la gran madre, el Huevo Infinito. A ellos no les importaba si Zdorab había deseado a Shedemei o simplemente cumplido con un deber mientras fantaseaba desesperadamente sobre otro amante de un sexo sin voluntad reproductiva. La vida de esas criaturas se vivía en otro plano, un plano donde se hilaba esa gran red de la vida que Shedemei adoraba tanto.

Al fin quedé atrapado en esa red, por motivos que ningún gen podría planear; al nacer fui engrasado para escurrirme de esa red, pero igual quedé atrapado, elegí ser atrapado, y nadie puede decir que la mía no sea la mejor paternidad, pues actué por puro amor, y no por mero instinto. Más aún, actué contra mi instinto. Y eso tiene su mérito. Un héroe de la cópula, un alarde de virilidad que asombraría a los demás. Cualquiera puede guiar su bote hacia la costa con viento favorable; yo he llegado a la costa maniobrando entre vientos contrarios, remando contra la marea.

Que esas criaturillas lleguen al huevo. Shedemei dijo que era buena época para que surgiera la competencia por la supervivencia. Que uno de esos bastoncillos, fuerte y tenaz, alcance su microscópica meta, penetre esa pared celular y una el ácido helicoide desoxirribonucleico al de ella y engendre un bebé en nuestro primer intento, así no tendré que afrontar todo esto de nuevo. Pero si es preciso, lo haré por Shedemei.

Cogió la mano de Shedemei. Ella no despertó, pero su mano se cerró suavemente sobre la de Zdorab.

* * *

Luet no podía dormir. No podía dejar de pensar en Nafai, ni de preocuparse. El Alma Suprema la tranquilizaba en vano: él lo está haciendo bien, todo saldrá bien. Hacía tiempo que había anochecido, que Chveya dormía después de alimentarse, cuando Luet se durmió.

Pero no fue un sueño tranquilo.

Soñó que Nafai resbalaba por bordes rocosos, trepaba por riscos abruptos, a veces empuñando un arco, a veces un pulsador, y en el sueño el risco era cada vez más abrupto, hasta que se combaba hacia atrás, y Nafai se aferraba como un insecto y al fin no aguantaba más y se caía...

Luet despertaba, comprendía que había sido un sueño, cambiaba de lugar la transpirada almohada y procuraba dormirse de nuevo.

Hasta que tuvo un sueño donde Nafai no moría, sino que se encontraba en una habitación reluciente de plata, cromo, platino, hielo. En el sueño él estaba tendido sobre un bloque de hielo y el calor de su cuerpo se disolvía, y Nafai se hundía hasta quedar totalmente dentro del hielo, que se cerraba sobre él y se endurecía. Se

preguntó qué era ese sueño. Y luego: Si sé que es un sueño, ¿significa que estoy despierta? Y si estoy despierta, ¿por qué no cesa el sueño?

No cesó. En cambio Luet vio que Nafai, en vez de estar atrapado en el hielo, se hundía cada vez más. La espalda, las nalgas, los tobillos, las pantorrillas, los codos, los dedos y la nuca se curvaban en el fondo del bloque de hielo, y Luet se preguntó cómo se sostenía ese hielo en el aire. ¿Por qué no sostenía también a Nafai? Su cuerpo descendía cada vez más, y luego caía un metro hasta el suelo. Abría los ojos, como si hubiera estado dormido mientras atravesaba el hielo. Rodaba para salir de abajo del hielo, y se erguía bajo la luz. Su cuerpo ya no era como antes. La tez resplandecía bajo la luz, como si lo hubieran cubierto con una finísima pátina del mismo metal de que estaban hechas las paredes. Como un blindaje. Como una nueva piel. Chispeaba de tal modo... Luet comprendió que no reflejaba la luz, sino que la irradiaba. Extraía su poder de las carnes de Nafai, y cuando él pensaba en una parte de sí mismo, para mover una extremidad, o incluso con sólo mirarla, emitía un fulgor tenue.

Míralo, pensó Luet. Se ha convertido en un dios, no sólo un héroe. Resplandece como el Alma Suprema. Es el cuerpo del Alma Suprema.

Pero eso no tiene sentido. El Alma Suprema es un ordenador, y no necesita carne y hueso. Al contrario. Atrapada en un cuerpo humano perdería su vasta memoria, la capacidad de pensar con la velocidad de la luz.

No obstante, el cuerpo de Nafai chispeaba al moverse, y Luet supo que él vestía el cuerpo del Alma Suprema, aunque para ella no tuviera sentido.

En el sueño Nafai se le acercó y la abrazó, y cuando estuvieron unidos, Luet sintió que la chispeante armadura crecía para incluirla, de modo que ella también irradiaba luz. Su piel se sentía viva, como si cada nervio estuviera conectado a la delgada pátina de metal que la rodeaba como sudor. Y comprendió: Cada punto chispeante es un punto de contacto entre un nervio y esta capa de luz. Se apartó de Nafai, pero conservó la nueva piel, aunque ella no había atravesado el hielo que le daba ese lustre. Ésta es la piel que me cubre ahora, pensó; pero también pensó: Yo también visto el cuerpo del Alma Suprema, y estoy viva por primera vez.

¿Qué significa este sueño?

Pero como hacía la pregunta en un sueño, sólo obtuvo una respuesta onírica. Vio que el Nafai del sueño y la Luet del sueño hacían el amor con tal pasión que ella olvidó que era un sueño y se sumió en ese éxtasis. Y cuando terminaron de amarse, Luet vio que el vientre de su yo onírico crecía, y un bebé rutilante asomaba entre sus piernas y se deslizaba hacia los brazos de Nafai; también el bebé estaba cubierto con esa nueva piel, radiante de luz. Ah, el niño era bello, bellísimo.

(Despierta.)

Luet oyó una voz nítida y fuerte.

(Despierta.)

Se irguió, tratando de ver quién le hablaba, de reconocer la voz que se demoraba en su recuerdo.

(Levántate.)

No era una voz. Era el Alma Suprema. ¿Pero por qué el Alma Suprema interrumpía el sueño, cuando sin duda ella misma lo había enviado?

(Levántate en silencio, vidente, y camina en el claro de luna hasta el lugar donde Vas planea matar a su esposa y a su rival. Debes aguardarlos en el reborde que salvó la vida de Nafai.)

Pero yo no tengo fuerzas para detenerlo, si lleva la muerte en el corazón.

(Bastará con tu presencia. Pero debes ir allí, y de inmediato, pues ahora está de guardia y se cree que él y Sevet son los únicos que están despiertos... pronto llamará a Obring, y entonces será demasiado tarde, pues no llegarás a la montaña sin que te vean.)

La aturdida Luet salió de la tienda, medio dormida.

¿Por qué debo ir a la montaña?, preguntó confundida. ¿Por qué no decir a Obring y Sevet que Vas planeta hacerles daño?

(Porque, si te creen, Vas quedará invalidado como miembro de esta expedición. Y si no te creen, Vas será tu enemigo y nunca más estarás a salvo. Confía en mí. Hazlo a mi manera, y todos viviremos, todos viviremos.)

¿Seguro?

(Claro que sí.)

No tienes más capacidad que los demás para predecir el futuro. ¿Cómo puedes estar tan segura?

(Las probabilidades de éxito rondan el sesenta por ciento.)

Maravilloso. ¿Y qué hay del cuarenta por ciento restante?

(Eres una mujer muy inteligente. Improvisarás, lograrás que dé resultado.)

Ojalá tuviera tanta fe en ti como tú parece tener en mí.

(No me tienes tanta fe porque no me conoces tanto como yo a ti.)

Tú puedes leer mis pensamientos, querida Alma Suprema, pero no puedes conocerme, porque no hay ninguna parte de ti que pueda sentir tal como yo siento, ni pensar tal como yo pienso.

(¿Te crees que no lo sé, humana jactanciosa? ¿Debes atacarme por ello? Baja la montaña. Con mucho sigilo. El sendero es visible a la luz de la luna, pero traicionero. Obring ya está despierto; has llegado a tiempo. Ahora permanece delante de ellos, a suficiente distancia como para que no te oigan ni te vean.)

Elemak había notado que Sevet y Obring sacaban más cantimploras de las provisiones. Supo de inmediato qué significaba: un plan para escapar a Dorova. Al mismo tiempo, no podía creer que esos personajes hubieran urdido un plan en

conjunto. Nunca se hablaban, entre otras cosas, porque Kokor se cercioraba de que no tuvieran la oportunidad. No, alguien más debía estar liado, alguien más hábil en el engaño, de modo que Elemak no había notado su robo de otra cantimplora.

Poco antes del anochecer, Vas se había presentado como voluntario para la guardia más odiada, el penúltimo turno antes de la mañana. Obring ya había tomado la última. No se requería un genio para comprender que pensaban marcharse durante la guardia de Vas. Tontos. ¿Creían que podrían bajar la montaña y cruzar la árida playa que bordeaba la bahía con dos cantimploras de agua cada uno? No podrán lograrlo con los bebés.

No piensan llevarse los bebés.

La idea era tan aberrante que Elemak se resistía a creerla. Pero al fin tuvo que aceptarla. Su odio por Obring se redobló. Pero Vas... costaba creer que Vas hiciera semejante cosa. Ese hombre se desvivía por su hija. Incluso le había puesto su nombre. ¿Sería capaz de abandonarla tan cruelmente?

No. No, no piensa abandonarla. Obring abandonaría a su bebé, sí, Obring abandonaría a Kokor, llegado el caso... se quejaba continuamente de su matrimonio. Pero Vas no abandonaría a su hija. Tiene otro motivo. Y no se propone huir a la ciudad con Sevet y Obring. Al contrario. Se propone decirnos que Sevet y Obring huyeron a la ciudad cuando él se durmió en su guardia, y los siguió montaña abajo, con la esperanza de detenerlos, pero en cambio encontró los cadáveres, pues se habían caído de un risco...

¿Cómo sé todo esto? ¿Por qué me resulta tan claro? Elemak se hacía estas preguntas, pero no podía dudar.

Se anotó pues para la guardia intermedia, y al finalizar, tras despertar a Vas y regresar a su tienda, permaneció en vela, aunque se acostó con los ojos cerrados, respirando pesadamente como si durmiera, por si Vas iba a echarle un vistazo. Pero Vas no fue, y tampoco fue a la tienda de Obring. La guardia se prolongaba, y al fin Elemak, contra su voluntad, se durmió. Tal vez sólo un instante. Pero debía haberse dormido, porque se despertó sobresaltado, el corazón palpitando con alarma. Algo... un ruido. Se sentó en la oscuridad, escuchando. Oía la respiración de Edhya, y de Proya, pero nada más. Se levantó en silencio, salió de la tienda. Vas no estaba de guardia, ni nadie más. Fue a la tienda de Vas, No estaba, y tampoco Sevet... pero la niña Vasnaminanya todavía estaba allí. El corazón de Elemak se llenó de furia ante esa monstruosidad. Fuera cual fuese el plan de Vas —abandonar a su hija o matar a la madre—, era inconcebible.

Lo encontraré, pensó Elemak, y cuando lo encuentre pagará por esto. Sabía que había idiotas en este viaje, idiotas, mentecatos y pusilánimes, pero no sabía que hubiera alguien tan cruel. Nunca pensé que Vas fuera capaz de esto. Nunca conocí a Vas, por lo que parece. Y nunca le conoceré, pues apenas lo encuentre morirá.

Fue fácil guiarlos montaña abajo. Ambos confiaban plenamente en él. Era la recompensa por un año de fingir que no le importaba que lo hubieran traicionado. Si les hubiera mostrado la menor chispa de cólera, al margen de cierta frialdad hacia Obring, ese hombre no lo habría seguido como un marrano yendo al matadero. Pero Obring confiaba en él, y también Sevet, a su manera taciturna.

El sendero era accidentado, y más de una vez tuvo que ayudarles en pasajes escabrosos. Pero en el claro de luna podían ver el peligro, y cuando aparecían problemas él los ayudaba a cruzar. Cogiendo la mano de Sevet y guiándola en una cuesta, o entre dos rocas. Susurrando: «¿Ves la rama que debes aferrar, Obring?» Y Obring respondía afirmativamente, con una inclinación de la cabeza: Puedo verla, puedo aferrarla, Vas, porque soy un hombre. Vaya broma. Vaya broma a costa de Obring, tan patéticamente orgulloso de estar incluido en este gran plan. Cómo lloraré cuando bajemos para recobrar los cuerpos. Cómo llorarán los demás por mí mientras abrazo a mi hijita, hablándole de su madre perdida, diciéndole que ahora es huérfana. Huérfana, pero con el nombre del padre. Y la criaré de tal modo que no quede en ella el menor rastro de esa madre traidora. Será una mujer de honor que nunca traicionará a un buen hombre que le habría perdonado todo, menos que entregara su cuerpo al esposo de su propia hermana, ese advenedizo despreciable y viscoso. Le dejaste vaciar en ti su tacita de hojalata, mi querida Sevet, y pagarás por ello.

—Aquí está el lugar donde Nafai y yo intentamos cruzar —susurró.

—¿Veis el cruce en esa roca que brilla a la luz de la luna?

Obring cabeceó.

—Pero el verdadero camino está en el reborde que le salvó la vida —dijo Vas.

—Hay un lugar difícil, una caída de dos metros, pero luego es fácil desplazarse por la ladera del peñasco, y luego llegaremos a la parte fácil, la que desciende a la playa.

Dejaron atrás el lugar donde Vas había observado en silencio la lucha de Nafai. Cuando resultó evidente que Nafai lograría trepar a pesar de todo, había respondido a su llamada y había ido a ayudarlo. Ahora les ayudaría a bajar al reborde. Sólo que no bajaría para acompañarlos. En cambio, patearía a Obring en la cabeza y lo empujaría al vacío. Entonces Sevet comprendería. Sevet sabría por qué la había llevado ahí. Y por fin le suplicaría perdón. Rogaría, gemiría, lloraría.

Y él respondería cogiendo la piedra más pesada que encontrara y se la arrojaría, obligándola a correr a lo largo del saliente. La guiaría hasta el lugar angosto, y seguiría arrojando piedras hasta que ella tropezara o perdiera el equilibrio. Sevet caería y gritaría, y él oiría el grito y lo guardaría para siempre en su corazón.

Luego bajaría por el verdadero sendero hasta el fondo, y encontraría sus cuerpos

destrozados en el lugar donde había caído el pulsador. Si uno de ellos aún estaba con vida, nada le costaría desnucarlo. Nadie se sorprendería de descubrir que se habían desnucado al caer. Pero dudaba que sobrevivieran. Era una larga caída, y el pulsador se había hecho trizas. El idiota de Nafai también se habría hecho trizas si no se hubiera aferrado de ese invisible saliente. En fin, Nafai era sólo un fastidio. No le importaba mucho que él sobreviviera mientras los pulsadores estuvieran destruidos y tuvieran que regresar a la civilización. Y ahora, antes de regresar, contaba con la oportunidad de vengarse sin que sospecharan de él. Deben haber oído que yo los seguía, porque iban con demasiada prisa, considerando que era de noche.

Y entonces vi que enfilaban hacia ese saliente. Sabía que era peligrosa, y los llamé, pero creo que no entendieron que yo trataba de advertirles. O tal vez no les importó. ¡Dios sabe cuánto la amaba! ¡La madre de mi hija! Incluso derramaré una lágrima por ambos, y me creerán. ¿Qué remedio les queda? Todos saben que hace tiempo que perdoné y olvidé su adulterio.

No soy un hombre muy exigente. No espero que los demás sean perfectos. Soy tolerante y cumplo con mi parte. Pero cuando alguien me trata como un gusano, como si yo no existiera, como si yo no importara, entonces no olvido, no, jamás olvido, nunca perdono, simplemente espero el momento oportuno, y entonces entienden que sí importo, y que despreciarme fue el peor error que pudieron cometer. En eso pensará Sevet cuando las piedras la golpeen y no encuentre dónde ocultarse, salvo el vacío donde caerá: Si hubiera sido fiel, ahora viviría para criar a mi hija.

—Por aquí —dijo Vas.

—Aquí está el lugar donde tenemos que descender al saliente inferior.

Sevet estaba asustada, y Obring adoptó una máscara de valentía pero mostraba su miedo tanto como si se hubiera orinado encima y se hubiera puesto a lloriquear. Algo que haría muy pronto.

—No hay problema —dijo.

—Sevet primera —dijo Vas.

—¿Por qué yo? —dijo ella.

—Porque entre los dos podremos ayudarte a bajar mejor —dijo Vas. Y sobre todo porque así podré patear a Obring en la cabeza en cuanto lo haya bajado a él, y tú ya estarás atrapada en la saliente, viendo todo pero sin poder hacer nada.

Todo saldría bien. Sevet se acuclilló en el borde, disponiéndose a girar para descender. Y entonces se oyó otra voz, una voz inesperada y terrible.

—El Alma Suprema te prohíbe que bajes, Sevet.

Todos se volvieron y la vieron. Resplandecía en el claro de luna, y su túnica blanca flameaba en el viento, que soplaba con más fuerza donde ella estaba.

¿Cómo lo supo?, se preguntó Vas. ¿Cómo supo que debía venir aquí? Creí que el Alma Suprema aceptaría esto... simple justicia. Si el Alma Suprema no quería que

Obring y Sevet pagaran su traición, ¿por qué no lo había detenido antes? ¿Por qué ahora, cuando estaba tan cerca? No, no permitiría que lo detuvieran. Era demasiado tarde. Habría tres cadáveres al pie del peñasco, en vez de dos. Y en vez de regresar montaña arriba, cogería tres cantimploras de agua y se dirigiría hacia Dorova. Llegaría allá y se largaría de nuevo antes que llegara cualquier acusación. Y terminaría en Seggidugu o Potokgavan, donde negaría todo. No habría testigos, y ninguna de esas personas tendría influencia, de cualquier modo. Perdería a su hija, pero eso sería un justo castigo por la muerte de Luet. Todo quedaría en tablas. No tendría ninguna deuda de venganza con el universo, y el universo no tendría ninguna deuda de venganza con él. Todo quedaría equilibrado, saldado.

—Tú me conoces, Sevet —dijo Luet.

—Te hablo como vidente. Si bajas de allí, nunca más verás a tu hija, y a los ojos del Alma Suprema no hay mayor crimen que el de una madre que abandona a su hija.

—¿Cómo hizo tu madre con Hushidh y contigo? —dijo Vas.

—Ahórranos tus mentiras sobre los crímenes y el Alma Suprema. El Alma Suprema es un ordenador instalado por un antepasado lejano para vigilarnos, y nada más... tu propio esposo lo dice, ¿o no? Mi esposa no es supersticiosa y no te creerá.

No, no, no tendría que haber hablado tanto. Tendría que haber actuado. Tendría que haber dado tres pasos para empujar a esa niña frágil. Luet no podría resistirse. Una vez que la hubiera matado, los demás obedecerían más pronto y continuarían la marcha. Hacia la ciudad, creerían. Discutir con ella era estúpido. Vas estaba actuando estúpidamente.

—El Alma Suprema os escogió a los tres para formar parte de su expedición —dijo Luet.

—Ahora os digo que si bajáis allí, ninguno de vosotros vivirá para ver la luz del día.

—¿Profecía? —dijo Vas.

—No sabía que era uno de tus muchos dones.

—Mátala ahora, gritó por dentro, pero su cuerpo no le obedecía.

—El Alma Suprema me ha dicho que Nafai ha fabricado su arco y sus flechas, que vuelan raudas y certeras. Esta expedición continuará, y vosotros con ella. Si regresáis ahora, vuestras hijas nunca sabrán que una vez las abandonasteis. El Alma Suprema cumplirá con sus promesas, y heredaréis una tierra de abundancia, y vuestros hijos serán una gran nación.

—¿Cuándo hubo promesas para mí? —dijo Obring.

—Para los hijos de Volemak, sí, pero no para mí. Para mí no hay más que órdenes y gritos porque no hago las cosas a gusto del rey Elemak.

—Deja de lloriquear —dijo Vas.

—¿No ves que trata de embaucarnos?

—El Alma Suprema me envió a este lugar para salvar vuestra vida —dijo Luet.

—Pamplinas —dijo Vas.

—Y tú lo sabes. Mi vida no ha peligrado un solo instante.

—Y yo te digo, Vas, que si hubieras llevado a cabo tu plan, tu vida no habría durado cinco minutos más.

—¿Y cómo sucedería ese milagro? —preguntó Vas. Entonces oyó a sus espaldas la voz de Elemak, y supo que lo había perdido todo.

—Yo te habría matado —dijo Elemak.

—Con mis propias manos.

Vas giró sobre sus talones, colérico. Esta vez no pudo contener la rabia. ¿Por qué contenerla? Ya podía darse por muerto, con Elemak allí. ¿Por qué no demostrar su desprecio abiertamente?

—¿Conque sí, eh? —gritó.

—¿Crees que puedes vencerme? ¡Nunca has podido vencerme! ¡He burlado tus propósitos a cada paso! Y nunca lo supiste, nunca lo sospechaste. Idiota, te pavoneas y alardeas de que sólo tú sabes guiar nuestra caravana... sólo yo logré lo que tú no pudiste, obligarnos a regresar.

—¿Regresar? No fuiste tú quien...

—Elemak hizo una pausa, y Vas notó que comprendía. Ahora Elya sabía quién había destruido los pulsadores.

—Sí, como el cobarde escurridizo que eres, nos pusiste a todos en peligro, hiciste peligrar a mi esposa y a mi hijo, y no te pillamos porque jamás se nos habría ocurrido que uno de nosotros pudiera ser tan ruin y repulsivo como para...

—Ya basta —dijo Luet.

—No habléis más, o habrá acusaciones que deberán encararse abiertamente, cuando todavía se pueden manejar en silencio.

Vas comprendió de inmediato. Luet no quería que Elemak dijera sin rodeos que Vas había destruido los pulsadores, y menos frente a Obring y Sevet, o tendría que haber un castigo. Y ella no quería que lo castigaran. No quería que lo mataran. Luet era la vidente de las aguas, hablaba en nombre del Alma Suprema, y eso significaba que el Alma Suprema quería que él viviera.

(Así es.)

El pensamiento fue tan nítido como un voz dentro de su cabeza.

(Quiero que vivas. Quiero que Luet viva. Quiero que Sevet y Obring vivan. No me obligues a escoger quién de vosotros debe morir.)

—Subid la cuesta —dijo Elemak.

—Los tres.

—No quiero regresar —dijo Obring.

—Aquí no hay nada para mí. Mi lugar está en la ciudad.

—Si —dijo Elemak—, en una ciudad donde la pereza, la inutilidad, la cobardía y la estupidez se puedan ocultar detrás de ropas finas y un par de bromas, donde la gente crea que realmente eres un hombre. Pero no te preocupes, habrá tiempo de sobra para eso. Cuando Nafai fracase y regresemos a la ciudad...

—Pero ella dice que Nafai ha fabricado el arco —dijo Obring.

Elemak miró a Luet y en sus ojos creyó ver una confirmación.

—Fabricar un arco no es lo mismo que saber usarlo —dijo.

—Si él trae carne al campamento, entonces sabré que el Alma Suprema lo acompaña de veras, y que es más poderoso de lo que yo pensaba. Pero no sucederá así, vidente de las aguas. Tu esposo pondrá empeño, pero fracasará, no por falta de habilidad sino porque es imposible. Y cuando él fracase, viraremos hacia el norte y regresaremos a la ciudad. No era preciso que hicieras esto.

Vas escuchó y comprendió el verdadero mensaje. Al margen de que Elemak creyera o no en el fracaso de Nafai, hablaba de tal modo que Sevet y Obring pensarían que aquí sólo se había producido un intento de fuga a la ciudad. No se proponía decirles que Vas tenía la intención de matarlos.

O quizá no lo sabía. Quizá Luet no lo sabía.

Quizá, cuando decía que los tres perecerían si continuaban su descenso, quería decir que los mataría para impedir su fuga. Tal vez aún fuera un secreto.

—Regresad por donde vinisteis —dijo Elemak.

—Convenid en ello, y no habrá castigos. Aún falta para el amanecer, y no es preciso que nadie se entere de lo sucedido aparte de nosotros cinco.

—Sí —dijo Obring.

—Eso haré. Lo lamento, gracias.

Es tan débil, pensó Vas.

Obring pasó junto a Elemak y echó a andar cuesta arriba. Sevet lo siguió en silencio.

—Vamos, Luet —dijo Elemak.

—Esta noche has hecho un buen trabajo aquí. No me molestaré en preguntar a la vidente de las aguas cómo supo que debía estar aquí antes que ellos. Sólo diré que si no los hubieras demorado, se habrían producido muertes esta noche.

Vas se preguntó si los otros aún podrían oírles. ¿O Elemak sólo hablaba de las muertes que él mismo habría causado, dando a entender que los habría alcanzado y castigado por tratar de escapar?

Luet siguió a los demás montaña arriba. Vas y Elemak quedaron solos.

—¿Cuál era tu plan? —preguntó Elemak.

—¿Empujarlos cuando bajaran al saliente? Conque lo sabía.

—Si le hubieras causado daño a cualquiera de ambos, te habría destrozado.

—¿De veras? —preguntó Vas.

Elemak le aferró la garganta, aplastándolo contra la pared de roca. Vas cogió el brazo de Elemak, y luego la mano, tratando de apartarle los dedos. No podía respirar, y le dolía. Elemak no sólo fingía, no sólo hacía alarde de su fuerza, sino que se proponía matarle, y Vas sintió pánico. Cuando estaba por arañar los ojos de Elemak —cualquier cosa con tal de zafarse—, su rival le estrujó los genitales con la otra mano. El dolor era indescriptible, pero no podía gritar ni jadear porque tenía cerrado el gznate. Tuvo una arcada, y la bilis estomacal se abrió paso por su cerrada garganta; sintió el sabor en la boca. Esto es la muerte, pensó.

Elemak estrujó una vez más la garganta y los testículos de Vas, como para demostrarle que aún no había utilizado toda su fuerza, y lo soltó.

Vas jadeó y gimió. Los genitales le palpitaban de dolor, la garganta le ardía mientras aspiraba el aire entrecortadamente.

—No hice esto frente a los demás porque quiero que seas útil —dijo Elemak.

—No quiero maltratarte ni humillarte frente a los demás, pero quiero que recuerdes esto. Cuando empieces a tramar tu próximo asesinato, recuerda que Luet te está observando, que el Alma Suprema te está observando y, sobre todo, que yo te estoy observando. A partir de hoy no te quitaré los ojos de encima, amigo Vasya. Si veo el menor indicio de que planeas nuevos actos de sabotaje u homicidio, no esperaré a ver qué sucede. Te sorprenderé en medio de la noche y te romperé el cuello. Sabes que puedo hacerlo. Sabes que no puedes detenerme. Mientras yo viva, no tomarás venganza contra Sevet ni Obring. Ni contra mí. No te pediré un juramento, porque tu palabra es orina de tu boca. Sólo espero que obedezcas, porque eres un cobarde escurridizo que está aterrado de dolor, y nunca más te levantarás contra mí porque recordarás cómo te sientes ahora, en este momento.

Vas oyó todo esto y supo que Elemak tenía razón, que nunca se alzaría contra él, porque no soportaría sentir de nuevo el miedo y el dolor que acababa de padecer, que aún padecía.

Pero te odiaré, Elemak. Y algún día, algún día, cuando estés viejo, débil e indefenso, ajustaré cuentas contigo. Mataré a Sevet y Obring y no podrás detenerme. Ni siquiera te enterarás de que lo hice. Y un día iré a verte y diré: Lo hice a pesar de ti. Y te enfurecerás conmigo y yo me echaré a reír, porque estarás indefenso, y en tu indefensión te haré sentir lo que me hiciste sentir, el dolor, el miedo, el pánico de no poder respirar ni siquiera para gritar de dolor. Ya lo creo que lo sentirás. Y mientras agonizas, te contaré el resto de mi venganza: que mataré a todos tus hijos, y a tu esposa, y a todos los seres que amas, y no podrás detenerme. Entonces morirás, y sólo entonces quedaré satisfecho, sabiendo que sufriste la muerte más horrenda que pueda imaginarse.

Pero no hay prisa, Elemak. Soñaré con esto todas las noches. Nunca olvidaré. Tú olvidarás. Hasta el día en que te haga recordar, no importa cuántos años pasen.

Cuando Vas pudo caminar, Elemak lo obligó a levantarse y lo llevó a empujones al sendero que conducía al campamento.

* * *

Al alba todos estaban en su lugar, y sólo los participantes conocían la escena que se había desarrollado bajo el claro de luna, montaña abajo.

Apenas había despuntado el sol cuando Nafai llegó caminando por el prado. Luet estaba despierta —con gran esfuerzo— alimentando a Chveya mientras Zdorab repartía galletas empapadas en un líquido azucarado para el desayuno. Le vio correr hacia ellos con la primera luz del sol en el cabello. Recordó cómo lo había visto en su extraño sueño, chispeando con la luz de su invisible armadura de metal. Se preguntó qué significaba eso. Y se dijo que no tenía importancia.

—¿Por qué has regresado? —exclamó Issib, quien sostenía a Dalia sobre las rodillas mientras Hushidh orinaba o hacía cualquier otra cosa.

Por respuesta, Nafai alzó el arco en una mano, cinco flechas en la otra.

Luet se levantó de un brinco y corrió hacia él sin soltar a la niña, aunque Chveya perdió contacto con el pezón y se puso a protestar ante esos barquinazos que le impedían comer. Luet no prestó atención a los berridos del bebé. Besó a su esposo, lo aferró con la mano libre.

—Tienes el arco —dijo.

—¿Qué es un arco? —dijo Nafai.

—El Alma Suprema me enseñó a fabricarlo. Yo no tuve que poner mi habilidad. Pero lo que tú has logrado...

—¿Entonces lo sabes?

—El Alma Suprema me lo mostró en su sueño. Desperté cuando terminó, y regresé de inmediato.

—Conque sabes que no diremos nada sobre ello.

—Sí —dijo.

—Salvo entre nosotros. Salvo para que yo pueda decirte que eres una mujer magnífica, la persona más fuerte y valerosa que conozco.

Le encantaba que él dijera esas palabras, aunque sabía que no eran ciertas. No se había sentido valiente, sino aterrada de que Vas la matara junto con los demás. Había sentido tanto alivio al ver a Elemak que casi rompió a llorar. Pronto le contaría todo eso. Pero por ahora le agradaba oír esas palabras afectuosas y halagadoras, y sentir el brazo de Nafai en torno mientras caminaban juntos hacia el campamento.

—Veo que tienes el arco, pero no carne —dijo Issib cuando se acercaron.

—¿Entonces has desistido? —preguntó Mebbekew, esperanzado.

—Tengo tiempo hasta el ocaso —dijo Nafai.

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó Elemak.

Todos habían salido de las tiendas, y se reunían para mirar.

—Vine porque tener el arco no es nada. El Alma Suprema pudo enseñarle eso a cualquiera de nosotros. Ahora necesito que Padre me diga dónde encontrar presas.

Volemak se sorprendió.

—¿Y cómo he de saberlo, Nyef? No soy cazador.

—Tengo que saber dónde hay presas tan mansas que me permitan acercarme mucho —dijo Nafai.

—Y dónde son tan abundantes como para encontrar más cuando yerre en mis primeros intentos.

—Pues llévate a Vas como rastreador —dijo Volemak.

—No —intervino Elemak.

—No, Nafai tiene razón. Esta mañana ni Vas ni Obring lo acompañarán como rastreadores.

Luet sabía muy bien por qué Elemak insistía en eso, pero Volemak aún estaba estupefacto.

—Pues que Elemak te diga dónde conseguir esas presas.

—Elemak no conoce esta comarca mejor que yo —dijo Nafai.

—Y yo no la conozco en absoluto —dijo Volemak.

—No obstante, sólo cazaré donde tú digas —dijo Nafai.

—Es demasiado importante para dejarlo al azar. Todo depende de esto, Padre. Dime dónde cazar, o no tendré esperanzas.

Volemak miró a su hijo en silencio. Luet no entendía por qué Nafai hacía esto. Nunca había necesitado que Volemak le indicara dónde buscar animales. Pero intuía que era muy importante, que por algún motivo el éxito de la expedición dependía de que fuera Volemak quien decidiera dónde realizar la cacería.

—Consultaré el índice —dijo Volemak.

—Gracias, Padre —dijo Nafai, y lo siguió a la tienda.

Luet miró a los demás. ¿Cómo interpretarían esto? Su mirada se cruzó con la de Elemak. Él sonrió ambiguamente. Luet también sonrió, sin saber qué pensaba Elemak de la situación.

Fue Hushidh quien se la aclaró.

—Tu esposo es listo —susurró. Luet se volvió sorprendida, pues no había notado que Hushidh se le acercaba.

—Cuando regresó con el arco y las flechas, debilitó a Volemak. Lo debilitó ayer, de hecho, cuando insistió en continuar con la expedición. Todos los vínculos que unían a este grupo se aflojaron ayer. Lo noté al levantarme esta mañana, una fractura. El borde del caos. Y algo peor, entre Vas y Elemak... un odio espantoso que no entiendo. Pero Nafai acaba de devolverle la autoridad a su padre. Se la pudo haber

arrebatado, y nos habría dividido, pero no lo hizo... se la devolvió, y veo que pronto se restablecerán nuestras viejas estructuras.

—A veces, Shuya, preferiría tener tu don en vez del mío.

—A veces el mío es más práctico y cómodo —dijo Hushidh.

—Pero tú eres la vidente de las aguas.

Como Chveya le succionaba el pecho con ruidos obscenos, ávida de obtener la mayor cantidad posible antes que Luet echara a correr de nuevo, Luet no pudo tomar muy en serio su noble vocación. Respondió a Hushidh con una carcajada. Muchos que no habían oído sus cuchicheos oyeron sus risas, y se volvieron para mirarla. Parecían preguntarse qué era tan divertido en semejante mañana, cuando el destino de todos estaba en juego.

Nafai y Volemak salieron de la tienda. Volemak había recobrado el aplomo. Ahora estaba indudablemente al mando; abrazó a su hijo, señaló el sureste y dijo:

—Allá encontrarás animales, Nafai. Regresa pronto y permitiré que se cocine la carne. Que los moradores de Dorova se pregunten por qué hay una voluta de humo en la otra margen de la bahía. Cuando acudan a investigar, habremos reanudado la marcha hacia el sur.

Luet supo que muchos oían esas confiadas palabras con más angustia que esperanza, pero esa añoranza por la ciudad era una flaqueza, no un motivo de orgullo, no un deseo que debiera satisfacerse. El sabotaje de Vas habría podido obligarlos a regresar, pero sus vidas habrían perdido sentido, al menos comparadas con lo que lograrían cuando Nafai triunfara.

Si triunfaba.

Entonces Elemak le habló a Nafai.

—¿Sabes disparar esa cosa? —preguntó.

—No sé. Aún no lo he intentado. Anoche estaba demasiado oscuro. Sé que puedo disparar a gran distancia. Aún no he desarrollado bien los músculos apropiados para estirar el arco.

—Sonrió.

—Tendré que encontrar un animal muy estúpido, muy lento, o sordo, o ciego, o que esté a contraviento.

Nadie rió. En cambio, lo siguieron con la mirada mientras Nafai emprendía la marcha hacia el lugar que había señalado su padre.

Fue una mañana tensa en el campamento. No era la tensión de las riñas apenas contenidas —algo que ya habían experimentado con frecuencia— sino la tensión de la espera. No había nada que hacer, salvo atender a los pequeños y preguntarse si Nafai, a pesar de todo, podría conseguir carne con su arco y sus flechas. La única excepción a esa atmósfera de sombrío nerviosismo eran Shedemei y Zdorab. No porque estuvieran eufóricos. Actuaban con la discreción de costumbre, pero Luet

notó que parecían más... más conscientes de su mutua presencia. No dejaban de mirarse, como si compartieran un secreto.

Luet sólo comprendió a media mañana, cuando Shedemei abrazaba a la desnuda Chveya mientras ella lavaba la segunda bata y los pañales que su hija había ensuciado esa mañana.

Shedemei no podía contener la risa mientras jugaba con Chveya, y Luet comprendió que ese inesperado buen humor sin duda era porque Shedemei estaba encinta. Después de tanto tiempo, cuando todos habían llegado a la conclusión de que era estéril, Shedy tendría un bebé.

Y, Luet, siendo como era, no vaciló en hacer la pregunta sin rodeos. A fin de cuentas, estaban a solas, y ninguna mujer ocultaba secretos a la vidente, si ella quería saberlos.

—No —dijo Shedemei, sobresaltada.

—Es decir... tal vez, ¿pero cómo saberlo tan pronto?

Sólo entonces Luet comprendió: Shedemei no había quedado encinta hasta ahora porque ella y Zdorab no tenían relaciones sexuales. Debían de haberse casado por conveniencia, para compartir una tienda. Siempre habían sido amigos, y ahora eran tan conscientes de su mutua presencia, y Shedemei era tan feliz, porque anoche debían haber consumado el matrimonio.

—Felicitaciones, de todos modos —dijo Luet. Shedemei se sonrojó y miró a la niña, haciéndole cosquillas.

—Tal vez sea pronto. Algunas mujeres conciben enseguida. Creo que yo concebí.

—No se lo cuentes a nadie —dijo Shedemei.

—Hushidh sabrá que algo ha cambiado —dijo Luet.

—Pues que lo sepa ella, pero nadie más.

—Lo prometo —dijo Luet.

Pero en la sonrisa de Shedemei había algo que le decía que, aunque Luet sabía parte del secreto, aún quedaban detalles sin revelar. No importa, se dijo Luet. No soy de las que tienen que saberlo todo. Lo que sucede entre tú y Zdorab no me concierne, salvo en lo que quieras decirme. No sé qué sucedió, pero sé que te ha hecho más feliz. Te veo más esperanzada que nunca en todo este viaje.

O quizá sea yo quien se siente más esperanzada que nunca, porque esta mañana hemos capeado un peligroso temporal. Y, ante todo, porque Elemak estuvo de parte del Alma Suprema. ¿Qué importa si Vas es un cobarde y un asesino en su corazón? ¿Qué importa si Obring y Sevet estaban dispuestos a abandonar a sus hijos? Si Elemak ya no era enemigo del Alma Suprema, todo podía cambiar.

Nafai regresó antes del mediodía. Nadie le vio llegar porque nadie le esperaba tan temprano. De pronto apareció cerca de las tiendas.

—¡Zdorab! —llamó.

Zdorab salió de la tienda de Volemak, donde él e Issib consultaban el índice.

—Nafai —dijo Zdorab.

—Parece que has regresado.

Nafai sostenía el cuerpo desollado de una liebre en una mano, un *yobz* igualmente desnudo y sangriento en la otra.

—No es mucho, pero Padre dijo que prepararíamos un guisado si yo volvía temprano. Enciende el fuego, Zdorab. Tenemos grasa y proteínas para meternos en el vientre esta noche.

No todos se alegraron de saber que la expedición continuaría, pero todos recibieron con gusto la carne cocida, el sabroso guisado, y el final de la incertidumbre. Volemak desbordaba de alegría cuando cenaron esa noche. Luet se preguntaba si no le resultaría más fácil ceder el manto de la autoridad, entregarlo a uno de sus hijos. Pero no era posible. Por pesada que fuera la carga de la autoridad, era más leve que el peso insoportable de perderla. Mientras comían, notó que Nafai apestaba después del trajín de ese día. No era exactamente un olor nuevo, pues aquí nadie podía atenerse a las pautas de higiene de Basílica, pero era desagradable.

—Hiedes —le susurró, mientras los demás escuchaban a Mebbekew, quien recitaba un antiguo poema obscuro que había aprendido en sus tiempos de actor.

—Admito que necesito un baño —dijo Nafai.

—Esta noche te daré uno —dijo Luet.

—Esperaba que dijeras eso —respondió Nafai.

—Cuando te veo bañar a Veya me pongo celoso.

—Hoy estuviste magnífico —dijo ella.

—Sólo tallé unas ramas mientras el Alma Suprema me vertía conocimientos en la cabeza. Y luego maté animales demasiado estúpidos para correr.

—Sí, todo eso... magnífico. Y algo más. Lo que hiciste con tu padre.

—Era lo correcto. Nada más. No como lo que hiciste tú. En realidad, eres tú quien merece mimos esta noche.

—Lo sé, pero antes debo bañarte. No tiene gracia que me mime alguien que apesta.

Por toda respuesta, él la abrazó, hundiéndole la nariz en la axila. Ella le hizo cosquillas para liberarse.

Rasa, mirándolos a través del fuego, pensó: Tan niños. Tan jóvenes, tan juguetones. Me alegra que todavía puedan ser así. Algún día, cuando adquieran responsabilidades de adultos, perderán esa cualidad. Será reemplazada por un juego más lento y apacible. Pero por ahora pueden olvidar las cuitas y recordar que es bueno estar vivo. En el desierto o en la ciudad, en una casa o en una tienda, eso es lo que significa la felicidad, a fin de cuentas.

Capítulo 8

ABUNDANCIA

A la mañana siguiente cargaron los camellos y viajaron hacia el sur. Nadie lo mencionaba, pero todos comprendían que estaban poniendo distancia entre ellos y la Bahía de Dorova. Todavía no era fácil abrirse paso por el Valle de los Fuegos, y varias veces tuvieron que desandar camino, aunque ahora Elemak cabalgaba delante, a menudo con Vas, explorando senderos que condujeran a sitios útiles. Por la mañana Volemak le decía lo que había aconsejado el índice, y Elemak marcaba un sendero que conducía a los ascensos y descensos más transitables de meseta en meseta.

Al cabo de unos días encontraron otra fuente de agua potable, y la llamaron Strelay, porque pudieron aprovechar su estancia allí para fabricar flechas. Nafai fue el primero en salir y encontró ejemplares de todas las especies de árboles que el Alma Suprema indicaba como adecuados para fabricar buenos arcos; pronto juntaron gran cantidad de ramas. Con algunas fabricaron arcos enseguida, para practicar y para satisfacer sus necesidades inmediatas de carne; en cuanto al resto, las llevarían consigo, para que la madera se estacionara y conservara su flexibilidad. También fabricaron cientos de flechas, y practicaron tiro al blanco, tanto hombres como mujeres, porque, como dijo Elemak, «puede llegar el momento en que nuestra vida dependa de la destreza de nuestras esposas con el arco».

Aquellos que habían sido buenos tiradores con el pulsador también fueron buenos con el arco, después de cierta práctica, pero el verdadero desafío consistía en estirar la cuerda con firmeza para acertar en blancos distantes. Durante la primera semana todos sufrieron dolores en los brazos, la espalda y los hombros; Kokor, Dol y Rasa pronto desistieron y no volvieron a intentarlo. Sevet y Hushidh, en cambio, se convirtieron en notables arqueras, siempre que usaran arcos más pequeños que los hombres.

Issib tuvo la idea de teñir las astas de un color brillante y llamativo, para que las flechas fueran más fáciles de recobrar.

Luego reanudaron la marcha, de la fuente al fuego, practicando arquería mientras avanzaban. Comenzaron a enorgullecerse de la fuerza de sus brazos. La competencia en arquería entre los hombres se volvió encarnizada; las mujeres notaron que los hombres sólo se interesaban en blancos que estuvieran fuera del alcance de los pequeños arcos de Sevet y Hushidh, pero sólo lo comentaron entre ellas.

—Que se diviertan —dijo Hushidh.

—Les resultaría muy humillante ser derrotados por una mujer.

Sin proponérselo, pronto avanzaron en forma paralela a la ruta de las caravanas, y

bastante cerca, así que por un tiempo volvieron a la carne cruda. Una mañana Volemak salió de la tienda, sosteniendo el índice, y dijo:

—El Alma Suprema dice que ahora debemos dirigirnos al oeste, hacia las montañas, hasta llegar al mar.

—Déjame adivinar —dijo Obring.

—Allí no podremos ver ninguna ciudad.

Nadie le respondió. Y nadie mencionó lo sucedido cerca del Mar del Barranco.

—¿Por qué al oeste? —preguntó Elemak.

—Apenas hemos recorrido la mitad del Valle de los Fuegos. La ruta de las caravanas no regresa al mar hasta llegar al Mar de Fuego, al sur de aquí. Yendo hacia el oeste nos desviamos del camino.

—Hay ríos al oeste —dijo Volemak.

—No los hay —dijo Elemak.

—Si los hubiera, los caravaneros los habrían encontrado y los aprovecharían. Habría ciudades en la región.

—No obstante —dijo Volemak—, iremos al oeste. El Alma Suprema dice que necesitaremos acampar largo tiempo una vez más, para sembrar y cosechar.

—¿Por qué? —preguntó Mebbekew.

—Estamos avanzando a buen paso. Los niños se encuentran bien. ¿Por qué otro campamento?

—Porque Shedemei está encinta, desde luego —dijo Volemak—, y se pone más delicada con cada día que pasa.

Todos miraron sorprendidos a Shedemei. Ella se sonrojó, y parecía tan sorprendida como los demás.

—Sólo lo sospeché esta mañana —dijo.

—¿Cómo sabe el Alma Suprema algo que yo apenas he sospechado?

Volemak se encogió de hombros.

—Sabe lo que sabe.

—Muy oportuna, Shedyá —dijo Elemak.

—Las demás mujeres procuran no quedar embarazadas porque están amamantando, pero ahora tenemos que esperar por ti.

Por una vez Zdorab habló enérgicamente.

—Algunas cosas no se pueden planear con precisión, Elya, así que no eches culpa donde no hubo voluntad.

Elemak lo miró con firmeza.

—Nunca lo hago —dijo, pero abandonó la discusión y se dirigió hacia el oeste, trazando un sendero para la caravana.

Este camino se internaba en auténticas montañas volcánicas, con flujos de lava relativamente recientes que todavía no se habían disuelto en el suelo. Issib utilizó el

índice para obtener información sobre la zona. Había por los menos cincuenta volcanes activos y latentes en esa cordillera que estaba frente al Mar del Barranco.

—Las últimas erupciones fueron el año pasado —dijo Issib—, pero mucho más al sur.

—Tal vez por eso el Alma Suprema nos conduce hacia el mar por el norte —dijo Volemak.

El ascenso fue difícil, pero mucho más difícil fue el descenso del otro lado de la cordillera. El declive era más empinado y había más vegetación. La ladera de la montaña era casi una jungla.

—Los vientos invernales vienen del mar —dijo Issib—, y hay tormentas casi todos los días en verano. Las montañas detienen las nubes, las obligan a ascender a la atmósfera más fría, y le arrancan la humedad que contienen. De modo que nos encontramos con un bosque pluvial. A orillas del mar no habrá tanta humedad.

Se estaban habituando a que Issib fuera el encargado de explorar el índice; durante los días de viaje, era el único que no tenía otros deberes, y llevaba el índice consigo. Zdorab le había mostrado tantos trucos y atajos que ya era casi tan diestro como el bibliotecario. Y nadie desdeñaba el valor de la información que aportaba Issib, porque era lo único que él podía aportar.

Atravesaban un pasaje difícil en un exuberante desfiladero cuando un violento temblor de tierra tumbó a dos camellos y provocó confusión entre los demás.

—¡Fuera del desfiladero! —exclamó Issib.

—¿Fuera? ¿Cómo? —respondió Volemak.

—¡Por dónde podamos! —gritó Issib.

—El índice dice que este terremoto abrió una rajadura en un lago de lo alto de las montañas. Las aguas barrerán el desfiladero.

Era un pésimo momento para una emergencia. Elemak y Vas iban muy adelante, marcando un sendero, y Nafai y Obring estaban cazando en lo alto de la montaña. Pero Volemak había viajado mucho más que Elemak, y tenía sus propios recursos. Inspeccionó rápidamente las paredes del desfiladero y escogió un pedregal que conducía a una angostura lateral que tal vez condujera a la cima.

—Yo encabezaré la marcha —dijo—, porque soy el que conoce mejor a los camellos. Luet, trae a las mujeres y los niños. Meb, tú y Zdorab debéis arrear a los animales de carga. Las provisiones primero, cajas de almacenaje después. Issib, permanece cerca de ellos, y conserva el contacto con el índice. Avísales cuando no haya más tiempo, cuando deban abandonar al resto de los camellos y salvar su propio pellejo. Ellos deben salvarse, y también tú, Issya... eso es lo más importante. ¿Entiendes?

Preguntó a todos y todos asistieron, asombrados, aterrados.

—Elemak está en el desfiladero —dijo Eiadh.

—Alguien tiene que avisarle.

—Elya podrá oír personalmente la voz del Alma Suprema —dijo Volemak.

—El agua viene con tal celeridad que nadie llegaría hasta allá. Salva a su bebé y su esposa, Edhya. En marcha.

—Volvió grupas e inició el ascenso.

Los camellos no estaban hechos para trepar. Su andar parsimonioso era enloquecedor. Pero poco a poco treparon. La tierra tembló una y otra vez, pero las sacudidas no eran tan violentas como al principio. Volemak y las mujeres llegaron a la cima. Volemak pensó en regresar para prestar su ayuda, pero Luet le recordó que en muchos lugares el sendero no tenía anchura suficiente para que pasaran dos camellos. En vez de ayudar, sería un estorbo para la evacuación.

Todos los camellos habían iniciado el ascenso cuando Issib gritó:

—¡Ahora, a galopar!

En cuanto vio que Meb y Zdorab le habían oído, volvió grupas y se abrió paso entre las bestias de carga. Sin embargo, carecía de la fuerza necesaria para azuzar a su montura y hacerla correr más. Meb lo alcanzó, cogió las riendas y empezó a arrastrar el camello de Issib con creciente velocidad. Pronto llegaron a un lugar angosto donde los dos camellos no podían pasar lado a lado, sobre todo por el espacio que ocupaba la silla de Issib. Sin vacilar —sin siquiera esperar a que su camello se arrodillara para permitirle desmontar— Meb se apeó, soltó sus riendas y tiró de las riendas de la montura de Issib, guiándolo por la abertura.

Poco después Zdorab atravesó ese mismo pasaje angosto y los alcanzó.

—¡El índice! —exclamó.

Issib, que no podía levantarlo, señaló el saco que llevaba sobre las rodillas.

—¡Está sujeto al pomo! —gritó.

Zdorab acercó su animal; Meb sostuvo el camello de Issib mientras Zdorab desataba el saco y seguía su camino, blandiéndolo como un trofeo.

—¡Ahora déjame! —le gritó Issib a Meb.

Meb lo ignoró y siguió arrastrando el camello cuesta arriba, pasando a los lentos animales de carga.

Pronto llegaron a un paraje donde Zdorab, Luet, Hushidh, Shedemei, Sevet y Eiadh aguardaban de pie. Mebbekew comprendió que debía de estar cerca de la cima. Zdorab debía haber entregado el índice a Volemak, y Rasa y las demás mujeres debían estar con los niños en el terreno alto.

—¡Encárgate de Issib! —le dijo Meb a Zdorab, entregándole las riendas. Luego bajó hasta el próximo animal de carga y puso las riendas en manos de Luet.

—¡Arrástralo hacia arriba! —exclamó. Dio a cada mujer las riendas de un animal de carga. Ahora oían el rugido del agua, y sentían el temblor de la tierra.

—¡Más rápido!

Tenían justo el número suficiente para coger las riendas de todos los animales de carga. La montura de Meb, la última de la fila, fue la única que quedó suelta. El rugido del agua y el temblor de la tierra la asustaron, y se alejó unos pasos.

—¡Glupost! —llamó Meb.

—¡Ven Glupost, deprisa!

Pero seguía tirando de las riendas del último animal de carga, sabiendo que las cajas de almacenaje serían más importantes que su propia montura.

—¡Suéltalo, Meb! —exclamó Zdorab.

—Aquí viene.

Vieron la alta muralla de agua que rodaba hacia ellos e instintivamente echaron a correr cuesta arriba. Los que se encontraban en la cima no corrían peligro de ser barridos, pues el nivel del agua se mantuvo más bajo que la cima.

Sin embargo, el agua que trepaba por la angostura lateral por donde habían subido irrumpió con tal fuerza que se elevó más que las aguas que anegaban el desfiladero. Chocó contra los dos últimos camellos y contra Meb, alzándolos en vilo y empujándolos cuesta arriba. Meb oyó los gritos de las mujeres —¿ésa era Dol, gritando el nombre de Meb?— y sintió que el agua descendía tan bruscamente como se había elevado, arrastrándolo hacia abajo. Pensó en soltar las riendas y salvarse, pero notó que el camello de carga se había afianzado y ahora se apoyaba en el suelo con más firmeza que Meb, así que se aferró a las riendas para no ser arrastrado. Pero mientras estaba allí, apretado contra el flanco del camello que había salvado, y que ahora lo salvaba a él, vio que Glupost, su montura, perdía pie y era absorbida por el remolino.

Poco después sintió el contacto de muchas manos que le sacaban las riendas de los dedos y lo guiaban, empapado y trémulo, hacia donde aguardaban los demás. Volemak lo abrazó sollozando.

—Creí que te había perdido, hijo mío.

—¿Qué hay de Elya? —gimió Eiadh.

—¿Cómo pudo salvarse de eso?

—También está Vas —murmuró Rasa. Varios miraron a Sevet, cuyo rostro no delataba la menor expresión.

—No todos demuestran el miedo de la misma manera —murmuró Luet, para impedir que alguien juzgara con excesiva severidad la diferencia entre la actitud de Eiadh y Sevet. Luet sabía que Sevet tenía sus motivos para no preocuparse por Vas, aunque ignoraba cuánto sabía Sevet sobre lo sucedido.

A Luet le pesaba que Nafai no estuviera con ellos. Él y Obring debían de estar en un terreno alto, y a salvo. Pero sin duda estarían muy preocupados.

Dile que estamos a salvo, le pidió al Alma Suprema. Y cuéntame si Elemak y Vas han sobrevivido.

Viven, fue la respuesta.

Se lo dijo a los demás.

Los demás la miraron entre aliviados y recelosos.

—Viven —repitió.

—Es lo que me dijo el Alma Suprema. ¿No es suficiente?

El nivel del agua descendía rápidamente. Volemak y Zdorab recorrieron juntos la angostura lateral. Era una maraña de árboles y arbustos arrancados; ni siquiera las rocas se encontraban en el mismo sitio.

Pero la angostura lateral no era nada comparada con el desfiladero mismo. Estaba totalmente arrasado. Un cuarto de hora atrás presentaba una vegetación tan exuberante que costaba abrirse paso, y a menudo tenían que guiar los camellos por el arroyo central para sortear los matorrales. Ahora no quedaba una sola planta. El terreno estaba tan erosionado que se veía la roca desnuda. Y en el suelo del desfiladero sólo quedaban los pedregones y sedimentos que dejaba el agua al bajar.

—El suelo del desfiladero es pura roca cerca de los bordes —dijo Volemak—, pero sedimento profundo en el centro, cerca del agua.

Era verdad: el arroyo —ahora más grande que el original— ya abría un canal de un metro de profundidad en el espeso lodazal. Las nuevas orillas del arroyo se derrumbaban aquí y allá, cuando metros de fango se precipitaban hacia el agua. El suelo del desfiladero tardaría un tiempo en estabilizarse.

—Será puro verdor dentro de seis semanas —dijo Zdorab.

—Y dentro de cinco años ni sabrás que esto ha ocurrido.

—¿Qué piensas? —preguntó Volemak.

—Si permanecemos junto a los bordes, podemos utilizarlo como carretera hacia el mar.

—Ante todo, usábamos el desfiladero porque Elemak dijo que la cima era intransitable, pues está llena de hendiduras y colinas abruptas.

—Entonces seguiremos por los bordes —dijo Volemak.

—Y tendremos fe.

En la cima tardaron un rato en revisar los bultos y cerciorarse de que nada se hubiera aflojado durante la fuga.

—Salió mejor de lo que cabía esperar. Sólo perdimos un camello —dijo Volemak. Zdorab avanzó con su montura y le ofreció las riendas a Meb.

—No —dijo Meb.

—Por favor —dijo Zdorab.

—Cada paso que avance a pie será un modo de honrar a mi valeroso amigo.

—Cógelas —susurró Volemak. Meb cogió las riendas.

—Gracias —le dijo a Zdorab.

—Pero hoy no hubo cobardes.

Zdorab lo abrazó, y fue a ayudar a Shedemei para subir a las mujeres con niños a los camellos.

En verdad, ni Zdorab ni Meb ni Volemak cabalgaron mucho ese día. Se pasaron casi todo el tiempo a pie, patrullando la caravana, cerciorándose de que los camellos no se desviarán hacia el espeso y traicionero lodo del centro del desfiladero. Temían que un camello se hundiera de cabeza. Era un camino resbaloso, viscoso e inseguro, pero a paso lento pronto llegaron al extremo del desfiladero, donde desembocaba en un ancho río.

Aquí también se habían producido muchos daños, pues el otro lado del valle del río era un farrago de lodo y piedras, con árboles derribados, suelo desnudo y rocas expuestas. Y mientras seguían río abajo, vieron que ambas orillas estaban deshechas. Irónicamente, como la fuerza de la inundación había sido menor aquí, les resultó más fácil sortear los destrozos que había dejado.

—¡Por aquí!

Era Elemak, con Vas a la zaga. Los dos iban a pie, pero los camellos los seguían a poca distancia. Estaban en terreno más alto. Habría que subir una cuesta empinada para llegar a ellos, pero era practicable.

—¡Hay un sendero aquí, en el terreno alto! —dijo Elemak.

Poco después se habían reunido en el comienzo del sendero, que atravesaba un bosque. Mientras maridos y mujeres se abrazaban, Issib notó que el bosque era mucho menos tupido que montaña arriba.

—Debemos estar cerca del nivel del mar —dijo.

—El río tuerce bruscamente al oeste por allá —dijo Vas, abrazando a Sevet, sosteniendo a su hija.

—Y desde allá se ve el Mar del Barranco. Entre este río y el del sur hay una pradera con pocos árboles. Un terreno más alto, gracias al Alma Suprema. Sentimos los temblores, pero cuando pasaron no les dimos importancia. Sólo nos preocupó que fuera más serio donde estabais vosotros. De pronto Elya insistió en que buscáramos un terreno más alto para echar un vistazo a la zona, y justo cuando llegamos allí oímos un inmenso rugido y el río enloqueció. Temíamos ver pasar los camellos flotando, con vosotros encima.

—Issib recibió una advertencia del índice —dijo Volemak.

—Fue una suerte que no estuviéramos todos juntos —dijo Issib.

—Cuatro camellos más, y los habríamos perdido. Meb perdió su montura... pues se dedicó a salvar a los animales de carga.

—Contaremos nuestras historias cuando acampemos esta noche —dijo Elemak.

—Podemos llegar a la pradera antes del anochecer. Hay poca luna, así que conviene instalar las tiendas antes de que oscurezca.

Esa noche permanecieron hasta tarde en torno del fuego, en parte porque

esperaban a que se cocinara la cena, en parte porque estaban demasiado alborotados para dormir, y en parte porque conservaban la esperanza de que Nafai y Obring encontraran el campamento esa noche. Fue entonces cuando contaron las historias. Y cuando Hushidh se despidió de Luet en la tienda donde ella dormiría sola con la niña, dijo:

—Ojalá pudieras ver lo que yo veo, Luet. Esa inundación logró algo casi imposible. Los vínculos que nos unen son mucho más fuertes. Y Meb... ahora es hombre de honor...

—Un agradable cambio.

—Sólo espero que no se pavonee demasiado —dijo Hushidh—, o lo echará a perder.

—Tal vez esté madurando —dijo Luet.

—O tal vez necesitaba las circunstancias apropiadas para descubrir lo mejor de sí mismo. No vaciló, dice Issya. Sólo desmontó y arriesgó la vida para llevar a Issib a un lugar seguro.

—Y Zdorab cogió el índice, y luego nos condujo hacia abajo...

—Lo sé, no digo que Meb haya sido el único. Pero ya sabes cómo es Zdorab. Ese gesto de darle su montura a Meb fue muy generoso, y contribuyó a unirnos, pero también tuvo el efecto de borrar el recuerdo de su propia valentía. Todos pensábamos en Mebbekew.

—Bien, tal vez Zdorab lo prefiera así —dijo Luet.

—Pero nosotras no olvidaremos —dijo Hushidh.

—No lo creo —dijo Luet.

—Ahora ve a acostarte. A las niñas no les importará si esta noche dormimos poco... tendrán hambre puntualmente por la mañana.

Nafai y Obring regresaron pocas horas después del alba. Habían estado lejos de la inundación, pero se encontraban del otro lado, así que habían tenido que encontrar un vado para cruzar el desfiladero o el río. Terminaron arrastrando los camellos corriente arriba en el desfiladero, efectuando un largo desvío para evitar la parte más devastada, y luego, con la marea baja, cruzaron el río por marismas y bancos de arena, cerca del mar.

—Los camellos se resisten cada vez más a cruzar el agua —dijo Nafai.

—Pero trajimos dos venados —dijo Obring con satisfacción.

Con todos reunidos, Volemak dio un discurso estableciendo ese sitio como campamento.

—Llamaremos Oy kib al río del norte, por el primer varón nacido en esta expedición, y Protschnu al río del sur, por el primer varón de la siguiente generación.

Rasa se ofuscó.

—¿Por qué no llamarlos Dza y Chveya, por las dos primeras niñas nacidas en este

viaje? Volemak la miró con mal ceño.

—Pues será mejor que abandonemos este lugar antes que los niños tengan edad suficiente para saber que los has honrado sólo porque tenían pene.

—Si sólo hubiéramos tenidos dos niñas, y dos ríos, Padre les había puesto sus nombres —dijo Issib conciliatoriamente.

Pero sabían que no era verdad. Durante varias semanas Rasa insistió en llamarlos Río Norte y Río Sur, pero Volemak se atuvo a su decisión de llamarlos Oykib y Protchnu. Pero como los hombres eran los que más viajaban, y en consecuencia cruzaban los ríos con más frecuencia, y pescaban en ellos, y debían comentar los episodios sucedidos a lo largo de los ríos, Oykib y Protchnu fueron los nombres que perduraron. Luet notó que Rasa jamás usaba los nombres que había puesto Volemak, y se ponía de mal humor cuando otros los usaban.

Nafai y Luet comentaron el asunto sólo una vez. Nafai no estaba de acuerdo con Rasa.

—A ella no le importaba cuando las mujeres tomaban todas las decisiones en Basílica, y los nombres ni siquiera podían mirar los lagos.

—Era el lugar sagrado de las mujeres. El único lugar así en todo el mundo.

—¿Qué importa? —dijo Nafai.

—Es sólo un par de nombres para un par de ríos. Cuando nos marchemos de aquí, nadie recordará qué nombres les pusimos.

—¿Entonces por qué no Río Norte y Río Sur?

—Sólo es un problema porque Madre lo convirtió en tal —dijo Nafai.

—Que no sea un problema entre nosotros.

—Sólo quiero saber por qué tú lo aceptas. Nafai suspiró.

—Piensa por un momento qué significaría si yo los llamara Río Norte y Río Sur. Qué significaría para Padre. Y los otros hombres. Entonces sería causa de división. No necesito más cosas que me separen de los demás.

Luet reflexionó.

—De acuerdo —dijo.

—Lo entiendo. Y tras reflexionar un poco más, añadió:

—Pero no te pareció mal poner a los ríos el nombre de los niños varones hasta que Madre lo señaló, ¿verdad?

Él no respondió.

—De hecho, ni siquiera ahora te parece mal.

—Te amo —dijo Nafai.

—Ésa no es una respuesta.

—Yo creo que sí.

—¿Y si nunca te doy un hijo varón?

—Entonces seguiré haciéndote el amor hasta que tengamos cien hijas mujeres —

dijo Nafai.

—En tus sueños —dijo ella de mal modo.

—En los tuyos, querrás decir.

Luet decidió no enfadarse con él por esta causa, y mientras hacían el amor estuvo tan deseosa y apasionada como de costumbre. Pero después, mientras Nafai dormía, caviló. ¿Qué sucedería si los hombres decidían ser tan dominantes en este grupo como las mujeres lo habían sido en Basílica?

¿Por qué debernos actuar así?, se preguntó. Teníamos la oportunidad de formar una sociedad distinta. Equilibrada, justa, equitativa, recta. Pero aun Nafai e Issib parecían dispuestos a romper el equilibrio. ¿La rivalidad entre hombres y mujeres llega a tal punto que siempre uno debe prevalecer sobre el otro? ¿Está incorporada a nuestros genes? ¿La comunidad siempre debe estar dominada por uno u otro sexo?

Tal vez, pensó Luet. Tal vez somos como los mandriles. Cuando somos estables y civilizados, las mujeres toman decisiones, fundan hogares, crean relaciones y amistades. Pero cuando somos nómadas y estamos al borde de la supervivencia, dominan los hombres, y no toleran que las mujeres se inmiscuyan. Tal vez en eso consista la civilización, en el dominio de la hembra sobre el macho. Y cuando se derrumba, decimos que el resultado es incivilizado, bárbaro, viril.

* * *

Pasaron un año entre los dos ríos, esperando el nacimiento del hijo de Shedemei. Fue varón, y lo bautizaron Padarok —regalo—, aunque lo llamaban Rokya. Podrían haber continuado el viaje, pero ahora otras tres mujeres habían concebido, entre ellas Rasa y Luet, que eran las más frágiles durante la preñez. Permanecieron pues para una segunda cosecha, y unos meses más, hasta que todas las mujeres menos Sevet hubieron dado a luz. Fueron treinta los que emprendieron el próximo tramo del viaje, y la primera generación de niños ya caminaba y la mayoría empezaba a hablar antes de iniciar el viaje.

Habían sido dos buenos años. En vez de cultivar en el desierto, habían contado con campos fecundos y húmedos en terreno propicio. Sus cultivos eran más variados, la caza era mejor, y hasta los camellos medraron, dando a luz quince nuevas bestias de carga. Fabricar sillas fue difícil —ninguno de ellos había aprendido a hacerlo— pero encontraron el modo de poner a dos niños en cada uno de los cuatro animales más dóciles, que siempre viajaban con los camellos de las mujeres. Algunos niños se aterraron al subirse a las sillas de montar —los camellos son muy altos— pero pronto se acostumbraron, e incluso lo disfrutaron.

Tuvieron un agradable viaje por la sabana, a lo largo de la costa; devoraban kilómetros como nunca antes, ni siquiera en el liso desierto del sudoeste de Basílica.

En tres días llegaron a una bahía que los hombres ya conocían, pues habían cazado y pescado allí durante los dos últimos años. Pero Volemak, por la mañana, los desalentó al revelarles que no irían al sur, como todos esperaban, sino al oeste.

¡Al oeste! ¡Mar adentro!

Volemak señaló la isla rocosa que asomaba en el mar a menos de dos kilómetros.

—Más allá hay otra isla, una isla enorme. En esa isla nos espera un viaje tan largo como el que hemos realizado desde que abandonamos el Valle de Mebbekew.

Con la marea baja, Nafai y Elemak intentaron vadear el estrecho que separaba la tierra firme de la isla. Pudieron lograrlo, y tuvieron que nadar muy poco en el medio. Pero los camellos se resistían, así que terminaron por construir balsas.

—Lo he hecho antes —dijo Elemak.

—Nunca en un cruce de agua salada, pero aquí las aguas son bastante calmas.

Talaron árboles, botaron los troncos al agua, los sujetaron con sogas hechas con fibras de los juncos de las marismas. Tardaron una semana en construir las balsas, y dos días en cruzar los camellos —uno por vez— y luego los bultos, y por último las mujeres y los niños. Acamparon en la costa donde habían desembarcado, y los hombres llevaron las balsas hasta el extremo sudoccidental de la isla, donde las necesitarían para el cruce hacia la isla más grande. En otra semana el grupo había atravesado la isla pequeña y había cruzado a la más grande. Empujaron las balsas al agua y las siguieron con la mirada mientras se alejaban. La punta norte de la isla grande era montañosa y boscosa. Pero poco a poco las montañas dieron paso a las colinas, y luego a anchas sabanas. Desde una llanura baja y ondulante avistaron el Mar del Barranco al oeste y el Mar de Fuego al este, tan angosta era la isla en esa zona. Y cuanto más al sur viajaban, más comprendían por qué el Mar de Fuego se llamaba así. Se elevaban volcanes en el mar, y a lo lejos veían el humo de las erupciones.

—Esta isla formó parte de la tierra firme hasta hace cinco millones de años —explicó Issib.

—Hasta entonces, el Valle de los Fuegos llegaba hasta esta isla, al sur de nosotros... y los fuegos todavía continúan en el mar que ha llenado el espacio que divide ambas partes del valle.

Criados en Basílica, no tenían una comprensión cabal de las fuerzas naturales. Basílica era un lugar inmutable que se enorgullecía de su antigüedad. Aquí, aunque los tiempos se medían en millones de años, podían ver claramente el enorme poder de ese planeta, y la virtual insignificancia de los moradores humanos de la superficie.

—Sin embargo, no somos insignificantes —dijo Issib.

—Porque somos los que ven los cambios, y los conocen, y comprenden que hay cambios, que una vez las cosas fueron diferentes. Las demás criaturas del universo viven en un ahora infinito, inmutable. Sólo nosotros conocemos el paso del tiempo,

sabemos que una cosa es causa de otra, que somos cambiados por el pasado y cambiaremos el futuro.

La isla se ensanchó, y el terreno se volvió más escabroso. Era similar al del Valle de los Fuegos, la continuación de ese valle, tal como Issib había predicho. Pero era más apacible —nunca encontraron un sitio donde los gases subterráneos ardieran en la superficie— y el agua era más pura. Era cada vez más seco a medida que continuaban hacia el sur, aunque estaban internándose en una serranía.

—Estas montañas tienen nombre —dijo Issib, consultando el índice.

—Dalatoi. Aquí vivía gente antes que la isla se separase de la tierra firme. Aquí se hallaba la más grande y más antigua de las Ciudades de Fuego.

—¿Skudnooy? —preguntó Luet, recordando la historia de esa ciudad de avaros que se aisló del mundo y supuestamente ocultaba la mayor parte del oro de Armonía en bóvedas subterráneas.

—No, Raspiatny —dijo Issib. Y todos recordaron las historias acerca de la ciudad de piedra y musgo, donde los arroyos atravesaban todas las habitaciones de una ciudad del tamaño de una montaña, tan alta que las habitaciones superiores se congelaban, y los que vivían allí tenían que encender fogatas para derretir los ríos, de modo que las habitaciones inferiores tuvieran agua todo el año.

—¿La veremos? —preguntaron.

—Lo que queda de ella —dijo Issib.

—Fue abandonada hace diez millones de años, pero estaba hecha de piedra. La antigua carretera que estamos siguiendo lleva hacia allí.

Sólo entonces comprendieron que seguían una carretera antigua. No había rastros de pavimento, y la carretera a veces estaba destrozada o interrumpida por barrancos. Pero siempre regresaba al camino que ofrecía menor resistencia, y de cuando en cuando veían colinas cortadas para dar paso a la carretera, y valles parcialmente rellenos de piedras que aún no se habían gastado.

—Si aquí hubiera más lluvias —dijo Issib—, no quedaría nada. Pero la isla se ha desplazado al sur, de modo que esta tierra se encuentra en las latitudes del Gran Desierto del Sur, así que el aire es más seco y hay menos erosión. Algunas obras de la humanidad dejan sus rastros, a pesar de tanto tiempo.

—Alguien tiene que haber usado esta carretera en los últimos diez millones de años.

—No —dijo Issib.

—Ningún ser humano ha pisado esta isla desde que se separó de la tierra firme.

—¿Cómo puedes saberlo? —se mofó Mebbekew.

—Porque el Alma Suprema ha impedido que los humanos vinieran aquí. Nadie recuerda siquiera que esta isla existe. Era el deseo del Alma Suprema. Mantener las cosas a buen recaudo y preparadas... para nosotros, supongo.

Vieron Raspyatny un día entero antes de llegar allí. Al principio parecía una montaña de extraña textura, pero al acercarse comprendieron que estaban viendo ventanas talladas en la piedra. Era una montaña alta, de modo que la ciudad tallada en su ladera debía ser inmensa.

Acamparon al noreste de la ciudad, donde corría un pequeño arroyo. Siguieron la corriente y encontraron que nacía en la ciudad misma. Dentro formaba cascadas y las paredes cercanas estaban cubiertas de musgo; era mucho más fría que el aire del desierto.

Se turnaron para explorar, en grupos numerosos, y algunos se hacían cargo de los niños y los animales mientras los demás trepaban por las ruinas de la ciudad.

Lejos del arroyo, la ciudad no estaba tan erosionada, aunque el interior no estaba tan bien preservado como la pared externa. Comprendieron el porqué cuando descubrieron rastros de un sistema de acueductos que, tal como decía la leyenda, había llevado agua a todas las habitaciones de la ciudad.

Les sorprendió la falta de corredores internos. Cada habitación desembocaba en otra.

—¿Cómo gozaban de intimidad? —preguntó Hushidh.

—¿Cómo podían estar a solas, si cada habitación era un lugar por donde caminaban todos?

Nadie tenía una respuesta.

—Más de doscientas mil personas vivían aquí en los viejos tiempos —dijo Issib.

—Cuando toda esta zona estaba más al norte, y mejor irrigada. Toda la comarca estaba sembrada, durante kilómetros hasta el norte, pero sus enemigos nunca lograban atacarlos porque mantenían alimentos para diez años dentro de estas murallas, y nunca les faltaba agua. Sus enemigos podían quemar sus campos y sitiarlos, pero se morían de hambre antes que los habitantes de Raspyatny padecieran la menor necesidad. Sólo la naturaleza misma podía despoblar este lugar.

—¿Por qué todo esto no fue destruido en los terremotos del Valle de los Fuegos? —preguntó Nafai.

—No hemos visto la ladera oriental. El índice dice que media ciudad fue arrasada en dos grandes terremotos, cuando se abrió la grieta y penetró el mar.

—Habría sido glorioso ver semejante inundación —dijo Zdorab.

—Desde un lugar seguro, naturalmente.

—Todo el lado oriental de la ciudad se derrumbó —continuó Issib.

—Ahora es sólo una ladera de montaña. Pero este lado se conservó. Diez millones de años. Nunca se sabe. Desde luego, los arroyos lo están erosionando por dentro, transformando el exterior en una cáscara vacía. Con el tiempo se desplomará. Tal vez toda de golpe. Una parte se quebrará, y ejercerá demasiada presión sobre el resto, y todo se derrumbará como un castillo de arena en la playa.

—Hemos visto una de las ciudades de los héroes —dijo Luet.

—Y las leyendas eran ciertas —dijo Obring.

—Lo cual me lleva a preguntarme si la ciudad de Skudnooy también estará por aquí.

—El índice dice que no —dijo Issib.

—Se lo pregunté.

—Qué pena —dijo Obring.

—Todo ese oro.

—Oh, vamos —dijo Elemak.

—¿Y dónde ibas a venderlo? ¿O acaso te lo comerías? ¿O lo llevarías encima?

—Conque ni siquiera se me permite soñar con grandes riquezas, ¿eh? —dijo Obring de mal humor.

—¿Sólo se permiten sueños prácticos?

Elemak se encogió de hombros y calló.

Tras alejarse de las inmediaciones de Raspyatny —tardaron un día entero en rodear el lado occidental de la ciudad, que parecía haber cubierto toda la ladera de la montaña— atravesaron un paso alto, que también parecía preparado para albergar una carretera con mucho tráfico.

—En un tiempo esta carretera unía las Ciudades de Fuego con las Ciudades de las Estrellas —dijo Issib.

—Ahora sólo conduce a un desierto.

El paso los condujo a una sabana vasta y seca donde la isla se angostaba, con el Mar de las Estrellas al este y el resplandor azul del extremo meridional del Mar del Barranco al oeste. Mientras descendían, perdieron de vista el mar occidental; en cambio, a petición del Alma Suprema, bordearon la costa occidental, porque allí llovía más y podían pescar en el mar.

Fue un trayecto difícil. No había agua, y en tres ocasiones tuvieron que cavar fuentes, y el calor era aplastante bajo el tórrido sol tropical. Pero ésta era exactamente la clase de terreno que Elemak y Volemak habían afrontado desde su juventud, y avanzaron a buen ritmo. Diez días después bajaron del paso entre las montañas Dalatoi; el Alma Suprema los condujo hacia el sur cuando la línea costera viró al sureste, y mientras ascendían por colinas ondulantes, la hierba se volvió más tupida, y más árboles salpicaban el paisaje. Atravesaron montañas bajas y castigadas por los elementos, bajaron por un valle, subieron más colinas, y luego descendieron por la comarca más bella que habían visto jamás.

Había bosques y anchos prados, y las abejas zumbaban sobre campos de flores silvestres, prometiendo que la miel sería fácil de encontrar. Había arroyos de aguas cristalinas que desembocaban en un río ancho y meandroso. Shedemei se apeó del camello y examinó el suelo.

—No es como los herbazales del desierto —dijo.

—No sólo raíces. Aquí hay una auténtica capa de tierra fértil. Podemos cultivar en estos prados sin destruirlos.

Por primera vez en todo el viaje, Elemak no se molestó en conferenciar con Volemak para decidir dónde acamparían. No había lugar donde no hubieran podido detenerse para pasar la noche.

—Esta tierra podría albergar a toda la población de Seggidugu y todos vivirían en medio de riquezas —dijo Elemak.

—¿No crees, Padre?

—Y somos los únicos humanos aquí —respondió Volemak.

—El Alma Suprema preparó este sitio para nosotros. Nos ha aguardado diez millones de años.

—¿Entonces nos quedamos aquí? ¿Aquí veníamos?

—Nos quedaremos aquí por ahora. Varios años, por lo menos. El Alma Suprema aún no está preparada para llevarnos a las estrellas, de regreso a la Tierra. Por ahora, éste será nuestro hogar.

—¿Cuántos años? —preguntó Elemak.

—Bastantes, así que deberemos construir casas de madera, y usar nuestras viejas tiendas como toldos y cortinas —dijo Volemak.

—A partir de aquí ya no viajaremos por tierra ni por mar. Sólo nos iremos cuando subamos a las estrellas. Así pues, llamemos a este sitio Dostatok, porque con su abundancia colmará nuestras necesidades. El río se llamará Rasa, porque es fuerte y vital y nunca cesará de brindarnos lo que necesitamos.

Rasa asintió en señal de gratitud, pero en su ligera sonrisa Luet vio que ella sabía que su esposo trataba de ser conciliador en el uso de los nombres.

Se asentaron en un promontorio bajo, frente a la desembocadura del río Rasa, cuyas aguas se derramaban en el Océano Meridional. Tan lejos habían llegado, dejando atrás el Mar del Barranco y el Mar de las Estrellas. Al cabo de un mes todos tenían casas de madera con techo de paja, y en esa latitud el clima era favorable todo el año, así que no importaba mucho en qué momento sembraban; había lluvias casi todos los días, y las torrenciales tormentas pasaban deprisa, sin causar daños.

Los animales eran tan dóciles que no temían al hombre; pronto domesticaron las cabras salvajes, que obviamente descendían de los mismos animales que se arreaban en las cercanías de Basílica; la leche de camello se convirtió al fin en un líquido que sólo bebían los camellos pequeños, y «queso de camello» se convirtió en un eufemismo para designar aquello que los bebés bien alimentados dejaban en sus pañales. En los seis años siguientes nacieron más niños, hasta que hubo treinta y cinco pequeños, cuya edad abarcaba desde los ocho años hasta varios recién nacidos. Cultivaban los campos juntos, y compartían equitativamente los productos; de cuando

en cuando los hombres iban de cacería, obteniendo carne para secar y salar, y pieles para curtir. Rasa, Issib y Shedemei se encargaron de la educación de los niños, abriendo una escuela.

Claro que no todo era paz y alegría. Había riñas. Kokor pasó un año entero sin hablar a Sevet, por una trivialidad; hubo otro enfrentamiento entre Meb y Obring que indujo a Obring a construir una casa más alejada del resto del grupo. Había resentimientos: algunos pensaban que los demás no trabajaban lo suficiente, otros pensaban que su trabajo era más valioso que las tareas de los demás. Y existía una tensión constante entre las mujeres, que buscaban el liderazgo de Rasa, y los hombres, que no consideraban definitiva ninguna decisión a menos que Volemak o Elemak la hubieran aprobado. Pero capearon los temporales, superaron las tensiones, encontrando un equilibrio de liderazgo entre la lealtad de Volemak a los propósitos del Alma Suprema, la clarividente compasión de Rasa, y la cruda evaluación de Elemak de lo que necesitaban para sobrevivir. Si alguna infelicidad albergaban sus corazones, permaneció oculta, sepultada bajo las duras faenas que marcaban el ritmo de sus vidas, para disolverse en esos momentos en que la alegría era desbordante y el amor más puro.

La vida fue tan grata en esos años que no hubo uno solo de ellos que en algún instante no deseara que el Alma Suprema los olvidara, y los dejara en la paz y la dicha de Dostatok.

Capítulo 9

PERÍMETRO

A los siete años Chveya comprendía perfectamente cómo funcionaba el mundo. Ahora, a los ocho, ya tenía sus dudas.

Como todos los niños de Dostatok, se había criado entre relaciones familiares puras y sencillas. Por ejemplo, Dalia y sus hermanos menores pertenecían a Hushidh e Issib. Krassya y Nokya y sus hermanos menores pertenecían a Kokor y Obring. Vasaya y sus hermanos pertenecían a Sevet y Vas. Y así sucesivamente. Cada conjunto de niños pertenecía a un padre y una madre.

La única rareza en esta clara imagen del universo, al menos hasta que Chveya cumplió ocho años, eran los abuelos Volemak y Rasa, que no sólo tenían dos hijos propios —los hermanos Okya y Yaya, que bien podían ser mellizos porque, como Vasnya dijo una vez, entre ambos tenían un solo cerebro— sino que eran los padres de los demás padres. Lo sabía porque los adultos no sólo llamaban a la abuela «dama Rasa» o «abuela» sino «Madre», y además su padre, y Elemak, padre de Proya, y Mebbekeu, padre de Skiya, llamaban «Padre» al abuelo.

A juicio de Chveya, esto significaba que Volemak y Rasa eran los Padres Primigenios, los que habían dado origen a toda la humanidad. En cierto modo sabía que esto era inexacto, pues Shedemei había explicado en la escuela que había millones de seres humanos viviendo en lugares remotos, y era evidente que los abuelos no habían dado vida a todos ellos. Pero esos lugares eran legendarios. Nunca se veían. El mundo era la bella y segura tierra de Dostatok, y en ese lugar no parecía haber nadie que no viniera del matrimonio de Volemak y Rasa.

Para Chveya, el mundo de los adultos era tan remoto como para satisfacer toda su necesidad de extrañeza; no necesitaba soñar con tierras míticas como Basílica, Potokgavan, Gorayni, la Tierra y Armonía, que eran planetas, ciudades y naciones, aunque Chveya nunca había comprendido las reglas para diferenciar una cosa de otra. No, el mundo de Chveya estaba dominado por la continua lucha de poder que Dalia y Proya libraban para gozar de ascendiente entre los niños.

Dalia era la Niña Mayor, lo cual le confería una enorme autoridad de la cual ella abusaba alegremente, explotando a los menores cuando era posible, exigiendo servicios personales y «favores» que recibía sin gratitud. Si los menores no obedecían, los excluía de todos los juegos con sólo insinuar que ella no intervendría en ninguna actividad donde participara «ese chiquillo». La actitud de Dalia hacia las niñas de su edad era parecida, aunque más sutil. No exigía humillantes servicios personales, pero esperaba que todas las niñas acataran ciertas decisiones, y las que se

resistían eran cortésmente exiladas. Como Chveya era la Segunda Niña, y sólo tres días menor, no veía motivos para aceptar un papel de obediencia. El resultado era que tenía mucho tiempo libre, pues Dazyra no toleraba iguales, y ninguna de las otras niñas tenía agallas para enfrentarse a ella.

Al tiempo que Dalia forjaba su pequeño reino con los niños menores y las niñas mayores, Proya —hijo mayor de Elemak, y Segundo Niño— se había hecho príncipe entre príncipes. Era la única persona que podía ridiculizar a Dalia y reírse de sus reglas, y los demás niños lo apoyaban. Dalia exilaba de inmediato a los niños mayores, pero esto no los afectaba porque sólo les interesaban la aprobación de Proya y los juegos que él presidía. La peor humillación para Dalia era que su propio hermano Xodhya se asociaba con Proya y usaba el poder de Proya como escudo para independizarse del dominio de su hermana mayor. Zhyat, el hermano menor de Chveya, e incluso Motya, que era un año menor que Zhyat y aún no se contaba entre los niños mayores, se juntaba con Proya, pero a ella no le molestaba, pues eso significaba aún más humillación para Dalia.

En tiempos de conflicto Chveya se sumaba a las niñas mayores para lanzar burlas y reproches contra los niños rebeldes, pero en el fondo ansiaba formar parte del reino de Proya, donde se practicaban juegos rudos y maravillosos relacionados con la cacería y la muerte. Chveya se habría prestado a hacer de venado si la hubieran invitado a jugar, dejándose cazar y disparar con esas flechas de punta roma, con tal de no quedar atrapada en el cortejo de Dalia. Pero cuando insinuó este deseo a su hermano Zhyat, él fingió que vomitaba y ella abandonó la idea.

Su mayor envidia era por Okya y Yaya, los dos hijos de los abuelos. Okya era Primer Niño y Yaya era Cuarto Niño. Podrían haber arrebatado a Proya su posición de predominio entre los varones, sobre todo porque los dos hermanos siempre actuaban juntos y podían haber aporreado a los demás hasta someterlos. Pero no se molestaban, y sólo participaban en los juegos de Proya cuando tenían ganas, sin preocuparse por quién estaba a cargo. Pues se consideraban adultos, no niños.

—Pertenece a la misma generación que nuestros padres —declaró Yaya una vez, con altanería. Chveya señaló que Yaya era mucho más bajo que ella y tenía un *hooy* pequeño como el de una ardilla, lo cual hizo reír a los demás niños a pesar de su respeto por Yaya. Yaya, por su parte, la miró con altivo desdén y se marchó, pero pronto Chveya notó que había dejado de orinar frente a los otros varones.

En sus momentos de mayor franqueza, Chveya admitía que a menudo se aislaba de los demás niños porque no podía mantener la boca cerrada. Si veía que alguien era prepotente, injusto o egoísta, lo decía. No importaba que también hablara cuando alguien era noble, bueno o amable, pues los elogios se olvidaban pronto, mientras que las ofensas se recordaban para siempre. Así, Chveya no tenía verdaderos amigos entre los demás niños. Todos estaban demasiado ocupados congraciándose con Dalia

o Proya para entregarle a Chveya una verdadera amistad, excepto Okya y Yaya, que eran aún más engreídos en su presunta adultez.

Entonces Chveya cumplió ocho años y vio que nadie prestaba mayor atención a su cumpleaños, salvo sus padres, después de la gran alharaca que se había hecho por el cumpleaños de Dalia, y desesperó de llegar a ser una persona de peso en el mundo. ¿No era suficiente que Dalia diera órdenes a todo el mundo? ¿Por qué los adultos tenían que hacer de su cumpleaños un festival? Padre le explicó que el festival no era por Dza, sino porque su cumpleaños marcaba el inicio de esa generación de niños, ¿pero qué le importaba si los adultos pensaban de ese modo? Lo cierto era que con ese festival habían afianzado el férreo dominio de Dalia, y le habían otorgado un ascendiente provisional sobre Proya mismo, y Okya y Yaya se habían enfurruñado en la fiesta cuando los reprendieron y los juntaron con los demás niños, cosa que les parecía mal porque no se consideraban parte de esa generación. ¿Por qué los adultos habían intervenido tan desconsiderada y destructivamente en la jerarquía de los niños? Como si la vida de los niños no tuviera realidad propia.

Chveya llegó a la profunda conclusión de que el mundo adulto y el mundo de los niños eran idénticos en su funcionamiento, sólo que los niños estaban condenados a ser sometidos por los adultos. Todo comenzó en una conversación con su madre, mientras ella le peinaba el cabello después del baño.

—Cuanto más pequeños son los varones, más repulsivos son —dijo Chveya, pensando en Motya, su segundo hermano, que acababa de descubrir cuánto revuelto podía causar metiéndose el dedo en la nariz y limpiándolo en la ropa de sus hermanas, una práctica que Chveya no pensaba tolerar, aunque se lo hiciera a la pequeña Zuya, que no podía defenderse.

—No es necesariamente así —dijo Madre.

—Simplemente encuentran otras maneras de ser repulsivos cuando crecen.

Madre lo había dicho simplemente como una broma, pero para Chveya fue un momento de gran iluminación. Trató de imaginarse al padre de Krassya, Obring, escarbándose la nariz y limpiándose los mocos en Madre, y supo que nunca sucedería. Pero tal vez hubiera otras cosas repulsivas, cosas adultas, que Obring podía hacer. Debo vigilarlo y averiguar, pensó Chveya.

No tenía dudas de que Obring era la persona a quien debía vigilar, pues a menudo notaba que Madre se impacientaba cuando Obring hablaba en las reuniones del consejo. No le tenía respeto, y Padre tampoco, aunque él disimulaba mejor. En consecuencia, si algún varón adulto ejemplificaba una conducta repulsiva, sin duda era Obring.

A partir de entonces, Chveya concentraría su atención en los adultos, hasta ver quién era la Dalia de las madres y el Proya de los padres. Entretanto, comenzó a comprender cosas que antes no comprendía. El mundo no era un lugar tan sencillo y

claro como había creído hasta ahora.

La revelación más alarmante llegó el día en que habló del matrimonio con sus padres. Recientemente había caído en la cuenta de que con el tiempo todos los niños crecerían y formarían parejas y tendrían hijos y reiniciarían todo el ciclo. Lo comprendió cuando Toya hizo algún comentario indecente sobre lo que Proya quería hacerle a Dalia. Toya lo había mencionado como una calamidad, pero Chveya comprendió que, lejos de ser una calamidad, tal vez fuera una profecía. ¿Acaso Proya y Dalia no serían la pareja perfecta? Proya sería como Elemak, y Dalia le sonreiría con total devoción, tal como Eiadh hacía con Elemak. ¿O Dalia sería como su madre Hushidh, que era más fuerte que su esposo Issib y lo cargaba en brazos y lo bañaba como un bebé? ¿O Proya y Dalia continuarían luchando por la supremacía toda la vida, tratando de poner a sus hijos uno en contra del otro?

Ese pensamiento le indujo a preguntarse con cual de los niños se casaría ella. ¿Sería uno de los niños del primer año, de su propia edad? Eso significaba Proya u Okya, y la sola idea le repugnaba. ¿Y los niños del segundo año? Xodhya, hermano menor de Dalia, Nadya, hermano menor de Proya, o el «adulto» Yaya. ¡Vaya opciones! Y los niños del tercer año tenían la misma edad que su repulsivo hermano Motya. ¿Cómo podía casarse con alguien tan pequeño?

Abordó el tema con sus padres mientras desayunaban una mañana en que Padre no salió a cazar y pudieron comer todos juntos.

—¿Crees que tendré que casarme con Xodhya? —preguntó, pues había decidido que Xodhya era la posibilidad menos repelente.

—Claro que no —dijo Madre, tras titubear un instante.

—De hecho —dijo Padre—, lo prohibiríamos.

—¿Entonces con quién? ¿Okya? ¿Yaya?

—Casi igualmente malo —dijo Padre.

—¿Qué? ¿Estás pensando en formar una familia?

—Claro que está pensando, Nyef —dijo Madre.

—Las niñas piensan en esas cosas a su edad.

—Pues bien, que tenga en cuenta que no se casará con un tío y mucho menos aún con un primo cercano por partida doble.

Estas palabras no significaban nada para Chveya, pero insinuaban oscuros misterios. ¿Qué infamia había cometido Xodhya para convertirse en un «primo cercano por partida doble»? Decidió preguntar.

—No es lo que hizo él —dijo Madre.

—Es que su madre, Hushidh, es mi hermana plena. Ambas tenemos el mismo padre y la misma madre. E Issib, el padre de Zaxodh, es pleno hermano de tu padre, pues ambos tuvieron el mismo padre y la misma madre, es decir los abuelos. Eso significa que tenéis todos vuestros antepasados en común. Es la relación de sangre

más próxima entre todos los niños, y el matrimonio entre vosotros es impensable.

—Si podemos evitarlo —añadió Padre.

—Podemos evitar ése, al menos —dijo Madre.

—Y pienso lo mismo de Oykib y Yasai, porque también son hijos de Rasa y Volemak.

Chveya reaccionó con gran calma externa, pero por dentro era un torbellino. Hushidh y Madre eran hermanas, pero no hijas de los abuelos. Y Padre e Issib eran hermanos, como Oykib y Yasai, y eran hermanos plenos porque todos eran hijos de los abuelos. Pero el uso de la palabra «plenos» significaba que había otros que no eran hermanos plenos, y en consecuencia no eran hijos de Volemak y Rasa. ¿Cómo era posible?

—¿Qué ocurre? —preguntó Padre.

—Yo sólo... ¿con quién puedo casarme?

—¿No es un poco prematuro...? —empezó Padre.

Madre intervino.

—Los niños que hoy te repugnan te resultarán mucho más interesantes cuando crezcas. Confía en mi palabra, querida Veya, porque no creerás en esa profecía hasta que se cumpla. Pero cuando llegue ese día maravilloso...

—Ese día espantoso, querrás decir —murmuró Padre.

—... sin duda pondrás tus ojos en Padarok, por ejemplo, porque él no está emparentado con nadie, salvo con su hermanita Dabota y sus padres, Zdorab y Shedemei.

Sólo entonces Chveya notó que Zdorab y Shedemei no eran parientes de los demás, pero recordó que Padarok le había resultado antipático porque llamaba a los abuelos Rasa y Volemak, lo cual era irrespetuoso. Claro, no era irrespetuoso, porque ellos no eran sus abuelos. ¿Todos los demás ya lo habrían comprendido?

—Además —añadió Padre—, como hay un solo Rokya para hacerse cargo de las núbiles jóvenes de Dostatok...

—¡Nyef! —exclamó Madre.

—... No tendrás más opción que (¿cómo dijiste, mi querida vidente?)... ah sí, poner tus ojos en Protchnu o Nadezhny, porque su madre, Eiadh, no es pariente de nadie más aquí, y su padre, Elemak, es sólo mi medio hermano. Lo mismo ocurre con Umene, cuyo padre, Vas, no es pariente nuestro, y cuya madre, Sevet, es sólo mi media hermana.

Ni pensó en Proya, Nadya y Umya.

—¿Cómo puede Sevet ser sólo tu media hermana? —preguntó Chveya.

—¿Es porque tienes tantos hermanos que no puede ser tu hermana plena?

—Oh, qué pesadilla —dijo Madre.

—¿Tenía que ser esta mañana?

Padre, sin embargo, pasó a explicar que Volemak había estado casado con otras dos mujeres de Basílica, que dieron a luz a Elemak y Mebbekew, y luego se había casado con Rasa, que tuvo a Issib, pero después Rasa «no renovó» el matrimonio y se casó con un hombre llamado Gaballufix, quien también era medio hermano de Elemak porque su madre había sido una de las primeras esposas de Volemak, y con Gaballufix la dama Rasa había tenido a Sevet y Kokor, pero luego no renovó el contrato de Gaballufix y volvió a casarse con Volemak y tuvieron a Nafai, y, más recientemente, a Okya y Yaya.

—¿Entendiste?

Chveya asintió desconcertada. Todo su mundo estaba cabeza abajo. No sólo por la confusión de los parentescos, sino por la idea de que algunas personas no permanecían casadas toda la vida, de que los padres terminaran por casarse con otros y tuvieran hijos para quienes una persona era la madre y la otra un desconocido. Era aterrador, y esa noche tuvo un sueño espantoso donde ratas gigantes entraban en su casa, se llevaban a Padre dormido, y cuando Madre despertaba ni siquiera notaba que se había ido y traía al pequeño Proya —aunque ahora crecido, pues era un sueño— y decía: «He aquí a tu nuevo padre, hasta que las ratas se lo lleven a él.» Despertó sollozando.

—¿Qué soñaste? —preguntó Madre, confortándola.

—Cuéntame, Veya, ¿por qué lloras?

Chveya se lo contó.

Madre la llevó a su habitación, despertó a Padre y pidió a Chveya que le contara el sueño también a él. Él ni siquiera parecía interesado en el detalle más horrible, que era Proya entrando en su casa para reemplazarlo. Sólo le preguntaba sobre las ratas gigantes. Le pidió una y otra vez que las describiera, aunque ella sólo podía decir que eran ratas y que eran muy grandes y que reían entre dientes felicitándose por su astucia mientras se lo llevaban.

—Es la primera vez en la nueva generación —dijo Padre.

—Y no es del Alma Suprema, sino del Guardián.

—Tal vez no signifique nada —dijo Madre.

—Tal vez ella oyó mencionar los otros sueños.

Pero cuando le preguntaron si había oído mencionar ratas gigantes antes de este sueño, Chveya no entendió de qué le hablaban. Las únicas ratas que había oído mencionar eran las que procuraban robar comida de los graneros. ¿Otras personas también soñaban con ratas gigantes? Los adultos eran tan raros. No les importaba que una familia se dividiera y que los niños tuvieran medios hermanos y medias hermanas y otras monstruosidades semejantes, pero se interesaban muchísimo en una rata gigante. Padre incluso dijo:

—Si alguna vez vuelves a soñar con ratas gigantes u otros animales extraños,

debes contárnoslo de inmediato. Puede ser muy importante.

Sólo cuando Luet la arropaba en la cama, Chveya pudo hacerle la pregunta que la inquietaba:

—Madre, si alguna vez no renuevas el contrato de Padre, ¿quién será nuestro nuevo padre?

La comprensión y la compasión iluminaron el rostro de Madre.

—Oh, Veya, mi pequeña costurera, ¿eso te preocupa? Abandonamos esas leyes cuando abandonamos Basílica. Aquí los matrimonios son permanentes. Hasta la muerte. Padre, pues, siempre será el padre de nuestra familia, y yo siempre seré la madre. Puedes contar con ello.

Más tranquila, Chveya se puso a dormir. Pensó en varias cosas mientras se dormía: qué espantoso debía haber sido vivir en Basílica y no saber con quién se casarían los padres año a año; era como vivir en una casa donde el suelo podía ser el techo al día siguiente. Y también: Soy la primera de la nueva generación que sueña con ratas gigantes, y parece que es maravilloso y debo enorgullecerme de ello y si lo hubiera sabido habría soñado antes con las ratas. Y luego: Rokya es el chico que no tiene parentescos con nadie, así que es el mejor candidato, así que me casaré con él y le mostraré a Dalia quién es la mejor.

* * *

Nafai y Luet durmieron poco esa noche. Cada cual se había concentrado en un aspecto diferente del sueño de Chveya. Para Luet, lo importante era que uno de los niños al fin demostrara la aptitud por la cual el Alma Suprema los había seleccionado. Sabía que era vanidoso pensarlo, pero le parecía apropiado que la primogénita de la vidente de las aguas fuera la primera en tener un sueño significativo. No veía el momento de llevar a su hija a las aguas del río para ver si podía sumirse en el sueño que traía los sueños verdaderos, tal como Luet había aprendido a hacer.

Para Nafai, en cambio, lo importante era que después de un silencio tan largo alguien hubiera recibido un mensaje. Y el mensaje, por vago que fuera, y por muy entreverado que estuviera con las inquietudes de una niña, venía del Guardián de la Tierra, con lo cual era más importante que si hubiera venido del Alma Suprema.

A fin de cuentas, conversaban continuamente con el Alma Suprema, por intermedio del índice. El índice sólo les daba acceso, sin embargo, a la memoria del ordenador. No les permitía vislumbrar los planes del Alma Suprema, averiguar qué se proponía hacer ese año o el siguiente. Pues eso esperaban, como siempre: que el Alma Suprema iniciara cosas por medio de sueños o una voz en sus mentes. Después de tantos años en Dostatok, el Alma Suprema no les había enviado ningún sueño, ninguna voz, y el único mensaje del índice, aparte de los datos que había en su

memoria, era: Esperad aquí.

Pero el Guardián de la Tierra no estaba sometido a ningún plan del Alma Suprema; enviaba sus sueños a través de los años luz desde la Tierra misma. Era imposible adivinar cuál era su propósito. Los sueños que enviaba se entremezclaban con las preocupaciones del soñante, tal como sucedía con el sueño de Chveya acerca de las ratas. Pero había temas recurrentes. Hushidh también había soñado con ratas hostiles que atacaban a su familia. Esto parecía insinuar que esas grandes ratas constituirían un problema en la Tierra, aunque también estaban los sueños que mostraban a las ratas y los ángeles de la Tierra unidos a los humanos como amigos e iguales. Era difícil de interpretar, pero algo era seguro. Los sueños del Guardián de la Tierra no habían cesado, y era posible que pronto sucediera algo, y quizá comenzara la próxima etapa del viaje.

Pues Nafai se estaba impacientando. Como todos los demás, amaba la vida en Dostatok, pero no podía olvidar que éste no era su destino. Los aguardaba una tarea inconclusa, un viaje por el espacio hasta el planeta donde había nacido la humanidad, el retorno de los humanos al cabo de cuarenta millones de años, y Nafai ansiaba ir. La vida en Dostatok era agradable, pero demasiado cerrada y ordenada. Aquí las cosas parecían terminadas, y a Nafai no le gustaba la sensación de que el futuro se había disipado, de que no habría más cambios, salvo los previsibles cambios de la edad.

Alma Suprema, dijo Nafai en silencio, ahora que el Guardián de la Tierra ha despertado, ¿despertarás tú también? ¿Nos conducirás a la próxima etapa de nuestro viaje?

Nafai era muy consciente de la diferencia entre su reacción y la de Luet ante el sueño de Chveya. Sentía desdén y envidia por la actitud de Luet. Desdén, porque ella parecía considerar que Dostatok era todo su mundo. Lo que más le interesaba eran los niños, y el hecho de que también se convirtieran en visionarios, y sobre todo que era maravilloso que su Chveya fuera la primera en soñar sueños verdaderos. ¿Qué importancia tenía esto en comparación con la noticia de que el Guardián de la Tierra estaba despertando? Y sin embargo la envidiaba por esa conexión con su vida actual en Dostatok. Nafai sospechaba que ella era mucho más feliz, porque su mundo giraba en torno de los niños, la familia, la comunidad. Yo vivo en un mundo más amplio, pero tengo poco contacto con él; ella vive en un mundo más pequeño, pero puede cambiarlo y ser cambiada por él.

No puedo ser como es ella, ni ella como yo. Para ella los individuos siempre han sido más importantes que para mí. Es mi debilidad, no tengo la misma percepción de los sentimientos ajenos. Tal vez, si hubiera sido tan observador, tan empático como ella, no habría dicho ni hecho inadvertidamente las cosas por las que mis hermanos mayores me odian tanto, y nuestro camino por la vida habría sido diferente. Elya y yo podríamos haber sido amigos. En cambio, aunque ahora Elemak me respete como

cazador y me escuche en el consejo, no hay cercanía entre nosotros, y Elemak me trata con cautela, temiendo que yo intente desplazarlo. Luet, en cambio, no despierta envidia entre las demás mujeres. Como vidente, bien podría temerse que rivalizara por el lugar de Madre, tal como Elemak rivaliza por el liderazgo de Padre, y rivalizo con Elemak, pero no existe tal competencia. Ellas son una. ¿Por qué Elemak y yo no pudimos haber sido uno, y Elemak y Padre?

Tal vez haya algo que falta en los hombres, y nunca podemos unirnos para forjar una sola alma a partir de muchas. Si es así, es una pérdida lamentable. Miro a Luet y la veo tan cerca de las demás mujeres, incluso las que no le agradan tanto. Veo cuan cerca están las mujeres de los niños, y luego veo cuan distante estoy de los otros hombres, y me siento muy solo.

Así pensando, Nafai se durmió unas horas, y al levantarse notó que Luet también había dormido poco. Revolvía el potaje en la cocina, medio dormida.

—Y hoy no hay escuela —dijo Luet—, así que tenemos a todos los niños y no podremos dormir siesta.

—Que jueguen fuera —dijo Nafai—, salvo los mellizos, y tal vez podamos dejarlos con Shuya y dormir.

—O podríamos turnarnos, en vez de fastidiarlos con nuestra presencia.

—¿Turnarnos? Qué aburrido.

—Quiero dormir —dijo Luet.

—¿Por qué los hombres, aunque estén cansados, nunca dejan de pensar en eso?

—Los hombres que dejan de pensar en eso, como tan dulcemente lo expresas, son eunucos o están muertos.

—Debemos hablar con tus padres sobre el sueño de Chveya —dijo Luet.

—Debemos hablar con todos.

—No lo creo. Provocaría mucha envidia.

—¿A quién le importará quién fue el primer niño que tuvo sueños verdaderos, salvo a ti? —Pero al decirlo supo que a todos los padres les importaría, y que Luet tenía razón en cuanto a la envidia.

Ella hizo una mueca.

—Estás tan por encima de la envidia, oh noble Nafai, que me das envidia.

—Lo lamento.

—Además, no sería bueno para Chveya que se hiciera mucha alharaca por esto. Mira lo que sucedió con Dza cuando transformamos su cumpleaños en un festival. Es prepotente con los demás niños, y Shuya teme que esa ceremonia pública la haya empeorado.

—Cuando veo cómo obliga a los demás niños a hacer tareas sin sentido, siento ganas de abofetearla —dijo Nafai.

—Pero Rasa dice...

—Que los niños deben ser libres de crear su propia sociedad, y manejar la tiranía a su manera. Lo sé —dijo Nafai.

—Pero tengo mis dudas. A fin de cuentas, esa teoría educativa sólo funcionaba en Basílica. ¿No podríamos ver nuestros conflictos del principio del viaje como un resultado de esa actitud?

—No, de ninguna manera. Los que causaron más problemas eran los que pasaron menos tiempo educándose con Rasa. Me refiero a Elemak y Mebbekew, que dejaron la escuela en cuanto tuvieron edad suficiente para decidir por su cuenta, y Vas y Obring, que nunca estudiaron con ella.

—No es tan así, mi querida reduccionista, pues Zdorab es el mejor de nosotros y nunca estudió con ella, mientras que Kokor y Sevet, sus propias hijas, son tan malas como los demás.

—Sólo demuestras que tengo razón, pues ellas fueron a la escuela de Dhelembuvex y no a la de tu madre. Y Zdorab, en todo caso, es una excepción en todo sentido.

En ese momento los mellizos, Serp y Spel, entraron en la cocina, poniendo punto final a la conversación adulta.

Cuando ambos estuvieron libres para descansar, las actividades del día los habían despejado y no querían dormir. Fueron a la casa de Volemak y Rasa para hablar sobre el sueño.

En el camino pasaron junto a un grupo de niños mayores que competían con sus hondas. Se pararon a mirar un rato, para ver cómo se desempeñaban sus hijos mayores, Zhatva y Motiga. Los niños los vieron y trataron de impresionar a sus padres, pero lo que más interesaba a Luet y Nafai no era su destreza con la honda y las piedras, sino cómo se llevaban con los demás. Motiga estaba insufrible como de costumbre. Sabía que era más pequeño y se valía de travesuras y payasadas para ganar acceso al círculo de los escogidos. Zhatva, siendo mayor, estaba allí por derecho propio, y lo que preocupaba a sus padres era que fuera tan dócil. Parecía adorar a Proya, un jactancioso que no merecía tanto respeto.

Un momento típico: Xodhya recibió un golpe en el brazo porque Motya agitó descuidadamente su honda cargada. Se puso a lagrimear, y Proya se burló de él.

—¡Nunca serás un hombre, Xodhya! ¡Sólo estarás cerca de serlo! —Era un ingenioso retruécano con su nombre, pero también era cruel, y sólo acentuó la aflicción de Xodhya. Luego, sin que los demás lo notaran, Xodhya buscó apoyo en Zhyat, quien le puso la mano en el hombro mientras le ladraba a su hermanito Motya:

—¡Ten cuidado con esa honda, cabeza de chorlito!

Era algo instintivo, pero Luet y Nafai se sonrieron al verlo. Zhatva no sólo ofrecía confortación a Xodhya, sin paternalismos, sino que impedía que los demás se burlaran del dolor y las lágrimas de Xodhya y echaba la culpa donde correspondía, en

el descuido de Motya. Lo hacía con gracia y soltura, sin poner en entredicho la autoridad de Proya.

—¿Cuándo verá Zhyat que los niños acuden a él y no a otro cuando se encuentran en problemas?

—Tal vez cumple bien ese papel porque no sabe que lo está cumpliendo.

—Lo envidio —dijo Nafai.

—Ojalá yo pudiera haber sido así.

—¿Sí? ¿Y por qué no pudiste?

—Ya me conoces, Luet. Le habría gritado a Protchnu que no era justo burlarse de Xodhya porque fue culpa de Motya y si le hubiera pasado a Protchnu él también estaría llorando.

—Es cierto, desde luego.

—Es cierto, pero Protchnu se habría convertido en mi enemigo —dijo Nafai. No necesitaba señalar las consecuencias de eso. ¿Acaso Luet no había vivido tiempo suficiente con él?

—A mí sólo me importa que Zhatva cuenta con el amor de los demás niños, y lo merece —dijo Luet.

—Ojalá Motya aprendiera de él.

—Motya es todavía un bebé —dijo Luet—, y no sabes qué será, salvo que será revoltoso y entrometido. Ojalá Chveya aprendiera de Zhatva.

—Sí. Bien, cada niño es diferente —dijo Nafai. Echaron a andar hacia la casa de Padre. Nafai comprendía el deseo de Luet. La soledad y el aislamiento de Chveya los preocupaba. Era la única inadaptada entre los niños mayores, y no entendían por qué, pues no hacía nada para oponerse a los demás. Simplemente no tenía un lugar en la jerarquía de los niños. O tal vez lo tenía, pero se negaba a ocuparlo. Era irónico. Se preocupaban porque Zhatva era demasiado dócil, y se preocupaban porque Chveya era demasiado díscola. Tal vez sólo queremos que nuestros hijos sean los que dominan. Tal vez trato de ver cumplidas en ellos mis propias ambiciones, y eso estaría mal, así que debo conformarme con lo que son.

Luet debía estar pensando lo mismo, pues comentó:

—Ambos se están abriendo camino en la maleza de la sociedad humana, y lo hacen bien. Nosotros sólo podemos observar, consolar y de cuando en cuando ofrecer una sugerencia.

O coger a la prepotente reina Dza de las piernas y quitarle su arrogancia con una tunda. Pero eso sólo causaría una riña entre las familias, y ellos no querían tener el menor conflicto con la familia de Shuya e Issya.

Volemak y Rasa escucharon con interés la descripción del sueño de Chveya.

—Me he preguntado a menudo cuándo volvería a actuar el Alma Suprema —dijo Padre—, pero confesaré que no hice la pregunta en voz alta, porque aquí me

encontraba tan bien que no quería que nada apresurase nuestra partida.

—De cualquier modo, no podríamos hacer nada para apresurarla —dijo Madre.

—A fin de cuentas, el Alma Suprema sigue su propio plan, al margen de nosotros. Nunca le importó que pasáramos tantos años en ese mísero valle del desierto, luego en ese lugar más grato entre los ríos Norte y Sur, o aquí, que quizá sea el mejor sitio de Armonía. Sólo le importa que estemos juntos y preparados para cuando ella nos necesite. Por lo que sabemos, tal vez sólo piense llevar a los niños a la Tierra, sin nosotros. Y eso me sentaría muy bien, aunque preferiría que se llevara a nuestros bisnietos, cuando ya estemos muertos, para no tener que despedirlos y sufrir extrañando a los viajeros.

—Así nos sentimos todos a veces —dijo Luet. Nafai guardó silencio, pero su padre comprendió su actitud.

—Todos menos Nafai. Él está preparado para cambiar. En cierto modo eres un tullido, Nyef. No soportas la felicidad por mucho tiempo. Sólo medras en el conflicto y la incertidumbre.

—No me gusta el conflicto, Padre —protestó Nafai.

—Tal vez no te guste, pero te sienta bien —dijo Volemak.

—No es un insulto, hijo, sólo una realidad.

—La pregunta —dijo Rasa— es si debemos hacer algo después del sueño de Chveya.

—No —dijo Luet.

—Nada. Sólo queríamos que vosotros lo supierais.

—Aun así —dijo Padre—, ¿qué sucederá si los demás niños tienen sueños del Guardián pero no se lo cuentan a nadie? Tal vez debamos avisar a los padres que escuchen los sueños de sus hijos.

—Si lo dices de ese modo —dijo Rasa—, Kokor y Dol instruirán a sus hijas sobre los sueños que deben tener, y se enfadarán con ellas si no sueñan con ratas gigantes.

Todos rieron, pero sabían que era verdad.

—Pues por el momento no haremos nada —dijo Padre.

—Sólo esperar. El Alma Suprema actuará cuando llegue el momento oportuno, y hasta entonces trabajaremos duro cuando sea necesario, y trataremos de criar hijos perfectos que nunca riñan.

—¿Conque ésa es la medida del éxito? —se burló Luet.

—¿Los que nunca riñen son los buenos? Rasa se echó a reír.

—En tal caso, los únicos niños buenos son los que no poseen vitalidad.

—Es decir, ninguno de tus descendientes, mi amor —dijo Padre.

La visita terminó. Regresaron a casa y continuaron con las tareas del día. Pero Nafai no se contentaba con esperar. Le preocupaba que hubiera tan pocas visiones, y que la única en recibir un mensaje del Guardián fuera Chveya, la niña más solitaria, y

demasiado pequeña para comprender su propio sueño.

¿Por qué el Alma Suprema se demoraba tanto? Nueve años atrás los había urgido a irse de Basílica. Habían renunciado a todas sus expectativas para internarse en el desierto. Sí, todo había resultado bien al final, pero no era el final, ¿o sí? Había más de cien años luz por delante, la parte del viaje que habían concluido no era nada, y no había indicios de que lo reanudarían.

¡Respóndeme!

Pero no hubo respuesta.

* * *

Se requirió otro sueño para que Nafai entrara en acción. Esta vez fue Luet; Nafai despertó de un sueño profundo y la encontró gimiendo y sollozando. La despertó, tratando de calmarla.

—Una pesadilla —dijo Nafai.

—Tienes una pesadilla.

—El Alma Suprema —dijo Luet.

—Está perdida.

—Luet, despierta. Tienes un sueño.

—Ahora ya estoy despierta. Sólo trataba de contarte el sueño.

—¿Soñaste con el Alma Suprema?

—Me vi a mí misma en el sueño. Pero pequeña, con la edad de Chveya. Tal como me veía antes en sueños.

Nafai cayó en la cuenta de que no había pasado tanto tiempo desde que Luet tenía la edad de Chveya. Era una niña cuando se conocieron y se casaron, una adolescente. Si se veía a sí misma como una niña, no se podía ver muy diferente de como era ahora.

—Conque te viste como una niña —dijo Nafai.

—No, vi a una persona que se parecía a mí, pero pensé: Es la vidente del agua. Y luego pensé: No, es el Alma Suprema, usando el rostro y el cuerpo de la vidente. Que es lo que muchas mujeres creían sobre mí.

—Sí, lo sé.

—Y entonces supe que estaba viendo al Alma Suprema, sólo que ella usaba mi rostro, y estaba buscando, desesperada. Buscando algo, y creía haberlo encontrado, pero se miraba las manos y no lo tenía. Entonces advertí que estaba persiguiendo una rata gigante, y cuando la apresó y la abrazó, la rata se transformó en un ángel y echó a volar. Pero el Alma Suprema no había visto la transformación y pensaba que la rata se había escabullido. Creo que esperamos aquí porque el Alma Suprema está confundida. Está buscando algo.

Pero Nafai se concentraba en las ratas y los ángeles del sueño.

—¿Es un sueño del Guardián? —preguntó.

—¿Pero cómo pudo el Guardián haber sabido hace cien años que el Alma Suprema tendría problemas ahora?

—Nosotros suponemos que los sueños del Guardián viajan a la velocidad de la luz —dijo Luet.

—Tal vez ella sepa más de lo que creemos.

A Nafai le exasperaba que las mujeres, aunque hablaran del Guardián, lo considerasen femenino, como el Alma Suprema. Parecía atinado con el Alma Suprema, pero un poco arrogante con el Guardián. Tal vez porque Nafai sabía que el Alma Suprema era un ordenador, pero ignoraba qué era el Guardián de la Tierra. Si en verdad era un dios, o algo parecido, le disgustaba que tuviera que ser femenino.

—Tal vez el Guardián nos esté observando y nos conozca muy bien, y trate de despertarnos... y despertar al Alma Suprema por nuestro intermedio.

—El Alma Suprema no está dormida —dijo Nafai.

—Le hablamos continuamente por intermedio del índice.

—Sólo te cuento lo que vi en mi sueño —dijo Luet.

—Hablemos con Issib y Zdorab por la mañana, para ver qué dice el índice al respecto.

—Ahora —dijo Luet.

—Vayamos ahora.

—¿Despertarlos en medio de la noche? Tienen hijos, sería irresponsable.

—En medio de la noche no habrá interrupciones —dijo Luet.

—Y pronto amanecerá.

Era verdad. Las primeras luces iluminaban el cielo que se veía por la ventana.

Zdorab se despertó de inmediato, y fue a abrir la puerta antes que Nafai y Luet llegaran. Shedemei apareció poco después, y tras susurrar unas palabras fue a llamar a Issib y Hushidh. Se reunieron en la casa donde guardaban el índice. Luet les contó el sueño, y Zdorab e Issib consultaron el índice, buscando respuestas.

Luet se impacientó al principio, mientras todos esperaban en silencio.

—Aquí no sirvo de nada por ahora —dijo.

—Y los niños me necesitarán.

—También a mí —dijo Hushidh, y Shedemei las acompañó de mala gana. Cada cual regresó a su casa. Nafai sabía que él tampoco era muy útil cuando se trataba de consultar el índice. Issib y Zdorab exploraban continuamente la memoria del Alma Suprema, y él no podía competir con ellos. Sabía que las mujeres se molestarían por el tácito supuesto de que él podía quedarse y Luet debía marcharse, pero también sabía que era cierto. Las rutinas de los niños giraban en torno de Luet, que siempre estaba allí, mientras que Nafai salía con frecuencia a cazar y su ausencia no pesaba

tanto en sus vidas. Lo echaban de menos, por cierto, pero su presencia no alteraba la vida cotidiana.

Nafai se quedó en la Casa del índice mientras Zodya e Issya hacían las preguntas. Nafai oía los murmullos, y de cuando en cuando lo consultaban, pero él no ayudaba en mucho.

Extendió la mano y apoyó los dedos en el índice.

—Tienes un bucle, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo el índice.

—Lo comprendí en cuanto Luet tuvo su sueño del Guardián. Issib y Zdorab ya están trabajando para encontrar el bucle.

—Debe estar en tus rutinas primitivas —dijo Nafai—, porque si fuera tu auto programación podrías encontrarlo y programarte para eliminarlo.

—Sí. Zdorab supuso eso de inmediato, y es lo que estamos explorando.

—Debe ser un bucle donde crees haber encontrado algo que no has encontrado —dijo Nafai, recordando el sueño.

—Sí —dijo el índice. ¿Había cierta impaciencia en su voz?

—Issib insistió en eso desde un principio, así que procuramos encontrar algo que yo no puedo detectar. Es muy difícil examinar mi memoria para encontrar algo que no he detectado.

Nafai comprendió que Zdorab e Issib ya se habían adelantado a sus sugerencias, así que suspiró, apartó la mano del índice, se inclinó en la silla y esperó. Odiaba ser un espectador en acontecimientos importantes. Es lo que siempre dice Elemak sobre mí, se dijo Nafai, enfadado consigo mismo. Tengo que ser el héroe de cada historia en que participo. ¿Qué me dijo un día? Que si no me detenía, yo me las apañaría para ser el protagonista de su autobiografía. Así creo que soy vital en el proceso de descubrir por qué el Alma Suprema está operando en círculos, perdiendo su tiempo, perdiendo nuestro tiempo...

¿Perdiendo nuestro tiempo? ¿Esto es una pérdida de tiempo, vivir en paz y abundancia con mi esposa y mis hijos? Ojalá pierda así el resto de mi vida.

Como un cazador que gira en círculos, la pobre Alma Suprema vuelve sobre sus pasos, recorriendo el mismo terreno sin darse cuenta.

Al pensar en ello, Nafai recordó el sendero que había cogido en su cacería más reciente, como si lo sobrevolara, mirándolo como un mapa, viendo su trayecto entre los árboles mientras él giraba en círculos que se cruzaban; como nunca pasaba frente al mismo árbol en la misma dirección, nunca lo habría adivinado sin ver el mapa.

Eso necesita el Alma Suprema... ver sus propias huellas.

Tocó el índice y se lo dijo al Alma Suprema.

—Sí —dijo el índice con tono huraño.

—Zdorab ya me ha sugerido que examine mi historia reciente para encontrar

conductas repetitivas. Pero yo no grabo mi propia conducta. Sólo la conducta humana. No tengo almacenada una autobiografía, salvo cuando mis actos influyen sobre la humanidad. Y al parecer lo que me hace funcionar en forma circular no surte un efecto directo sobre la humanidad, o es tan primitivo que no soy consciente de ello. De cualquier modo, estoy desandando mis pasos.

El desconcertado Nafai no apartó la mano. Podría ser perturbador para los demás que él tocara el índice y apartara la mano a cada instante.

¿Perturbador? No. Sólo que no quería sufrir la vergüenza de que los demás supieran que su aportación era inútil.

Aún tenía sueño. El sueño de Luet lo había despertado temprano, y allí sentado, sin nada que hacer, se adormiló. Apoyó la cabeza en la mesa, descansando sobre el otro brazo; sus dedos aún tocaban el índice.

Evocó nuevamente esa imagen de sí mismo vista desde arriba, un mapa donde él recorría el bosque en círculos. Tal vez hago eso, pensó, al borde del sueño. Tal vez realmente avanzo en círculos.

—No —le dijo el índice.

—Salvo cuando el animal que persigues sigue ese camino.

Podría, dijo Nafai en silencio. Podría girar y girar en círculos, buscando las huellas de un animal, sin comprender en realidad que estoy viendo mis propias huellas. Tal vez a veces me persiga a mí mismo. Tal vez encuentre mis propias huellas y piense que es un animal muy grande, que nos alimentará por una semana; me persigo a mí mismo y nunca me alcanzo, hasta que un día encuentro mi cuerpo tendido, exhausto, hambriento, muriendo porque en mi locura me imagino separado de mi cuerpo y...

Me estaba durmiendo, dijo en silencio.

—Aquí está el mapa de todos tus viajes —dijo el índice.

—Verás que nunca andas en círculos, salvo cuando persigues un animal.

Nafai vio en su mente un claro mapa de las inmediaciones de Dostatok, incluidas las montañas, mostrando todos sus viajes.

Conque he recorrido todo ese territorio, dijo Nafai.

Pero aun al decirlo, vio que no era cierto. Había una zona adonde no lo habían llevado sus cacerías.

Una especie de cuña entre las montañas, que apuntaba hacia el desierto, y nunca iba allí.

¿Tienes un mapa de las cacerías de los demás?, preguntó Nafai.

Al instante, un mapa de las cacerías de Elemak se superpuso sobre el otro, y luego un mapa de las cacerías de Vas y Obring, y las cacerías en grupo. Se entrelazaban hasta formar una estrecha red en torno de Dostatok.

Salvo por esa cuña en las montañas.

¿Qué es ese lugar en las montañas donde nadie ha penetrado?

—¿De qué hablas? —preguntó el índice. El blanco en los mapas. El lugar donde nadie ha estado.

—No hay ningún blanco —dijo el índice. Nafai concentró toda su atención en ese lugar. Allí, gritó con la mente.

—Me hablas como si estuvieras señalando algo, y veo que le prestas gran atención a algo, pero en el mapa no hay ningún punto que destaque sobre los demás.

—¿Habrá algo que está oculto aun para ti?

—Nada en Armonía está oculto para mí.

¿Por qué nos trajiste a Dostatok?

—Porque he preparado este lugar para que aguardéis mientras me preparo.

¿Para qué?

—Para que me llevéis en vuestro viaje a la Tierra.

¿Y por qué teníamos que venir aquí para esperar?

—Porque es el lugar más cercano donde podéis sobrevivir mientras me preparo.

¿El lugar más cercano a qué?

—A vosotros. Al lugar donde estáis.

De nuevo operaba en círculos. Nafai adoptó otra táctica. Le preguntó cuándo estaría preparado para llevarlos a la Tierra.

—Cuando os llame —dijo el índice.

¿Cuándo nos llames de dónde, adónde?

—De Dostatok —dijo el índice.

¿Adonde?

—A la Tierra —dijo el índice.

Para Nafai era claro. El lugar vacío del mapa, que el índice no podía ver, era el sitio donde se reunirían para partir rumbo a la Tierra. Un lugar que el índice no podía nombrar.

—Puedo nombrar cualquier lugar de Armonía —dijo el índice.

—Puedo informarte sobre cualquier nombre que cualquier humano haya dado a cualquier sitio de este planeta.

Entonces dime el nombre de este lugar, dijo Nafai, concentrándose de nuevo en el sitio que nadie había recorrido en sus cacerías.

—Señala un lugar y te lo diré.

Nafai trazó un círculo mental en torno del blanco.

—Vusadka —dijo el índice.

Vusadka, pensó Nafai. Un nombre antiguo. Pero parecido a la palabra que designaba un solo paso más allá de la puerta. Qué significa Vusadka, preguntó al índice.

—Es el nombre de ese lugar.

¿Cuánto hace que se llama así?, preguntó Nafai.

—Así lo llamó la gente de Raspyatny.

¿Y de dónde sacaron ese nombre?

—Era célebre entre las Ciudades de las Estrellas y las Ciudades de Fuego.

¿Cuál es la referencia más antigua a ese nombre?

—¿Qué nombre? —preguntó el índice. El Alma Suprema no podía haberse olvidado tan pronto. Su memoria debía de haberse bloqueado otra vez. Nafai preguntó: ¿Cuándo aparece la referencia más antigua a este nombre en las Ciudades de Fuego?

—Hace veinte millones de años —dijo el índice. ¿Existe una referencia más antigua en las Ciudades de las Estrellas?

—Por cierto, son mucho más antiguas. Hace treinta y nueve millones de años.

¿Vusadka significaba algo en el idioma que hablaban allí?

—Todos los idiomas de Armonía están emparentados —dijo el índice.

De nuevo era elusivo. Nafai intentó otro enfoque para obtener la información que necesitaba. ¿Cuál es, en el idioma de las Ciudades de las Estrellas de hace treinta y nueve millones de años, la palabra que más se parece a Vusadka sin ser Vusadka?

—Vuissashivat'h —respondió el índice. ¿Y qué significaba esa palabra para ellos?

—Desembarcar. ¿De dónde?

—De un barco —dijo el índice.

¿Pero por qué ese lugar de las montañas recibió un nombre relacionado con desembarcar de un barco? ¿La costa llegaba hasta aquí?

—Estas montañas son muy antiguas. Antes que la grieta creara el Valle de los Fuegos, estas montañas ya eran antiguas.

¿Y la costa nunca tocó la tierra de Vusadka?

—Nunca —dijo el índice.

—No desde que los humanos desembarcaron de sus naves estelares en el mundo de Armonía.

Como el Alma Suprema usó la palabra moderna *desembarcar* en relación con las naves estelares, Nafai supo de inmediato que el Alma Suprema había hecho lo posible para confirmar lo que él ya sospechaba: que Vusadka era el lugar donde las naves habían aterrizado cuarenta millones de años atrás, y en consecuencia el lugar donde era más probable encontrar una nave estelar, si todavía quedaba alguna. Y otro pensamiento: Tú estás allí, ¿verdad, Alma Suprema? Donde aterrizaron las naves. Todas tus memorias, todos tus procesadores, se encuentran en ese lugar.

—¿Qué lugar? —preguntó el índice. Nafai se levantó, totalmente despejado. El ruido del banco llamó la atención de los demás.

—Iré a buscar el Alma Suprema —les dijo Nafai.

—Sí —dijo Issib.

—El Alma Suprema nos mostró su conversación contigo.

—Muy hábil —dijo Zdorab.

—Yo nunca habría pensado en comenzar por el mapa de las cacerías.

Nafai pensó en callar que no lo había hecho adrede. Era agradable que lo admirasen por su ingenio. Pero comprendió que eso equivalía a mentir.

—Me estaba durmiendo. La idea de la cacería fue una de esas ocurrencias descabelladas que tienes al borde del sueño. El Alma Suprema sabía que no podía saber lo que sabía, y reconoció que mediante el mapa podía comunicarse conmigo, eso es todo. Tuvo que engañarse para contármelo.

Issib se echó a reír.

—Muy bien, Nyef. Todos convenimos en que no eres muy brillante.

—Es verdad —dijo Nafai.

—Sólo oí al Alma Suprema cuando encontró un modo oblicuo de hacerme franquear las barreras de su mente. Decid a los demás que me fui a cazar, si alguien pregunta. Pero decid la verdad a Luet y vuestras esposas, desde luego... iré en busca del Alma Suprema. Ambas cosas son ciertas.

Zdorab asintió aprobatoriamente.

—Hemos tenido paz en todos estos años —dijo— porque es una tierra fecunda y había espacio para todos y bienes en abundancia. Nadie querrá pensar en un nuevo desarraigo. Algunos se sentirán más descontentos que otros. Es aconsejable no decir nada hasta que sepamos algo con certeza.

Issib hizo una mueca.

—Me imagino que esto causará una auténtica batalla. Casi lamento que hayamos tenido tantos años de felicidad en este lugar. Esto dividirá la comunidad, y no sé cuánto daño causará.

Nafai negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser así. El Alma Suprema nos guió a todos en este viaje. El Guardián de la Tierra también nos llama a todos.

—Todos son llamados —dijo Zdorab—, ¿pero quién irá?

—En este momento, iré yo —dijo Nafai.

—Acuérdate de llevar arco y flechas —dijo Issib.

—Por si encuentras algo para la cena.

—No dijo: Para que se crean la historia de que has ido a cazar.

En todo caso era buena idea, así que Nafai fue a su casa a buscar el arco y las flechas.

—Y si no las hubieras necesitado —dijo Luet con fastidio—, no habrías venido a despedirte y explicarme.

—Claro que sí —dijo Nafai.

—No. Probablemente pediste a los demás que me lo contaran cuando te hubieras ido. Nafai se encogió de hombros.

—De cualquier modo, me cercioré de que te enterases.

—Y sin embargo fue mi sueño, y el de Chveya.

—El hecho de haber tenido los sueños no te hace dueña de sus consecuencias —dijo Nafai, igualmente ofuscado.

—No, Nyef —dijo ella, suspirando con impaciencia.

—Ya que yo tuve el sueño, debí ser tu compañera en esto. Tu compañera, en pie de igualdad. En cambio me tratas como a una niña.

—No les pedí que se lo dijeran a Chveya, ¿verdad? Entonces no te he tratado como una niña.

—¿No puedes admitir que has actuado como un mandril, Nafai? ¿No puedes decir que me has tratado como si en esta comunidad sólo importaran los hombres, como si las mujeres no fueran nada, y que lamentas haberme tratado así?

—No actué como un mandril. Actué como un hombre. Cuando actúo como un hombre, no soy menos humano, sino menos femenino. Nunca más me digas que, por no actuar como una mujer, soy un animal.

Nafai se sorprendió de su propia ira.

—Conque esto también sucede en nuestra casa —murmuró Luet.

—Sólo porque tú lo has mencionado. Nunca más me llames animal.

—Pues no actúes como tal. Ser civilizado significa trascender tu naturaleza animal. No regodearte en ella. Por eso me has recordado un mandril... porque no puedes ser civilizado mientras trates a las mujeres con ese desprecio. Sólo puedes ser civilizado si nos tratas como amigas.

Nafai se plantó en la puerta, ardiendo por dentro ante la injusticia de esas palabras. No porque ella no dijera la verdad, sino porque se equivocaba al aplicárselas de esa manera.

—Te he tratado como verdadera amiga, y como esposa —dijo.

—Pensé que me amabas, que no estábamos compitiendo para ver quién era el dueño de los sueños.

—Yo no me enfadé porque te apropiaras del resultado de mí sueño —dijo Luet.

—¿No?

—Me ofendió que no compartieras conmigo los resultados de tu sueño. Yo no salté de la cama para ir a contar mi sueño a Hushidh y Shedemei, y luego pedirles que te lo contaran.

Sólo cuando ella lo expresó de ese modo Nafai comprendió por qué estaba tan contrariada.

—Oh —dijo—, lo lamento. Ella aún estaba enfadada, y la disculpa había llegado un poco tarde.

—Puedes irte —dijo Luet.

—Puedes ir a buscar el Alma Suprema. Puedes ir a buscar las ruinas de las antiguas naves estelares en el antiguo lugar del aterrizaje. Puedes ir y ser el único héroe de nuestra expedición. Cuando me duerma esta noche, te veré protagonizando mis propios sueños. Espero que me dejes algún papel menor. Tal vez sostenerte el abrigo.

Nafai estuvo a punto de marcharse. Luet había repetido el insulto de Elemak sabiendo cuánto le habían dolido esas palabras, pues Nafai se lo había contado tiempo atrás. Era cruel e injusto repetir las ahora. Ella, además, debía saber que no lo impulsaba el afán de ser un héroe, sino la pasión por saber qué sucedería, por lograr que sucediera algo. Si Luet lo amaba, tenía que entender.

Por eso estuvo a punto de marcharse sin más, dejando que esas palabras amargas lo acompañaran en su trayecto hasta las montañas.

En cambio, entró en la habitación de los niños. Todos estaban dormidos menos Chveya, que quizá se había despertado al oír los agresivos murmullos de sus padres. Nafai los besó a todos, Chveya la última.

—Voy en busca del sitio de donde vienen los mejores sueños —susurró, para no despertar a los otros niños.

—Guarda lugar para mí en todos los sueños ^susurró Chveya.

Nafai la besó de nuevo y regresó a la cocina donde Luet revolvía el potaje.

—Gracias por encontrar lugar para mí en tus sueños —le dijo.

—Siempre eres bienvenida en los míos.

La besó, y para su alivio ella también lo besó. No habían resuelto nada, salvo confirmar que aún se amaban, aunque riñeran. Eso bastaba para marcharse contento, y no abatido.

Necesitaría estar en paz consigo mismo, pues era evidente que el Alma Suprema estaba protegiendo un lugar oculto sin siquiera saber que lo protegía. Eso sospechaba, pues algo debía haberlos desviado lejos cuando iban de cacería, impidiéndoles llegar a Vusadka, y sin duda era la capacidad del Alma Suprema para lograr que la gente olvidara ciertas ideas. Sin embargo, el Alma Suprema no había podido ver el lugar, ni siquiera ver que no lo veía. Eso significaba que las rutinas de deflexión del Alma Suprema se habían vuelto contra el Alma Suprema, así que era improbable que pudiera desactivarlas para dejar pasar a Nafai. Al contrario, Nafai tendría que luchar para abrirse camino, tal como él e Issib habían franqueado las barreras del Alma Suprema en Basílica, mucho tiempo atrás, esforzándose para concebir pensamientos que el Alma Suprema había prohibido. Pero ahora no eran sólo ideas. Tendría que luchar para llegar a un sitio que ni siquiera el Alma Suprema podía ver.

—Debo vencerte —le susurró al Alma Suprema mientras atravesaba los prados.

—Debo franquear tus barreras.

(¿Qué barreras?)

Esto sería agotador. Nafai se cansaba de sólo pensar en ello. Y no bastaría con valerse de un truco ingenioso. Tendría que recurrir a toda su fuerza de voluntad. Y tal vez eso no fuera suficiente.

* * *

Atardecía y Nafai estaba desesperado. Al cabo de un día de viaje para llegar allí, se había pasado el día entero haciendo cosas inútiles, una y otra vez. Se detenía fuera de la zona prohibida, pedía al Alma Suprema que le mostrara el mapa del trayecto que habían seguido todos los cazadores, veía fácilmente qué rumbo debía coger para llegar a Vusadka. Incluso marcaba una flecha o escribía el rumbo en la tierra con un palo. Tras partir animosamente, se encontraba una vez más fuera de la zona «oculta», a cien metros de donde había escrito la dirección. Si había escrito «noreste» se encontraba al oeste del lugar; si la flecha apuntaba hacia el este, se encontraba al sur de ella. No podía franquear esa barrera.

Despotricó contra el Alma Suprema, pero las respuestas que obtenía mostraban que el Alma Suprema ignoraba lo que sucedía.

—Quiero ir al sureste de este lugar —decía Nafai.

—Ayúdame.

Y luego se encontraba muy al norte, y el Alma Suprema le decía: No me escuchaste. Te dije que fueras al sudoeste, y no me escuchaste.

Había caído el sol y oscurecía deprisa. Odiaba tener que regresar a Dostatok habiendo fracasado.

(No comprendo qué intentas hacer.)

—Trato de encontrarte —dijo Nafai.

(Pero aquí estoy.)

—Sé dónde estás, pero no puedo llegar.

(Yo no te detengo.)

Era verdad, y Nafai lo sabía. Tal vez el Alma Suprema ni siquiera fuera responsable de esto. Si poseía el poder para bloquear la mente humana, para disuadir a los humanos de los actos que planeaban, era posible que los primeros humanos de Armonía hubieran preparado otro conjunto de defensa para proteger ese lugar. Defensas que no estuvieran controladas por el Alma Suprema, sino que rechazaran también al Alma Suprema.

Muéstrame todos los caminos que he seguido hoy, dijo Nafai. Permíteme verlos aquí, en tierra.

Los vio: estelas brillantes que formaban hebras en el suelo. Vio cómo empezaban, una y otra vez, dirigiéndose hacia el centro del círculo que rodeaba Vusadka. Luego

se interrumpían y comenzaban de nuevo a poca distancia, al norte o al sur, bordeando oblicuamente el límite.

Le asombró que el límite fuera tan preciso. En cuanto él penetraba un metro, era expulsado. Podía trazar una línea en el suelo, marcando la frontera exacta de la visión del Alma Suprema. Eso hizo. Usó la última media hora de luz para marcar el límite con un palo, trazando una línea o cavando un pequeño pozo cada varios cientos de metros.

Mientras marcaba la frontera de sus fútiles esfuerzos, oyó la llamada de los mandriles que se dirigían hacia el promontorio donde dormían. Sólo cuando hubo concluido, cuando hubo anochecido y los mandriles callaron, comprendió que algunas llamadas habían comenzado fuera del límite, pero ahora todas terminaban en su interior.

Desde luego. El límite cierra el paso a los humanos, pero otros animales no han sido modificados para ser susceptibles a esa influencia. Conque los mandriles cruzan el límite con impunidad.

Ojalá fuera un mandril.

Casi podía oír el comentario socarrón de Issib: «¿Y estás seguro de que no lo eres?»

Encontró un lugar herboso en un terreno alto y se dispuso a dormir. Era una noche clara, con pocas probabilidades de lluvia, y aunque aquí refrescaba más que en Dostatok —estaba cerca del desierto, y el aire era mucho más seco— esta noche estaría cómodo.

Cómodo, pero le costaría dormirse.

Soñó, pero no supo si el sueño significaba algo o era sólo que había dormido con sobresaltos y entonces recordaba mejor los sueños más normales de esa noche. Pero en uno de esos sueños estaba con Yobár. El mandril lo guiaba por un laberinto de roca. Cuando llegaban a un agujero en las rocas, Yobar se agachaba y entraba. Pero Nafai se quedaba mirando el agujero, pensando: Soy demasiado grande para pasar. Claro que no era verdad. En el sueño Nafai veía que el agujero no era tan estrecho. Pero no podía pensar en agacharse para atravesarlo. Se empeñaba en buscar un modo de pasar de pie.

Yobar regresó y lo tocó. Nafai se encogió y se convirtió en mandril. Entonces no tuvo problemas en atravesar el agujero. Una vez que estuvo del otro lado, recobró el tamaño humano. Y cuando se volvió para mirar el diminuto agujero, había cambiado. Ahora era tan alto como un humano adulto, y podía atravesarlo de pie.

Por la mañana, ese sueño era el más prometedor. Tiritando en la brisa del alba, procuró encontrar un modo de aprovechar las ideas que sugería el sueño.

Evidentemente el sueño reflejaba su conocimiento de que los mandriles podían atravesar la barrera, aunque un humano no. Si se convertía en mandril, podría

atravesarla. Pero eso era lo que él había deseado la noche anterior, y no había bastado con desearlo.

En el sueño, pensó Nafai, el agujero parecía demasiado pequeño, pero podía haberlo atravesado en cualquier momento, porque en realidad tenía la altura de un hombre. La barrera estaba sólo en mi mente, lo cual sucede también con esta barrera. Cuanto más me empeño en cruzarla, con mayor firmeza me rechaza. Tal vez lo que me frena es la intención de cruzar el límite.

No, eso es tonto. La barrera fue diseñada para expulsar incluso a personas que ignoraban su existencia. Cazadores, exploradores, colonos, mercaderes... todos los que se dirigían inadvertidamente hacia Vusadka.

Pero una pequeña sugestión bastaba para expulsar a los que no tenían la firme intención de ir a Vusadka. Ni siquiera notarían que los desviaban. A fin de cuentas, ninguno de nosotros notó que evitábamos esta zona en nuestras cacerías, durante tantos años en Dostatok. De modo que esas sendas originales no definían una frontera clara, tal como la estoy definiendo ahora. Y nuestras sendas no se desviaban tan bruscamente... sólo perdíamos el rastro de la presa, o por alguna otra razón nos alejábamos gradualmente. La fuerza de la barrera, pues, debe aumentar con mi firme intención de cruzarla. Y si pudiera errar por aquí casualmente, la fuerza de la barrera sería menor.

¿Pero cómo puedo penetrar casualmente si sé perfectamente adónde debo ir?

Con este pensamiento comprendió plenamente su plan, aunque no se atrevía a pensarlo con claridad, por temor a activar la barrera y fracasar antes de intentarlo. En cambio, decidió concentrarse en una nueva intención. Debía cazar ahora, y llevar carne para alimentar a los niños. El mismo tenía hambre, y si él tenía hambre los pequeños debían de estar famélicos. Pero los pequeños en que pensaba eran los pequeños mandriles. Recordó a los mandriles del Valle de Mebbekew y se sintió responsable de llevarles carne, tal como Yobar cuando quería robar comida para agradecer a las hembras y fortalecer a los jóvenes.

Esa mañana partió en esa dirección, sin dirigirse hacia Vusadka, y buscó hasta encontrar las huellas de una liebre. Siguió a su presa y al cabo de una hora pudo atravesarla con una flecha.

No estaba muerta. Las flechas rara vez mataban de inmediato, y habitualmente él despachaba al animal con el cuchillo. Pero esta vez la dejó con vida, aterrada y gemebunda; le extrajo la flecha de las ancas y la cogió por las orejas. Los gemidos de la liebre eran precisamente lo que necesitaba. Los mandriles estarían más interesados en un animal vivo pero herido. Tenía que encontrar a los mandriles.

No fue difícil. Los mandriles temen a pocos animales, y se defienden permaneciendo alerta y poniéndose sobre aviso, así que no procuraban guardar silencio. Nafai los encontró recorriendo un largo valle que iba del oeste al este, con

un arroyo en el medio. Irguieron la cabeza, al verlo. No hubo pánico —Nafai todavía estaba a gran distancia— y miraron la liebre con curiosidad.

Nafai se aproximó. Ahora se pusieron alerta. Los machos se apoyaron sobre los nudillos y protestaron. Y Nafai sintió gran renuencia a acercarse.

Pero debo acercarme, para darles carne.

Avanzó unos pasos más, mostrando la liebre. No sabía cómo tomarían ese ofrecimiento. Podían tomarlo como prueba de que era capaz de matar, o como una sugerencia de que ya tenía su presa y ellos estaban a salvo. Pero algunos pensarían en la liebre como carne comestible. Los mandriles no eran los mejores cazadores del mundo, pero adoraban la carne, y esa liebre gemebunda tenía que resultar apetitosa para ellos.

Se aproximó despacio, sintiendo mayor renuencia a cada paso. Pero también veía que los más jóvenes miraban la liebre. Les ayudó a pensar más en la carne, eludiendo su mirada. Sabía que el contacto visual sería como un reto y los asustaría.

Los mandriles retrocedieron, pero no mucho. Como él había esperado, tendían a replegarse hacia los peñascos. Los siguió. Pensaba: Ésta no es buena idea, no necesitan esta carne. Pero acalló sus pensamientos, tratando de concentrarse en una cosa: Estas madres necesitan proteínas, sus bebés deben recibirlas de la leche. Tengo que llevarles esta carne.

No puedes, esto es una estupidez, debes soltar la liebre y marcharte.

Pero si lo hago, la liebre quedará para los machos más fuertes y no para las hembras. Tengo que llevar la carne a las hembras, para que la aprovechen los pequeños. Es mi trabajo, como cazador de esta tribu, llevarles comida. Tengo que alimentarlas. No puedo permitir que nada me impida llegar a ellos.

¿Cuánto tiempo le llevó? Le costaba concentrarse en lo que hacía. En varias ocasiones tuvo la sensación de que acababa de despertarse, aunque sabía que no estaba durmiendo, y entonces sacudía la cabeza y continuaba, dirigiéndose hacia las hembras, que retrocedían hacia los peñascos.

Tengo que llegar detrás de ellas, más cerca de los peñascos donde duermen. Tengo que llegar al lugar donde están las hembras.

Comenzó a desviarse hacia el norte, pero no permitió que su atención se desviara de las hembras. Hacia el mediodía se encontró donde deseaba estar, entre los mandriles y los peñascos donde dormían. La liebre se había callado al fin, pero a los mandriles no les molestaría que hubiera muerto, pues estaba viva cuando llegó, y además no eran tan pretenciosos si la carne estaba tibia. Nafai les arrojó la liebre, apuntando al centro del grupo de hembras.

Estalló un pandemonio, pero las cosas salieron como Nafai había planeado. Algunos machos jóvenes trataron de apoderarse de la liebre, pero los más viejos se plantaron ante Nafai, pues por el momento parecía una amenaza. Así la liebre cayó

entre las hembras, que echaron fácilmente a los mandriles jóvenes. La liebre no estaba muerta, a pesar de todo. Chilló cuando las hembras dominantes le hincaron los dientes. Cuando vivía cerca de los mandriles en el desierto, a Nafai le había disgustado que no se molestaran en matar la presa antes de comerla, pero ahora estaba acostumbrado, y le agradó que su plan hubiera funcionado y las hembras hubieran conseguido la carne.

Los machos se alborotaron al comprender que se estaban perdiendo el festín, y Nafai empezó a retroceder, dirigiéndose a los peñascos; cuando él se hubo alejado, los machos acometieron contra el grupo, dispersando a las hembras y asestándose golpes en su lucha por obtener trozos de liebre. Algunos consiguieron trozos grandes, pero Nafai supo que las hembras habían obtenido más carne que de costumbre. Eso le hizo sentir bien.

Ahora, sin embargo, era conveniente alejarse de los mandriles. Ir valle arriba. Más aún, sería bueno encontrar más presas para traerles.

Gradualmente, sin embargo, mientras se alejaba de los mandriles, notó que su renuencia era más fácil de combatir. Con gran esfuerzo, procuró recordar para qué había ido allí. Su renuencia regresó de inmediato —casi un pánico— pero no perdió el control de sí mismo. Como había esperado, la barrera era más fuerte en el límite. Él podía vencer este nivel de interferencia. Se parecía más a lo que había sentido en Basílica, cuando él e Issib procuraban franquear las barreras del Alma Suprema para pensar cosas prohibidas.

O tal vez me siento mejor porque la barrera ya me ha desviado. Tal vez me ha derrotado sin que yo me enterase.

—¿Estoy dentro o fuera? —le susurró al Alma Suprema.

No recibió ninguna respuesta.

Sintió un aguijonazo de miedo. El Alma Suprema no podía ver esta zona. ¿Y si detrás del límite el Alma Suprema lo perdía de vista?

Entonces pensó que tal vez por eso la fuerza de la resistencia se había debilitado. Tal vez, sin que el Alma Suprema lo advirtiera, esta barrera había combinado su propio poder con el poder del Alma Suprema, en la frontera. Pero aquí, donde el Alma Suprema no podía penetrar, la barrera sólo contaba con su propio poder, y por eso era posible derrotarla.

Tenía sentido, así que Nafai continuó yendo hacia el este, hacia el centro de Vusadka.

¿O se dirigía hacia el norte? Pues de pronto, al cruzar una colina, vio una paisaje totalmente yermo.

A cincuenta metros, era como si alguien hubiera construido un muro invisible. De un lado estaba el verdor de la tierra de Dostatok, y del otro el desierto más seco y árido que Nafai había visto jamás. Ni un pájaro, ni un lagarto, ni un arbusto, no había

nada vivo detrás de esa línea.

Era demasiado artificial. Tenía que ser otra barrera, otro límite, un límite que excluía a todos los seres vivientes. Quizá fuera una barrera que mataba todo aquello que la cruzaba. ¿Nafai no debía atravesarla?

—¿Hay algún portal en alguna parte? —preguntó al Alma Suprema.

No recibió ninguna respuesta.

Se aproximó cautelosamente a la barrera, estiró la mano.

Sería invisible, pero era tangible. Apoyó la mano y sintió que la pared se deslizaba, como si fuera un poco viscosa y estuviera constantemente en movimiento. En cierto modo, esa tangibilidad era tranquilizadora. Si cerraba el paso a las criaturas vivientes, tal vez no tuviera ningún mecanismo para matarlas.

¿Puedo cruzar? Si los humanos no pueden traspasar este límite, ¿para qué instalar una barrera mental a tanta distancia? Quizá para impedir que los humanos vean este límite evidente y elaboren una famosa leyenda, atrayendo la atención sobre este lugar. Pero también era posible que la barrera mental estuviera destinada a ahuyentar a los humanos porque un humano resuelto podía cruzar esta barrera física. Una barrera para los humanos, a lo lejos; y otra barrera para los animales. Tenía sentido.

Claro que eso no garantizaba que fuera así. Nafai pensó en regresar a Dostatok y anunciar su descubrimiento, para que pudieran explorar el Alma Suprema y averiguar si había un modo de burlar esa barrera.

Pero era posible que la sola idea de regresar a Dostatok fuera una influencia mental de la barrera, induciéndolo a encontrar excusas para marcharse. Y tal vez la barrera tuviera cierta capacidad de aprendizaje, en cuyo caso nunca más se dejaría engañar por el truco de concentrarse en la urgente necesidad de alimentar a los mandriles. No, solo como estaba, él debía tomar la decisión.

Te matará.

¿Qué era eso, la voz del Alma Suprema? ¿O la barrera? ¿O sólo su temor? De un modo u otro, sabía que el miedo no era irracional. Más allá de esa barrera no había nada vivo. Tenía que existir un motivo para ello. ¿Por qué él sería la excepción, la única criatura viva que podía cruzar? Cuando se construyó la barrera, debía de haber plantas en ambos lados de la barrera, y aunque fuera imposible de cruzar, la vida habría continuado en ambos lados. Cuarenta millones de años de evolución habrían diferenciado la flora y la fauna de ambos lados, pero la vida debería haber florecido. El mero aislamiento no podía exterminar todas las formas vivientes.

Te matará.

Tal vez, pensó Nafai en tono desafiante. Tal vez muera. Pero el Alma Suprema nos trajo aquí con un propósito, llevarnos a la Tierra. Aunque el Alma Suprema no pudiera pensar directamente en Vusadka, o no pudiera hablar de ello con los humanos, Vusadka tenía que ser el motivo por el cual los había llevado allí. De un

modo u otro, debemos atravesar esta barrera.

Pero aquí sólo estoy yo. Y quizá nadie regrese aquí, si yo no tengo éxito. Si fracaso, bien, buscaremos otra entrada. Y si logro cruzar la barrera y algo me mata, los otros sabrán, al no verme regresar, que deben ser más cautelosos.

Al no verme regresar.

Pensó en sus hijos. La callada y brillante Chveya, Zhatva, sabio y compasivo; el travieso Motiga; el animoso Izuchaya; y los mellizos, Serp y Spel. ¿Puedo dejarlos huérfanos?

Puedo si debo. Puedo porque tendrán por madre a Luet, y contarán con la ayuda de Shuya, Issya, Padre y Madre. Puedo abandonarlos, si debo, porque eso sería mejor que regresar sin haber cumplido el propósito de nuestra vida por temor a morir.

Se apoyó en la barrera. No cedía bajo su mano. Cuanto más la apretaba, más parecía deslizarse. Pero a pesar de esa ilusión de deslizamiento, su mano no resbalaba a la derecha ni a la izquierda, ni arriba ni abajo. La fricción parecía casi perfecta. Cuando apretaba hacia dentro él no podía deslizar la mano sobre la superficie, aunque parecía que la superficie se deslizaba hacia todas partes.

Retrocedió, cogió una piedra y la arrojó hacia la barrera. Chocó contra la pared invisible, se adhirió un instante, se deslizó lentamente hacia abajo.

Esto no es una pared, comprendió Nafai, pues puede coger la piedra y permitir que se deslice hacia abajo. ¿Sabrá detectar qué la golpeó, y reaccionar de distinta manera ante una piedra o un ave?

Nafai cogió un terrón. Vio con satisfacción que contenía varias larvas y lombrices. Lo arrojó contra la barrera.

De nuevo se adhirió un instante y comenzó a deslizarse hacia abajo. Pero no a la misma velocidad. La tierra bajó primero, limpiamente separada de las raíces de hierba. Luego se deslizó la materia vegetal, dejando las larvas y la lombriz, que bajaron en último lugar.

Esta barrera es selectiva, pensó Nafai. Sabe distinguir entre lo vivo y lo muerto, entre lo animal y lo vegetal. ¿Por qué no entre lo humano y lo no humano?

Nafai se miró la ropa. ¿Cómo la interpretaría la barrera? Ignoraba cómo la barrera detectaba la naturaleza de las cosas que la golpeaban. Tal vez pudiera detectar que era humano antes que él la tocara. Pero también era posible que la vestimenta lo ocultara un poco. Por supuesto, no sabía si eso era bueno o malo.

Cogió otra piedra, pero esta vez no se limitó a tirarla, sino que la arrojó con todas sus fuerzas. De nuevo se adhirió a la barrera.

No, esta vez se clavó en la barrera. Apretando las manos contra los costados de la piedra, mientras ésta se deslizaba, Nafai notó que la piedra se había insertado en la pared.

Nafai descolgó su honda del cinturón, calzó una piedra, la agitó vigorosamente y

la arrojó contra la barrera.

Se quedó adherida un instante. Nafai pensó que se comportaría como los otros objetos.

En cambio, la piedra se adhirió un instante y cayó del otro lado de la barrera.

¡Había cruzado! Había tenido el ímpetu necesario para atravesarla. La barrera le había quitado impulso, pero igual había penetrado. El único problema era que Nafai ignoraba cómo arrojarse contra la barrera con ese mismo ímpetu. Aunque pudiera, la fuerza, del impacto podía matarlo.

Tal vez la barrera tenga otras reglas para los humanos. Tal vez, si golpeo con fuerza, me permita pasar.

Seguro, tonto. Instalaron el sistema para excluir a los humanos, ¿recuerdas?

Nafai se apoyó en la barrera para pensar. Para su asombro, al cabo de un instante la barrera comenzó a descender. Mejor dicho, deslizó su vestimenta hacia el suelo, arrastrándolo consigo. No había hecho lo mismo con sus manos. Al tocar la barrera con la piel desnuda, no se había movido.

Se apartó con dificultad de la pared invisible. Se adhería a la ropa tal como se había adherido a las piedras, la tierra, la hierba, las larvas y la lombriz. Tiene otras reglas para los humanos, comprendió. Esta pared conoce la diferencia entre mi ropa y yo.

Impulsivamente se quitó la túnica, desnudando los brazos. Luego metió el brazo con fuerza, hundiendo el puño en la barrera. Le dolió como si golpeará una pared de ladrillo, pero la atravesó.

¡La atravesó! Su puño estaba del otro lado de la barrera, al igual que la piedra que había arrojado antes. Y del otro lado no sentía nada raro. Podía flexionar el puño y mover los dedos, y aunque el aire de dentro estaba más fresco, no había dolor, ni distorsión, ningún problema obvio.

¿Podré seguir mi mano por la pared?

Empujó, y pudo meter el brazo. Pero cuando quiso meter el pecho, se atascó. Cuando se volteó buscando un ángulo más favorable, su cabeza también chocó contra la barrera y se detuvo.

¿Y si me quedo aquí para siempre, mitad dentro y mitad fuera?

Se retiró alarmado, y el brazo salió fácilmente. Sintió cierta resistencia, pero ningún dolor, y nada quiso retenerlo. En pocos instantes quedó libre.

Se tocó el brazo y la mano que habían estado del otro lado y no encontró ningún problema. Aquello que impedía que la vida medrara del otro lado no lo había matado aún. Si era un veneno, no era inmediato, y por cierto no era la barrera misma.

Reseñó las reglas que había aprendido. Tenía que ser piel desnuda. Tenía que golpear con cierta fuerza. Y si quería que pasara todo su cuerpo, tendría que golpear con todo el cuerpo al mismo tiempo.

Se quitó la ropa, la plegó y la puso sobre el arco y las flechas. Luego apiló algunas piedras encima para que no se volara. Esperaba necesitar de nuevo esa ropa.

Pensó en brincar de cabeza contra la barrera, pero no le gustaba la idea. Al golpearla con el puño había sido como pegarle a una pared, y no le gustaba hacer lo mismo con la cara o la entrepierna. Tampoco sería maravilloso hacerlo de espaldas, pero era el menor de dos males.

Caminó unos pasos a lo largo de la barrera hasta llegar a un sitio donde había un declive. Subió, respiró profundamente, susurró un adiós a su familia, corrió cuesta abajo. Pronto corría sin poder frenar, pero cuando se aproximó a la pared clavó un pie y giró para chocar de plano contra la barrera.

No fue lo que consiguió. Sus nalgas pasaron primero, y luego los muslos y el cuerpo, hasta los hombros. Los brazos y la cabeza quedaron fuera de la barrera, mientras sus pies caían y chocaban con el suelo pedregoso del otro lado. Le dolían los talones, pero no le importaba, porque ahí estaba, el cuerpo dentro, los brazos y la cabeza fuera.

Tengo que regresar fuera, pensó, e intentarlo de nuevo.

Demasiado tarde. En pocos momentos sus hombros quedaron dentro. Estaba atascado como antes, sin lograr que el cuerpo siguiera a los brazos. La principal diferencia era que esta vez tenía la cabeza fuera de la pared, y la barbilla y los oídos parecían reacios a seguirlo adentro, porque necesitaba todo el peso de su cuerpo para zafarse, y no podía lograrlo con la barbilla atascada en la pared.

Debe ser el modo más estúpido de morir que se ha descubierto, pensó Nafai.

Recuerda tus clases de geometría, se dijo. Y de anatomía. Mi barbilla puede estar en ángulo demasiado agudo respecto de mi cuello para salir, pero encima de mi cabeza hay una curva continua. Si puedo empujar la barbilla hacia delante y la cabeza hacia atrás... siempre que no me arranque las orejas... pero pueden flexionarse, ¿o no?

Lenta y laboriosamente, echó la cabeza hacia atrás y notó que se movía. Puedo lograrlo, pensó. Y luego será fácil con los brazos.

La cabeza salió de inmediato, y su cara quedó del lado de dentro. Sólo le faltaba sacar los brazos.

Pensaba hacerlo enseguida, después de un breve descanso, pero mientras descansaba, jadeando por el esfuerzo, advirtió que su necesidad de respirar aumentaba. Se estaba sofocando, incluso mientras aspiraba ese aire de olor extraño.

Sí, aire de olor extraño, seco fresco, y no obtenía oxígeno. Mientras sentía el pánico de la sofocación, su mente racional advirtió lo que tendría que haber comprendido desde un principio. El motivo por el cual no había ninguna criatura viviente dentro de la barrera era la ausencia de oxígeno. Era un lugar diseñado para evitar todo deterioro, y el deterioro más rápido siempre se asociaba con la presencia del oxígeno, o el oxígeno unido al hidrógeno para tomar agua. No podía haber vida, y

en consecuencia ni siquiera microbios que carcomieran las superficies; ni agua que se condensara, se congelara o circulara, ni oxidación de los metales. Y si la atmósfera no soportaba formas de vida anaeróbica, habría pocos elementos dentro de la barrera que causaran deterioro, salvo la luz solar, la radiación cósmica y la desintegración atómica. La barrera estaba destinada a preservar todo lo que hubiera en su interior, para que durase cuarenta millones de años.

La súbita comprensión del propósito de la barrera no fue un consuelo, pues su mente racional ya no estaba al mando. En cuanto notó que no podía respirar, sus manos, que todavía asomaban por la barrera, intentaron aferrar el aire en un desesperado esfuerzo por liberarlo de su atasco. Pero estaba en la misma situación que antes, fuera, cuando sólo un brazo había atravesado la pared. Podía hundir los brazos en la barrera, pero cuando su rostro y su pecho llegaban a la pared, no podía seguir avanzando. Sus manos podían tocar el aire respirable del otro lado, pero nada más.

Impulsado por el miedo, golpeó la cabeza contra la barrera, pero no tenía suficiente apoyo —a pesar del pánico— para atravesarla y llegar al aire respirable. Estaba a punto de morir. Nuevamente golpeó la pared con la cabeza, con más fuerza.

Tal vez con el último golpe se aturdió, o tal vez se estaba debilitando por falta de oxígeno, o perdiendo el equilibrio. De un modo u otro, cayó hacia atrás, y la resistencia de la barrera amortiguó la caída mientras los brazos se deslizaban por la pared invisible.

Esto está bien, pensó Nafai. Si logro llegar adonde la cuesta va hacia el otro lado, puedo correr hacia la barrera y atravesarla otra vez, aunque esta vez con la cara hacia delante. Pero aun mientras elaboraba este plan optimista, sabía que no funcionaría. Había pasado demasiado tiempo tratando de atravesar la barrera, y había agotado demasiado oxígeno de su cuerpo, y no podría trepar otra colina y correr cuesta abajo antes de desmayarse.

Sus manos se liberaron y cayó hacia delante en el suelo pedregoso. Debió de ser un golpe muy fuerte, pues le sonó como un trueno. Y luego el viento le abofeteó el cuerpo, levantándolo, haciéndolo rodar, retorciéndolo.

Mientras jadeaba en el viento, notó que milagrosamente volvía a respirar. Estaba aspirando oxígeno. También se estaba magullando mientras el viento lo arrastraba de aquí para allá. Sobre las piedras. Sobre la hierba.

La hierba.

El viento se había reducido a una brisa. Nafai abrió los ojos. Se había desplazado sin ton ni son, unos cincuenta metros. Tardó un rato en orientarse. Pero, tendido en la hierba, supo que estaba fuera de la barrera. ¿El viento era otro mecanismo de defensa para expulsar a los intrusos? Sus rasguños y magulladuras respaldaban esa interpretación. Aún veía fantasmas de polvo girando a lo lejos, sobre la tierra muerta.

Se levantó y caminó hacia la barrera. Trató de tocarla, pero no estaba. Había desaparecido.

Ésa era la causa del viento. Atmósferas que no se habían mezclado en cuarenta millones de años se habían combinado repentinamente, y la presión no había sido igual en ambos lados de la barrera. Fue como el reventón de un globo, y Nafai había volado de aquí para allá como un trozo de globo.

¿Por qué había desaparecido la barrera?

Porque un humano la había atravesado por completo. Porque si la barrera no hubiera bajado, él habría muerto.

Nafai creyó oír la voz del Alma Suprema.

(Sí, estoy aquí, tú me conoces.)

—¿Yo destruí la barrera?

(No, yo lo hice. En cuanto la atravesaste totalmente, el sistema perimétrico me informó que un ser humano lo había penetrado. De inmediato fui consciente de partes de mí que me habían estado ocultas durante cuarenta millones de años. Podía ver todas las barreras, supe de inmediato su historia y comprendí su propósito y cómo controlarlas. Si hubieras sido un intruso muy obcecado que no debía estar allí, yo habría ordenado a los sistemas perimétricos que te dejaran morir, e inmediatamente me habrían sido ocultados una vez más. Eso sucedió en dos ocasiones, en todos estos años. Pero tú eras el que yo deseaba traer aquí, y la barrera ya no tenía propósito. Ordené derribarla, para que este lugar tuviera oxígeno.)

—Agradezco esa decisión —dijo Nafai.

(Ello significa que el deterioro ha vuelto a entrar en este lugar. Claro que no estaba del todo ausente. La barrera excluía la radiación más nociva, pero no toda. Hubo daños. Aquí nada estaba destinado a durar tanto tiempo. Pero ahora puedo investigarlo en vez de tropezar con los bloques de sistema del perímetro, y quizá pueda descubrir por qué funcionaba en círculos.)

(O Issib y Zdorab pueden deducirlo. En este momento trabajan con el índice, y en cuanto atravesaste el perímetro, los bloqueos desaparecieron también para ellos. Les he mostrado todo lo que hiciste, y ahora están explorando las nuevas zonas de memoria abiertas para todos nosotros.)

—Entonces lo he conseguido —dijo Nafai.

—Lo hice. He terminado.

(No seas tonto. Atravesaste la barrera, pero el trabajo apenas comienza. Ven a mí, Nafai.)

—¿A ti?

(Adonde yo estoy. Al fin me he encontrado, aunque hasta ahora nunca había pensado en buscarme. Ven a mí. Cruza esas colinas.)

Nafai buscó sus ropas y las encontró desparramadas. Ese viento que lo había echado a volar había arrancado fácilmente la ropa de abajo de las piedras. Lo que más necesitaba eran sus zapatos, para recorrer ese terreno pedregoso. Pero también quería el resto de la ropa, pues tarde o temprano regresaría a casa.

(Allá tengo ropas. Ven a mí.)

—De acuerdo, ya voy —dijo Nafai.

—Pero déjame ponerme los zapatos, aunque creas que no los necesito.

Se puso los pantalones y se echó la túnica sobre la cabeza mientras caminaba. El arco. Buscó el arco y no desistió hasta que encontró un fragmento y comprendió que el viento lo había destrozado. Tenía suerte de que no hubiera hecho lo mismo con sus huesos. Al fin enfiló hacia la dirección que el Alma Suprema le indicaba en la mente. Caminó una media hora, despacio, pues tenía el cuerpo dolorido. Al final cruzó la última colina y vio una concavidad de dos kilómetros de diámetro. En el centro, seis torres inmensas asomaban sobre el suelo.

Reconoció de inmediato las naves estelares.

Supo que la información venía del Alma Suprema, junto con muchos datos sobre las naves. Lo que veía eran corazas protectoras sobre la punta de las naves, y aun así, sólo un cuarto de cada nave asomaba encima del suelo. El resto estaba bajo tierra, protegido y conectado con los sistemas de Vusadka. Supo, sin tener que pensar en ello, que el resto de Vusadka también era subterráneo, una vasta ciudad electrónica consagrada a mantener al Alma Suprema. Del Alma Suprema sólo se veían los platos cóncavos que apuntaban al cielo, comunicándose con los satélites que eran sus ojos y oídos, sus manos y dedos en el mundo.

(Durante todos estos años, he olvidado cómo verme, he olvidado qué aspecto tenía. Sólo recordaba lo suficiente para activar ciertas tareas, y para traerte a Dostatok. Cuando las tareas fallaban, comenzaba a operar en círculos. No podía ayudarme porque no sabía dónde buscar la causa. Ahora Zdorab, Issib y yo hemos visto el lugar. Mi memoria se ha deteriorado. Cuarenta millones de años de desintegración atómica y radiación cósmica han dejado sus cicatrices. La redundancia de mis sistemas ha compensado prácticamente todos los fallos, pero no el daño sufrido por sistemas primitivos que yo no podía examinar porque estaban ocultos. He perdido la capacidad de controlar mis robots. No estaban destinados a durar tanto tiempo, ni siquiera en un lugar sin oxígeno. Mis robots me estaban comunicando que habían concluido sus chequeos de seguridad en los sistemas del interior de la barrera pero, cuando intenté abrir el perímetro, el sistema se rehusó porque los chequeos de rutina no estaban terminados. Así que inicié nuevamente los chequeos de seguridad, y los robots de nuevo me informaron que estaban concluidos, y así sucesivamente, y yo no podía descubrir el bucle porque todo ello estaba para mí en un nivel reflejo, como los latidos del corazón para ti. No, aún menos obvio. Se

parece más a la producción de hormonas en las glándulas que hay dentro de tu cuerpo.)

—¿Qué habría pasado si hubieras podido salir del bucle? —preguntó Nafai.

(Si hubiera podido encontrarme, habría reconocido el problema y te habría traído aquí de inmediato.)

—¿Es decir que habrías podido eliminar la barrera?

(No habría sido necesario. Eliminarla estaba dentro de tu poder. Para eso era el índice.)

—¡El índice!

(Si hubieras traído el índice contigo, no habrías encontrado resistencia en ningún punto, ni aversión mental. Y al tocar la barrera física con el índice, se habría disuelto poco a poco, evitando esa ventolera que sólo sirvió para llenar el aire de polvo.)

—Pero nunca nos dijiste que el índice era capaz de eso.

(No lo sabía. No podía saberlo. Sólo sabía que quien viniera a las naves estelares debía traer el índice. Entonces, al completarse los chequeos de seguridad, el sistema perimétrico habría abierto todo y yo habría comprendido qué se necesitaba y te podría haber dicho lo que necesitabas tú.)

—Entonces mi sofocación y mis porrazos no fueron un estúpido desperdicio de perfecto pánico.

(Tu intrusión fue lo único que me permitió salir del bucle. He leído la memoria del sistema perimétrico y me encanta el modo en que usaste a los mandriles para llegar.)

—¿Pero no me mostraste eso en mi sueño? ¿Que yo necesitaba seguir un mandril para atravesar la barrera?

(¿Sueño? Oh, ahora recuerdo que soñaste. No, yo no te envié ese sueño.)

—¿Entonces fue el Guardián?

(¿Por qué buscar una fuente externa? ¿No crees que tu propio inconsciente es capaz de ofrecerte un sueño verdadero de cuando en cuando? ¿No estás dispuesto a admitir que tu propia mente resolvió el problema?)

Nafai no pudo contener una risa de satisfacción.

—¿Entonces fui yo?

(Fuiste tú. Pero no has terminado. Ven a mí, Nafai. Tengo trabajo para ti, y herramientas para ello.)

Nafai bajó por la colina hacia el valle de Vusadka. El lugar del desembarco. El lugar donde los humanos habían hollado por primera vez el suelo de Armonía, y donde los primeros colonos habían instalado el ordenador que protegería a sus hijos de la autodestrucción durante tantos años que ellos creerían que la protección era eterna.

Pero no sería eterna. Ya estaba desapareciendo. Y ahora Nafai caminaba entre las torres de las naves estelares, el primer ser humano que seguía esos pasos desde que habían construido ese lugar. No sabía qué le pediría ahora el Alma Suprema, pero él obedecería y, cuando hubiera concluido, los seres humanos retornarían a la Tierra.

Capítulo 10

CAPITÁN

Volemak y Rasa convocaron a la comunidad en cuanto Zdorab e Issib les informaron lo que habían aprendido en el índice. Hacía mucho tiempo que no se llamaba a reunión sin que Elemak supiera de antemano de qué se trataba. Eso le preocupó. En cierto modo lo asustó, pero como no podía convivir con la noción de miedo, lo interpretó como furia. Estaba furioso porque llamaban a reunión sin su conocimiento, sin que Padre le hubiera pedido consejo. Eso le sugería que la reunión era una maniobra de Rasa, que las mujeres se habían confabulado para excluirlo. Algún día esa arpía iría demasiado lejos, pensó Elemak, y entonces sabría qué eran realmente el poder y la *fuerza*, y que ella no los tenía.

Éste era el filtro de interpretación por el cual Elemak recibió Ja noticia de la mañana. Chveya y Luet habían soñado. Ah sí, las mujeres tratando de reafirmar su liderazgo espiritual, la vidente y su bien entrenada hija buscando el viejo dominio que Luet poseía en Basílica. Y luego Nafai, Issib y Zdorab habían explorado el índice en busca de información, y Nafai —claro, tenía que ser el esposo de Luet, el niño favorito del Alma Suprema— había encontrado un lugar secreto que ninguno de ellos había visitado en sus cacerías. ¡Pamplinas! Elemak había recorrido cada palmo de esos parajes en sus cacerías y exploraciones. No existía ningún lugar oculto.

Conque Nafai había partido en busca de un lugar inexistente, y sólo esa mañana había franqueado las barreras. Una vez que un ser humano llegaba dentro, la barrera desaparecía, y ahora Nafai caminaba entre las antiguas naves estelares, mientras Issib y Zdorab exploraban el índice buscando cosas que nadie había buscado antes.

—Éste es el lugar del desembarco —explicó Padre.

—Estamos viviendo en el lugar de la primera ciudad, la colonia humana más antigua de Armonía. Más antigua que las Ciudades de las Estrellas, más antigua que Basílica.

—Aquí no había ninguna ciudad cuando llegamos —dijo Obring.

—Pero este lugar —dijo Padre.

—Con nosotros la especie humana ha completado el círculo. En este momento Nafai camina donde nuestros antiguos padres pisaron por primera vez el suelo de Armonía.

Patrañas románticas, pensó Elemak. Era muy posible que Nafai estuviera durmiendo una siesta bajo el sol del mediodía. El índice era sólo un recurso de los débiles de ese grupo para dominar a los fuertes.

—Ya sabéis lo que esto significa, por cierto —dijo Padre.

—Significa —dijo Elemak— que gracias a los presuntos conocimientos que cierta gente que no tiene nada mejor que hacer obtuvo en una esfera de metal, nuestras vidas sufrirán nuevos trastornos.

Padre lo miró sorprendido.

—¿Trastornos? —preguntó.

—¿Para qué crees que vinimos aquí, sino para prepararnos para el viaje a la Tierra? El Alma Suprema estaba atrapada en un bucle de realimentación, eso es todo, y Nyef logró penetrar y liberarla. El trastorno ha terminado, Elya.

—No finjas que no sabes a qué me refiero —dijo Elemak.

—Aquí tenemos muchas cosas. Una buena vida. En muchos sentidos, una vida mejor que la que hubiéramos tenido en Basílica, aunque a Obring le cueste creerlo. Ahora tenemos familias, tenemos esposas e hijos, y nuestras vidas son satisfactorias. Trabajamos duramente, pero somos felices, y aquí hay espacio para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos durante mil años y más. No tenemos enemigos, no corremos peligro al margen de los accidentes normales de la vida. Y me dices que éste es el trastorno, mientras que perder el tiempo tratando de subir al espacio es lo normal. Por favor, no insultes nuestra inteligencia.

Elemak pudo intuir fácilmente quiénes lo respaldaban. Mientras pintaba el cuadro de lo que significaría todo esto, vio que Meb, Vas y Obring asentían adustamente, y que sus esposas los apoyarían. Más aún, notó que había sembrado ciertas dudas en algunos de los demás. Zdorab y Shedemei tenían una expresión vacilante, y aun Luet miró a sus hijos cuando Elemak mencionó que sus vidas eran satisfactorias, que no corrían peligro, que podían tener un futuro prometedor en Dostatok.

—No sé qué encontró Nafai, siempre que haya encontrado algo —continuó Elemak.

—En verdad no me importa. Nyef es buen cazador y un joven brillante, pero no es el indicado para guiarnos hacia un insidioso peligro utilizando naves estelares de cuarenta millones de años. Mi familia y yo no permitiremos que mi hermanito nos haga perder tiempo en la tonta realización de un proyecto imposible. Cuando mató a Gaballufix, Nyef nos obligó a abandonar Basílica como fugitivos. Le he perdonado eso, pero no perdonaré que trastorne nuevamente nuestra vida.

Elemak mantenía un semblante calmo, pero era lo único que podía hacer para contener su sonrisa mientras Luet intentaba débilmente absolver a su esposo de toda culpa por la muerte de Gaballufix. Sus palabras no importaban. Elemak sabía que había logrado su propósito con el primer golpe. Nafai estaba desacreditado aun antes de regresar. Por su culpa abandonamos la ciudad; lo perdonamos por eso, pero nada que él diga cambiará nuestro actual modo de vida. Elemak había ofrecido una justificación razonable para resistirse a esta última maniobra de las mujeres y su pequeño títere. La prueba de su éxito era el hecho de que ni Padre ni Madre —nadie,

salvo Luet— preparaba una defensa, y ella se había desviado en su afán de justificar la muerte de Gaballufix. La idea de las naves estelares y la comarca oculta se había olvidado.

Hasta que Oykib se presentó en el lugar de reunión.

—Qué vergüenza —dijo.

—Todos vosotros. Callaron, todos excepto Rasa.

—Querido Okya, ésta es una conversación de adultos.

—También tú deberías avergonzarte. ¿Habéis olvidado que vinimos aquí impulsados por el Alma Suprema? ¿Habéis olvidado que si tenemos un lugar perfecto para vivir es porque el Alma Suprema lo preparó? ¿Habéis olvidado que el único motivo por el cual no había aquí diez ciudades era que el Alma Suprema ahuyentó a toda la gente, salvo a nosotros?

Tú, Elemak, ¿habrías podido encontrar este lugar? ¿Habrías sabido conducir a la familia a través de las aguas y por la isla hasta aquí?

—¿Qué sabes de todo esto, niño? —dijo desdeñosamente Elemak, procurando arrebatar el control a ese mocoso.

—No, no habrías sabido —dijo Oykib.

—Ninguno de vosotros sabía nada y ninguno de nosotros tendría nada si el Alma Suprema no nos hubiera escogido y traído aquí. Yo ni siquiera había nacido cuando sucedieron muchas de estas cosas, y era un bebé durante casi todo el resto. ¿Entonces por qué yo recuerdo, cuando los adultos, mis hermanos mayores y más sabios, mis padres, parecen haber olvidado?

Su voz aguda sacaba de quicio a Elemak. ¿Qué sucedía aquí? Sabía neutralizar a todos los adultos, pero no había previsto que también debería habérselas con el nuevo hijo de Padre y Rasa.

—Siéntate, niño —dijo Elemak.

—Te has metido en aguas peligrosas.

—Todos nos hemos metido en aguas peligrosas —dijo Luet.

—Pero sólo Oykib parece haber recordado cómo se nada.

—Sin duda tú le enseñaste lo que debía decir —dijo Elemak.

—Claro, exactamente —dijo Luet.

—Como si alguno de nosotros supiera de antemano lo que dirías tú. Aunque era previsible. Pensé que estas cuestiones se habían zanjado tiempo atrás, pero debimos saber que nunca abandonarías tu ambición.

—¡Yo! —exclamó Elemak, levantándose de un brinco.

—No soy yo quien inventó esa visita a una ciudad invisible, sobre la cual sólo tenemos los presuntos informes de una esfera de metal que sólo vosotros podéis interpretar.

—Si apoyaras la mano en el índice —dijo Padre—, él te hablaría con gusto.

—No quiero oír nada de un ordenador —dijo Elemak.

—Lo diré de nuevo. No arriesgaré la vida y la felicidad de mi familia por las presuntas instrucciones de un ordenador invisible que estas mujeres insisten en adorar como si fuera un dios.

Padre se puso de pie.

—Ve que estás dispuesto a dudar —dijo.

—Tal vez fue un error compartir la buena nueva con todo el mundo. Tal vez debimos esperar el regreso de Nafai, y todos podríamos ir al lugar que él descubrió, y ver lo que ha visto. Pero pensé que no debían existir secretos entre nosotros, así que insistí en contar la historia ahora, para que después nadie dijera que no fue informado.

—Un poco tarde para aparentar franqueza, Padre —dijo Mebbekew.

—Tú mismo dijiste que Nafai, cuando partió anteayer, buscaba ese lugar oculto, suponiendo que podía ser el sitio donde los primeros humanos habían desembarcado de sus naves estelares. En ese momento no pensaste en contárnoslo.

Padre miró de soslayo a Rasa, y Elemak vio confirmadas sus sospechas. El viejo bailaba al son de la melodía de su madre. Ella había querido guardar el secreto antes, y probablemente le hubiera aconsejado que también se callara ahora.

No obstante, era el momento para intervenir. Tenía que capturar un terreno alto, pues Oykib había debilitado su posición.

—No seamos injustos. Sólo hemos oído estas noticias sobre Nafai. Aún no tenemos que decidir ni hacer nada. Esperemos su regreso, y veamos cómo nos sentimos entonces.

—Elemak se volvió hacia Oykib, quien permaneció de pie en medio del grupo.

—En cuanto a ti, me enorgullece que mi penúltimo hermano demuestre tanto apasionamiento. Serás un verdadero hombre, Oykib, y cuando tengas edad suficiente para entender los problemas, en vez de seguir ciegamente lo que dicen otros, tu voz será escuchada en el consejo, te lo aseguro.

El rostro de Oykib enrojeció, de vergüenza, no de cólera. Era tan joven que sólo había oído la clara alabanza, no el sutil agravio. Así te elimino también, querido hermano Okya, sin que ni siquiera lo adviertas.

—Yo digo que esta reunión ha concluido —dijo Elemak.

—Nos reuniremos de nuevo cuando Nafai regrese, salvo por las pequeñas reuniones conspiratorias de la Casa del índice, donde se fraguó toda esta historia. No me cabe duda de que esas reuniones continuarán.

Y con esas palabras echó una sombra de duda sobre toda conversación que entablara el grupo de Rasa.

Esos tontos se creían muy listos, hasta que se topaban con alguien que entendía de veras el funcionamiento del poder. Y al ser él quien disolvía la reunión, y quien

anunciaba la siguiente, Elemak había dado un gran paso para despojar a Padre de su liderazgo en Dostatok. Ahora quedaba por verse si la reunión en efecto se disolvía con la partida de Elemak. Si él se marchaba pero los presentes se quedaban, Elemak afrontaría una posición engorrosa. Más aún, habría perdido terreno.

Pero no era preciso preocuparse. Meb se levantó al instante y, acompañado por Dol y sus hijos, lo siguió; Vas, Obring y sus esposas también se levantaron, y luego Zdorab y Shedemei. La reunión había concluido, y había concluido porque Elemak lo había decidido así.

He ganado la primera ronda, pensó Elemak, y me sorprenderá que la pelea no termine aquí. Pobre Nafai. No sé qué estarás haciendo en el bosque, pero cuando regreses encontrarás desbaratados todos tus planes. ¿De veras creías que podías enfrentarte a mí desde lejos y ganar?

* * *

No había escritos, ni signos ni instrucciones.

(Aquí nadie necesita instrucciones. Siempre os acompañaré en este lugar, mostrando lo que necesitáis saber.)

—¿Y estaban conformes con esto? —preguntó Nafai.

—¿Todos ellos?

Su voz resonaba en el silencio de ese lugar, mientras avanzaba por los impolutos pasadizos y corredores, internándose en la tierra.

(Me conocían. Ellos me habían fabricado y programado. Sabían lo que yo podía hacer. Me consideraban su biblioteca, su manual de instrucciones, su segunda memoria. En esos días yo sólo sabía lo que ellos me habían enseñado. Ahora poseo cuarenta millones de años de experiencia con los seres humanos, y he llegado a mis propias conclusiones. En esos días dependía mucho más de ellos. Yo les reflejaba su propia imagen del mundo.)

—¿Y esa imagen... era errónea?

(No comprendían que gran parte de su conducta era animal, no intelectual. Pensaban que habían superado la bestia que había en ellos, y con mi ayuda todos sus descendientes expulsarían la bestia en pocas generaciones, o en algunos centenares, al menos. Tenían una visión de gran alcance, pero ningún ser humano puede tener tanto alcance. Con el tiempo las cifras, las dimensiones temporales, pierden sentido.)

—Pero construían bien —dijo Nafai.

(Bien, pero no a la perfección. He sufrido cuarenta millones de años de radiación cósmica y nuclear que ha erosionado mi memoria. Tengo una vasta redundancia, gracias a lo cual no hubo pérdidas significativas en mi almacenamiento de datos. Aun en mi programación, he controlado todos los cambios y los he corregido. Lo que

no pude vigilar fue la zona que me estaba oculta. Así, cuando los programas de esa zona se corrompieron, no pude saberlo ni compensarlo. No podía copiar esas zonas perdidas y restaurarlas cuando mi única copia se corrompió.)

—Entonces no lo planearon tan bien —dijo Nafai—, pues esos programas estaban en tu núcleo.

(No debes juzgarlos con dureza. Nunca pensaron que los hijos de sus hijos tardarían millones de años en aprender la paz y ser dignos de entrar en este lugar y adquirir estas tecnologías avanzadas. ¿Cómo podían adivinar que siglo tras siglo, milenio tras milenio, los humanos de Armonía despreciarían la paz, que nunca desistirían del intento de someter a los demás mediante la fuerza o el engaño? Mi propósito no era mantener este lugar cerrado un millón de años, mucho menos cuarenta millones. Así que construyeron bastante bien. A fin de cuentas, los fallos de mi núcleo secreto no fueron fatales. A fin de cuentas, estás aquí.)

Nafai recordó el terror que había sufrido cuando no tenía aire para respirar, y pensó que le había faltado muy poco para fracasar.

—¿Dónde estás? —preguntó.

(Alrededor de ti.)

Nafai miró, pero no vio nada en particular.

(Los sensores están en el techo. Gracias a ellos te veo y te oigo ahora, aparte de mis modos de ver a través de tus ojos, y de oír tus palabras antes que las digas. Detrás de estas paredes hay bancos de memoria estática, y todos ellos forman parte de mí. La maquinaria que bombea aire en estos pasajes subterráneos también forma parte de mí.)

—¿Entonces para qué me necesitabas? —preguntó Nafai.

(Tú eres el que me liberó de mi funcionamiento circular y abrió mi visión para incluir mi propio corazón, ¿y me preguntas eso?)

—¿Para qué me necesitas ahora?

(Te necesito a ti... os necesito a todos vosotros, porque el Guardián os ha enviado sueños. El Guardián os requiere, y os llevaré a él.)

—¿Para qué me necesitas a mí? —preguntó Nafai, aclarando aún más la pregunta.

(Porque mis robots estaban controlados por una zona de mi memoria que se ha vuelto totalmente indigna de confianza. Los desactivé porque me presentaban informes falsos. Ninguna de estas seis naves posee una memoria totalmente incorrupta. Te necesito para juntar y verificar la memoria de cada parte de las naves, y reunir buenos componentes hasta tener una nave perfecta. Yo no puedo hacerlo, pues no tengo manos.)

—Conque estoy aquí para reemplazar máquinas rotas.

(Y te necesito para pilotar la nave estelar.)

—No me digas que tú no puedes hacerlo.

(Tus ancestros no permitían que sus naves estelares quedaran totalmente bajo el control de ordenadores como yo, Nafai. Tiene que haber un capitán en cada nave, para dar órdenes. Yo cumpliré esas órdenes, pero la nave te pertenece. Yo te pertenezco.)

—No yo —dijo Nafai.

—Creo que Padre debería ocupar ese puesto.

(Volemak no vino aquí. Volemak no abrió este lugar.)

—Lo habría hecho, si hubiera sabido.

(Él sabía lo que tú sabías. Pero tú actuaste. Estas cosas no son accidentales, Nafai. No es coincidencia que tú estés aquí, y nadie más. Si Volemak hubiera encontrado este lugar y hubiera logrado entrar, arriesgando su vida, entonces él usaría el manto. O Elemak, o Zdorab... quien hubiera venido habría tenido esa responsabilidad. Viniste tú, y es tuya.)

Nafai estuvo por decir que no la quería, pero sería una mentira. La quería de todo corazón. Ser escogido por el Alma Suprema para pilotar una nave estelar, aunque no supiera nada sobre pilotaje, sería maravilloso. Más gloria y honor de los que había soñado en su infancia.

—Entonces lo haré, mientras me muestres cómo se hace.

(No puedes hacerlo sin herramientas. Yo puedo darte algunas, y enseñarte a fabricar el resto. Y no puedes hacerlo sin ayuda.)

—¿Ayuda?

(Habrá que trasladar miles de placas de memoria de una nave a la otra. Envejecerás y morirás aquí si intentas hacerlo solo. Toda tu aldea tendrá que colaborar, si deseamos tener una nave segura que contenga toda la memoria que necesitaré para ir hacia el Guardián de la Tierra.)

Nafai trató de imaginarse a Elemak realizando una tarea bajo su supervisión, y se echó a reír.

—En tal caso, será mejor que pongas a otro al mando. No me seguirán a mí.

(Lo harán.)

—Entonces no entiendes la naturaleza humana. Si hemos tenido paz en estos últimos años, es porque he permanecido en mi lugar, en lo que a Elya concierne. Si repentinamente regresara para decirles que soy el capitán de la nave y deben ayudarme a armarla...

(Confía en mí.)

—Sí, claro. Siempre lo hice, ¿verdad?

(Abre la puerta.)

Nafai abrió la puerta y entró en una habitación tenuemente iluminada. La puerta se cerró, anulando gran parte de la luz. Pestañeando, Nafai pronto se acostumbró a la penumbra y vio que en medio de la habitación, colgando en el aire sin un soporte

visible, había un bloque de... ¿qué era, hielo?

(En gran medida es agua.)

Nafai se acercó, lo tocó. Su dedo se hundió fácilmente.

(Como dije, agua.)

—¿Pero cómo conserva esta forma? —preguntó Nafai.

—¿Cómo flota en el aire?

(¿Para qué explicártelo, cuando dentro de pocos instantes esa memoria te pertenecerá con sólo pensar en ello?)

—¿A qué te refieres?

(Atraviesa el agua y saldrás vestido con el manto de capitán. Cuando esté en su lugar, ligado a ti, todos mis recuerdos serán tuyos, como si te hubieran pertenecido siempre.)

—Una mente humana no podría albergar tanta información. Tu memoria incluye cuarenta millones de años de historia.

(Ya verás.)

—Tener la memoria y la visión de Padre en la mente casi me enloqueció. ¿Ahora no sucederá lo mismo?

(Estaré contigo como nunca antes.)

—¿Pero todavía seré yo mismo? (Serás más tú mismo que nunca.)

—¿Tengo alternativa?

(Sí. Puedes optar por rehusarte. Entonces traeré a otra persona, y ella atravesará el agua, y ella será capitana.)

—¿Capitana? ¿Luet?

(¿Qué importancia tiene? Una vez que hayas escogido no ser capitán, ¿qué derecho tienes a inquirir quién será tu sustituto?)

Nafai, mirando el milagroso bloque de agua que descansaba en el aire, pensó: Esto es menos peligroso que atravesar la barrera, y logré hacer eso. También pensó: ¿Soportaré obedecer a otro capitán, sabiendo que yo pude haberlo sido, y me negué? Además, hasta ahora he confiado en el Alma Suprema. He matado por ella, casi he muerto por ella. ¿Ahora me negaré a aceptar el liderazgo en este viaje?

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

(¿No lo sabes? ¿No recuerdas que Luet te describió su visión?)

Sólo ahora, ante las palabras del Alma Suprema, Nafai recordó lo que había dicho Luet, que le había visto hundirse en un bloque de hielo y salir reluciente y chispeante. Había pensado que tendría un sentido metafórico, pero aquí estaba el bloque de hielo.

—Debo hundirme desde arriba —dijo Nafai.

—¿Cómo me pongo encima?

Al instante una bandeja de un metro de anchura se deslizó hacia él por el suelo. Nafai comprendió que debía subirse, pero nada sucedió cuando lo hizo.

(Tu ropa se interpondrá.)

Nafai se desnudó por segunda vez ese día. Al hacerlo recordó todos los rasguños y magulladuras que había sufrido cuando lo azotó el viento. Desnudo, se plantó de nuevo sobre el disco, que de inmediato se elevó en el aire y lo llevó hacia el bloque de hielo.

(Pisa el agua. Te sostendrá como un suelo.)

Como su dedo había penetrado tan fácilmente en el costado del bloque, Nafai tenía sus dudas, pero hizo lo que le decían. Pisó la superficie del hielo. Era lisa, pero no resbaló; como la superficie de la barrera, parecía moverse en todas las direcciones al mismo tiempo.

(Acuéstate de espaldas.)

Nafai se acostó. La superficie que lo sostenía onduló, y él comenzó a hundirse en el agua. Comprendió que pronto le cubriría la cara. No podría respirar. El recuerdo de su reciente sofocación aún estaba fresco. Trató de resistirse.

(Paz. Sueño. No te faltará aire, ni nada más. Sueño. Paz.)

Y Nafai se durmió mientras se hundía en el agua.

* * *

Elemak se sorprendió de ver a Shedemei a su puerta. Todo era posible, por cierto, y tal vez ella hubiera ido para unírsele. Pero lo dudaba. Era mucho más probable que estuviera allí para tratar de negociar algún acuerdo en nombre de Rasa. En cuyo caso no era mala elección como emisaria. Elemak no tenía nada contra ella, y Shedemei no tenía incómodos lazos familiares. Además, ella y Zdorab se habían puesto de pie al final de la reunión, acatando la autoridad de Elemak. Valía la pena escucharla.

La hizo entrar y la invitó a sentarse a la mesa, junto con Meb, Obring y Vas.

Elemak se sentó frente a ella y esperó. Que ella hable primero, así sabré a qué atenerme.

—Todos me aconsejaron que no viniera a verte —dijo Shedemei.

—Pero creo que te subestiman, Elemak.

—No es la primera vez —dijo Elemak.

Meb rió entre dientes. Eso molestó a Elemak. No sabía si Meb se reía de ellos, por haber subestimado a Elemak, o de Elemak, por lo que acababa de decir. Con Meb nunca se sabía cuándo estaba bromeando. Sólo que estaba bromeando a costa de alguien.

—Hay cosas importantes que aparentemente no entiendes —dijo Shedemei.

—Y creo que necesitas saberlo todo para tomar decisiones prudentes.

Ah. Conque Shedemei había venido para mostrarle la «realidad». Bien, valía la pena escuchar. Cuando menos aprendería a dejarla mal parada en la próxima reunión.

Le indicó que continuara.

—Esto no es una conspiración para arrebatarte tu autoridad.

Seguro, pensó Elemak. Comienzas por negarlo, y así me confirmas que eso es precisamente lo que pretendes.

—La mayoría de nosotros sabemos que eres el líder natural de este grupo y, con ciertas excepciones, estamos satisfechos con ello.

Oh, sí. «Ciertas» excepciones.

—Y hay más excepciones entre tus seguidores de las que te imaginas. Alrededor de esta mesa hay más odio y envidia por ti de las que jamás hubo entre quienes se reúnen en la Casa del índice.

—Ya basta —dijo Elemak.

—Si has venido a sembrar la desconfianza entre los que procuramos proteger a nuestras familias de esos entrometidos, puedes marcharte.

Shedemei se encogió de hombros.

—He hablado, has oído, me importa poco lo que hagas con la información. Pero he aquí los hechos. La única persona con quien peleas ahora es el Alma Suprema.

Meb soltó una risotada. Shedemei no le prestó atención.

—El Alma Suprema ha obtenido acceso a las naves estelares. Se necesitará el esfuerzo de todos nosotros para rescatar componentes de cinco naves y dejar la otra en condiciones de volar. Pero se hará, con o sin tu aprobación. El Alma Suprema no permitirá que frustres sus planes, cuando ha llegado tan lejos.

A Elemak le divertía que Shedemei insistiera en referirse a ese ordenador inanimado como si fuera una persona, una mujer.

—Cuando regrese Nafai, vendrá vestido con el manto de capitán estelar. Es un ingenio que lo conecta casi a la perfección con la memoria del Alma Suprema. Sabrá mucho más sobre ti que tú mismo, ¿me comprendes? Y el manto también le dará otros poderes... un foco de energía, por ejemplo, en comparación con el cual el pulsador es un juguete.

—¿Me amenazas? —preguntó Elemak.

—Sólo te digo la verdad. El Alma Suprema escogió a Nafai porque él posee la inteligencia para pilotar la nave, la lealtad para servir su causa y la fuerza de voluntad que anuló una barrera supuestamente impenetrable y permitió que continuara la expedición. Si alguna vez hubieras mostrado una pizca de lealtad hacia la causa del Alma Suprema, tal vez te hubiera escogido a ti.

—¿Crees que estas patéticas adulaciones me conmoverán?

—No te estoy adulando. Ya lo he dicho... sé que eres el líder nato de este grupo. Pero has elegido no ser el líder de la expedición del Alma Suprema. Fue tu propia elección, tomada con toda libertad. En definitiva, cuando comprendas que has perdido el liderazgo de este grupo para siempre, sólo podrás culparte a ti mismo.

Elemak sintió un hervor de furia en su interior.

—Ni siquiera habrías sido la segunda opción —continuó Shedemei.

—Existía la duda de que Nafai aceptara el manto, precisamente porque sabía que tú rechazarías su liderazgo. En ese punto el Alma Suprema escogió su segunda opción. Me preguntó si yo aceptaría el peso del liderazgo. Me dio más explicaciones que a Nafai acerca del funcionamiento y el poder del manto, aunque a estas alturas Nafai sin duda lo conoce todo. Acepté el ofrecimiento. Si no hubiera sido Nafai, habría sido yo. No tú, Elemak. No has perdido este noble puesto por poco. Ni siquiera competías, porque rechazaste al Alma Suprema desde el principio.

—Será mejor que te marches —murmuró Elemak.

—Pero eso no significa que no puedas desempeñar un papel valioso e importante en la comunidad —continuó Shedemei, como si no hubiera oído, como si no notara que Elemak hervía de rabia.

—No fuerces la situación, no obligues a Nafai a humillarte frente a los demás. Colabora con él, y con gusto él te cederá todo el liderazgo que el Alma Suprema le permita compartir contigo. Creo que nunca has entendido que Nafai te adora, que siempre ha deseado emularte, que siempre ha anhelado tu amor y respeto más que el de ninguna otra persona.

—Lárgate de mi casa —dijo Elemak.

—Muy bien —dijo Shedemei.

—Veo que eres una persona que se niega a modificar su visión del mundo. Sólo soportas vivir en un mundo donde las cosas malas que te acontecen son culpa de los demás, donde todos han conspirado contra ti para despojarte de lo que te corresponde.

—Shedemei se levantó y caminó hacia la puerta.

—Lamentablemente, ese mundo no es el mundo real. Vosotros cuatro podéis conspirar para tomar el poder en Dostatok, pero no lograréis nada, y seréis humillados, y no habrá sido culpa de nadie salvo de vosotros mismos. Pero aun así, Elemak, cuentas con nuestro profundo respeto y honra por tus notables aptitudes. Buenas noches.

Shedemei se marchó.

Elemak apenas podía dominarse. Ansiaba saltar sobre ella, zurrarla, arrancarle a golpes esa insoportable arrogancia. Pero eso habría sido una muestra de debilidad: para mantener su control sobre los demás, tenía que demostrar que esas tonterías no lo afectaban. Les sonrió a todos.

—Como veis, quieren enfurecernos para estupidizarnos —dijo Elemak.

—No me digas que no estás furioso —dijo Meb.

—Claro que sí. Pero me niego a dejarme estupidizar por mi furia. Y además Shedemei nos dio información valiosa. Al parecer Nafai regresará con una especie de capa mágica o algo por el estilo. Tal vez no sea nada más que una ilusión, como esas

máscaras que Gaballufix hacía usar a sus soldados en Basílica, para que todos lucieran iguales. O tal vez tenga algún poder verdadero. Pero lejos de hacernos retroceder, eso nos obligará a actuar en forma más drástica y contundente.

—¿Es decir? —preguntó Vas.

—Es decir que no permitiremos que nadie salga de aquí para reunirse con Nafai, dondequiera que esté. Haremos que él venga a nosotros. Y entonces, a menos que se someta de inmediato a nuestras decisiones, eliminaremos su capacidad para causarnos más problemas.

—¿Es decir? —repitió Vas.

—Es decir que lo que debemos hacer es matarle, imbécil —dijo Obring.

—¿Hasta dónde llega tu idiotez?

—Sé a qué se refiere —murmuró Vas.

—Pero quería oírlo de sus propios labios, para que luego no afirme que nunca quiso decir tal cosa.

—Oh, entiendo —dijo Elemak.

—Te preocupa la responsabilidad.

—Elemak no pudo evitar comparar a Vas con Nafai. Pues Nyef, pese a sus defectos, nunca había rehuído su responsabilidad por la muerte de Gaballufix.

—Bien, la responsabilidad es mía. Sólo mía, si insistes en ello. Pero eso también significa que, tras la victoria, la autoridad es mía.

—Estoy contigo —dijo Meb.

—Sin reservas. ¿Eso significa que cuando todo haya terminado, compartiré esa autoridad contigo?

—En efecto —dijo Elemak. Si alguna vez entiendes qué es la autoridad, cerebro de mandril.

—Es así de simple. Pero si no tienes las agallas para hundir el cuchillo junto con nosotros, eso no significa que seas nuestro enemigo. Sólo guarda silencio sobre nuestro plan, colabora para impedir que otros se reúnan con Nafai, y apártate del camino cuando lo matemos... si llegamos a eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Obring. Vas también asintió.

—Entonces está hecho.

* * *

Nafai despertó en el suelo de la habitación. Sobre él colgaba el bloque de agua. No se sentía distinto.

Pero sintió un cambio cuando se puso a pensar en las cosas. Como cuando trató de sentir desde dentro si algo había cambiado en su cuerpo. De repente un borbotón de información le invadió la mente. Por un instante fue consciente de todas sus

funciones corporales, y recibió un informe detallado sobre todas ellas. Secreciones glandulares, palpitations cardíacas, cantidad de materia fecal acumulada en el recto, deficiencia de combustible para sus células, compensación de esta deficiencia mediante sus células de grasa. También se había acelerado el ritmo de curación de sus magulladuras y rasguños, y se sentía mucho mejor.

¿Esto es lo que el Alma Suprema siempre ha sabido sobre mí?

De inmediato llegó la respuesta, y ahora era una voz clara, aún más que cuando el Alma Suprema hablaba por intermedio del índice.

(Nunca supe tanto sobre ti. El manto se ha conectado con cada nervio de tu cuerpo, y presenta un informe continuo sobre tu estado. También toma y analiza muestras de sangre en diversos lugares y actúa varias veces por segundo para mejorar tu estado.)

¿Manto?

De inmediato una imagen relampagueó en su mente. Se vio desde fuera, como el Alma Suprema lo veía por medio de sus sensores. Vio su cuerpo mientras rodaba para alejarse del bloque y se incorporaba. Su piel irradiaba luz. Comprendió que la mayor parte de la iluminación de la sala surgía de él. Se vio pasándose las manos por la piel tratando de palpar el manto. Pero no sintió nada que se diferenciara de su piel normal.

Se preguntó si siempre brillaría de ese modo, si su casa siempre se iluminaría así cuando él estuviera dentro.

En cuanto lo pensó, llegó la respuesta del Alma Suprema.

(El manto responde a tu voluntad. Si deseas que se oscurezca, lo hará. Si deseas que acumule una potente carga eléctrica, lo hará, y puedes señalar con el dedo y enviar un arco de energía en la dirección que escojas. Nada puede dañarte mientras la uses, y puedes ser muy peligroso para los demás, pero si no deseas dañar a nadie, el manto será pasivo. Tus hijos pueden dormir en la oscuridad, y puedes abrazar a tu esposa como de costumbre. En verdad, cuanto más contacto físico tengas con los demás, más se extenderá el manto para incluirlos e incluso responder, en cierta medida, a tu voluntad.)

¿Conque Luet también usará este manto?

(Por tu intermedio, sí. La protegerá, le dará mejor acceso a mi memoria. ¿Pero por qué me preguntas estas cosas? En vez de pensar preguntas, ¿por qué no proyectas la mente hacia atrás y tratas de recordar, como si siempre hubieras sabido acerca del manto? Los recuerdos acudirán fácil y claramente a tu mente. Sabrás todo lo que es preciso saber.)

Nafai lo intentó, y de pronto no tuvo más preguntas sobre el manto. Comprendió qué significaba ser el capitán de la nave. Incluso entendió exactamente qué necesitaba hacer para preparar la nave para la partida.

—No tenemos vidas suficientes entre todos nosotros, aun con nuestros hijos, para

hacer todo esto —dijo Nafai.

(Te dije que te daría herramientas. Algunos aspectos de los robots son irre recuperables, pero otros elementos pueden utilizarse. Las máquinas mismas están en buenas condiciones, es sólo mi programa de control el que se ha deteriorado. Algunas partes pueden reactivarse, y entonces tú y los demás podréis poner a los robots a hacer las tareas repetitivas bajo vuestra dirección. Ya verás.)

Y Nafai «recordó» lo que el Alma Suprema había determinado como posible. Se requeriría un intenso trabajo de varias horas para poner los robots en funcionamiento, pero era posible. Recordaba cómo.

—Pondré manos a la obra —dijo.

—¿Hay algo de comer aquí?

En cuanto lo preguntó, recordó que allí no había comida. Le fastidiaba profundamente tener que marcharse de ese lugar para ir a cazar.

—¿No puedes traer a los demás? Que traigan comida y... no veo por qué debemos viajar un día entero cada vez que alguien venga aquí. Podemos reconstruir nuestra aldea aquí. Hay agua en abundancia en las colinas del sur, y mucha madera. Podemos pasar una semana haciendo eso y ahorrarnos muchos días de viaje por año, hasta que las naves estén preparadas.

(Pasaré la voz. O tú mismo puedes decírselo.)

—¿Yo mismo? —Y entonces recordó. Como la memoria del Alma Suprema ahora era «su» memoria, podía hablar con los demás por intermedio del índice. Eso hizo.

—No iréis —dijo Elemak.

Zdorab y Volemak lo miraron desconcertados.

—¿A qué te refieres? —dijo Volemak.

—Nafai necesita comida, y debemos preparar la nueva aldea. Pensé que querrías venir.

—Y yo digo que no iréis. Nadie irá. No mudaremos la aldea, y nadie se irá de aquí para reunirse con Nafai. Su intento de adueñarse del poder ha fracasado. Desiste, Padre. Cuando Nyef esté hambriento, regresará.

—Soy tu padre, Elya, no tu hijo. Puedes decidir que no irás, pero no tienes autoridad para detenerme.

Elemak tamborileó con un dedo sobre la mesa.

—A menos que estés amenazando con usar violencia contra tu padre —dijo Volemak.

—He anunciado la ley de este lugar —dijo Elemak.

—Nadie sale de la ciudad sin mi permiso. Y no tenéis mi permiso.

—¿Y si desobedezco esa orden presuntuosa e ilegítima? —dijo Volemak.

—Entonces ya no perteneces a Dostatok —dijo Elemak.

—Si te sorprenden merodeando por aquí, serás tratado como un ladrón.

—¿Crees que los demás aceptarán esto? —preguntó Volemak.

—Si alzas tu mano contra mí, sólo te ganarás el rechazo de los demás.

—Me ganaré su obediencia —dijo Elemak.

—Te advierto, no fuerces la situación. Nadie le llevará comida a Nafai. Él vendrá a casa, y esta farsa de las naves estelares terminará.

Tanto Volemak como Zdorab guardaron silencio. Sus rostros eran inescrutables.

—De acuerdo —dijo Volemak. Elemak se sorprendió. ¿Acaso Padre cedía tan fácilmente?

—Nafai dice que regresará. Tiene sus primeros robots en funcionamiento. Regresará dentro de una hora.

—¿Una hora? —exclamó Meb.

—Vaya, pero se suponía que Vusadka estaba a un día de viaje.

—Nafai ha puesto en funcionamiento las paritkas. Si funcionan bien, no tendremos que mudar la aldea.

—¿Qué es una paritka? —preguntó Meb.

No preguntes, tonto, pensó Elemak. Sólo le haces el juego.

—Un vehículo volante —dijo Volemak.

—Y supongo que hablas con Nafai en este mismo instante.

—Cuando no tenemos el índice con nosotros —dijo Volemak— su voz es difícil de distinguir de nuestros pensamientos normales, como ocurre con la voz del Alma Suprema. Pero nos está hablando, sí. Tú mismo podrías oír, si tan sólo escucharas.

Elemak no pudo contener una carcajada.

—Sí, seguro. Me sentaré a escuchar la voz de mi hermanito menor, hablándome en la mente.

—¿Por qué no? —preguntó Zdorab.

—Él ya ve todo lo que ve el Alma Suprema. Y eso incluye lo que pasa por tu mente. Por ejemplo, sabe que tú y Meb pensáis matarle en cuanto regrese aquí.

Elemak se levantó de un brinco.

—¡Mentira! —exclamó. Por el rabillo del ojo, vio que Meb ponía cara de pánico. No digas una palabra, Meb. ¿No sabes reconocer una mera sospecha? No hagas nada para confirmarla.

—Ahora regresa a tu casa, Padre. Y tú también Zdorab. Nafai sólo correrá peligro si nos ataca o intenta amotinarse.

—Ya no estamos en el desierto —dijo Volemak—, y tú no estás al mando.

—Al contrario —dijo Elemak.

—Todavía se aplica la ley del desierto, y yo soy el líder de esta expedición. Siempre lo he sido. He sido respetuoso contigo, anciano, por mera cortesía.

—Vámonos —dijo Zdorab, arrastrando a Volemak fuera de la casa de Elemak.

—¿Y privar a Elemak de la oportunidad de demostrar hasta dónde llega su

maldad?

—No es maldad, Padre. Sólo hartazgo. Fuisteis tú y Nyef, Rasa y Luet y tu grupo los que empezaron esto. Nadie os pidió que iniciarais este estúpido proyecto de viajar a las estrellas. Todo andaba bien... hasta que decidisteis cambiar las reglas. Bien, las reglas han cambiado, en efecto, pero esta vez no os favorecen. Ahora trágate tu medicina como un hombre.

—Lo lamento por ti —dijo Volemak. Zdorab lo guió hacia la puerta y se marcharon.

—Sabían —dijo Mebbekew.

—Sabían lo que planeábamos.

—Oh, cállate —dijo Elemak.

—Lo sospecharon, y faltó poco para que tú confirmaras esa sospecha.

—No lo hice. Yo no dije nada.

—Trae tu arco y tus flechas. Eres bastante buen tirador para esto.

—¿Quieres decir que no vamos a esperar y hablarle primero?

—Creo que Nafai será más razonable si tiene una flecha en el cuerpo.

Meb se marchó de la casa. Elemak se levantó y fue a buscar su arco.

—No lo hagas.

Dio media vuelta y vio a Eiadh en la puerta del dormitorio, con el bebé apoyado en la cabeza.

—¿Te oí bien, Edhya? —preguntó Elemak.

—¿Me estás diciendo qué hacer?

—Una vez trataste de matarle —dijo Eiadh.

—El Alma Suprema no lo consentirá. ¿No lo comprendes? Y esta vez puedes salir lastimado.

—Agradezco tu preocupación, Edhya, pero sé lo que hago.

—Yo también sé lo que haces. Te he observado en todos estos años, y pensaba que al fin habías aprendido a tratar a Nafai con el debido respeto, que habías dejado de sentir celos por tu hermano menor. Ahora veo que sólo aguardabas el momento oportuno.

Elemak la habría abofeteado, pero la cabeza del bebé se interponía, y jamás dañaría a su propio hijo.

—Ya has dicho suficiente —advirtió.

—Te suplicaría que no lo hagas por amor a mí, pero sé que no serviría de nada. Así que te lo suplico en nombre de tus hijos.

—¿De mis hijos? Es por mis hijos que lo hago. No quiero que se les arruine la vida porque Rasa conspira para dominar Dostatok y transformarla en una ciudad de mujeres, como Basílica.

—Por tus hijos —insistió Eiadh.

—No permitas que vean a su padre humillado frente a todos. O algo peor.

—Ya veo cuánto me amas. Parece que apuestas por el bando contrario.

—No los avergüences haciéndoles ver que en tu corazón hay un homicida.

—¿Crees que no entiendo esto? Le has echado el ojo a Nafai desde Basílica. Pensé que te olvidarías de él, pero me equivoqué.

—Tonto —dijo Eiadh.

—Yo admiraba su fuerza, y también admiraba la tuya. Pero su fuerza jamás ha flaqueado, y nunca la ha usado para atropellar a los demás. El modo en que trataste a tu padre fue vergonzoso. Tus hijos estaban en la habitación contigua, escuchando tus palabras. ¿No sabes que un día, cuando seas viejo y frágil, tal vez te traten con la misma irreverencia? Adelante, pégame. Dejaré al niño en el suelo. Que tus hijos vean cuan fuerte eres, que puedes zurrar a una mujer por el solo delito de decirte la verdad.

Meb entró en ese momento. Traía el arco y las flechas.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Vienes o no?

—Sí, vengo —dijo Elemak, y se volvió hacia Eiadh.

—Nunca te perdonaré por esto. Ella sonrió con desprecio.

—Dentro de una hora serás tú quien pida mi perdón.

* * *

Nafai sabía exactamente qué esperar. Tenía los recuerdos del Alma Suprema. Había oído las conversaciones entre Elemak y sus cómplices. Había escuchado mientras Elemak ordenaba a todos que mantuvieran a los niños en sus casas. Había sentido el miedo que había en el corazón de todos. Conocía el daño que Elemak haría a su propia familia. Conocía el temor y la rabia que le colmaban el corazón.

—¿No puedes lograr que él olvide todo esto? —preguntó Nafai.

(No. Eso no está entre los poderes que me han dado. Además, Elemak es muy fuerte. Mi influencia sobre él es mínima.)

—Si él hubiera optado por seguirte, habría sido mejor que yo para tus propósitos, ¿verdad?

(Sí.) El Alma Suprema prefería hablar sin rodeos, pues no podía ocultarle secretos a Nafai.

—Entonces soy una segunda opción —dijo Nafai.

(Primera opción. Porque Elemak es incapaz de reconocer un propósito más alto que su propia ambición. Es mucho más inválido que Issib.)

Nafai volaba hacia el sur. La paritka flotaba a poca distancia del suelo, encontrando automáticamente una ruta sin obstáculos con una celeridad que para Nafai era inconcebible. Pero no le interesaba esa máquina milagrosa, y sólo buscaba

una distracción para contener el llanto. Pues ahora, al concentrarse en la gente de Dostatok y no en la tarea de restaurar una nave estelar, «recordaba» cosas que jamás había sospechado. Las luchas y sacrificios que Zdorab y Shedemei habían afrontado por amor. Él odio glacial que Vas sentía por Obring y Sevet y, desde Shazer, por Elemak. El profundo autodesprecio de Sevet. La aflicción de Luet y Hushidh al ver que sus esposos los trataban cada vez más como Elemak trataba a su mujer, y menos como amigas.

Issib, que en todo depende de Hushidh; es vergonzoso que considere que su esposa no es su compañera y su igual en todas las tareas. Y es aún más vergonzoso, cuando mi esposa es la más grande de las mujeres, al menos tan sabia como yo, que yo la haya hecho sentir de ese modo cuando me marché.

Pues había visto sus corazones por dentro, y esa visión no dejaba margen para el odio. Sí, sabía que Vas llevaba la muerte en el corazón, pero también «recordaba» el sufrimiento que había padecido cuando lo humillaron Sevet y Obring. Aunque la humillación no justificara el homicidio, Nafai podía ver el mundo desde los ojos de Vas, y después de eso era imposible odiarlo. Impediría que él obtuviera su venganza, sí, pero aun entonces comprendería.

Tal como comprendía a Elemak. Comprendía cómo era él mismo visto a través de los ojos de Elemak. Si hubiera sabido, pensó Nafai. Si hubiera visto las cosas que hice para ganarme su odio.

(No seas tonto. Él odiaba tu inteligencia. Odiaba que te gustara ser inteligente. Odiaba tu voluntaria obediencia a tu padre y tu madre. Odiaba hasta tu admiración por él. Te odiaba por ser tú mismo, porque eras tan parecido a él, pero tan diferente. Sólo muriendo joven habrías podido evitar que te odiara.)

Nafai comprendía esto, pero eso no cambiaba nada. Saber lo que sabía no cambiaba el hecho de que hubiera querido que las cosas fueran diferentes. Ansiaba que Elemak lo mirase y dijese: «Bien hecho, hermano. Estoy orgulloso de ti.» Más que de Padre, Nafai necesitaba oír estas palabras de labios de Elemak. Y nunca lo conseguiría. Hoy, a lo sumo, obtendría una adusta obediencia. Lo peor sería la muerte de Elya.

—No quiero matarle —susurró Nafai, una y otra vez.

(Si no quieres hacerlo, no lo harás.)

Y luego, una y otra vez, los pensamientos de Nafai volaron hacia Luet. Ah, Luet, ¿por qué necesité este manto para comprender lo que te estaba haciendo? Tú trataste de advertirme. Cariñosamente, al principio, y luego con furia, pero el mensaje era el mismo: Me estás lastimando. Estás perdiendo mi confianza. Por favor no lo hagas. Pero no supe oír. Sólo me interesaba ser el mejor cazador, vivir una vida viril entre hombres, y olvidé que antes de ser un hombre, tú me cogiste la mano y me condujiste al Lago de las Mujeres; no sólo me salvaste la vida, sino que me diste un lugar ante el

Alma Suprema. Todo lo que soy, todo lo que tengo, mi yo, mis hijos, lo recibí de tus manos, Luet, y te recompensé en forma vergonzosa.

(Estás por llegar. Domínate.)

Nafai recobró la compostura. Sentía la actividad del manto en su interior, sanando la irritación que le habían causado las lágrimas en la piel que le rodeaba los ojos. Pronto no hubo rastros de llanto en su rostro.

¿Así ha de ser? ¿Mi rostro será una máscara, porque uso este manto?

(Sólo si quieres que así sea.)

Nafai «recordó» adonde habían ido Elemak y Mebbekew, para tenderle una emboscada. Vas y Obring estaban de vuelta en la aldea, asegurándose de que todos permanecieran en sus casas. Elya y Meb aguardaban, arco en mano, para matar a Nafai.

Al principio Nafai había pensado en sortearlos y evitar que le vieran.

Luego pensó en pasar a tal velocidad que no pudieran dispararle. Pero ninguna de ambas decisiones sería útil. Tenían que ponerse en evidencia. Tenían que dispararle las flechas sin provocación.

—Que me disparen —dijo Nafai.

—Ayuda a Meb con su puntería, pues nunca lo conseguirá sin tu ayuda. Cálmallo, ayúdalo a concentrarse. Que ambas flechas me acierten.

(El manto no detiene el dolor.)

—Pero me sanará, una vez que me arranque las flechas, ¿verdad?

(En efecto. Pero no esperes milagros.)

—Todo esto es un milagro —dijo Nafai.

—Ayuda a que Elemak le yerre a mi corazón, si esto te preocupa.

Elemak le erró a su corazón, pero no por mucho. Nafai aminoró la velocidad para que pudieran apuntarle. Vio, sólo un instante después que el Alma Suprema, que la paritka los asustaba, que Meb perdía el temple y casi soltaba el arco para darse a la fuga. Pero Elemak no vaciló, y ordenó a Meb que permaneciera en su puesto, y ambos apuntaron y dispararon.

Nafai sintió que las flechas le perforaban el cuerpo. La de Elemak le atravesó el pecho, la de Meb el cuello.

La segunda flecha fue más dolorosa, la primera más peligrosa. El dolor era desgarrador, y Nafai estuvo a punto de desmayarse.

(Despierta. Tienes mucho que hacer para dormirte en este momento.)

Duele, duele, gritó Nafai en silencio.

(Fue tu plan, no el mío.)

Pero era el plan atinado, y Nafai no se arrancó las flechas hasta que la paritka lo llevó al centro de la aldea. Como había esperado, Vas y Obring se aterraron cuando la paritka descendió para flotar sobre la hierba del lugar de reunión. Nafai estaba echado

en el asiento, una flecha en el pecho, otra en la garganta.

Luet, llamó Nafai en silencio. Ven a sacarme las flechas. Que todos vean que fui víctima de una emboscada. Que no llevaba armas. Debes hacer tu parte.

Era como ver por los ojos de Luet. La intimidación que casi lo había enloquecido, cuando tiempo atrás había recibido la visión de su padre, ahora era más fácil de sobrellevar, pues el manto lo protegía de los aspectos más confusos de los recuerdos grabados del Alma Suprema. Veía claramente lo que veían los ojos de ella, pero sólo recibía indicios de sus sentimientos, y casi nada de ese fluir de la conciencia que antes lo había enloquecido.

Luet se emocionó al verle, y se consternó al verlo atravesado por las flechas. Cuánto me ama, pensó Nafai. ¿Alguna vez sabrá cuánto la amo a ella?

Luet gritó.

—¡Salid todos, y mirad!

Casi de inmediato se oyó la voz de Elemak a lo lejos.

—¡Quedaos en vuestra casa!

—¡Todos! —exclamó Luet.

—¡Ved como han tratado de asesinar a mi esposo!

Adultos y niños salían de las casas en tropel. Muchos gritaron al ver a Nafai atravesado por las flechas.

—Mirad... ni siquiera llevaba su arco —les dijo Luet.

—¡Le han disparado sin provocación!

—¡Mentira! —gritó Elemak, entrando en la aldea.

—¡Me imaginé que intentarían algo como esto! Nafai mismo se clavó las flechas, para que pareciera un ataque.

Zdorab y Volemak la acompañaban ahora, y fueron ellos quienes extrajeron las flechas. Tuvieron que partir la del cuello, y sacarla por la punta. La flecha de Elemak le desgarró el pecho al salir. Nafai sentía la sangre que manaba de ambas heridas, y todavía le resultaba imposible hablar, pero también sentía la actividad curativa del manto en su interior, impidiendo que las heridas lo mataran.

—No permitiré que nos culpen por esto —dijo Elemak.

—Nafai es un experto en hacerse la víctima.

Pero Nafai notó que nadie se creía las mentiras de Elemak, salvo Kokor y Dol, que no tenían muchas luces y eran fáciles de engañar.

—Nadie te cree —dijo Padre.

—Nafai sabía que tú planeabas esto.

—¿De veras? —preguntó Elemak.

—Bien, si es tan sabio, ¿por qué fue directamente hacia esa presunta emboscada?

Nafai puso la respuesta en la mente de su padre.

—Porque quería que todos le vieran atravesado por vuestras flechas —dijo Padre.

—Quería que todos vieran claramente lo que eres, para que nunca más existan dudas al respecto.

—La mayoría temíamos algo como esto —dijo Rasa.

—No necesitábamos que Nafai sufriera semejantes heridas.

—No importa —dijo Luet.

—Nafai viste el manto del Alma Suprema. Ahora es el capitán estelar. El manto lo está sanando. Elemak y Mebbekew no pueden causarle más daño.

¿Ya estoy preparado?, preguntó Nafai. El dolor se había aplacado bastante.

(Casi.)

Elemak comprendía que ya nadie lo respaldaba, salvo Meb, que no tenía elección. Aun Vas y Obring miraban hacia otro lado. No recibiría el menor apoyo de ellos, pero tampoco lo había esperado.

—Si algo hicimos —dijo Elemak—, fue por nuestros hijos y esposas, y también por vuestros hijos y esposas. ¿De veras queréis iros de aquí? ¿Hay entre vosotros alguno que desee abandonar este lugar?

—Nadie quiere irse —dijo Luet.

—Pero todos sabíamos que así era el plan desde el principio... llevarnos a la Tierra. Nunca fue un secreto. Nadie te mintió.

Y entonces —máximo insulto— Eiadh sumó su voz a la de Luet.

—Yo no quiero irme de Dostatok. Pero preferiría errar eternamente por el desierto a permitir que un hombre decente sea asesinado por esa causa.

Hablaba con fuego, y Elemak lo sintió arder en su interior. Mi propia esposa, y me maldice con sus acusaciones.

—¡Ah, todos sois valientes ahora! —exclamó.

—Pero ayer estabais de acuerdo conmigo. ¿Acaso pensabais que nuestra paz y felicidad se conservarían sin derramamiento de sangre? Todos sabíamos desde el principio que mientras Nafai estuviera en libertad de causar problemas habría motín y disenso entre nosotros. Nuestra única esperanza de paz es lo que yo intenté hacer hace más de ocho años.

(Ahora.)

Nafai se puso de pie. Para su sorpresa, estaba débil, mareado. De inmediato «recordó» por qué. El manto se alimentaba con la luz del sol, pero extraía energías de su propio cuerpo en una emergencia, y el proceso de curación acelerada estaba agotando esas energías. Pero esa debilidad provisional no le impediría hacer lo que era necesario.

—Elemak —dijo—, mientras venía hacia aquí no he cesado de llorar. Lo que has intentado me colma de angustia. Si tan sólo te resignaras a aceptar el plan del Alma Suprema, yo te seguiría con gusto. Pero continuamente tú y tu ambición de poder nos han dividido. Si tú no hubieras conspirado con ellos, si no los hubieras inducido,

¿crees que los más débiles se habrían resistido al Alma Suprema? Elemak, ¿no ves que te has puesto al borde de la muerte? El Alma Suprema busca el bien de la humanidad, y no podrás detenerla. ¿Tienes que morir para creerlo?

—Creo que cada vez que mencionan al Alma Suprema, tu llorona esposa, tu madre la reina o tú codician el poder.

—Ninguno de nosotros ha intentado prevalecer sobre ti o los demás. El hecho de que tú vivas cada momento de vigilia soñando con dominar a los otros no significa que los demás hagamos lo mismo. ¿Crees que fue mi ambición la que creó esta paritka? ¿Crees que las conspiraciones de Madre la mantienen flotando sobre el suelo? ¿Crees que el llanto de Luet me trajo aquí, permitiéndome hacer un día de viaje en una hora?

—Es una máquina antigua, nada más —dijo Elemak.

—Una máquina antigua, igual que el Alma Suprema. ¿Hemos de recibir órdenes de esas máquinas?

Miró en torno buscando apoyo, pero la sangre que manchaba la garganta y el manto de Nafai era demasiado fresca, y nadie lo secundó salvo Mebbekew.

—Mudaremos la aldea al norte, cerca de Vusadka —dijo Nafai.

—Y todos nosotros, los niños mayores incluidos, trabajaremos con las máquinas del Alma Suprema para restaurar una nave estelar. Y cuando esté preparada, todos entraremos en la nave y subiremos al espacio. Tardaremos cien años en llegar a la Tierra, pero para la mayoría será como una sola noche, porque dormirá durante el viaje, mientras que para los demás serán como varios meses. Y cuando finalice el viaje, saldremos de la nave y pisaremos el suelo de la Tierra, los primeros humanos en cuarenta millones de años. ¿Acaso deseas privarnos de esa aventura?

Elemak calló, y también Mebbekew. Pero Nafai sabía en qué pensaban. La adusta resolución de retroceder ahora, pero en la primera oportunidad dejarlo inconsciente de un golpe, degollarlo, arrojar su cuerpo al mar.

No había caso. Era preciso convencerlos de la futilidad de la resistencia. Tenían que dejar de conspirar para concentrar sus esfuerzos en la restauración de la nave espacial.

—¿No ves que no puedes matarme, Elemak, aunque en este preciso instante estés pensando en degollarme y arrojar mi cuerpo al mar?

La furia de Elemak se redobló. Nafai sintió sus oleadas.

—¿No ves que el Alma Suprema ya está sanando las heridas de mi garganta y mi pecho?

—¡Siempre que fueran heridas verdaderas! —exclamó Meb. El pobre Meb aún pensaba que la mentira de Elemak podía revivirse.

En respuesta, Nafai se hundió el dedo en la herida de la garganta. Como el tejido cicatricial ya se estaba formando, tuvo que hacer fuerza, pero nadie pasó por alto que

el dedo de Nafai entraba en el orificio hasta el tercer nudillo. Los presentes reaccionaron con náuseas, jadeos, gemidos y ayes de dolor. Y en verdad el dolor era considerable, peor al sacar el dedo que al meterlo. Debo aprender a evitar estos gestos teatrales, pensó Nafai.

Alzó el dedo ensangrentado.

—Te perdono por esto, Elemak —dijo Nafai.

—Te perdono, Mebbekew. Si juráis solemnemente ayudar al Alma Suprema en la construcción de una buena nave.

Era demasiado para Elemak. La humillación era mucho peor que en el desierto, ocho años atrás. Era incontenible. Sólo albergaba furia en su corazón. No le importaba lo que pensarán los demás, pues sabía que ya había perdido su respeto. Sabía que había perdido a su esposa y sus hijos. ¿Qué le quedaba? Lo único que podía sanar parte del dolor que sentía por dentro era matar a Nafai, arrastrarlo al mar y sumergirlo hasta que dejara de patear y forcejear. Que luego hicieran con él lo que quisieran. Elemak quedaría satisfecho, mientras Nafai estuviera muerto.

Elemak avanzó un paso hacia Nafai. Otro.

—Detenedle —dijo Luet. Pero nadie se interpuso. Nadie se atrevía, pues el semblante de Elemak era temible.

Mebbekew sonrió y acompañó a Elemak.

—No me toquéis —dijo Nafai.

—El poder del Alma Suprema es como fuego dentro de mí. Ahora estoy débil por las heridas que me habéis infligido... quizá no tenga fuerzas para controlar mi poder. Si me tocáis, creo que moriréis.

Habló con tanta sencillez que sus palabras tuvieron la mera fuerza de la verdad. Notó que algo se desmoronaba dentro de Elemak. No porque la furia hubiera muerto; lo que se quebraba era esa parte de él que no soportaba tener miedo. Y cuando se esfumó ese barrera, la furia se convirtió en lo que siempre había sido: miedo. Miedo de que su hermano menor le arrebatara su lugar. Miedo de que la gente lo mirase y viera debilidad en vez de fuerza. Miedo de que la gente no lo amara. Sobre todo, miedo de no ejercer control sobre nada ni sobre nadie en el mundo. Y ahora, todos esos miedos que Elemak había escondido tanto tiempo en su interior quedaron sueltos, y todos se habían cumplido. Pues había perdido su lugar. Se le veía débil ante todos, aun ante sus hijos. Nadie lo amaría aquí. Y no ejercía el menor control, ni siquiera para matar a ese niño que lo había suplantado.

Cuando Elemak se detuvo, Meb también se detuvo, un eterno oportunista que no parecía tener voluntad propia. Pero Nafai sabía que por dentro Meb estaba menos abatido que Elemak. Seguiría conspirando, y sin Elemak nada lo frenaría.

Era evidente, pues, que aún no había vencido. Tenía que demostrar en forma clara y memorable, para Meb y Elemak y todos los demás, que esto no era una mera riña

entre hermanos, que era el Alma Suprema quien había vencido a Elemak y Meb, no Nafai. Y en el fondo, Nafai se aferraba a esta esperanza: si Elya y Meb podían entender que el Alma Suprema los había vencido ese día, tal vez llegaran a perdonarle, y ser nuevamente sus auténticos hermanos.

Potencia suficiente para aturdirlos, dijo Nafai en silencio. No para matar.

(El manto actuará según tus intenciones.)

Nafai extendió la mano. Vio las chispas, pero resultaron más imponentes cuando las vio por los ojos de los demás; su contacto con el Alma Suprema le permitía ver muchas imágenes de sí mismo al mismo tiempo, su rostro aureolado de luz danzarina, cada vez más brillante. Y su mano, irradiando luz como si mil luciérnagas revolotearan en torno. Apuntó la mano hacia Elemak, y un arco de fuego brincó desde el dedo, acertándole a Elemak en la cabeza.

Con un espasmo brutal, Elya se desplomó.

¿Está muerto?, preguntó Nafai con silenciosa angustia.

(Sólo aturdido. Tenme un poco de confianza, por favor.)

En efecto, Elemak se contorsionaba en el suelo. Nafai extendió la mano hacia Meb.

—¡No! —exclamó Mebbekew. Tras ver lo que había sucedido con Elemak, no quería saber nada de ello. Pero Nafai notó que aún conspiraba en su corazón.

—¡Te prometo que haré lo que quieras! Nunca quise ayudar a Elemak, pero él no dejaba de acosarme.

—Meb, eres un tonto. ¿Crees que no sé que fue Elemak quien impidió que me mataras en el desierto, cuando yo impedí que mataras a un mandril?

El rostro de Meb se convirtió en una máscara de temor culpable. Por primera vez en su vida, Mebbekew se las veía cara a cara con uno de sus propios secretos, un secreto que creía celosamente guardado. Ahora no podría huir de las consecuencias.

—Tengo hijos —exclamó.

—¡No me mates!

El arco de luz surcó el aire, acertó en la cabeza de Meb y lo arrojó al suelo. Nafai estaba exhausto. Apenas podía tenerse en pie. Luet, ayúdame, suplicó en silencio.

Sintió las manos de Luet en el brazo, sosteniéndolo. Debía haberse trepado a la paritka.

Ah, Luet, así debería ser siempre. No puedo tenerme en pie si no estás junto a mí. Si no formas parte de esto, no puedo lograrlo.

En respuesta, sólo sintió el amor de Luet por él, su vasto alivio de que el peligro hubiera pasado, su orgullo ante la fuerza que él había demostrado.

¿Cómo puedes perdonarme?, le preguntó en silencio.

Y el único mensaje que pudo hallar en el corazón de Luet fue: «Te amo».

Nafai decidió que la paritka se posara en el suelo, y el vehículo descendió. Luet le

ayudó a bajar, y lo condujo a la casa, en compañía de sus hijos. Poco después los demás fueron a la casa para ver si podían ayudar. Pero Nafai sólo necesitaba dormir.

—Cuidad de los demás —susurró.

—Temo que el daño sea permanente.

Cuando despertó, atardecía. Zdorab estaba en la cocina, preparando la comida; Issib, Hushidh, Shedemei y Luet estaba reunidos en torno de la cama. No lo miraban a él, sino que hablaban entre sí. Nafai escuchó. Comentaban que sentían pena por Eiadh y Dol, y por sus hijos. Sobre todo Proya, que vivía por el orgullo que sentía por su padre Elemak.

—Fue como si hubiera visto morir a su padre —dijo Luet.

—Y eso vio —dijo Hushidh.

—Al menos, fue la muerte del padre que él conoció.

—El daño que se causó este día tardará mucho en repararse —dijo Shedemei.

—¿Fue daño? —dijo Luet.

—¿O el comienzo del proceso de curación que habíamos ignorado durante los últimos ocho años?

Hushidh chasqueó la lengua.

—Nafai sería el primero en decirnos que lo de hoy no fue curación, sino guerra. El Alma Suprema obtuvo su victoria. La nave estelar será reparada, y Elemak y Mebbekew trabajarán con más empeño que nadie, cuando se recobren. Pero el daño será permanente. Elemak y Mebbekew siempre considerarán a Nafai un enemigo. Y a todos los que sirvan a Nafai.

—Nafai sirve a Nafai —dijo Luet.

—Sólo servimos al Alma Suprema, como hace Nafai.

—Sí —convino Shedemei.

—Todos lo entendemos así, Luet. Ésta no fue la batalla de Nafai, sino la batalla del Alma Suprema. Cualquiera de nosotros podría haber usado ese manto.

Nafai notó que Shedemei, aunque pensaba en ello, no revelaba que ella habría usado el manto si Nafai lo hubiera rechazado. Ese conocimiento sería un secreto entre ella y Zdorab. En cuanto a Elemak y Mebbekew, Vas y Obring, era improbable que se lo contaran a nadie, si siquiera habían comprendido lo que ella les había dicho esa noche. Shedemei siempre sabría que ella era la segunda opción del Alma Suprema para asumir el liderazgo de la colonia, y con eso se daba por satisfecha.

—Está despierto —dijo Luet.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Issib.

—Su respiración ha cambiado.

—Estoy despierto —dijo Nafai.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Luet.

—Todavía cansado, pero mejor. Me siento bien. Más aún, ni siquiera cansado.

—Se apoyó en un codo, y sintió un leve mareo.

—Pensándolo bien, sí, todavía estoy cansado.

—Se recostó.

Los demás rieron.

—¿Cómo están Elya y Meb?

—Durmiendo, al igual que tú —dijo Shedemei.

—¿Y quien tiene a vuestros hijos? —preguntó Nafai.

—Madre —dijo Issib.

—La dama Rasa —dijo Shedemei.

—Zdorab pensó que querrías comida verdadera cuando despertaras, así que vino a cocinar.

—Pamplinas —dijo Luet.

—Sabía que yo estaría muy preocupada y no quiso que me molestara en cocinar. Y no has preguntado por nuestros hijos.

—En verdad, no tengo que preguntar por los hijos de nadie —dijo Nafai.

—Sé dónde están.

No tenían réplica para esas palabras. Pronto le llevaron comida, y todos comieron juntos, reunidos en torno de la cama. Nafai les explicó qué clase de reparaciones requería la nave estelar, y empezaron a planear la división del trabajo. Pero no hablaron mucho tiempo, pues Nafai estaba exhausto, tanto física como mentalmente. Al cabo de un rato todos se marcharon, incluso Luet; pero Luet pronto regresó con los niños, que entraron y abrazaron a su padre. Chveya se aferró a él.

—Papá —dijo—, oí tu voz en mi corazón.

—Sí —dijo Nafai—, pero en realidad es la voz del Alma Suprema.

—Era tu voz, cuando creíste que morirías —dijo ella.

—Estabas de pie en una colina, dispuesto a correr para arrojarte contra una pared invisible. Y me gritaste: Veya, te amo.

—Sí, era mi voz, en efecto.

—Yo también te amo, papá —dijo Chveya. Nafai se durmió de nuevo.

Y despertó en medio de la noche, al oír el susurro de la brisa marina en el techo de paja. Se sentía fuerte de nuevo, tan fuerte como para remontarse en el viento y volar.

En cambio, tendió los brazos hacia Luet y la estrechó. Ella despertó, somnolienta, pero no protestó. Se acurrucó contra él. Estaba dispuesta a hacer el amor, si él hubiera querido. Pero Nafai sólo quería tocarla, abrazarla, compartir la luz danzarina del manto, para que también Luet compartiera los recuerdos procedentes de la mente del Alma Suprema. Así podría ver en el corazón de Nafai tal como él veía en el de Luet, y conocer su amor tal como él conocía el amor de ella.

La luz del manto creció y resplandeció. Nafai le besó la frente, y cuando apartó

los labios vio que también Luet estaba aureolada por una luz tenue. Supo que crecería. Crecerá, pensó, hasta que no haya diferencia entre nosotros. Que no haya barreras entre nosotros, Luet, mi amor. Nunca más quiero estar solo.



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951). Es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como La saga del retorno o las historias de Alvin el Hacedor.

Ha ganado numerosos premios Hugo y Nébula, como el Nébula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nébula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de «El secreto de Monkey Island».

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.